

A woman with long brown hair is shown from the chest up, wearing a vibrant, multi-colored floral dress. She is underwater, with numerous bubbles rising around her. Her right hand is raised, with her index finger pointing upwards. The background is a deep teal color.

Los **DOS** **AMORES** *de* **MI VIDA**

De la autora de
Los siete maridos de Evelyn Hugo
y *Quizás en otra vida*



TAYLOR JENKINS

Lectulandia

Una historia de amor fascinante sobre una mujer que, inesperadamente, se ve obligada a elegir entre su marido, a quien daba por fallecido, y el prometido que años después le ha devuelto la ilusión por vivir.

Con poco más de veinte años, Emma Blair se casa con su amor de juventud, Jesse. Juntos construyen una vida a su medida, alejada de las expectativas de sus familias y entorno más cercano. Recorren el mundo, Emma como escritora freelance y Jesse como ayudante de producción de documentales sobre naturaleza, exprimiendo la vida al máximo y aprovechando cada oportunidad que se les presenta de vivir aventuras.

En su primer aniversario de bodas, Jesse recibe el encargo de ir a trabajar a las Islas Aleutianas. Y mientras sobrevuela el Pacífico, su helicóptero desaparece. Así, sin más, Jesse se va para siempre.

Emma deja su trabajo y regresa a su hogar en un esfuerzo por recomponer su vida. Años después, cuando ya ha cumplido los treinta, se reencuentra con Sam, un viejo amigo, y vuelve a enamorarse. Cuando Emma y Sam se comprometen, parece que la vida le está brindando una nueva oportunidad en el amor. Pero entonces encuentran a Jesse. Está vivo, y lleva años intentando volver a casa. Emma tiene ahora un marido y un prometido, ¿pero quién de ellos es su verdadero amor? ¿Qué significa en realidad amar de verdad?

Emma sabe que debe escuchar a su corazón. Es solo que no está segura de qué le está diciendo.

Taylor Jenkins Reid

Los dos amores de mi vida

ePub r1.0

Titivillus 15-12-2021

Título original: *One True Loves*
Taylor Jenkins Reid, 2016
Traducción: Eva Pérez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Este es un libro sobre Acton, Massachusetts.
Así que, como es natural, me gustaría dedicárselo a Andy Bauch de
Boxborough.
Y a Rose, Warren, Sally, Besrnie, Niko y Zach, de Encino, California.*

ANTES DE



Emma y Jesse

O cómo enamorarse para después romperse en mil pedazos.

Nunca fui de las de madrugar. Pero mi odio a la brillante luz matutina se agudizó durante el instituto, los sábados a las ocho y diez de la mañana.

A esa hora, mi padre llamaba a mi puerta como un reloj y me decía: «El autobús sale en treinta minutos», aunque no se trataba de ningún «autobús», sino de su Volvo, y no me llevaba precisamente al instituto, sino a la librería familiar.

Blair Books había sido fundada por el tío de mi padre en los años sesenta, en el mismo lugar en el que seguía: en la zona norte de Great Road, en Acton, Massachusetts.

Y de alguna manera eso significó que, tan pronto como cumplí la edad legal para trabajar, tuve que ponerme a atender a los clientes algunos días entre semana, después de clase, y todos los sábados.

Me tocaba ir los sábados porque Marie prefería los domingos. El verano anterior, mi hermana había ahorrado todo el sueldo que ganaba en la librería y se había comprado un Jeep Cherokee azul marino.

La única vez que había subido a su todoterreno fue la noche del día en el que se lo había comprado, cuando, encantada de la vida como estaba en ese momento, me invitó a un helado en Kimball's Farm. Pedimos una tarrina de medio litro de chocolate para nuestros padres y dejamos que se derritiera mientras nos sentábamos en el capó de su coche y nos comíamos nuestros respectivos helados, completamente relajadas bajo el agradable aire cálido nocturno.

Nos quejamos de la librería y de la costumbre que tenía nuestra madre de poner queso parmesano en las patatas. Marie me confesó que había probado la marihuana y yo prometí no contar nada a nuestros padres. Luego me preguntó si ya había besado a alguien y yo me giré y miré a otro lado porque tenía miedo de que pudiera leer la respuesta en mi cara.

—No pasa nada —me dijo—. La mayoría de la gente no se da su primer beso hasta que no llega al instituto. —En ese momento, Marie llevaba unos pantalones cortos verde aceituna y una camisa azul marino, así como dos cadenas de oro que caían por su clavícula hasta su escote. Mi hermana nunca se abrochaba las camisas del todo. Siempre las llevaba con un botón más abierto de lo normal.

—Sí —comenté yo—. Lo sé.

Pero fui perfectamente consciente de que ella no había dicho: «Yo no me di mi primer beso hasta que no fui al instituto», que era justo lo que estaba deseando oír. Me daba igual no ser como los demás. Lo que me preocupaba era no ser como *ella*.

—Verás cómo todo mejora ahora que vas a ir al instituto —dijo Marie mientras tiraba lo que le quedaba de su helado de menta con chocolate—. Confía en mí.

En aquel momento, esa noche, me habría creído cualquier cosa que me dijera.

Pero también era cierto que esa noche supuso una excepción en la relación que mantenía con mi hermana. Fue uno de esos momentos raros entre dos familiares que se limitaban a coexistir.

Cuando empecé mi primer año de instituto y ambas coincidimos en el mismo edificio, nos dedicamos a cruzarnos en los pasillos del centro durante el día y en los de casa por la noche, como si fuéramos dos enemigos durante una tregua.

Así que imaginaros mi sorpresa cuando ese sábado, durante la primavera de mi primer curso de instituto, me despertaron a las ocho y diez de la mañana y descubrí que no tenía que ir a trabajar a la librería.

—Marie te va a llevar a comprar unos vaqueros nuevos —anunció mi madre.

—¿Hoy? —Me senté en la cama y me froté los ojos, preguntándome si eso significaba que podía dormir un poco más.

—Sí, al centro comercial —respondió mi madre—. Cómprate el par que más te guste, pago yo. Te he dejado cincuenta dólares en la encimera de la cocina. Si te gastas más de eso, corre por tu cuenta.

Necesitaba unos vaqueros nuevos porque tenía rotos todos los viejos. Se suponía que tenía que comprarme unos nuevos cada Navidad, pero me había vuelto tan quisquillosa con lo que quería, tan neurótica con cómo debían quedarme, que mi madre se había dado por vencida. Las dos últimas veces que habíamos ido al centro comercial juntas, habíamos vuelto después de una hora con las manos vacías y mi progenitora haciendo todo lo posible para contener su irritación.

Me supuso toda una nueva experiencia. A mi madre siempre le había gustado mi compañía y había procurado estar todo el tiempo conmigo durante mi infancia. Pero al final me había vuelto tan maniática en ese aspecto, que estaba deseando pasarle la carga a otra persona. Y nada menos que un sábado.

—¿Quién va a estar en la caja hoy? —Me arrepentí en el mismo instante en que pronuncié aquellas palabras. De pronto, temí haber estropeado algo bueno. Tendría que haberme limitado a asentir y ceder para que no se asustara.

—El nuevo chico que hemos contratado, Sam —dijo mi madre—. No pasa nada. Necesita hacer algunas horas extra.

Sam era un alumno de segundo curso que un día entró en la librería y dijo: «¿Puedo dejaros un currículum?», aunque no estábamos buscando empleados y la mayoría de los adolescentes preferían trabajar en la tienda de discos que había en la misma calle. Mis padres lo contrataron en el acto.

Era muy mono (alto, delgado, de piel aceitunada y ojos marrón oscuro) y siempre estaba de buen humor, pero en cuanto Marie dijo que le parecía «adorable» fui incapaz de sentirme atraída físicamente por él. Me negaba a que me gustara nadie que también le gustara a mi hermana.

Tengo que reconocer que esa postura estaba empezando a limitar considerablemente mi grupo de amigos y la situación se estaba volviendo insostenible.

A Marie le gustaba todo el mundo y a todo el mundo le gustaba Marie.

Era la niña dorada, la hija destinada a ser la favorita de la familia. Mi amiga Olive solía llamarla «la hija de los libreros» a sus espaldas, porque incluso *parecía* el tipo de chica cuyos padres tenían una tienda de libros, como si hubiera un estereotipo específico para eso y Marie cumpliera todos y cada uno de sus requisitos.

Leía libros de adultos, escribía poesía y se enamoraba de personajes literarios en lugar de estrellas de cine, lo que hacía que a Olive y a mí nos entraran ganas de vomitar.

Cuando Marie tenía mi edad, hizo un taller de escritura creativa y decidió que quería «ser escritora». Las comillas son necesarias porque lo único que escribió fue una historia de misterio de nueve páginas en la que la asesina resultó ser la hermana pequeña de la protagonista: Emily. Incluso yo sabía que era una absoluta bazofia, pero la envió al periódico del instituto y a sus responsables les gustó tanto que la publicaron por partes durante nueve semanas en el segundo semestre.

El hecho de que se las apañara para hacer todo eso y siguiera siendo una de las estudiantes más populares del instituto lo hacía mucho peor. Porque eso solo demostraba que, si eras lo suficientemente guapa, la vida te sonreía.

Yo, mientras tanto, apenas tenía tiempo para leer los resúmenes que había en la librería de todos los libros que me mandaban en Literatura y tenía

apiladas en mi habitación un montón de novelas que mis padres me habían regalado y que nunca había abierto.

Me gustaban los vídeos musicales, la programación de máxima audiencia de los jueves por la noche de la NBC y todas las mujeres que participaban en el festival de música Lilith Fair. Cuando me aburría, solía mirar los números antiguos de la revista de viajes *Travel + Leisure* de mi madre, recortaba las fotografías que encontraba más interesantes y las pegaba en la pared de mi habitación. El espacio que había encima de mi cama se había convertido en un caleidoscopio de portadas de Keanu Reeves, notas de los discos de Tori Amos e imágenes de la Riviera italiana y de la campaña francesa.

Y nadie, absolutamente nadie, me consideraba una chica popular.

Mis padres solían bromear con que en el hospital se habían equivocado de niña. Yo siempre me reía, pero más de una vez me puse a ver sus fotos de cuando eran pequeños y me miré en el espejo en busca de similitudes para recordarme que era su hija biológica.

—Vale, genial —le dije a mi madre, más emocionada por no tener que ir a trabajar que por pasar un rato con mi hermana—. ¿Cuándo nos vamos?

—No lo sé —respondió mi madre—. Habla con Marie. Me voy a la librería. Te veo en la cena. Te quiero, cariño. Que tengas un buen día.

Cuando cerró la puerta, me tumbé en la cama, dispuesta a saborear cada minuto extra de sueño.

Poco después de las once, Marie irrumpió en mi habitación.

—Venga, vámonos.

Fuimos a tres tiendas y me probé una docena de pantalones. Algunos me quedaban muy grandes, otros demasiado ajustados, otros eran muy altos de cintura.

Cuando me puse el duodécimo par, salí del probador y me encontré a Marie mirándome con una expresión de puro aburrimiento.

—Te sientan bien, quédatelos —dijo. Iba vestida de Abercrombie & Fitch de pies a cabeza. Era el cambio de milenio. Todo el mundo en Nueva Inglaterra vestía de Abercrombie & Fitch de pies a cabeza.

—Me los veo un poco raros en la zona del trasero —comenté, quedándome completamente quieta.

Marie me miró como si estuviera esperando algo.

—¿Te vas a dar la vuelta para que pueda ver si te están raros o no? —preguntó al cabo de unos segundos.

Hice lo que me decía.

—Parece que llevas un pañal —sentenció.

—Eso es lo que te acabo de decir.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Espera. —Me hizo una señal con el dedo para que volviera al probador y eso fue lo que hice.

Acababa de quitarme el último par de pantalones, cuando ella me arrojó otro par de vaqueros desteñidos de corte recto por encima de la puerta.

—Pruébate estos —me dijo—. Joelle los lleva y tiene un culo tan grande como el tuyo.

—Muchas gracias, ¿eh? —Agarré los pantalones.

—Solo estoy intentando ayudarte —indicó Marie. Segundos después vi sus pies alejarse, como si la conversación se hubiera terminado porque ya no le interesaba.

Desabroché la cremallera del pantalón y me lo puse. Tuve que mover las caderas y aguantar un poco la respiración para que me entrara y poder abrochármelo. Luego me erguí y me miré en el espejo, volviéndome de un lado a otro y girando la cabeza para tratar de ver cómo me quedaba por detrás.

Tenía el culo cada vez más grande, mientras que mi pecho parecía haberse estancado. Había leído suficientes ejemplares de mi madre de la revista *Glamour* para saber que tenía lo que se llamaba un cuerpo con «forma de pera». Tenía el vientre plano, pero las caderas iban creciendo. Olive estaba empezando a ganar peso en la zona del pecho y el estómago, y me preguntaba si no sería mejor tener ese tipo de figura, la de «forma de manzana». Aunque si era sincera conmigo misma, lo que de verdad quería era todo lo que mi hermana había heredado de mi madre. Un culo normal, unas tetas normales, el pelo castaño, ojos verdes y unas pestañas espesas.

En vez de eso, había salido a mi padre en cuanto al color (pelo ni del todo rubio ni del todo castaño y con los ojos marrones verdosos) y tenía una complexión muy particular. En una ocasión le pregunté a mi madre de dónde había sacado mis piernas cortas y robustas y me respondió: «En realidad no tengo ni idea», como si eso no fuera lo peor que pudiera decirse a una hija.

Solo había una cosa de mi aspecto que realmente me gustaba. Mis pecas, ese grupo de puntitos oscuros debajo de mi ojo derecho. Mi madre solía conectarlos con su dedo cuando me daba las buenas noches de pequeña.

Me encantaban mis pecas y odiaba mi trasero.

De modo que, mientras estaba en ese probador, lo único que quería era un par de vaqueros que lograra que mi culo se viera más pequeño de lo que era. Algo que parecía haber conseguido ese par.

Salí del probador en busca de la opinión de mi hermana. Por desgracia, no la encontré por ninguna parte.

Me metí otra vez en el probador y me di cuenta de que no tenía a nadie que me ayudara a tomar la decisión.

Me miré en el espejo una vez más.

¿Me gustaban? Tal vez...

Me fijé en la etiqueta. Treinta y cinco dólares.

A ese precio, todavía me quedaba dinero para pedir un pollo *teriyaki* en la zona de restauración.

Me cambié, fui hacia la caja y pagué con el dinero de mis padres. A cambio, recibí una bolsa con un par de vaqueros que no odiaba.

Marie seguía sin aparecer.

Eché un vistazo por la tienda. Fui al local de The Body Shop para ver si estaba allí comprando algún bálsamo labial o gel de ducha. Al final la encontré media hora más tarde, comprándose unos pendientes en Claire's.

—Te he buscado por todas partes —dije.

—Lo siento, estaba mirando la bisutería. —Marie tomó el cambio, lo metió en la cartera y luego asió la pequeña bolsa de plástico blanco que sin duda contenía unos pendientes de oro falso que le dejarían manchas grises y verdosas en las orejas.

Seguí a mi hermana mientras salía de la tienda decidida y se dirigía hacia la entrada donde habíamos dejado el coche.

—Espera. —Me detuve en seco—. Quiero pasar por la zona de restauración.

Marie se volvió hacia mí y miró su reloj.

—Lo siento, no podemos. Vamos a llegar tarde.

—¿Tarde a dónde?

—Al campeonato de natación.

—¿Qué campeonato de natación? —pregunté—. Nadie me ha dicho nada de ningún campeonato.

Mi hermana no respondió porque en realidad no tenía que hacerlo. Yo ya la estaba siguiendo al coche, dispuesta a ir adonde me dijera y a hacer lo que me pidiera.

Cuando llegamos al vehículo decidió saciar mi curiosidad.

—Graham es el capitán del equipo de natación este año —explicó.

¡Ah, sí!

Graham Hughes. El capitán de cualquier equipo de los que formaba parte. El favorito para llevarse el premio a la «mejor sonrisa» del anuario.

Exactamente el tipo de chico con el que saldría Santa Marie de Acton.

—Estupendo —dije. Por lo visto, mi futuro inmediato incluía no solo tener que sentarme a presenciar la carrera de cincuenta metros estilo libre, sino también esperar después en el coche, mientras Marie y Graham se enrollaban en el de él.

—¿Podemos al menos pasarnos por el autoservicio que hay de camino? —pregunté, dándome por vencida.

—Sí, claro —dijo ella.

Después reuní toda la confianza posible en mí misma y dije:

—Tú pagas.

Ella se volvió hacia mí.

—Tienes catorce años. ¿No puedes comprarte tu propia comida?

Mi hermana tenía la increíble habilidad de hacer que me sintiera tonta incluso cuando más segura de mí misma me creía.

Paramos en el Burger King y me comí una hamburguesa pequeña en el asiento delantero del coche, poniéndome tibia de ketchup y mostaza y teniendo que esperar hasta que aparcáramos para poder buscar una servilleta.

Marie me dejó en cuanto percibimos el olor a cloro en el aire. Así que me senté en las gradas e hice todo lo posible por distraerme.

La piscina cubierta estaba llena de chicos de mi edad prácticamente desnudos y en gran forma física. No sabía dónde mirar.

Cuando Graham se subió a la plataforma de salida y sonó el silbato, contemplé cómo se zambullía en el agua con la misma facilidad con la que volaba un pájaro. Desde el mismo instante en que entró en el agua, quedó claro que iba a ganar la carrera.

Miré a Marie en el otro extremo, saltando y animándolo, poniendo toda su fe en él. Cuando Graham reclamó su trono de campeón, me levanté y me fui a dar una vuelta. Pasé por el otro lado de las gradas y atravesé el gimnasio en busca de una máquina expendedora.

Cuando regresé, cincuenta centavos más pobre pero con una bolsa de Doritos en la mano, vi a Olive sentada al fondo de la multitud con su familia.

Un día, el verano anterior, justo antes de empezar el curso, mientras estábamos pasando un rato en su sótano, Olive me confesó que creía que podía ser homosexual.

Me dijo que no estaba segura, pero que no se consideraba heterosexual del todo. Le gustaban los chicos, pero estaba comenzando a pensar que quizá también le gustaban las chicas.

Yo estaba bastante segura de que era la única que lo sabía. Aunque también tenía claro que sus padres estaban empezando a sospechar. Pero eso no era asunto mío. Mi única función al respecto era ser su amiga.

Así que hice lo que hacen las amigas: sentarme y ver vídeos musicales durante horas, esperando que pusieran el vídeo de Natalie Imbruglia, *Torn*, para que Olive pudiera disfrutar mirándola todo lo que quisiera. Reconozco que no fue un acto puramente altruista, pues era mi canción favorita y soñaba con poder cortarme el pelo como Natalie para parecerme a ella.

Tampoco era del todo desinteresada cuando volvía a ver *Titanic* con Olive cada pocas semanas para que intentara averiguar si la escena entre Jack y Rose le gustaba porque se sentía atraída por Leonardo DiCaprio o por Kate Winslet.

—¡Eh! —me dijo cuando me vio ese día en la piscina.

—¡Hola! —respondí.

Olive llevaba una camisa de vestir azul claro abierta con una camiseta de tirantes blanca debajo. El pelo negro azabache y liso le caía por los hombros. Llamándose Olive Berman nadie se habría imaginado que era mitad judía, mitad coreana, pero mi amiga estaba muy orgullosa de las raíces de su madre de Corea del Sur y hablaba con el mismo entusiasmo de lo fantástico que había sido su *bat mitzvah*^[1].

—¿Qué estás haciendo aquí? —me preguntó.

—Me ha traído Marie, pero luego se ha ido y me ha dejado sola.

—¡Ah! —repuso Olive, asintiendo—. Algo muy propio de la hija de los libreros. ¿Ha venido a ver a Graham? —Mi amiga hizo una mueca cuando pronunció el nombre y yo me alegré de que también pensara que ese chico era un fanfarrón.

—Sí —contesté—. Pero... espera, ¿y tú por qué estás aquí?

El hermano de Olive había formado parte del equipo de natación hasta que se había graduado el año anterior. Olive había intentado entrar al equipo femenino pero fracasó.

—Mi primo Eli nada en el equipo de Sudbury.

La madre de Olive apartó la vista de la piscina y me miró.

—Hola, Emma. Ven y siéntate con nosotros. —En cuanto me senté al lado de su hija, la señora Berman volvió a prestar atención a la competición.

Eli quedó en tercer lugar y la señora Berman apretó los puños frustrada y negó con la cabeza. Después se volvió hacia Olive y hacia mí.

—Voy a dar a Eli un abrazo de consolación y luego, Olive, podemos irnos a casa —dijo.

Quise preguntarle si podía acompañarlas. Olive vivía a cinco minutos de mi casa, que estaba entre la de ellas y la salida de la autopista, pero me costaba mucho pedir cosas a la gente. Me sentía más cómoda si rodeaba el asunto en vez de ir directa al grano.

—Será mejor que busque a Marie —comenté—. Para ver si nos vamos ya.

—Podemos llevarte nosotras —señaló Olive—, ¿verdad, mamá?

—Por supuesto —respondió la señora Berman mientras se levantaba y empezaba a moverse por las gradas abarrotadas—. ¿Quieres venir a despedirte de Eli? ¿O me esperáis las dos en el coche?

—En el coche —repuso Olive—. Pero di adiós a Eli de mi parte.

Mi amiga metió la mano en mi bolsa de Doritos y se sirvió ella misma.

—Muy bien —dijo en cuanto su madre no pudo oírnos—. ¿Has visto a esa chica al otro lado de la piscina, hablando con el chico del bañador rojo?

—¿A quién?

—A la chica de la coleta. La que estaba hablando con alguien del equipo de Eli. Sinceramente, creo que es la chica que está más buena del mundo. Del universo. La más guapa que ha existido en toda la historia de la humanidad.

Miré en dirección a la piscina, en busca de una chica con una coleta. Pero no vi a nadie parecido.

—¿Dónde? —pregunté.

—Vale, ahora está cerca del trampolín. —Olive me la señaló—. Justo allí. La que está al lado de Jesse Lerner.

—¿Quién? —dije, siguiendo el dedo de mi amiga hasta el trampolín.

Y, efectivamente, vi a una chica muy guapa con coleta. Pero me dio lo mismo.

Porque también vi al chico alto, delgado y musculoso que había junto a ella.

Tenía una mirada intensa, un rostro anguloso y unos labios carnosos. Llevaba el pelo castaño claro despeinado y erizado, sin duda porque acababa de quitarse el gorro de natación. Por el color de su bañador supe que era alumno de mi instituto.

—¿La ves? —quiso saber Olive.

—Sí. Es bastante guapa. Pero el chico con el que está hablando... ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—¿Quién? ¿Jesse Lerner?

—Sí. ¿Quién es Jesse Lerner?

—¿Pero cómo es que no sabes quién es Jesse Lerner?

Me volví hacia Olive.

—No lo sé. Sencillamente, no lo sé. ¿Quién es?

—Vive en la misma calle que los Hughes.

Miré de nuevo a Jesse, que en ese momento estaba recogiendo un par de gafas de natación del suelo.

—¿Va al mismo curso que nosotras?

—Sí.

Olive siguió hablando, pero mi cabeza ya había empezado a silenciarla. En lugar de prestarle atención, observé cómo Jesse se iba al vestuario con el resto del equipo. Graham iba a su lado y le puso una mano en un hombro un instante antes de colocarse delante de él en la fila que se había formado. No pude evitar fijarme en cómo se movía, en la seguridad con la que ponía un pie delante del otro. Era el más joven de todos los nadadores (un novato de primero), pero parecía sentirse como en casa, circulando frente a todo el mundo con un diminuto bañador.

—Emma —dijo Olive—, te lo estás comiendo con los ojos.

Y, en ese preciso instante, Jesse giró ligeramente la cabeza y me miró durante una fracción de segundo.

Aparté la mirada de inmediato.

—¿Qué has dicho? —pregunté a Olive, intentando fingir que estaba pendiente de la conversación.

—He dicho que te lo estabas comiendo con los ojos.

—No es verdad.

Ahí fue cuando la señora Berman regresó a nuestro lado de las gradas.

—Creía que me ibais a esperar en el coche —dijo.

—¡Lo siento! —Olive se puso de pie de un salto—. Ya vamos.

—Lo siento, señora Berman —dije y las seguí detrás de las gradas hasta la salida.

Justo antes de llegar a la puerta, me detuve un momento para echar un último vistazo a Jesse y pude ver un atisbo de su sonrisa. Era amplia, deslumbrante, sincera y de esas en las que uno enseña todos los dientes. Una sonrisa que le iluminaba toda la cara.

Me pregunté cómo sería sentir esa sonrisa dirigida a mí, ser la causa de un gesto como ese, y de pronto, mi reciente flechazo por Jesse Lerner se convirtió en un enorme globo hinchado capaz de levantarnos a ambos y hacernos volar si hubiéramos ido agarrados a él.

Esa semana, me percaté de la presencia de Jesse en los pasillos del instituto casi todos los días. Ahora que sabía quién era, empecé a verlo por todas partes.

—Es el fenómeno Baader-Meinhof, o fenómeno de ilusión de frecuencia —me comentó Olive cuando hablé de ello durante el almuerzo—. Mi hermano me lo explicó hace poco. Ni siquiera sabes que existe algo, hasta que te enteras de lo que es y comienzas a verlo por todos los lados. —Mi amiga se quedó pensativa un instante—. ¡Vaya! Creo que estoy experimentando un fenómeno Baader-Meinhof sobre el *propio* fenómeno Baader-Meinhof.

—¿También ves a Jesse por todos los lados? —pregunté. No sabía si había entendido del todo lo que me había explicado. Ese mismo día, un poco antes, me lo había encontrado al salir de clase de español. Estaba hablando con Carolyn Bean cerca de la taquilla de ella. Carolyn Bean era la capitana del equipo de fútbol femenino. Siempre llevaba el pelo rubio recogido en un moño con una diadema. Jamás la había visto sin brillo labial. Si ese era el tipo de chica que le gustaba a Jesse, no tenía ninguna posibilidad.

—No más de lo normal —respondió Olive—. Pero siempre veo mucho a Jesse. Va conmigo a clase de álgebra.

—¿Sois amigos?

—En realidad, no —dijo ella—. Pero es un chico muy majo. Deberías presentarte y hablar con él.

—Eso es una locura. No puedo llegar y ponerme a hablar con él como si nos conociéramos de toda la vida.

—Claro que puedes.

Negué con la cabeza y aparté la mirada.

—No digas tonterías.

—Eres *tú* la que dice tonterías. Es un chico de nuestra clase. No Keanu Reeves.

Si pudiera hablar con Jesse Lerner, me daría igual Keanu Reeves.

—No puedo presentarme sin más, es una locura —sentencié. Después recogí mi bandeja y me dirigí al cubo de la basura. Olive me siguió.

—Está bien. Pero es un chico muy majo.

—¡No me digas eso! —exclamé—. Así me siento peor.

—¿Prefieres que diga que es un imbécil?

—¡No lo sé! —me quejé—. No sé qué es lo que quiero que digas.

—Estás siendo un poco insoportable —comentó mi amiga, sorprendida.

—Ya lo sé, ¿vale? Es solo que... Vamos. Te invito a un paquete de galletas.

En aquella época, un paquete de setenta y cinco centavos bastaba para compensar mi mal comportamiento. Así que fuimos al mostrador, me metí la mano en el bolsillo y conté el dinero que me quedaba.

—Tengo justo un dólar con cincuenta —dije, mientras seguía a Olive al final de la fila—. Nos da para un paquete para cada una. —Alcé la vista y vi a mi amiga con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué pasa?

Me hizo un gesto con la mirada.

Jesse Lerner estaba delante de nosotros. Llevaba unos vaqueros oscuros, una camiseta de Smashing Pumpkins y un par de Converse One Stars negras.

E iba de la mano de Carolyn Bean.

Olive me miró e intentó medir mi reacción. Yo me limité a mirar hacia delante, como si no me importara en absoluto.

Y entonces me fijé en que Carolyn Bean soltaba la mano de Jesse, se metía la suya en el bolsillo, sacaba un tubo de bálsamo labial y se lo aplicaba en los labios.

Como si no tuviera bastante con que le diera la mano, encima tenía que ser testigo de su audacia al soltarla.

En ese momento la odié con todas mis fuerzas. Odié a esa estúpida jugadora de fútbol, con su diadema en la cabeza y su bálsamo labial con sabor a Dr. Pepper.

Si Jesse terminaba agarrándome de la mano alguna vez, no se la soltaría nunca. Jamás de los jamases.

—Salgamos de aquí —le dije a Olive.

—Sí. Podemos comprar algo en la máquina expendedora.

Me marché de la cafetería deprimida y perdidamente enamorada, y nos dirigimos a la máquina que había en la sala de música.

Compré dos barritas de chocolate y le di una a Olive. Luego devoré la mía como si fuera lo único capaz de llenar el hueco que se había instalado en mi corazón.

—Lo he superado —dije—. Ha sido un flechazo de lo más tonto, pero se acabó. Fin. En serio.

—Está bien —dijo mi amiga, medio riéndose de mí.

—No, en serio. Se acabó de verdad.

—Claro, claro —repuso ella, alzando las cejas y torciendo los labios.

Y entonces oí una voz detrás de mí.

—¿Emma?

Me volví para ver a Sam salir de la sala de música.

—¡Ah! Hola —saludé.

—No sabía que a esta hora tenías un descanso para comer.

Asentí.

—Sí.

—Bueno, creo que en breve vamos a tener nuestro primer turno juntos —dijo—. Me refiero a la librería, mañana.

—¡Oh, sí! —El martes, Marie se había llevado mi cedé de Fiona Apple sin pedirme permiso antes y yo la había llamado «gilipollas redomada» lo suficientemente cerca de mis padres para que ellos lo oyeran, así que me habían obligado a trabajar un turno extra en la librería el viernes. En mi familia, en vez de castigarte o revocarte algún privilegio, te redimías trabajando más. Los turnos de más en la librería eran la forma en la que nuestros progenitores nos daban lecciones, obteniendo a su vez mano de obra gratis. Y, por si fuera poco, si ese viernes por la tarde-noche trabajaba en la tienda, no solo no podría salir con Olive, sino que ellos estarían libres y podrían ir al cine.

—¿Mañana? —preguntó mi amiga—. Creía que íbamos a pasar un rato juntas en mi casa después de clase.

—Lo siento —me disculpé—. Se me ha olvidado que tenía que trabajar.

El timbre sonó, indicando que tenía que empezar a ponerme en marcha e ir a clase de Geografía.

—¡Vaya! —dijo Olive—. Tengo que irme. Me he dejado el libro en la taquilla.

Olive no me esperó; ni siquiera se ofreció a hacerlo. Nada se interponía entre ella y la puntualidad.

—Yo también tengo que irme —dije a Sam, que no parecía tener prisa por ir a ningún lado—. Tenemos examen de Geografía.

—¡Oh, sí! No quiero que llegues tarde —comentó Sam—. Solo quería saber si querías que te llevara. Mañana. A la librería, después del instituto.

Lo miré confundida. No porque no entendiera lo que estaba diciendo. Comprendía perfectamente en qué consistía el mecanismo de subirse a un coche para que me llevaran del instituto al trabajo. Pero me sorprendió la oferta, que se hubiera planteado siquiera el hecho de ofrecerse.

—Tengo carné y he heredado el Camry de mi hermano —me explicó. Parecía que todo el mundo del instituto heredaba Camrys o Corollas—. Así que he pensado que no hacía falta que fueras en autobús. Eso es todo.

Estaba siendo muy atento. Y eso que apenas me conocía.

—Claro —dije—, me parece una idea estupenda.

—¿Quedamos en el aparcamiento después de clase? —preguntó.

—Fantástico. Gracias. Es todo un detalle por tu parte.

—No te preocupes —dijo él—. Te veo mañana.

Mientras caminaba hacia las puertas dobles al final del pasillo para ir a clase, se me ocurrió que tal vez había llegado el momento de hacerme amiga de quien quisiera y dejar de preocuparme tanto por rechazar todo aquello que a Marie le gustara.

Quizás había llegado el momento de... ser yo misma.

Al día siguiente fui a clase con un suéter de punto rojo y unos pantalones de vestir porque mis padres me habían pedido que nunca llevara vaqueros en la tienda. Diez minutos después de que sonara el último timbre, vi a Sam apoyado contra el capó de su coche en el aparcamiento del instituto, esperándome.

—Hola —dije mientras me acercaba.

—Hola. —Vino hacia el lado del copiloto y me abrió la puerta. Nadie había tenido un gesto como ese por mí nunca, excepto mi padre, que solía hacerlo de broma.

—¡Oh! —Me quité la mochila y la dejé en el asiento—. Gracias.

Sam me miró sorprendido un instante, como si no estuviera seguro de por qué le estaba dando las gracias.

—¿Por la puerta? De nada.

Me acomodé en el asiento del copiloto mientras Sam rodeaba el coche. Cuando entró, esbozó una sonrisa nerviosa y puso en marcha el motor. Y, de pronto, de los altavoces salió música *jazz*.

—Lo siento —dijo—. A veces necesito un pequeño incentivo para animarme por la mañana.

Me eché a reír.

—Te entiendo.

Bajó el volumen de la música, pero no la apagó del todo, y poco a poco fue impregnando el interior del coche. Después, Sam puso la marcha atrás, giró el cuerpo hacia mí, apoyó el brazo en el respaldo de mi asiento y sacó el vehículo del aparcamiento.

Su coche estaba hecho un desastre. Había papeles en el suelo, envoltorios de chicle y púas de guitarra por el salpicadero. Miré los asientos traseros y vi una guitarra, una harmónica y dos estuches de instrumentos negros.

Volví a mirar al frente.

—¿Quién es? —pregunté, señalando la radio.

Sam estaba pendiente del flujo constante de vehículos a su izquierda, esperando la oportunidad para meterse en la carretera.

—Mingus —respondió sin mirarme.

En cuanto vio una pequeña abertura para poder unirse al tráfico, movió el coche y giró rápidamente el volante, accediendo sin problema a la circulación. Después de eso, se relajó y se volvió hacia mí.

—Charles Mingus —explicó—. ¿Te gusta el *jazz*?

—Nunca me he parado a escucharlo en serio, así que no lo sé.

—Está bien. —Sam subió el volumen—. Escuchémoslo entonces y así sabrás si te gusta o no.

Asentí y sonreí para mostrarle que estaba de acuerdo. El único problema era que, a los tres segundos de escuchar a Charles Mingus, tuve claro que no me iba mucho y no supe cómo pedirle de forma educada que lo apagara. Así que me quedé callada.

Cuando entramos a la librería, mi padre estaba en la caja registradora. Su rostro se iluminó nada más verme.

—Hola, cariño —dijo, centrándose únicamente en mí. Luego se volvió un instante—. ¡Hola, Sam!

—Hola, papá. —No me gustaba la idea de que me llamara «cariño» delante de ningún estudiante de mi instituto. Pero como quejarme solo iba a empeorar las cosas, decidí pasarlo por alto.

Sam se fue directo a la trastienda.

—Voy un momento al baño y enseguida le relevo, señor Blair.

Mi padre levantó el pulgar a modo de respuesta y se volvió hacia mí.

—¿Cómo te ha ido hoy? —preguntó mientras yo metía la mochila debajo del mostrador—. Cuéntamelo todo.

Eché un vistazo a mi alrededor y vi que el único cliente que había en la tienda era un señor mayor leyendo una biografía militar. Estaba fingiendo que solo la estaba hojeando, pero lo cierto es que se le veía completamente absorto en la lectura. Parecía estar a punto de lamerse el dedo para pasar de página o doblar la esquina de la hoja para marcar su capítulo favorito.

—¿No se supone que vas a salir por ahí con mamá?

—¿Cuántos años te crees que tengo? —inquirió, mirando su reloj de pulsera—. No son ni las cuatro de la tarde. ¿Crees que voy a llevar a cenar a tu madre a uno de esos restaurantes que hacen ofertas especiales a los jubilados para que cenén a la hora de la merienda?

—Y yo qué sé. —Me encogí de hombros—. Habéis sido vosotros los que me habéis obligado a venir a trabajar hoy para poder ir al cine juntos.

—Hemos hecho que vengas a trabajar porque fuiste muy grosera con tu hermana —aclaró, con un tono normal, sin rastro de reprimenda. Mis padres no eran de los que guardaban rencor. Sus castigos y muestras de decepción no eran muy intensos. Como si estuvieran cumpliendo unas reglas establecidas por otras personas. *Tú actuaste de este modo y por eso nosotros debemos*

hacer esto otro. Que cada uno cumpla con su parte para poder zanjarlo cuanto antes.

Algo que cambiaría unos años después, cuando llamé a casa en mitad de la noche para pedirles que vinieran a buscarme a comisaría. De repente, ya no era una forma divertida de dar lecciones. De pronto, los decepcioné de verdad. Pero en ese momento, el riesgo era mínimo y la disciplina era casi como un juego.

—Sé que tú y Marie no sois las mejores amigas del mundo —dijo mi padre, colocando una pila de marcapáginas que había junto a la caja registradora. Cuando mi tío abuelo abrió la librería, allá por la década de los sesenta, encargó unos marcapáginas superhorteras con un globo terráqueo y un avión volando a su alrededor en el que podía leerse: «Viaja por el mundo a través de un libro». A mi padre le encantaban y se negó a actualizar el diseño. Así que seguíamos teniendo los mismos y los mandaba imprimir una y otra vez.

Cada vez que tenía uno en la mano, me sorprendía lo bien que simbolizaban lo que precisamente más me molestaba de esa librería.

Yo iba a viajar por el mundo, viajando *por él*.

—Pero un día, antes de lo que te imaginas —continuó mi padre—, las dos os daréis cuenta de lo mucho que os necesitáis la una a la otra.

A los adultos les encanta decir a los adolescentes que «un día» o «tarde o temprano» les van a pasar un montón de cosas. Y que esas cosas les pasarán «antes de lo que se imaginan». Pero lo que más les gusta es enfatizar cómo el tiempo «pasa volando».

Con el tiempo, aprendí que casi todo lo que me dijeron mis padres resultó ser cierto. Mis años de universidad «pasaron volando». Lo que pensaba sobre Keanu Reeves cambió «tarde o temprano». Y «antes de lo que me imaginaba» había cumplido los treinta. Y, tal y como me dijo mi padre esa tarde, «un día» terminé necesitando mucho, muchísimo, a mi hermana.

Pero en ese momento me encogí de hombros tal y como hacían todos los adolescentes del país ante cualquier frase que les dijeran sus padres.

—Marie y yo nunca vamos a ser amigas. Jamás. Y me gustaría que dejarais de intentarlo de una vez por todas.

Mi padre me escuchó, asintió despacio con la cabeza y luego miró hacia otro lado y se dedicó a colocar otra pila de marcapáginas. Pero entonces, se volvió hacia mí y me soltó:

—Te he entendido perfectamente. —Que era lo que siempre me decía cuando decidía que no quería hablar más de un asunto.

Sam regresó y se unió a nosotros en la caja registradora. El cliente que estaba leyendo el libro se acercó con él en la mano y nos pidió que se lo reserváramos para el día siguiente. Sin duda para volver y continuar leyéndolo como si fuera suyo. Mi padre actuó como si estuviera encantado de guardárselo. Siempre se mostraba muy amable con los extraños.

Justo después de que el hombre se fuera, mi madre salió de su despacho de la trastienda. Por desgracia, mi padre no la vio.

—Voy a decirle a tu madre que es hora de irse —señaló. Intenté detenerlo, pero antes de que me diera tiempo a hacer nada, estaba volviendo la cabeza y gritando—: ¡Ashley, ya han llegado Emma y Sam!

—¡Por Dios, Colin! —se quejó mi madre, llevándose una mano a la oreja—. Estoy aquí.

—¡Oh! Lo siento. —Hizo una mueca de disculpa y luego tocó con ternura la oreja a mi madre. Los gestos como esos, esas pequeñas demostraciones de intimidad entre ellos, eran lo que me hacían pensar que mis padres seguramente seguían manteniendo relaciones sexuales. Algo que me asqueaba y tranquilizaba a la vez.

Los padres de Olive siempre parecían estar al borde del divorcio. Y una amiga de mi hermana, Debbie, prácticamente vivió en nuestra casa durante un par de meses cuando sus padres lidiaron con su separación unos años antes.

Yo era lo suficientemente lista para saber que tenía suerte al tener unos padres que todavía se querían.

—Pues muy bien, como ya estáis aquí, nosotros nos vamos —dijo mi madre, antes de volver a la trastienda a recoger sus cosas.

—Creía que era demasiado pronto para hacer nada —le comenté a mi padre.

—Sí, pero ¿para qué quedarnos cuando nuestra hija está aquí para hacer el trabajo por nosotros? —replicó él—. Si nos damos prisa, podemos ir a casa y echarnos una cabezadita discotequera.

—¿Qué es una cabezadita discotequera? —preguntó Sam.

—No, Sam; es una trampa —le advertí.

Sam se rio. Yo nunca hacía reír a la gente. No era tan graciosa como Olive. Pero en ese momento, Sam hizo que me sintiera como si lo fuera.

—Una cabezadita discotequera, querido Samuel, es una siesta que te echas antes de salir de juerga. Verás, en los setenta...

Me alejé de ellos, huyendo del aburrimiento, y empecé a organizar la mesa de los libros más vendidos que había junto a la ventana. A Marie le gustaba colar sus novelas favoritas allí para dar una oportunidad a los autores

que más la atraían. El único interés que yo tenía al respecto era mantener las pilas rectas. No me gustaban las esquinas díscolas.

Solo volví a prestar atención cuando oí a Sam responder a la historia de mi padre sobre haber ganado un concurso en una discoteca de Boston, riéndose y diciendo:

—Siento decirle esto, pero no es una historia muy buena.

Alcé la cabeza y miré a Sam impresionada.

Mi padre se rio y negó con la cabeza.

—¿Sabes lo que hacía cuando tenía tu edad y algún adulto me contaba una historia mala?

—¿Memorizarla para aburrirnos con ella? —intervine yo.

Sam volvió a reírse. Mi padre, a pesar de intentar fingir que aquello le había dolido, hizo otro tanto.

—Da igual. Quedaos aquí trabajando mientras yo salgo a divertirme.

Sam y yo intercambiamos una mirada.

—¡Ja! ¿Quién se ríe ahora, eh?

Minutos después, mi madre regresó con sus pertenencias y mis padres salieron por la puerta y se metieron en el coche para ir a echar sus cabezaditas discotequeras. Durante un instante, me quedé atónita por que me hubieran dejado sola en la librería con Sam. ¿Dos menores de diecisiete años a cargo del negocio toda la tarde? De pronto me sentí más madura. Como si me pudieran confiar las responsabilidades propias de un adulto.

Y ahí fue cuando apareció Margaret, la encargada adjunta de la tienda, y me di cuenta de que mis padres la habían llamado para que nos supervisara.

—Estaré en la trastienda organizando el horario de la próxima semana —nos dijo Margaret nada más entrar—. Dadme un grito si necesitáis cualquier cosa.

Miré a Sam, que estaba al lado de la caja registradora, con los codos apoyados en el mostrador.

Fui a la sección de biografías y me puse a ordenar los libros allí también. La tienda estaba vacía. Me parecía una tontería tener a dos personas atendiendo y a una en la oficina de la trastienda, pero sabía que yo estaba allí para cumplir un castigo y que mis padres querían dar a Sam horas extras.

Al cabo de un rato, decidí sentarme en el suelo y ponerme a hojear guías de viaje de Fodor hasta que entrara algún cliente.

—Entonces, ¿qué te ha parecido Charles Mingus? —preguntó Sam.

Me sorprendió ver que ya no estaba en la zona de la caja registradora, sino a unos pocos pasillos de mí, reponiendo periódicos.

—¡Oh! —dije—. Pues que está muy bien.

Sam se rio.

—Eres una mentirosa. No te ha gustado nada de nada.

Me volví y lo miré un tanto avergonzada por tener que reconocer la verdad.

—Lo siento. Tienes razón. No me ha gustado.

—Bueno. Todavía puedes disfrutar del *jazz* —razonó Sam—. Que no te haya gustado Mingus no significa que... —Se le fue apagando la voz a medida que veía la expresión de mi cara—. ¿Ya has decidido que pasas de todo el *jazz*?

—Tal vez —dije, incómoda—. No creo que el *jazz* sea lo mío.

Se llevó la mano al pecho como si acabara de asestarle una puñalada en el corazón.

—¡Oh, venga ya! —dije—. Seguro que hay un montón de cosas que a mí me encantan y que a ti no te gustan nada.

—Ponme a prueba.

—*Romeo y Julieta* —respondí con total confianza. En el instituto, estaba más que demostrado que esa era una de las líneas divisorias entre los chicos y las chicas.

Sam había vuelto a mirar los periódicos que tenía delante.

—¿La obra de teatro? —preguntó.

—¡La película! —le corregí.

Negó con la cabeza como si no supiera de lo que estaba hablando.

—¿Nunca has visto *Romeo y Julieta* con Leonardo DiCaprio?

Sabía que había otras versiones de *Romeo y Julieta*, pero en esa época no había otro Romeo que no fuera Leo. Ni tampoco una Julieta que no fuera Claire Danes.

—No suelo ver muchas de las películas que sacan nuevas —explicó Sam.

Una madre entró con su hijo y se dirigieron directamente a la sección infantil.

—¿Tenéis *El conejo de felpa*? —preguntó la madre.

Sam asintió y la llevó hasta las estanterías al final de la tienda.

Yo fui hasta la caja. Cuando regresaron, estaba lista para registrar la compra, con una bolsa de plástico verde y un marcapáginas con «Viaja por el mundo a través de un libro». En cuanto salieron por la puerta, me volví hacia Sam. Estaba de pie a un lado, apoyado en una mesa, sin nada que hacer.

—Entonces, ¿qué te gusta hacer? —pregunté—. Ya que no te gusta el cine.

Sam se quedó pensativo un instante.

—Bueno, estudio mucho —dijo—. Y, aparte de eso, entre mi trabajo aquí, formar parte de la banda del instituto, la orquesta y el grupo de *jazz*..., no tengo mucho tiempo.

Lo miré. Cada vez pensaba menos en que Marie creía que era mono y más en el hecho de que también me lo parecía a mí.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me alejé de las estanterías que tenía frente a mí y fui hacia él.

—Creo que así es como funcionan las conversaciones, así que adelante —respondió con una sonrisa.

Me reí.

—¿Por qué estás trabajando aquí?

—¿A qué te refieres?

—Si estás tan ocupado, ¿por qué pasas tanto tiempo trabajando en una librería?

—¡Ah! —dijo Sam, pensativo—. Bueno, tengo que hacerme cargo del seguro de mi coche y quiero comprarme un móvil. A mis padres les parece bien siempre que me lo pague yo.

Entendía esa parte. Casi todas las personas que conocía tenían un trabajo fuera del horario lectivo, excepto aquellos que hacían de socorristas en verano y ahorraban lo suficiente para hacer frente a sus gastos el resto del año.

—Pero ¿por qué aquí? Podrías trabajar en la tienda de discos que hay en esta misma calle. O en la tienda de instrumentos de la calle principal.

Sam volvió a meditar su respuesta.

—No lo sé. Llegué a plantearme echar un currículo en ellas. Pero al final me di cuenta de que solo quería trabajar en un lugar que no tuviera nada que ver con la música.

—¿Qué quieres decir?

—Toco seis instrumentos. Y necesito practicar de forma constante. Toco el piano al menos una hora al día. Así que es bueno tener, por lo menos, una cosa no relacionada con acordes, notas y... —Durante un momento, parecía perderse en su mundo, aunque enseguida volvió a la realidad—. A veces solo quiero hacer algo totalmente diferente.

No podía imaginar lo que era ser él, tener algo en la vida que te apasionara tanto como para que necesitaras tomarte un descanso de ello de vez en cuando. Yo no tenía ninguna pasión en particular. Lo único que sabía era que no compartía la pasión de mi familia. No eran los libros.

—¿Qué instrumentos? —quise saber.

—¿Mmm?

—Que cuáles son los seis instrumentos que tocas.

—¡Ah!

En ese momento entraron un trío de chicas del instituto. No sabía cómo se llamaban, pero las había visto por los pasillos. Eran veteranas del último curso, eso seguro. Se reían y bromeaban entre ellas, sin prestarnos atención ni a Sam, ni a mí. La más alta fue a la sección de novedades de ficción y las otras dos se quedaron en la zona de ofertas, tomando algún que otro libro para reírse de ellos.

—Piano —dijo Sam—. Ese fue el primero. Empecé en segundo. Y luego, veamos... —Extendió el pulgar para comenzar a contar y fue alzando un dedo por cada instrumento—. Guitarra, eléctrica y acústica, que voy a contar como una. El bajo, eléctrico y acústico, que también cuento como uno, aunque son completamente diferentes.

—Así que, por ahora, tenemos cinco, aunque dices que solo son tres.

Sam se rio.

—Exacto. También la batería, un poco. Es lo que peor se me da. Estoy haciendo mis pinitos, pero voy mejorando. Y la trompeta y el trombón. Además, hace poco me he comprado una armónica, solo para ver cuánto tardo en aprender a tocarla. Por ahora me está yendo bien.

—Entonces siete —dije yo.

—Sí, pero la armónica no cuenta. No todavía.

En ese momento, deseé que mis padres me hubieran animado a elegir algún instrumento cuando estaba en segundo de primaria. A esas alturas ya me parecía demasiado tarde. Siempre es fácil decirte que es demasiado tarde para hacer algo. Yo empecé a hacerlo a los catorce años.

—¿Es como aprender idiomas? —pregunté—. Olive se ha criado hablando inglés y coreano y dice que, gracias a eso, ahora no le cuesta aprender otros idiomas.

Sam lo pensó un instante.

—Sí, lo mismo. De pequeño hablaba un poco de portugués y en clase de español puedo intuir algunas palabras. Lo mismo pasa con la guitarra y el bajo. Aprender a tocar la primera te ayuda con el segundo.

—¿Por qué hablabas portugués? —quise saber—. ¿Tus padres son de Portugal?

—Mi madre es hija de brasileños —dijo—. Pero nunca hablé con fluidez. Solo sé algunas palabras.

La chica más alta fue hacia la caja registradora, así que dejé el libro en mi mano y me puse detrás del mostrador.

Me di cuenta de que iba a comprar una novela de Danielle Steel. Cuando registré la compra me dijo:

—Es para mi madre. Por su cumpleaños.

Como si la estuviera juzgando o algo parecido. Pero no lo estaba. Nunca lo hacía. Estaba demasiado ocupada preocupándome por que los demás me juzgaran.

—Seguro que le gusta —comenté.

Le dije el precio total y me tendió su tarjeta de crédito.

Lindsay Bean.

Enseguida me di cuenta del parecido. Era como una versión mayor y más delgada de Carolyn. Metí el libro en la bolsa y se lo entregué. Sam, que estaba observando todo, hizo un gesto hacia los marcapáginas, recordándome que debía incluir uno.

—¡Oh, espera! —indiqué—. Toma este marcapáginas.

Agarré uno y lo introduje en la bolsa.

—Gracias —dijo Lindsay.

Me pregunté si se llevaba bien con Carolyn, cómo sería la relación de las hermanas Bean. Quizá se querían y les encantaba estar juntas, disfrutar de su mutua compañía y salir la una con la otra. Puede que Lindsay no dejara sola a Carolyn en la tienda cuando iba a comprarse unos vaqueros.

Sabía que era una tontería asumir que la vida de Carolyn era mejor que la mía solo porque el día anterior la había visto de la mano de Jesse Lerner en la fila de la cafetería. Pero también sabía que, precisamente por ese hecho, su vida *ya* era mejor que la mía.

El sol comenzaba a ponerse. Los coches transitaban con las luces encendidas. A menudo, a esa hora de la tarde, las tenues luces de los monovolúmenes eran lo suficientemente intensas para brillar en el escaparate.

Y eso fue justo lo que pasó cuando Lindsay y sus amigas salieron de la tienda. Un enorme monovolumen de color champán aparcó enfrente de la librería y la luz de sus faros me dio de lleno. Cuando el conductor apagó el coche, pude ver de quién se trataba.

Jesse Lerner iba sentado en el asiento del copiloto, junto a un conductor que seguramente era su padre.

Entonces se abrió la puerta trasera del coche y de él salió Carolyn Bean.

Jesse también salió del vehículo y dio un abrazo de despedida a Carolyn, que se subió al coche de su hermana con sus dos amigas.

Luego, Jesse regresó al monovolumen de su padre, mirando la tienda mientras lo hacía. No sé si llegó a verme. Dudaba que realmente estuviera *viendo* algo del mismo modo en que yo lo hacía.

Pero fui incapaz de apartar la vista de él. Seguí mirándolo incluso después de que el coche de Lindsay y Carolyn se marchara, y el padre de Jesse volviera a encender las luces y abandonara el aparcamiento.

Cuando volví a prestar atención a lo que estaba haciendo, sentí una especie de opresión en el corazón. Como si Jesse Lerner estuviera destinado a ser mío y me obligaran a presenciar aquella injusticia.

Rocé sin querer la pila de marcapáginas con la mano, desordenándolos, pero volví a colocarlos enseguida.

—Me estaba preguntando —soltó Sam.

—¿El qué?

—Si te gustaría ir al cine conmigo algún día.

Me volví y lo miré sorprendida.

En ese momento, estaba demasiado abrumada. Había visto a Jesse con Carolyn, las luces de los faros deslumbrándome, el hecho de que parecía que alguien *seguramente* me estaba pidiendo una cita.

Debería haber respondido con un «sí» o un «pues claro», pero me limité a decir:

—¡Oh! Pues...

Y nada más.

—No te preocupes —dijo Sam con una expresión que denotaba que estaba deseando poner fin a la incómoda situación—. Lo entiendo.

Y así fue como hice creer a Sam Kemper que solo lo quería como amigo.

Dos años y medio después, Sam se graduó.

En segundo, me pasé buena parte del curso intentando que Sam volviera a pedirme una cita. Bromeé sobre no tener nada que hacer los sábados por la noche, e incluso llegué a insinuarle de forma vaga que no habría estado mal que nos viéramos fuera de la librería, pero no captó la indirecta y yo fui demasiado cobarde para preguntárselo directamente. Así que dejé que las cosas se quedaran como estaban.

Y, con el tiempo, Sam y yo nos hicimos muy buenos amigos.

Por eso asistí con mis padres a su graduación, para acompañarlo mientras estaba sentado con su toga y birrete bajo un calor sofocante.

Marie todavía no había vuelto a casa para las vacaciones de verano. Estaba estudiando Filología Inglesa en la Universidad de New Hampshire, y dedicaba todo su tiempo libre a escribir y enviar sus historias a revistas literarias. Aún no le habían publicado ninguna, pero todo el mundo estaba seguro de que pronto lograría su sueño. Graham también había ido a la misma universidad. Sin embargo, Marie había roto con él dos meses después de empezar las clases. En ese momento estaba saliendo con un chico llamado Mike, que era hijo de los propietarios de una cadena de tiendas de artículos de deporte. Mi hermana solía bromear diciendo que, si algún día se casaban, fusionarían ambos negocios. «¿Lo entendéis? Así venderemos libros y artículos de deporte en la misma tienda», explicaba.

Como le había dicho a Olive, Marie era un pozo sin fondo a la hora de soltar tonterías que me provocaban náuseas. Pero como a nadie más parecía entrarle ganas de vomitar cuando estaba a su lado, mis padres la ascendieron a encargada adjunta de la tienda ese verano.

Margaret acababa de jubilarse y Marie había presionado mucho para que le dieran el puesto. Me sorprendió que a mi madre no le gustara mucho la idea. «Debería estar disfrutando de sus días como universitaria», dijo. «Y no volver aquí y asumir toda esa responsabilidad».

Pero a mi padre le hacía tanta ilusión, que incluso suavizó mis reticencias. Hasta le hizo una insignia de encargada para que la llevara puesta, cuando ninguno llevábamos etiquetas de ningún tipo. Y también le dijo a mi madre que no podía estar más feliz de poder pasar el verano con sus dos hijas en la librería.

La sonrisa en su rostro y el brillo de sus ojos hicieron que me prometiera a mí misma intentar ser más amable con Marie. Pero empecé a dudar sobre si podría lograrlo antes incluso de que mi hermana volviera a casa.

No me hacía mucha gracia la idea de tener que pasarme el verano trabajando en la tienda. Sam ya había avisado el mes anterior de que dejaría de trabajar para nosotros, aunque continuó en la librería hasta el último día. En vez de quedarse en el pueblo, iba a irse unas semanas a hacer unas prácticas en un centro de musicoterapia en Boston. Y luego, en otoño, entraría en la Escuela de Música de Berklee.

Había sido su primera elección, y cuando lo admitieron, le felicité con un abrazo. Aunque enseguida le tomé el pelo por querer quedarse a estudiar tan cerca de casa. No obstante, algo había de verdad en mi pulla. En realidad, era incapaz de entender por qué su primera opción había sido estudiar en una región del país en la que había vivido toda su vida. Yo tenía la intención de estudiar en Los Ángeles. Había recibido un folleto de su universidad y me atrajo la idea de ir a una facultad en la que hiciera buen tiempo todos los días.

Esa tarde, cuando estaban a punto de pronunciar en voz alta el nombre de Sam en el campo de fútbol que habían transformado en auditorio para el evento, mis padres estaban discutiendo sobre la posibilidad de arreglar o no nuestro patio trasero. Tuve que propinar un codazo a mi padre en las costillas para llamarle la atención.

—Chicos —dije—, le toca a Sam.

—Samuel Marcos Kemper —anunció el director.

Los tres nos pusimos de pie y, junto con sus padres, que estaban sentados al otro lado del público, le dimos una gran ovación.

Cuando Sam volvió a sentarse, nuestras miradas se encontraron durante un instante y vi que esbozaba una sonrisa.



Cuatro horas después, Olive y yo estábamos en la cocina de la casa de Billy Yen, llenando nuestros vasos de plástico rojo con una cerveza corriente extraída de un barril de acero helado.

A mis casi diecisiete años, ya me había enrollado con dos chicos y había salido con Roby Timmer cuatro semanas, durante las cuales dejé que me metiera un poco de mano, aunque sin llegar muy lejos. Pero a esas alturas, tenía claro que quería dejar de ser virgen en cuanto llegara el momento adecuado, que esperaba que fuera más pronto que tarde.

Olive, por su parte, había confesado a sus padres que era bisexual, pero los dejó completamente descolocados cuando empezó a salir con Matt Jennings, así que mi amiga tuvo que armarse de paciencia y explicarles que «bisexual» no significaba «homosexual», sino *bisexual*. Y aunque parecieron entenderlo, volvieron a mostrarse desconcertados cuando Olive rompió con Matt y empezó a salir con una chica de la farmacia en la que trabajaba después de clase. Entendían lo que era ser homosexual y heterosexual, pero no entendían a Olive.

—¿Has visto quién ha venido? —preguntó mi amiga. Bebió un sorbo de cerveza e hizo una mueca—. Esto sabe a agua —dijo.

—¿Quién? —pregunté. Probé la mía y me di cuenta de que Olive tenía razón; esa cerveza estaba aguada. Pero me gustaba la cerveza aguada, porque no sabía tanto a cerveza.

—J-E-S-S-E —dijo mi amiga.

—¿Está aquí?

Olive asintió.

—Lo he visto antes. Al lado de la piscina.

Cuando supimos que iba a haber una fiesta, Olive y yo no nos enteramos de que la casa tenía piscina y no nos imaginamos que la gente iba a venir en biquini y bañador y se iba a tirar al agua y a desafiarse los unos a los otros. Pero aunque lo hubiéramos sabido, no habríamos llevado nuestros trajes de baño.

Bebí otro sorbo de cerveza y decidí terminármela de unos cuantos tragos. Después, volví a llenarme el vaso.

—Está bien —dije—. Entonces vamos a dar una vuelta a ver si lo vemos.

Jesse y Carolyn lo habían dejado en las vacaciones de primavera. Así que tampoco era tan descabellado tener la ilusión de que Jesse pudiera fijarse en mí.

Pero lo era. Era una soberana estupidez.

En ese momento ya era el capitán del equipo de natación y nuestro instituto llevaba tres temporadas seguidas de victorias. El periódico local le había dedicado un artículo titulado: «El prodigio de la natación, Jesse Lerner, bate el récord estatal de los quinientos metros libres». Sin duda era un chico que estaba fuera de mi alcance.

Olive y yo fuimos con nuestros vasos llenos a la parte trasera de la casa y nos unimos al caos que reinaba en el jardín y la piscina. En el porche de madera vimos a varias chicas riéndose y fumando cigarrillos de clavo. Cada

una de ellas iba con una camiseta de tirantes finos y pantalones de tiro bajo. Me avergonzaba vestir igual.

Yo llevaba una camiseta de tirantes negra y unos vaqueros de campana con la cinturilla cinco centímetros por debajo del ombligo. Entre los vaqueros y la camiseta había un hueco en el que podía verse una buena porción de mi vientre. Olive iba con unos chinos de estampado militar y una camiseta púrpura con cuello en forma de V; un atuendo con el que también enseñaba parte de la tripa. Cuando hoy veo fotos de esa época, me pregunto en qué estábamos pensando para salir de casa con el ombligo al aire.

—Por cierto, estás muy guapa —comentó Olive—. Se te ve más cañón que nunca.

—Gracias —dije.

Supuse que se refería a la forma en que llevaba el pelo castaño dorado, largo hasta la espalda y con la raya en medio. Pero también sospeché que tenía algo que ver con cómo me iba sintiendo con mi cuerpo a medida que crecía. Me sentía más cómoda con mi trasero y menos tímida con mi pecho. Era más alta y tenía una postura más erguida. Había empezado a usar máscara de pestañas marrón y colorete. Y me había convertido en una esclava del brillo de labios, como cualquier otra chica del instituto. No me consideraba en absoluto un hermoso cisne, pero ya no me veía como un patito feo. Estaba en un punto intermedio, y creo que empezaba a transmitir al exterior mi creciente confianza.

Olive agitó una mano frente a su cara cuando nos llegó el humo de los cigarrillos.

—¿Qué les hace pensar a estas chicas que porque su tabaco tenga un ligero aroma a nuez moscada voy a querer olerlo más que un cigarrillo normal? —Se alejó, bajando a la piscina para poner un poco de distancia entre nosotras y el humo.

Y en cuanto puse un pie en el suelo de hormigón que rodeaba la piscina, me di cuenta de quién estaba a punto de zambullirse en el agua.

Allí, con un bañador rojo y blanco y los dedos de los pies perfectamente alineados en el borde del trampolín estaba... Sam.

Tenía el pelo oscuro pegado a la cabeza. El torso completamente desnudo. Y justo debajo del pecho sin apenas vello y los musculosos pectorales, había una tableta de seis abdominales.

Sam tenía una tableta de seis abdominales.

¿Pero qué...?

Olive y yo contemplamos cómo se balanceaba sobre el trampolín, preparado para saltar y antes de volar por el aire.

Instantes después cayó sobre la piscina con el típico sonido que se oye cuando lo primero que golpea el agua es el vientre.

Alguien gritó: «¡Ohhh! Colega, eso ha tenido que doler». Y luego Sam sacó la cabeza de la piscina riéndose. Se sacudió el agua de los oídos y me miró.

Sonrió y empezó a nadar hacia el borde, mientras otro chico se zambullía detrás de él.

De pronto, comencé a ponerme nerviosa. Si Sam venía hacia mí, todo mojado y medio desnudo, ¿qué quería que sucediera?

—¿Otra cerveza? —me preguntó Olive, enseñándome su vaso para que viera que estaba vacío.

Asentí, creyendo que sería ella la que iría a por la bebida.

En cambio, dijo:

—Anda, sé buena. —Y me tendió su vaso.

Me reí.

—Eres como un grano en el trasero.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa.

Me acerqué al barril que había en el jardín y extraje lo justo para llenar un vaso antes de que el líquido dejara de correr.

—¡Oh, no! —Oí decir a alguien detrás de mí.

Me di la vuelta.

Jesse Lerner estaba a unos quince centímetros de mí, vestido con una camiseta, unos vaqueros y unas sandalias de cuero. Sonreía de forma confiada, aunque con un toque de timidez, como si supiera lo guapo que era y aquello le avergonzara.

—Te has terminado lo que quedaba en el barril —dijo.

Era la primera vez que Jesse me decía una oración completa. La primera vez que de sus labios salían un sujeto y un predicado dirigidos a mis oídos.

Lo único raro de todo aquello era que no parecía *nada* raro. En un abrir y cerrar de ojos, Jesse pasó de ser alguien distante a alguien con quien tenía la sensación de haber estado hablando toda la vida. No me sentí intimidada, como siempre imaginé que estaría si llegaba el momento. Tampoco estaba nerviosa. Fue como si me hubiera pasado años entrenando para una carrera y esta por fin hubiera comenzado.

—El que no corre, vuela —dije a modo de broma.

—Las reglas dicen que si te tomas la última cerveza, tienes que bebértela de un trago.

Y entonces, de entre la multitud, nos llegó el grito que ningún adolescente con un vaso de alcohol en la mano quiere oír:

—¡Policía!

Jesse volvió la cabeza para comprobar si era verdad, si no se trataba de una broma de mal gusto.

En el rincón más alejado del jardín, donde terminaba el camino de entrada, se podían ver las luces rojas y azules frente al césped.

Y luego se oyó una sirena.

Miré a mi alrededor en busca de Olive, pero ya iba de camino al bosque que había detrás de la casa y me estaba indicando que hiciera lo mismo.

Me quedé tan paralizada que se me cayeron los vasos al suelo, derramando la cerveza sobre mis pies. A continuación, sentí una mano agarrándome de la muñeca. Jesse estaba tirando de mí, llevándome en la dirección opuesta a la que iba el resto de la gente. No íbamos hacia el bosque de detrás, sino hacia los setos que separaban la casa con la del vecino. Todo el mundo se movía. Lo que hasta hacía un momento había sido el típico caos controlado de una fiesta de alumnos de instituto bebiendo cerveza, se había convertido en un barullo absoluto, con adolescentes corriendo por todos los lados. Era lo más cerca que había estado alguna vez de la anarquía.

Cuando Jesse y yo llegamos a los setos, me metió dentro de ellos la primera. Eran espesos y estaban llenos de espinas. Sentí las diminutas y afiladas púas raspándome la piel que llevaba al descubierto de los brazos y los tobillos.

Pero también eran lo bastante grandes como para que Jesse se colocara a mi lado, y proporcionaban la suficiente oscuridad como para mantenernos a salvo de los ojos de los agentes. Estábamos tan lejos de todos los demás que empezó a parecer un lugar tranquilo, siempre que obviaras el sonido de fondo de las sirenas y un sinfín de pasos corriendo de un lado a otro.

Podía sentir el cuerpo de Jesse a mi lado, su brazo rozando el mío.

—¡Ay! —se quejó en un susurro.

—¿Qué? —murmuré.

—Creo que me he cortado el labio con una espina.

Un fuerte halo de luz bañó los setos en los que estábamos escondidos y me quedé completamente quieta.

Podía oír mi propia respiración, notar el latido de mi corazón en mi pecho. Estaba aterrorizada; no me cabía la menor duda al respecto. En ese momento

estaba borracha. Si me atrapaban corría el peligro, no solo de decepcionar a mis padres, sino de terminar arrestada.

Dicho lo cual, era incapaz de negar el hormigueo de excitación que me recorrió por completo. Era emocionante contener la respiración mientras veías a un oficial de policía acercándose poco a poco, sentir el chute de adrenalina.

Después de un rato, la situación empezó a calmarse. Los pasos se alejaron y dejamos de ver luces. Las conversaciones cesaron y oímos a los coches marcharse. Me escocían los tobillos y estaba segura de que me habían picado uno o varios insectos. Al fin y al cabo, era mayo, y en Massachusetts eso significaba que todos los bichos andaban sueltos en busca de sangre.

No sabía muy bien cuándo hablar, cuándo romper el silencio.

Por un lado, parecía seguro salir de los setos, pero por otro, una nunca quiere meter la pata en una situación como aquella.

Oí a Jesse susurrar mi nombre.

—¿Emma? —dijo en voz baja—. ¿Estás bien?

No tenía ni idea de que supiera mi nombre y allí estaba él, pronunciándolo como si nada.

—Sí —respondí—. Un poco magullada, pero aparte de eso, bien. ¿Y tú?

—También bien.

Se quedó callado unos segundos y luego dijo:

—Creo que ya ha pasado el peligro. ¿Puedes salir arrastrándote?

La forma en que lo dijo me llevó a pensar que no era la primera vez que se escondía en un seto, ni que estaba en una fiesta en la que se suponía que no debía estar, haciendo cosas que no debía estar haciendo.

—Sí —dijo—. Sin problema.

Tras unos pocos y torpes movimientos cual soldado arrastrándose en las trincheras, me encontré de pie en el césped frente a Jesse Lerner.

Tenía un corte en el labio y un rasguño en la frente. Yo lucía unos cuantos arañazos en el brazo y me seguía escociendo el tobillo. Levanté el pie y vi unas pequeñas ronchas en la franja entre los pantalones y el calzado.

Estaba muy oscuro. Habían apagado las luces de la casa. Excepto por el sonido de nuestras respiraciones y el chirrido de los grillos al frotarse las patas, reinaba un silencio sepulcral.

No sabía muy bien qué hacer a continuación. Cómo se suponía que debía volver a casa.

—Vamos —dijo Jesse. Y entonces volvió a agarrarme de la mano. Era la segunda vez en esa misma noche que Jesse Lerner y yo íbamos de la mano. Tuve que recordarme que no debía tomármelo en el sentido que no era—.

Vamos a bajar andando por la calle hasta que encontremos a alguien que también se haya escapado y quiera llevarnos.

—De acuerdo —repuse, dispuesta a seguirle porque no se me ocurría una idea mejor. Lo único que quería era llegar a casa cuanto antes para poder llamar a Olive y asegurarme de que se encontraba bien y decirle que yo también lo estaba.

Y también me preocupaba Sam. Él también había estado en la fiesta, en la piscina. ¿Adónde habría ido?

Jesse y yo nos pusimos a andar por la oscura calle de las afueras, sin un rumbo en concreto, con la esperanza de llegar a buen puerto.

—¿Por qué no estabas en la piscina? —le pregunté después de caminar unos pocos metros.

Jesse me miró.

—¿A qué te refieres?

—¿No se supone que eres el mejor nadador de todos los tiempos?

Jesse se rio.

—No que yo sepa.

—Leí un artículo sobre ti en el *Beacon*.

—Sí, pero no soy un pez. También vivo fuera del agua —bromeó.

Me encogí de hombros.

—Pero la pregunta sigue teniendo sentido —comenté—. Era una fiesta de piscina.

Se quedó callado durante un rato, hasta el punto de que llegué a pensar que la conversación se había terminado, que tal vez ya no teníamos nada más que decirnos, o que no quería seguir hablando conmigo. Pero cuando por fin volvió a hablar, me di cuenta de que había estado sumido en sus pensamientos, decidiendo cuál sería su respuesta.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que todo el mundo siempre te está diciendo quién eres? —inquirió—. ¿Que la gente se comporta como si supiera mejor que tú lo que se te da bien o quién se supone que tienes que ser?

—Sí —dije—. Creo que sí.

—¿Puedo contarte un secreto que todos conocen?

—Claro.

—Mis padres quieren que me prepare para participar en las olimpiadas.

—¡Ah! —Jesse tenía razón. Era un secreto a voces.

—¿Puedo contarte un secreto mejor guardado?

Hice un gesto de asentimiento.

—Odio nadar.

Jesse hizo esa confesión con la vista clavada al frente, poniendo un pie delante de otro.

—¿Lo saben tus padres? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No lo sabe nadie. Bueno, ahora nadie excepto tú.

En ese momento, os juro que no entendí por qué me dijo aquello, cómo pudo confiarme una verdad tan importante en su vida antes que a ninguna otra persona. Creí que eso significaba que yo era especial, que él siempre había sentido por mí lo mismo que yo por él.

Ahora, mirándolo en retrospectiva, me doy cuenta de que fue justo lo contrario. De que yo era una chica que no formaba parte de su día a día y que por eso se sintió seguro conmigo.

—Nunca le he dado mucha importancia a la natación —le dije para reconfortarle. Y era cierto. Pero también había un beneficio secundario en lo que acababa de decirle.

Porque eso significaba que ahora sabía quién era Jesse en realidad y todavía me gustaba. Y eso me hacía diferente al resto de la gente.

—Mis padres tienen una librería —continué—. Blair Books.

—Sí —comentó él—. Lo sé. Quiero decir que he atado cabos. —Me sonrió y apartó la mirada. Doblamos una esquina y entramos en la calle principal.

—Quieren que en un futuro me haga cargo de ella. Siempre me están regalando novelas con quinientas páginas y me dicen que algún día también seré una apasionada de la lectura como ellos y... No sé.

—¿Qué? —preguntó Jesse.

—Que odio leer libros.

Jesse sonrió, sorprendido y satisfecho a la vez. Levantó la mano y me la ofreció para que chocáramos los cinco. Me había confiado su secreto porque pensaba que yo era una extraña, y terminó descubriendo que era una compañera de viaje.

Me reí y me acerqué, alzando la palma hacia la de él. Chocamos ambas manos y luego él sostuvo la mía durante unos instantes.

—¿Estás borracha? —preguntó.

—Un poco. ¿Y tú?

—Un poco —respondió.

Al ver que no me soltaba la mano pensé que quizá, solo quizá, iba a besarme. Pero enseguida aparté aquella locura de mi mente. *Eso es imposible.*

Más tarde, cuando Jesse y yo empezamos a contarnos todo, le pregunté que qué se le había pasado por la cabeza en ese momento. Le dije: «Cuando me agarraste la mano, justo antes de que la policía nos encontrara, ¿ibas a besarme?». Me respondió que no lo sabía. Que lo único que recordaba era que ahí fue cuando se percató por primera vez de lo guapa que le parecía. «Me acuerdo de que noté las pecas bajo tu ojo. Así que puede que sí. Tal vez estaba a punto de besarte. No lo sé».

Y nunca lo sabremos.

Porque justo cuando reuní el valor suficiente para mirar a Jesse a los ojos esa madrugada, nos cegó la brillante luz de la linterna de un agente de policía, que nos apuntó con ella directamente a los ojos. Nos pillaron borrachos en medio de una vía pública, con las manos en la masa.

Después de una letanía de mentiras a medias y dos pruebas de alcoholemia que dieron positivo, Jesse y yo nos encontramos sentados, esposados a la pared, en la comisaría de Acton, esperando a que vinieran a recogernos.

—Mis padres me van a matar —le dije—. Creo que nunca he oído a mi padre tan cabreado como lo estaba por teléfono hace un rato. —Bajo la luz de la comisaría, el corte de Jesse se veía de un rojo burdeos y las ronchas de mis tobillos eran casi marrones.

Pensé que Jesse iba a reaccionar diciendo que sería peor para él, que sus padres eran mucho más estrictos. Pero no fue así. En su lugar, me dijo:

—Lo siento.

—No. —Acompañé la palabra con un gesto de negación con la cabeza. Nunca fui consciente de lo mucho que usaba las manos para hablar hasta que las tuve esposadas—. No ha sido culpa tuya.

Jesse se encogió de hombros.

—Puede que no. Pero lo siento de todos modos.

—Bueno, entonces yo también lo siento.

—Disculpas aceptadas —señaló con una sonrisa.

En la mesa que teníamos a nuestra izquierda, había una lista con los nombres de las últimas detenciones que habían realizado. Eché un vistazo para ver si habían atrapado a alguien más. Reconocí los nombres de algunos alumnos de último curso, pero no vi ni el de Olive ni el de Sam. Me alegré de haber sido la única a la que habían detenido.

—¿Estás preocupado por tus padres? —pregunté.

Jesse se lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Mis padres tienen un conjunto de reglas muy específicas que no puedo romper. Aparte de eso, puedo hacer lo que quiera.

—¿Qué tipo de reglas?

—Pulverizar los récords estatales y no sacar notas inferiores a un notable.

—¿En serio? —exclamé—. ¿Esas son las únicas reglas con las que tienes que vivir?

—¿Sabes lo difícil que es superar un récord estatal y sacar como mínimo un notable en todas las asignaturas? —Jesse no estaba enfadado conmigo, pero sí noté cierta irritación en su voz.

Asentí.

—Lo bueno es que no me ha parecido que estuvieran muy enfadados cuando les he llamado desde la comisaría a la una de la mañana. Así que tengo esa ventaja.

Me reí y me puse a mover las manos en las esposas, intentando evitar que me rasparan los huesos de las muñecas.

—¿Por qué nos han puesto esto? —pregunté—. Si ni siquiera nos han arrestado. ¿Qué creen que vamos a hacer? ¿Salir corriendo?

Jesse se rio.

—Tal vez. Podríamos escaparnos. Ponernos en plan Bonnie y Clyde.

Me pregunté si sabía que Bonnie y Clyde eran amantes. Incluso se me pasó por la cabeza decírselo.

—¿Entonces dices que tus padres no se lo van a tomar bien? —inquirió Jesse.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—¡Oh, mierda! Ahora voy a tener que hacer turnos extra en la librería hasta que cumpla noventa y dos años.

—¿En la librería?

—Sí. Es el castigo favorito de mis padres. Además, viven con la ilusión de que mi hermana y yo terminaremos haciéndonos cargo de la tienda.

—¿Y eso es lo que quieres hacer?

—¿Regentar una librería? ¿Estás de coña? Por supuesto que no.

—¿Qué es lo que quieres?

—Salir de Acton —contesté—. Eso lo primero. Quiero ver mundo. Mi primer destino será el Océano Pacífico, y después de eso, no me pongo ningún límite.

—¿Ah, sí? He estado pensando en echar algunas solicitudes a algunas universidades de California. Creo que a cinco mil kilómetros de distancia, mis padres no podrían obligarme a entrenar.

—Yo también he pensado lo mismo —dije—. Me refiero a lo de California. No sé si mis padres me dejarán, pero quiero ir a la Universidad de Los Ángeles.

—¿Para estudiar qué?

—Ni idea. Lo único que sé es que quiero participar en todos los programas de estudio que tengan en el extranjero. Ver mundo.

—Eso suena de maravilla —comentó él—. Yo también quiero hacer eso. Quiero ver mundo.

—No sé si mis padres estarán de acuerdo —repetí.

—Si de verdad quieres hacer algo, tienes que *hacerlo*.

—¿Qué? Eso no tiene mucho sentido.

—Por supuesto que lo tiene. Si quieres hacer algo con la pasión con la que es evidente que tú quieres hacer esto, entonces te debes a ti misma lograr que suceda. Eso es lo que yo estoy haciendo. Quiero irme de aquí. Y me voy a ir lejos, muy lejos. Tú también deberías hacerlo.

—No creo que a mis padres les guste mucho la idea.

—Tus padres no son tú. Y tú tienes que ser tú misma. Esa es mi filosofía de vida. Ya has hecho lo que ellos han querido durante mucho tiempo. Ahora te toca hacerlo a tu manera.

Estaba claro que Jesse no estaba hablando de mis padres y de mí. Pero lo que decía tenía sentido. Y no solo eso; sus palabras penetraron en mi mente y fueron cobrando fuerza en lugar de perderla.

—Creo que tienes razón —dije.

—Ya lo sé —repuso él con una sonrisa.

—No, en serio. Voy a echar la solicitud a la Universidad de Los Ángeles.

—Bien por ti —dijo.

—Y tú también deberías hacerlo. Deja de nadar si tanto lo odias. Haz algo más. Algo que te guste.

Jesse sonrió.

—¿Sabes qué? No eres para nada como te imaginaba.

—¿A qué te refieres? —quise saber. Me costaba creer que Jesse hubiera pensado en mí antes, que supiera siquiera que yo existía.

—No lo sé. A que eres... diferente.

—¿Pero en el buen sentido o en el malo?

—¡Oh! Sin duda en el buen sentido. —Acompañó la frase con un asentimiento de cabeza.

—¿Y cómo te imaginabas que era? —Ahora me moría de ganas por saberlo. ¿Acaso antes me veía de peor forma? Necesitaba asegurarme de que

eso cambiara.

—Da igual —dijo.

—¡Venga! —insistí—. Dilo de una vez.

—No quiero avergonzarte ni nada parecido —indicó él.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Jesse me miró. Y entonces decidió contármelo.

—No sé. Tenía la impresión de que, tal vez, estabas un poco colada por mí.

Sentí que me alejaba de él.

—¿Qué? No, claro que no.

Se encogió de hombros como si no le importara.

—Está bien. ¿Lo ves? Estaba equivocado.

—¿Qué te llevó a esa conclusión?

—Carolyn, mi exnovia... —empezó a explicar.

—Sé quién es Carolyn —dije.

—Bueno, pues ella creyó que quizá tú estabas por mí.

—¿Y por qué creyó eso?

—No lo sé. Siempre se ponía celosa cuando las chicas me miraban. Seguro que me miraste alguna vez y pensó eso.

—Pero tú también lo pensabas.

—Bueno, esperaba que tuviera razón.

—¿Por qué?

—¿Como que por qué?

—¿Que por qué esperabas que tuviera razón? ¿Querías que estuviera por ti?

—Por supuesto que sí. ¿Acaso no quiere todo el mundo que la gente se enamore de ellos?

—¿Tú querías que yo en concreto estuviera por ti?

—Claro —dijo él como si fuera una obviedad.

—¿Pero por qué?

—Bueno, da igual, ¿verdad? Porque no lo estabas. Así que eso ahora es irrelevante.

Me acababa de topar con una barrera importante.

Y la única forma que tenía de sortearla era admitiendo la verdad. Sopesé los pros y los contras, tratando de decidir si merecía la pena.

—Bueno, en realidad sí que estuve colada por ti una vez. En primero.

Jesse se volvió hacia mí y sonrió.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero aquello se acabó.

—¿Por qué?

—No lo sé. Estabas con Carolyn. Y no te conocía.

—Pero ya no estoy con Carolyn y ahora me conoces.

—¿Qué estás intentando decir?

—¿Por qué no estás por mí ahora?

—¿Por qué no estás *tú* por *mí* ahora? —pregunté.

Y ahí fue cuando Jesse dijo lo que marcó el punto de partida de mi vida amorosa de adulta.

—Creo que en realidad sí que estoy por ti. Desde hace una hora y media aproximadamente.

Lo miré estupefacta, tratando de encontrar las palabras.

—Bueno, entonces yo también estoy por ti —dije por fin.

—¿Lo ves? —señaló, sonriendo—. Lo sabía.

Y entonces, cuando nadie miraba, se inclinó hacia delante y me besó.

Ese verano, tuve que hacer el triple de turnos en la librería como castigo por haber bebido alcohol por debajo de la edad legal permitida. Tuve que escuchar cuatro sermones diferentes de mis padres sobre lo mucho que los había decepcionado y sobre cómo jamás se imaginaron que iban a tener una hija que terminaría detenida.

Marie asumió el cargo de encargada adjunta, convirtiéndose en mi jefa durante un tercio de las horas que estuve despierta y me di cuenta de que, si había algo que me disgustaba más que pasar el rato con ella, era recibir sus órdenes.

Olive pasó el verano en la costa con su hermano mayor, trabajando como camarera y tomando el sol.

Sam se marchó a Boston dos semanas antes de lo previsto, sin despedirse.

Pero nada de eso me importó. Porque ese fue el verano en el que Jesse y yo nos enamoramos.

—Emma, ¿podrías darte la vuelta?

—¿Qué?

—¡Solo date la vuelta, por el amor de Dios!

Y eso fue lo que hice... para encontrarme a Jesse detrás de mí, en una playa de arena de Malibú, California, sosteniendo un pequeño anillo de rubí. Habían pasado nueve años desde nuestro primer beso en la comisaría de Acton.

—Jesse... —dije.

—¿Quieres casarte conmigo?

Me quedé sin palabras. Pero no porque me estuviera pidiendo matrimonio. Teníamos veinticinco años. Llevábamos juntos toda nuestra vida de adultos. Ambos nos habíamos ido a vivir al otro lado del país para estudiar en la Universidad de Los Ángeles. Cursamos el tercer año de carrera en Sídney, Australia, y después de graduarnos, viajamos cinco meses de mochileros por Europa.

Y nos construimos una vida en Los Ángeles, lejos de Blair Books y de los quinientos metros estilo libre. Jesse se convirtió en asistente de producción de documentales de naturaleza; un trabajo con el que podía viajar tan lejos como a África, o tan cerca de casa como al desierto de Mojave.

Yo, en un giro de los acontecimientos que pareció enfurecer a Marie, terminé convirtiéndome en escritora de viajes. Durante mi segundo año en la universidad, descubrí una asignatura llamada Literatura de viajes que se impartía en la facultad de Periodismo. Me dijeron que era muy difícil entrar en esa clase. De hecho, el profesor solo admitía a nueve alumnos por curso. Pero si conseguías entrar, subvencionaban un viaje a un lugar distinto cada año. El año que yo estuve tocó Alaska.

Nunca había estado en Alaska. Y sabía que no podía permitirme ir por mi cuenta. Pero no tenía ningún interés en escribir.

Fue Jesse el que acabó convenciéndome para que me presentara.

Con la solicitud tenías que incluir un texto de dos mil palabras sobre cualquier ciudad o pueblo del mundo. Yo escribí un artículo sobre Acton. Hablé de su rica historia local, de su sistema escolar, su librería... En general, intenté ver mi hogar a través de los ojos de mi padre y plasmarlo en un papel. Me pareció un pequeño precio a pagar por un viaje a Alaska.

El artículo era bastante malo. Pero ese año solo se postularon dieciséis candidatos, y por lo visto hubo otros siete textos peores que el mío.

Alaska me gustó. Fue la primera vez que salía de Estados Unidos y, para ser sinceros, tengo que reconocer que no todo fue tan bueno como me lo esperaba. Pero, para sorpresa de todos, descubrí que lo que más me fascinó, más incluso que estar allí *in situ*, fue escribir sobre ella.

Decidí hacer Periodismo e hice todo lo posible para mejorar mi técnica descriptiva y los enfoques de mis entrevistas, y seguí los consejos de la mayoría de mis profesores.

Dejé la universidad siendo escritora.

Lo que supe que carcomería por dentro a Marie.

Yo era la escritora de la familia mientras que ella se había quedado en Acton, llevando la librería.

Había tardado un par de años en encontrar un trabajo con el que viajar, pero a los veinticinco años era editora adjunta de un blog de viajes, con un salario ínfimo, aunque con el lujo de haber visitado cinco de los siete continentes.

El inconveniente era que Jesse y yo apenas teníamos dinero. Estábamos a punto de cumplir los veintiséis y ninguno de los dos tenía seguro médico, y alguna que otra noche seguíamos cenando galletitas saladas con mantequilla de cacahuete.

Pero el lado bueno pesaba mucho más en la balanza: Jesse y yo habíamos visto mundo (tanto juntos, como por separado).

Ambos habíamos hablado del matrimonio. Todo el mundo (incluidos nosotros mismos) tenía claro que nos casaríamos algún día. Sabíamos que lo haríamos cuando llegara el momento adecuado, igual que uno sabe que después de lavarse el pelo con champú, hay que echarse acondicionador.

Así que no me sorprendió que Jesse me propusiera matrimonio.

Lo que me sorprendió fue que tuviera un anillo.

—Sé que tiene una piedra muy pequeña —se disculpó mientras me lo ponía en el dedo—. Y que no es un diamante.

—Me encanta —le dije.

—¿Lo has reconocido?

Volví a mirar el anillo, tratando de entender lo que quería decirme.

Se trataba de un anillo de oro amarillo con una piedra roja redonda en el medio. Estaba un poco abollado y arañado; se notaba que era de segunda mano. Pero me encantaba. Me gustaba todo lo que tenía. Sin embargo, no lo reconocí.

—Pues no —dije.

—¿Seguro? —preguntó con tono burlón—. Si te paras a pensarlo un segundo, verás cómo te acuerdas.

Lo miré de nuevo. Pero el anillo que tenía en el dedo era mucho menos interesante que el hombre que me lo había puesto.

Con el tiempo, Jesse se había vuelto todavía más guapo. Se le habían ensanchado los hombros; tenía una espalda más fuerte. Al dejar de entrenar a diario había ganado peso en el torso, pero le sentaba bien. Sus pómulos destacaban bajo cualquier luz. Y su sonrisa había madurado de un modo que me hacía pensar que seguiría siendo atractivo hasta el final de sus días.

Había estado perdidamente enamorada de él desde que era una adolescente y lo seguía estando. Compartíamos una profunda historia de amor, cargada de significado. Jesse fue el que me sostuvo la mano cuando mis padres se pusieron furiosos al enterarse de que nunca había enviado mi solicitud a la Universidad de Massachusetts, y que por eso no les quedaba otra que aceptar que me fuera a California. Fue Jesse el que me apoyó cuando me pidieron que volviera a casa después de graduarme, el que enjugó mis lágrimas cuando mi padre se quedó desconsolado al enterarse de que no iba a regresar a casa y ayudarlo a llevar la librería. Y también fue Jesse el que me ayudó a mantener la esperanza de que, con el tiempo, mis padres y yo nos llevaríamos bien de nuevo.

El chico al que había visto por primera vez en una piscina se había transformado en un hombre amable y honesto. Me abría las puertas. Me compraba Coca-Cola *light* y helado de crema con sabor a plátano y con trozos de chocolate y nueces de Ben & Jerry's cuando tenía un mal día. Hacía fotos de todos los lugares en los que él había estado, en los que habíamos estado juntos, y decoraba nuestra casa con ellas.

Y ahora, como adulto que había dejado atrás los resentimientos de la infancia, también había vuelto a nadar grandes distancias. No a menudo, no a diario, pero sí de vez en cuando. Decía que seguía sin soportar el olor a cloro de las piscinas, pero que le estaba empezando a gustar el olor a agua salada del océano. Y lo quería aún más por ello.

—Lo siento —dije—. Creo que es la primera vez que veo este anillo.

Jesse se rio.

—Barcelona —explicó—. La noche en que...

Solté un jadeo.

Él sonrió. Sabía que no hacía falta que terminara la frase.

—No... —dije.

Hizo un gesto de asentimiento.

Acabábamos de llegar a Barcelona en el Eurail de Madrid. Había una mujer vendiendo joyas en la calle. Estábamos agotados y queríamos ir directos al hostel. Pero la mujer insistió en que echáramos un vistazo a su mercancía.

Y eso fue lo que hicimos.

Entonces vi un anillo de rubí y le dije a Jesse:

—¿Lo ves? No necesito nada espectacular como un diamante. Solo un anillo así de bonito.

Y ahí lo tenía: un anillo de rubí.

—¡Me has comprado un anillo de rubí!

Jesse negó con la cabeza.

—No es solo *un* anillo de rubí...

—Es imposible que sea *ese anillo* de rubí.

Jesse volvió a reírse.

—¡Sí lo es! Eso es lo que he estado intentando decirte. Que es *ese* anillo.

Miré la joya, estupefacta. Alejé mi mano de la cara para poder echar un mejor vistazo.

—Espera, ¿lo dices en serio? ¿Cómo lo has conseguido?

Me lo imaginé haciendo llamadas internacionales y pagando un precio exorbitado por los gastos de envío, pero la verdad era mucho más sencilla.

—Esa misma noche, cuando te metiste en el baño, me escabullí un momento y lo compré.

Abrí los ojos como platos.

—¿Has tenido este anillo desde hace cinco años?

Jesse se encogió de hombros.

—Tenía claro que iba a casarme contigo. ¿Qué sentido tenía esperar para comprarte un diamante cuando sabía exactamente lo que querías?

—¡Oh, Dios mío! —Me estaba poniendo roja—. No me lo puedo creer. Encaja perfectamente en mi dedo. ¿Qué... qué probabilidades hay de eso?

—Bueno —repuso Jesse con timidez—. En realidad, muchas.

Lo miré, preguntándome qué quería decir con eso.

—Lo llevé a un joyero para que lo adaptara, usando otro anillo tuyo como referencia.

Me di cuenta de que le preocupaba que aquello lo hiciera parecer menos romántico. Pero para mí, lo aumentó todavía más.

—¡Guau! —dije—. Solo puedo decir «¡guau!».

—No has respondido a mi pregunta. ¿Quieres casarte conmigo?

Me pareció una pregunta de lo más absurdo, teniendo en cuenta que la respuesta era más que obvia. Era como preguntarle a alguien si le gustaban las patatas fritas o si la lluvia mojaba.

Y entonces, allí, en medio de una playa, con la arena bajo nuestros pies y el océano Pacífico frente a nosotros, a unos pocos kilómetros de nuestra casa, no pude evitar preguntarme cómo había tenido tanta suerte y conseguido todo lo que siempre había querido.

—Sí —respondí mientras le rodeaba el cuello con mis brazos—. Absolutamente. Por supuesto. Definitivamente, sí.

Nos casamos el fin de semana del Día de los Caídos, en la cabaña de la familia de Jesse, en Maine.

Habíamos hablado de celebrar la ceremonia en Praga, pero no era una perspectiva realista. Cuando nos resignamos a casarnos en Estados Unidos, Jesse quería hacerlo en Los Ángeles.

Pero, por alguna razón, yo no podía pensar en otro lugar que no fuera Nueva Inglaterra. Ese impulso me sorprendió. Había pasado mucho tiempo explorando otros sitios, esforzándome por escapar de allí.

Pero en cuanto logré poner distancia entre el hogar en el que me había criado, empecé a apreciar su belleza. Comencé a verlo con los ojos de los forasteros; tal vez porque me había convertido en uno de ellos.

Así que le dije a Jesse que creía que deberíamos casarnos en el hogar de nuestra infancia, en primavera. Y aunque me costó un poco convencerlo, al final aceptó.

Y enseguida tuvimos claro que el lugar más práctico para hacerlo era en la cabaña de sus padres.

Mis padres, por supuesto, estuvieron encantados. En cierto modo, creo que la noche que acabé en comisaría y el día que los llamé para decirles que nos íbamos a casar en Nueva Inglaterra tenían mucho en común.

En ambas ocasiones, había hecho algo que mis padres no se esperaban de mí, y les sorprendió tanto, que cambió al instante nuestra relación.

En el instituto, hizo que empezaran a sospechar de mí. Creo que eso tenía más que ver con la detención que con el alcohol. Y que empezara a salir con el chico con el que me detuvieron lo empeoró todavía más. Para ellos, pasé de ser su niñita preciosa a una gamberra de la noche a la mañana.

Y con la boda, dejé de ser una mujer independiente y trotamundos y me convertí en la hija pródiga que regresaba al hogar.

Mi madre se ocupó de la mayoría de los detalles, coordinando todo con los padres de Jesse, reservando un lugar junto al faro, a poco más de un kilómetro de distancia de la cabaña y eligiendo la tarta de bodas cuando Jesse y yo no pudimos acudir a la prueba de degustación. Mi padre nos ayudó a negociar los precios con un hostel que había muy cerca de la cabaña, donde celebraríamos el banquete. Marie se había casado con Mike hacía solo nueve meses, y nos dejó los arreglos y los manteles de su boda.

Olive voló desde Chicago, donde vivía, hasta Los Ángeles para organizar mi despedida de soltera más salvaje y otra fiesta más discreta y elegante con mi familia y amigas más íntimas. Se pilló una borrachera antológica en la primera y se puso un vestido recto y una pamea en la segunda. Además, fue la primera en llegar el fin de semana de la boda, demostrando que jamás hacía nada a medias.

Desde que nos fuimos a la universidad, nuestra amistad se había ido afianzando en la distancia, pero nunca conocí a otra mujer que significara tanto para mí como ella. Nadie me hacía reír como Olive. Así que mi amiga de la infancia continuó siendo mi mejor amiga, a pesar de los muchos kilómetros que nos separaban. Por eso quise que fuera mi dama de honor principal.

Durante un breve lapso, mis padres se mostraron reacios a aceptar que Marie y yo no nos hubiéramos elegido la una a la otra para un papel tan fundamental, pero ambas fuimos damas de honor generales en la boda de la otra y eso pareció contentarles.

En cuanto a Jesse, el papel de padrino recayó en sus dos hermanos mayores.

A los padres de Jesse nunca les había terminado de gustar del todo. Siempre supe que era porque me culpaban de que su hijo hubiera dejado la natación. Jesse había sido tajante con ambos y les había confesado la verdad: que odiaba entrenar y que nunca perseguiría ese objetivo por iniciativa propia. Pero lo único que ellos vieron fue la cronología de los acontecimientos: cuando yo aparecí, Jesse dejó de querer cumplir el que siempre habían creído que era su sueño.

Pero en cuanto Jesse y yo nos comprometimos, y en el momento en que Francine y Joe se enteraron de que queríamos casarnos en su cabaña, se mostraron un poco más abiertos. Quizá solo aceptaron lo que era inevitable: su hijo se iba a casar conmigo les gustase o no. Pero prefiero pensar que, simplemente, empezaron a verme con otros ojos. Creo que cuando se pararon a conocerme, les agradó lo que vieron. Por no mencionar que Jesse se había convertido en un hombre increíble, a pesar de no haber perseguido su sueño.

Salvo por unos pequeños contratiempos con el vestido y el debate que tuvimos sobre si debíamos o no ensayar para nuestro primer baile, Jesse y yo tuvimos una planificación de boda relativamente sencilla.

En cuanto al día en sí, la verdad es que no me acuerdo de mucho.

Solo recuerdo fragmentos.

Recuerdo a mi madre cerrándome el vestido.

Recuerdo andar sosteniendo la cola en alto para no arrastrarla por el suelo y ensuciarla.

Recuerdo que las flores tenían un olor más intenso que en la tienda.

Recuerdo mirar a Jesse mientras caminaba hacia el altar por el pasillo central (contemplando su deslumbrante esmoquin negro y su pelo perfectamente peinado) y sentir una profunda paz interior.

Recuerdo estar junto a él, mientras nos hacían la foto durante el cóctel entre la ceremonia y la recepción. Recuerdo que me susurró al oído: «Quiero estar a solas contigo» en el momento en que el *flash* se disparó en la cámara del fotógrafo.

Recuerdo haberle respondido: «Lo sé, pero todavía nos queda mucha... boda».

Recuerdo que lo agarré de la mano y nos escabullimos cuando el fotógrafo se marchó para cambiar la batería.

Corrimos hacia la cabaña cuando nadie miraba. Y fue allí, a solas con Jesse, cuando pude volver a centrarme. Respirar hondo. Poner los pies en la tierra y, por primera vez en ese día, sentirme yo misma.

—No me puedo creer que nos hayamos escapado de nuestra propia boda —dije.

—Bueno —Jesse me abrazó—, tú misma lo has dicho: es nuestra boda. Podemos hacerlo.

—No creo que la cosa funcione así.

Jesse ya estaba empezando a bajarme la cremallera del vestido, pero apenas se movía, así que al final optó por levantarme la falda hasta los muslos.

Ni siquiera pasamos de la cocina. Me subí en la encimera de un salto. Cuando Jesse me penetró y yo me pegué a su cuerpo, fue diferente a las otras veces que habíamos mantenido relaciones sexuales.

Significó mucho más.

Media hora más tarde, justo cuando estaba a punto de salir del baño de arreglarme el pelo, Marie llamó a la puerta.

Todo el mundo estaba buscándonos.

Era el momento de anunciar a los novios.

—Creo que no nos queda otra que ir —me dijo Jesse con una sonrisa en los labios por lo que habíamos hecho mientras nos esperaban.

—Supongo que sí —repuse con el mismo buen humor.

—Sí —dijo Marie, en un tono no tan divertido como el nuestro—. Supongo que sí.

Salió por delante de nosotros e hicimos el corto trayecto hasta el hostel.

—Parece que hemos enfadado a la hija de los librereros —susurró Jesse.

—Creo que tienes razón.

—Tengo algo muy importante que decirte —me advirtió—. ¿Estás lista?
Es muy importante. Una noticia de última hora.

—Dispara.

—Te voy a querer siempre.

—Eso ya lo sabía —respondí—. Y yo también te voy a querer siempre.

—¿Sí?

—Sí —dije—. Te querré hasta que seamos tan viejos que no podamos andar por nosotros mismos y tengamos que usar esos andadores a los que se les colocan pelotas de tenis para que no rayen el suelo. En realidad, te querré incluso después de eso. Te querré hasta el fin de los tiempos.

—¿Estás segura? —preguntó con otra sonrisa, acercándose a él.

Marie, que iba un par de metros por delante, estaba asiendo el pomo de la puerta del salón donde tendría lugar el banquete. Podía oír el bullicio de las conversaciones del interior. Me imaginé una habitación llena de amigos y parientes, presentándose los unos a los otros. Me imaginé a Olive haciéndose amiga de la mitad de la extensa familia de mi padre.

Cuando terminara la fiesta, Jesse y yo nos íbamos a ir a un viaje de diez días a la India, por cortesía de sus padres. En esa ocasión no habría ni mochilas, ni pensiones. Ni historias que escribir o filmar. Solo dos personas enamoradas la una de la otra, enamoradas del mundo.

—¿Estás de coña? —dije—. Pues claro que sí. Eres el amor de mi vida. No creo que pueda volver a enamorarme de nadie más.

Las puertas dobles se abrieron y Jesse y yo entramos al salón justo cuando el pinchadiscos anunciaba: «¡Y aquí tenéis a Jesse y a Emma Lerner!».

Durante un instante, me chocó oír mi nuevo apellido. Parecía que estaban hablando de otra persona. Supuse que me acostumbraría con el tiempo, que terminaría gustándome, como cuando acabas de hacerte un nuevo corte de pelo.

Además, lo del nombre era lo de menos. Lo único que me importaba era que tenía al hombre de mis sueños.

Fue el día más feliz de mi vida.

Emma y Jesse. Para siempre.

Trescientos sesenta y cuatro días más tarde, él ya no estaba.

La última vez que vi a Jesse llevaba unos chinos azul marino, zapatillas Vans y una camiseta gris jaspeado. Era su atuendo favorito. Lo había lavado el día anterior para poder ponérselo.

Era la víspera de nuestro primer aniversario de boda. Había conseguido un encargo por mi cuenta para escribir un artículo sobre un hotel nuevo en el valle de Santa Ynez, al sur de California. Aunque un viaje de trabajo no es precisamente la forma más romántica de pasar un aniversario, Jesse iba a venir conmigo. Celebraríamos nuestro primer año de matrimonio recorriendo el hotel, tomando notas sobre la comida y haciendo una visita a uno o dos viñedos.

Pero a última hora, un antiguo jefe le pidió a Jesse que fuera con él para un rodaje de cuatro días en las islas Aleutianas.

Y, a diferencia de mí, mi marido nunca había estado en Alaska.

—Quiero ver glaciares —me dijo—. Tú ya los has visto, pero yo no.

Recordé cómo me había sentido al contemplar algo tan blanco que parecía azul, tan grande que hacía que te vieras como una partícula diminuta a su lado, tan tranquilo que olvidabas la amenaza medioambiental que representaba. Entendí por qué quería ir. Pero también supe que, si hubiera sido yo, habría dejado escapar la oportunidad.

En parte porque estaba cansada de viajar. Jesse y yo nos habíamos pasado casi diez años aprovechando cualquier ocasión que se nos presentaba para subirnos a un avión o a un tren. Yo trabajaba en un blog de viajes y también escribía por mi cuenta para otros sitios, haciendo todo lo posible para que me publicaran en medios cada vez más importantes.

Me había vuelto toda una profesional en atravesar puestos de control de seguridad y reclamaciones de equipaje. Tenía tantas millas acumuladas a mi nombre, que podía volar gratis a cualquier parte del mundo que quisiera.

Y con esto no estoy diciendo que viajar no fuera maravilloso o que nuestra vida no fuera increíble. Porque lo era.

Había estado en la Gran Muralla china, subido a una cascada en Costa Rica, probado una *pizza* en Nápoles, un *strudel* en Viena y el puré de patatas en Londres. Había visto la *Mona Lisa* y el Taj Mahal.

Había tenido algunas de mis mejores experiencias en el extranjero.

Pero también había vivido momentos estupendos en casa. Inventar cenas baratas con Jesse, caminar por la calle por la noche para tomar un helado,

levantarnos temprano los sábados por la mañana para ver entrar el sol por la puerta de cristal.

Había basado mi vida en la idea de que quería conocer todos los lugares que fueran extraordinarios, pero me había dado cuenta de que cualquier lugar podía ser extraordinario.

Y estaba empezando a anhelar una oportunidad para echar raíces en algún lado y no tener que apresurarme a subirme a un avión para volar a cualquier otra parte.

Acababa de enterarme de que Marie estaba embarazada de su primer hijo. Ella y Mike se estaban comprando una casa cerca de Acton. Todo apuntaba a que se haría cargo de la librería. La hija de los libreros estaba a punto de alcanzar su máximo potencial.

Pero lo que más me sorprendió fue que tuve la ligera sensación de que su vida quizá no era tan mala.

No se pasaba todo el rato haciendo y deshaciendo maletas. No tenía que comprar un cargador de móvil cada dos por tres porque se le había olvidado a miles de kilómetros de casa.

Le había mencionado todo eso a Jesse.

—¿Alguna vez has querido volver a casa? —le pregunté.

—Ya estamos en casa.

—No, a casa *casa*. A Acton.

Jesse me miró con cara de sospecha.

—Tienes que ser una impostora. La verdadera Emma jamás diría algo así. Me reí y cambié de tema.

Pero en realidad no había dejado de pensar en ello. Por ejemplo: si Jesse y yo decidíamos tener hijos, ¿seguiríamos estando dispuestos a hacer un viaje rápido a Perú? Y, lo más importante, ¿estaba lista para criar a mis hijos en Los Ángeles?

En el mismo instante en que me hice esas preguntas, empecé a darme cuenta de que mis planes de vida nunca habían ido más allá de los veintitantos. Nunca me había planteado si iba a querer viajar *en todo momento*, si *siempre* iba a querer vivir lejos de mis padres.

Y también comencé a sospechar que ese constante ir de un lado a otro en el que Jesse y yo vivíamos, para mí era algo temporal, como algo que sabía que tenía que hacer, pero que se terminaría algún día.

Sí, creo que tenía ganas de echar raíces en algún momento.

Y lo único que me sorprendió más que darme cuenta de ese detalle, fue que jamás me había puesto a pensar en ello.

Por supuesto, el hecho de que estaba bastante segura de que Jesse ni siquiera estaba considerando la idea no ayudó para nada. Tenía claro que mi marido no pensaba en nada de aquello.

Habíamos construido una vida de aventuras espontáneas. De ver todas las cosas que la gente decía que quería ver algún día.

No podíamos cambiar todo el *modus operandi* de esa vida de la noche a la mañana.

Así que, aunque quería que pasara de Alaska y se viniera conmigo al sur de California, le dije que se fuera.

Además, Jesse tenía razón. Yo había visto un glaciar. Él no.

De modo que, en vez de prepararnos para celebrar nuestro primer aniversario de boda, le estaba llevando al aeropuerto para que pudiera tomar un vuelo a Anchorage.

—Ya celebraremos el aniversario cuando regrese —me dijo—. No voy a escatimar en nada. Velas, vino, flores. Incluso te cantaré alguna canción romántica. Y, por supuesto, mañana te llamo.

Se iba a reunir con el resto de la tripulación en Anchorage y, desde allí, se subirían a un avión privado que los llevaría a la isla de Akun. Después de eso, se pasaría la mayor parte del tiempo rodando tomas aéreas desde un helicóptero.

—No te estreses por eso —le tranquilicé—. Si ves que no puedes llamar, no pasa nada.

—Gracias —me dijo mientras recogía sus maletas y me miraba—. Te quiero más de lo que ha querido nadie a otra persona en la historia de la humanidad. ¿Lo sabes? ¿Sabes que Marco Antonio no quería tanto a Cleopatra como yo te quiero a ti? ¿Sabes que Romeo no estaban tan enamorado de Julieta como yo lo estoy de ti?

Me reí.

—Yo también te quiero. Más que Liz Taylor a Richard Burton.

Jesse rodeó el coche y se detuvo frente a mi ventana.

—¡Vaya! —Sonrió—. Eso es un montón.

—Exacto. Y ahora, largo de aquí. Tengo cosas que hacer.

Jesse se rio y me dio un beso de despedida. Luego lo vi andar hasta las puertas automáticas y entrar al interior del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles.

En ese momento, empezó a sonar mi canción favorita en la radio. Subí el volumen, me puse a cantar a pleno pulmón y aparté el coche de la acera.

Mientras volvía a casa, Jesse me mandó un mensaje.

Te quiero. Te voy a echar de menos.

Debía de habérmelo mandado justo antes de pasar por el control de seguridad del aeropuerto, quizás un poco después. Pero no lo vi hasta una hora más tarde.

Le envié otro.

Y yo te voy a echar de menos cada segundo del día. Besos.

Sabía que no lo vería durante un tiempo, que tal vez no tendría noticias tuyas durante unos días.

Me lo imaginé montando en un pequeño avión, aterrizando en la isla, subiéndose a un helicóptero y viendo un glaciar tan grande que lo dejaría sin aliento.

La mañana de nuestro aniversario, me desperté con dolor de estómago. Fui corriendo al baño y vomité.

No tuve ni idea de por qué. Hasta el día de hoy, no sé si fue porque comí algo que me sentó mal, o porque sentí en los huesos la tragedia que se avecinaba, como le sucede a los perros cuando se viene un huracán.

Jesse no me llamó para felicitar me por nuestro aniversario.

El vuelo comercial llegó sin problema a Anchorage.

El pequeño Cessna aterrizó en la isla de Akun.

Pero el primer día que se subieron al helicóptero no volvieron.

La conclusión más obvia fue que debieron de estrellarse en algún punto del Pacífico Norte.

Las cuatro personas que iban a bordo desaparecieron.

Mi marido, el amor de mi vida...

Se había ido.

Francine y Joe volaron a Los Ángeles y se quedaron a dormir en mi apartamento. Mis padres reservaron una habitación en un hotel cercano, pero pasaron cada minuto del día conmigo.

Francine no dejaba de decir que no entendía por qué no hablaban del suceso en los medios de todo el país, por qué no habían movilizado un equipo de rescate nacional.

Joe siempre le respondía que todos los días se estrellaban helicópteros. Y lo decía como si fueran buenas noticias, como si eso significara que había un protocolo a seguir para momentos como ese.

—Lo encontrarán —repetía él una y otra vez—. Si hay alguien capaz de aguantar nadando hasta ponerse a salvo, ese es nuestro hijo.

Intenté mantener la calma todo lo que pude. Abracé a Francine mientras lloraba desconsolada en mis brazos. Le dije, tal y como había hecho su marido, que solo era cuestión de tiempo que nos llamaran para decirnos que estaba bien.

Mi madre preparó guisos que yo repartía y servía a Francine y a Joe mientras les decía cosas como: «Tenemos que comer». Aunque yo nunca lo hice.

Lloré cuando no había nadie cerca y apenas podía mirarme en el espejo, pero seguía convenciendo a todo el mundo de que pronto encontrarían a Jesse.

Entonces encontraron una hélice del helicóptero en la costa de la isla de Adak. Y la mochila de Jesse. Y el cadáver del piloto.

Y la llamada que habíamos estado esperando llegó.

Pero no con lo noticia que deseábamos.

No habían encontrado a Jesse.

Le daban por muerto.

Cuando colgué el teléfono, Francine se derrumbó. Joe se quedó paralizado. Mis padres me miraron, estupefactos.

—Eso es una locura —dije yo—. Jesse no ha muerto. Él no haría eso.



Francine tuvo unos ataques de pánico tan intensos que Joe la llevó de vuelta a casa y la ingresó en el hospital.

Mis padres se quedaron conmigo y durmieron en un colchón hinchable a los pies de mi cama, observando todos mis movimientos. Les aseguré que tenía todo bajo control. Estaba convencida de que lo tenía.

Pasé tres días andando por la casa aturdida, esperando que sonara el teléfono, que alguien *más* llamara y me dijera que la primera llamada había sido un error.

Esa segunda llamada nunca llegó. Aunque mi móvil no dejó de sonar, con gente que quería comprobar que estaba bien.

Hasta que un día me llamó Marie y me dijo que había dejado a Mike a cargo de la librería y que había comprado un billete de avión para venir a verme.

Estaba demasiado entumecida para decidir si quería tenerla cerca o no.

El día que llegó mi hermana, me desperté por la tarde y descubrí que mi madre había ido al mercado y mi padre la había recogido en el aeropuerto. Era la primera vez que me quedaba sola en lo que me parecía una eternidad.

Hacía buen día. No quería quedarme más tiempo en casa. Pero tampoco quería salir. Me vestí y pedí a los vecinos si me podían dejar su escalera para limpiar los canalones.

En realidad no tenía la intención de limpiar nada. Solo quería estar de pie, alejada del suelo, sin la protección de paredes, techos y suelo. Quería estar lo suficientemente alto como para matarme si me caía. Que no es lo mismo que querer morir.

Subí a la azotea y me quedé allí, con los ojos inyectados en sangre. Miré al frente, contemplando las copas de los árboles y las ventanas de los rascacielos. Aquello no consiguió que me sintiera mejor que en casa. Pero tampoco me sentí peor. Así me quedé allí. De pie, mirando. Mirando cualquier cosa que no me hiciera querer acurrucarme en posición fetal y desaparecer.

Y entonces lo vi. Un atisbo entre dos edificios, tan distante que apenas era perceptible...

El océano.

Quizá Jesse está en el agua, pensé. Puede que esté nadando. Que esté construyendo una balsa para volver a casa.

La esperanza a la que me aferré en ese momento no era amable ni liberadora. Más bien era cruel. Como si el mundo me estuviera ofreciendo la cuerda suficiente para colgarme.

Bajé de la azotea y me puse a buscar entre las cosas de Jesse. En su armario, en la cómoda y en su escritorio, antes de encontrarlos.

Unos prismáticos.

Volví a la azotea y me coloqué justo delante de la pequeña franja en la que podía divisar el mar, mirando a través de ellos. Y esperé.

No disfruté de la vista. No encontré la paz y tranquilidad que buscaba. No me deleité en mi soledad.

Solo buscaba a Jesse.

Vi las olas rompiendo en la orilla. Vi un bote. Vi a gente bajo las sombrillas, tumbada sobre las toallas, como si no tuvieran nada más importante que hacer en la vida.

Oí a mi padre y a mi hermana entrar en casa y empezar a buscarme. Oí un «¿Emma?», viniendo de cada habitación del apartamento. Reconocí la creciente preocupación en sus voces, ya que cada vez que pronunciaban mi nombre, solo encontraban el silencio. Poco después mi madre llegó a casa y su voz se unió al coro.

Pero no podía responder. Tenía que quedarme allí y buscar a Jesse. Era mi deber como esposa. Tenía que ser la primera en verlo cuando llegara a tierra.

Cuando oí a alguien subir a la azotea, creí que era mi padre y pensé: *Bien, así también podrá buscarlo.*

Pero era Marie.

Se quedó inmóvil, sin apartar la vista de mí, mientras yo volvía a colocarme los prismáticos y miraba el océano.

—Hola —dijo al cabo de unos segundos.

—Hola.

—¿Qué haces? —preguntó, acercándose a mí.

—Voy a encontrarlo.

Sentí cómo me rodeaba el hombro con el brazo.

—No puedes... Eso no va a... funcionar.

—Tengo que buscarlo. No puedo renunciar a él.

—Mmm... Dame esos prismáticos.

Quise ignorarla, pero tenía que explicarle por qué estaba haciendo aquello.

—Jesse podría volver. Tengo que estar atenta.

—No va a volver.

—Eso no lo sabes.

—Sí. Sí lo sé.

—No puedes soportar que no esté bajo tu sombra —espeté—, porque eso significa que ya no eres el centro del universo. Jesse va a volver, Marie. Y yo me voy a quedar aquí sentada hasta que eso ocurra. Porque conozco a mi

marido. Sé lo increíble que es. No voy a permitir que me hagas pensar que no va a lograrlo solo porque te encuentras mejor cuando me siento pequeña.

Marie echó la cabeza hacia atrás como si acabara de propinarle una bofetada.

—Tengo que quedarme y vigilar el agua. Es mi deber. Como su esposa.

Cuando vi la expresión de mi hermana en ese momento, con una mezcla de compasión y miedo, me di cuenta de que creía que me había vuelto loca.

Y durante un instante me pregunté: *¡Oh, Dios mío! ¿Estoy loca?*

—Emma, lo siento mucho —dijo, abrazándome como una madre sostiene a un hijo, como si fuéramos un único cuerpo. No estaba acostumbrada a ese tipo de hermana, la que también es tu amiga. Estaba acostumbrada a tener *solo* una hermana, del mismo modo que algunos profesores son solo profesores y algunos compañeros de trabajo son solo compañeros—. Jesse está muerto. No está ahí fuera intentando volver a casa. Se ha ido. Para siempre. Lo siento mucho. No te imaginas cuánto lo siento.

Durante un segundo, pensé: *¿Y si tiene razón?*

—No está muerto —dije con tono vacilante y voz inestable—. Está ahí fuera.

—No lo está, Emma. Está muerto.

¿Es cierto eso?

Y, entonces, la verdad cayó sobre mí como un *tsunami*.



Esos días lloré tanto que me despertaba con los ojos cerrados de lo hinchados que los tenía. Estuve sin cambiarme de ropa tres semanas.

Lloré por él, por lo que había perdido y por cada día que me quedaba de vida y que tendría que vivir sin él.

Mi madre tuvo que obligarme a que me duchara. Se quedó en la ducha conmigo, sosteniendo mi cuerpo desnudo bajo el chorro de agua, cargando todo mi peso en sus brazos porque yo no me tenía en pie por mí misma.

El mundo me parecía tan oscuro, sombrío y carente de sentido. La vida era cruel e inútil.

Pensaba en cómo Jesse cuidaba de mí y me abrazaba. En lo bien que me sentía cuando me acariciaba la espalda, en su aliento tan dulce y humano.

Perdí la esperanza, el amor y toda mi bondad.

Le dije a mi madre que quería morir.

Se lo dije incluso sabiendo lo mucho que le dolía oír algo como aquello. Tenía que decirlo porque así era como me sentía y sufría demasiado.

Ella hizo una mueca compungida, cerró los ojos y dijo:

—Lo sé. Pero no puedes. Tienes que vivir. Tienes que encontrar la forma de vivir.

Seis semanas después de dejar a Jesse en el aeropuerto, salí de mi dormitorio, fui hacia la cocina, donde mis padres estaban hablando y anuncié con calma y una determinación que no había tenido en todo ese tiempo:

—Quiero volver a Acton. No quiero quedarme más aquí.

Mi padre asintió y mi madre dijo:

—Lo que necesites.

No recuerdo quién guardó mis cosas, quién vendió mi coche y mis muebles. No recuerdo haber subido al avión. Lo único que sé es que, una semana después, aterricé en el aeropuerto Logan.

En casa.

Emma y Sam

O cómo recomponerse.

Cuando pierdes a alguien a quien amas, es difícil imaginar que alguna vez te sentirás mejor. Que algún día serás capaz de estar de buen humor solo porque hace buen tiempo o el camarero de la cafetería de la esquina recuerda cómo te gusta el café.

Pero sucede.

Si tienes paciencia y te esfuerzas por lograrlo.

Comienza con algo sencillo, como respirando de nuevo el aire de Massachusetts. Tu alma recupera algo de energía cuando ves las calles y las fachadas de ladrillo rojo de Boston, cuando llegas al camino de entrada de la casa de tus padres y regresas a tu antigua habitación.

Tu entereza emocional se fortalece mientras duermes en la cama de tu infancia, desayunas las tortitas de tu madre y te escondes de la mayor parte del mundo.

Te pasas todo el rato viendo el Canal de Viajes y te aburres tanto que pillas una novela de la pila de libros que hay en tu habitación; unos libros que tus padres te llevan regalando desde hace años y que te has negado a abrir hasta ahora.

Lees uno de ellos hasta la última página, solo para descubrir que el marido muere al final. Lanzas el libro por los aires y rompes la lámpara de la mesita de noche. Cuando tu madre entra en tu habitación esa noche, le cuentas lo que ha pasado y le pides recomendaciones de libros donde no muera nadie.

Dos días después, te encuentras a tus progenitores en la sala de estar, con un montón de novelas en la mesa del sofá. Están echándoles un vistazo para asegurarse de que todos los personajes permanezcan vivos hasta el final de la historia. Esa noche, tienes una nueva pila de libros para leer y abres el primero, confiando en que no te vas a volver a desmoronar.

Es la primera vez en mucho tiempo que te sientes segura.

Marie se entera de que está embarazada de gemelas. Estás deseando comprarles un par de pijamas iguales, pero no quieres salir de casa. Así que los adquieres por internet y haces que se lo envíen a su casa. Cuando desde la web te piden que escribas un mensaje personalizado, sabes que deberías felicitarla y usar un montón de signos de exclamación, pero no te sale de dentro. No puedes hacer gala de un entusiasmo que ni siquiera eres capaz de escribir. De modo que solo pones: «Para mis pequeñas sobrinas».

Tu madre llega a casa con una lámpara de cabecera nueva, hecha especialmente para leer. Tiene un brazo que sale de la base y pasa por encima de tu cabeza, cerniéndose justo sobre las páginas. Esa semana, te lees tres libros de la pila gracias a la luz que entra por la ventana durante el día y a la lámpara que cuelga sobre ti por la noche.

Nacen tus sobrinas. Las llaman Sophie y Ava. Las sostienes en brazos. Son preciosas. Te preguntas cómo es posible que Marie tenga todo lo que siempre ha querido y tú... tú hayas terminado así. Sabes que eso tiene un nombre: autocompasión. Pero te da igual.

Olive viene desde Chicago para verte. Todo el mundo cree que dormirá en casa de sus padres, pero sientes un alivio enorme cuando te dice que prefiere hacerlo en un colchón en el suelo de tu habitación. No te pregunta cómo estás porque sabe que no hay respuesta posible. En vez de eso, te comenta que está pensando en dejar la cafeína y consigue que la ayudes a espiar por Facebook al hombre con el que está empezando a salir. Te sientes menos sola con ella, lo que supone un bienvenido consuelo a la abrumadora soledad que te consume casi todo el tiempo. Cuando hace las maletas para regresar a Chicago, le dices de broma que te esconda en una de ellas para irte con ella. Olive te responde: «Puede que todavía no te hayas dado cuenta, pero este es un buen lugar para ti».

Un día, los recuerdos que asolan cada rincón de tu pueblo y de tu casa, los recuerdos de donde tú y Jesse os conocisteis y os enamorasteis cuando erais adolescentes, comienzan a parecer menos abrumadores y crees que puedes lidiar con ellos. Así que sales de casa.

Vas a la librería de tu familia.

Notas que todavía no estás lista para pasar un día entero fuera de casa cuando te derrumbas junto a la colección de libros de Shel Silverstein que tu hermana ha colocado en un rincón de atrás.

No te explicas por qué has sufrido ese colapso. No hay nada en Shel Silverstein que te recuerde a Jesse. Salvo que Shel Silverstein escribió sobre lo que significa estar vivo y tú sientes que ya no lo estás. Porque Jesse no está vivo. Tienes la sensación de que dejaste de vivir el día que él desapareció. Que el resto de tus días serán un mero trámite hasta que te llegue el momento de morir.

Sabes que lo único que puedes hacer es meterte en el asiento de copiloto del coche de tu padre y dejar que este te lleve a casa y te meta en la cama.

Pero luego sientes que te haces más fuerte en esa cama, como si tú misma te estuvieras exprimiendo esas lágrimas, expulsando todo el dolor hasta

quedar seca. Te imaginas exudando sufrimiento, como si las lágrimas de tus ojos fueran el propio dolor. Imaginas que lo expulsas de tu cuerpo y lo absorbe el colchón.

Te despiertas por la mañana sintiéndote seca y completamente vacía. Tan vacía que, si alguien te diera un golpecito, sonaría hueco.

Sentirse hueca y vacía puede ser algo horrible cuando estás acostumbrada a estar llena de alegría. Pero no es tan malo cuando lo único que tenías en tu interior era dolor.

Hueca te parece bien.

Vacía te parece un comienzo.

No crees que hueca y vacía sea algo tan horrible.

Lo que es bueno, porque llevas mucho tiempo sintiéndote como si estuvieras al final de tus días.

Pides a tus padres que te compren un colchón nuevo. Te sientes un poco infantil al hacerlo, pero no tienes dinero porque no has publicado nada en bastante tiempo y has dejado tu trabajo en el blog.

Tus padres no entienden por qué les has pedido eso, y tampoco eres capaz de explicárselo. Te limitas a decir que ese «está manchado». Aunque lo que en realidad quieres decir es que tienes la sensación de que el colchón viejo ha absorbido todo tu sufrimiento. Sabes que eso parece una locura, pero estás convencida de que tu dolor está en el colchón y no quieres que regrese a tu cuerpo.

Sabes que no es tan sencillo. Pero te da la impresión de que sí.

Dos semanas después tienes un nuevo colchón y un canapé. Ves cómo tu padre asegura tu vieja cama en la furgoneta de un amigo y contemplas cómo el vehículo se aleja hacia el vertedero.

Te sientes mejor. Más libre.

Te das cuenta de que eso se llama «superstición».

Pero te parece bien.

Sabes que nunca te librarás del todo de ese dolor. Que es algo con lo que tendrás que aprender a vivir, a lidiar con ello.

Empiezas a entender que el dolor es crónico. Que hay remisiones y recaídas, pero no cura. Lo que implica que no puedes quedarte esperando a que se termine. Tienes que seguir adelante, como nadar a contracorriente.

Hacia el final de la baja por maternidad de Marie, tus padres sufren una intoxicación alimentaria y no hay nadie disponible para abrir la librería. Te ofreces a hacerlo. Te dicen que no hace falta, que pueden pedirselo a alguno de sus empleados. Pero les aseguras que lo tienes todo bajo control.

Cuando te dan las gracias, te das cuenta de que echas de menos ser una persona en la que se pueda confiar. Recuerdas el orgullo que uno siente al ser útil.

Te levantas temprano, te duchas y te subes al coche. Cuando metes la llave en la cerradura de la librería, eres consciente de que Jesse ha muerto, pero que tal vez tu vida siga existiendo. Que quizá puedas hacer algo con ella.

Tres días antes de la fecha prevista para que Marie se incorpore al trabajo, tu hermana le dice a tus padres que no quiere volver. Tiene lágrimas en los ojos. Dice que siente decepcionarles, pero que quiere quedarse en casa con sus bebés. Que no puede imaginarse pasar un día sin ellas. A tus padres les pillan completamente desprevenidos, pero enseguida apoyan a su hija.

Esa noche, los oyes hablar del asunto. Oyes a tu madre consolar a tu padre y decirle que no pasa nada porque la librería no termine en las manos de tu hermana o en las tuyas.

Al día siguiente, comienzan a buscar a un nuevo encargado.

Sabes lo que tienes que hacer.

Esa noche, te sientas con ellos a la mesa de la cocina y les pides que te den el puesto. Cuando tus padres te preguntan si estás segura de que eso es lo que quieres, les respondes que sí, aunque la verdad se encuentra en un área gris entre el «sí» y el «no».

Sorprendidos, pero felices, tus padres aceptan, diciendo que nada les haría sentirse más orgullosos que eso.

Ya tienes un trabajo.

Y entonces, poco a poco, día a día, minuto a minuto, a un ritmo tan lento que apenas te percatas de que esté ocurriendo nada, vuelves a encontrar un propósito en tu vida.

Está justo ahí, en Blair Books, el lugar del que has intentado huir toda la vida. Está en el rincón de lectura infantil y en un almacén desordenado. En la mesa de los más vendidos de la parte delantera y en el expositor con las ofertas en la parte trasera. Miras los marcapáginas. Esos que dicen «Viaja por el mundo a través de un libro».

Ya has viajado por todo el mundo.

Marie y Mike traen a las niñas a cenar el domingo. Justo antes del postre, tu cuñado menciona que tienen una cita con un especialista en audición el martes. Esa noche, oyes hablar a tus padres entre ellos y comentan que ya era hora. Te das cuenta de que pasas tan poco tiempo con tus sobrinas y con tu hermana que no sabías que las gemelas han dejado de reaccionar al sonido de sus nombres o al de ruidos más fuertes.

Decides llamar a Marie después de la consulta. Vas a ser una hermana atenta. Una buena tía.

Marie responde al teléfono entre lágrimas, pero consigues entender qué está pasando.

Tus sobrinas se están quedando sordas.

Tiene algo que ver con un gen llamado «conexina 26».

Esa noche, vas a casa de tu hermana y le llevas todo lo que te gustaba tener a mano cuando tenías un mal día: Coca-Cola *light* y helado de Ben & Jerry's. Eliges uno de coco y chocolate porque sabes que la chocolatina favorita de tu hermana es una Almond Joy. Ella mete el helado en el congelador y deja la Coca-Cola en la encimera. Después te da un abrazo tan fuerte que crees que te va a romper una costilla. Le devuelves el abrazo y la dejas llorar.

Dejas la casa de tus padres y te vas a vivir a un pequeño apartamento en Cambridge. Dices que lo haces porque quieres vivir en un edificio de ladrillos, pero lo cierto es que te mudas porque Olive te ha dicho que ya va siendo hora de conocer a otras personas. A cualquier persona. Gente nueva.

A los cinco meses de asumir el puesto de encargada, te sientas con tus padres y les persuades para que empiecen a vender libros digitales y lectores electrónicos. Les explicas cómo funciona todo. Cuando te dicen que estás haciendo un trabajo increíble, te pones a llorar porque echas de menos a Jesse. Los momentos felices son los peores. Ahí es cuando la nostalgia se acentúa todavía más. Pero te limpias los ojos, vuelves al trabajo y esa noche, cuando apoyas la cabeza en la almohada, crees que has tenido un buen día.

Un viejo amigo de la universidad de tu padre entra en la librería buscándolo, pero no está. Cuando ve que eres la encargada, te pregunta cómo te llamas. Le respondes que Emma Lerner y el hombre frunce el ceño. Comenta que Colin siempre quiso que una de sus hijas se hiciera cargo de la tienda. Le dices que tú *eres* una de sus hijas. El hombre se disculpa por el error.

Marie y Mike se compran una casa en la misma calle que tus padres. Mike tardará más en llegar a la tienda de artículos de deporte, pero Marie cree que es importante vivir cerca de tus padres.

Cuando termina de instalarse, la llamas y le preguntas si le gustaría ir contigo a una clase de lengua de signos en Boston. Le dices que te hace mucha ilusión aprender a hablar con las manos. Ella acepta y es lo único que hace algo fuera de casa, sin sus hijas. Después de unas semanas, te das cuenta de que la vida social de tu hermana se reduce a ti.

Un día después de clase, Marie te pregunta si te apetece comer fuera. La llevas a un restaurante de barbacoa mongol y te encuentras con el hermano mayor de Jesse, Chris. Le saludas, os ponéis al día y te sorprendes al no ponerte a llorar.

Mientras Marie y tú regresáis, tu hermana quiere saber si estás bien. Cuando le explicas cómo te sientes, llegas a una conclusión demoledora. Llevas años oyendo a la gente decir: «Que su recuerdo te acompañe siempre». Y por fin te das cuenta de que eso es precisamente lo que pasa.

Estás más feliz de haberlo conocido, que triste por haberlo perdido.

Te preguntas si el dolor es menos crónico de lo que piensas. Si la remisión puede durar años.

Un día, la peluquera te pregunta si no te has planteado darte reflejos. Le dices que lo haga. Cuando sales de la peluquería, te ves fantástica. Y empiezas a dártelos periódicamente.

Tus padres se jubilan parcialmente y dejan la librería en tus manos. Estás tan orgullosa, tan feliz, tan ansiosa por asumir todas las responsabilidades, que decides volver a tener tu apellido de soltera. Eres una Blair. Nunca te has sentido más orgullosa de ser una Blair. El día que te llega tu nuevo carné, lloras y miras al cielo, como si Jesse estuviera allí, y le dices: «Esto no significa que no te quiera. Solo que adoro el lugar del que provengo».

Cuando Marie se entera de que te han entregado la librería se enfada. Te acusa de quitársela. Le dices que solo te estás haciendo cargo de aquello con lo que ella no quiso seguir. Los ánimos se exaltan. Ella te grita. Tú haces lo mismo. Te espeta enfurecida: «¡Oh, vamos! Todos sabemos que eres la favorita. Emma, doña Perfecta, que hace todo lo que mamá y papá quieren».

Empiezas a reírte porque todo eso te parece absurdo.

Pero luego te das cuenta de que es verdad.

Te has convertido en la persona que tus padres siempre quisieron que fueras. Y lo has hecho casi por casualidad.

No creías que querías trabajar entre libros, ni vivir en Massachusetts, ni estar cerca de tu hermana. Pero resulta que sí. Que eso es lo que te hace feliz.

Y entonces te dices a ti misma: *No, espera, eso no está bien. No puedo ser feliz.*

Porque no lo tienes a él. Se ha ido. No puedes ser feliz, ¿verdad?

Y después te paras y te preguntas: *¿Soy feliz?*

Y te percatas de que puede que sí lo seas.

Le pides perdón a Marie. Ella te lo pide a ti. Le dices con lengua de signos: «Soy una imbécil». Ella se ríe.

Más tarde le preguntas si estás traicionando a Jesse por estar bien, por estar a gusto con la vida que llevas ahora.

—En absoluto —te responde ella—. Eso es lo que a él le habría gustado. Precisamente eso.

Crees que tiene razón.

Te quitas tu anillo de boda y lo guardas en un sobre, junto con vuestras cartas de amor y fotografías. Nunca te desharás de él, pero ya no necesitas usarlo.

Vuelves a la peluquería y le preguntas a la peluquera cómo te quedaría un corte tipo *pixie*. Te dice que te quedaría genial. Confías en ella. Vuelves a casa, con el pelo recién cortado, y sigues sin tener claro cómo seguir adelante.

Pero entonces Marie te ve y te dice que pareces una estrella de cine. Cuando vuelves a mirarte al espejo, entiendes a qué se refiere.

Seis meses después, decides aprender a tocar el piano.

Y justo cuando entras en una tienda de instrumentos, da comienzo una nueva etapa de tu vida.

Podría haber comenzado recibiendo clases de piano. Pero decidí lanzarme al vacío. Quería tener algo que hacer con las manos cuando estuviera en casa. Y era el piano, o cocinar. Y, bueno, cocinar me pareció la opción con la que más se ensuciaba.

Así que encontré una tienda de instrumentos de segunda mano en Watertown y conduje hasta allí un domingo por la tarde.

Cuando abrí las puertas y entré en la tienda, sonaron unas campanillas. Luego estas se cerraron detrás de mí. El interior olía a cuero y estaba lleno de filas de guitarras. Encontré una revista y me puse a mirarla durante un minuto, sin estar segura de lo que estaba buscando.

De pronto, empecé a sentirme incómoda y completamente fuera de lugar. No sabía qué preguntar, ni a quién.

Y allí parada, rodeada de un saxo, trompetas y una serie de instrumentos de los que ni siquiera conocía el nombre, me di cuenta de que no pintaba nada en ese sitio. Estuve a punto de darme por vencida, dar media vuelta y regresar a casa. Me alejé de las revistas y choqué con dos tambores de bronce, que emitieron un sonoro tañido metálico cuando golpearon entre sí por accidente. Los enderecé y miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me hubiera visto.

Había un vendedor a unos pocos metros. Me miró y sonrió.

Le devolví la sonrisa con timidez y me volví hacia las revistas de nuevo.

—Hola —me saludó el vendedor, que acababa de colocarse a mi lado—. ¿Eres timbalera?

Lo miré y ambos nos reconocimos al instante.

—¿Sam? —dije.

—Emma Blair... —Estaba perplejo.

—¡Oh, Dios mío! Sam Kemper. No te... Hacía años que no te veía...

—Sí, diez años. Puede que más —repuso él—. ¡Vaya! Estás... estás genial.

—Gracias —dije—. Tú también.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien. Muy bien.

Me quedé callada un instante y lo miré, sorprendida por lo mucho que había cambiado. Intenté recordar si sus ojos siempre habían sido tan impresionantes. Eran de un marrón cálido y parecían amables y llenos de

paciencia, como si lo vieran todo con compasión. O quizá solo estaba proyectando el recuerdo que tenía de él en su cara.

Pero no me cabía duda de que se había convertido en un hombre atractivo. Tenía el rostro un poco más anguloso, lo que le daba más personalidad.

Me di cuenta de que lo estaba mirando más de lo debido.

—¿Ahora tocas el timbal? —preguntó.

Lo miré como si me estuviera hablando en chino.

—¿Qué?

Hizo un gesto hacia los tambores de bronce que tenía detrás de mí.

—Te he visto cerca de los timbales. He pensado que quizás habías empezado a tocarlos.

—¡Oh! No, no —indiqué—. Ya me conoces. No toco nada. Bueno, salvo cuando nos enseñaron a tocar *María tenía un corderito* con la flauta, pero no creo que eso cuente.

Sam se rio.

—No es lo mismo que el timbal, pero sí que cuenta.

—No todo el mundo sabe tocar tropecientos instrumentos o los que sea que dominas —dije—. Eran seis, ¿verdad?

Sam esbozó una sonrisa tímida.

—Aprendí unos pocos más después de eso. Aunque la mayoría a nivel *amateur*.

—Y yo solo la flauta dulce. ¡Oh! —exclamé al recordar de pronto—. ¡También toqué los platillos de dedo en el recital de fin de curso de cuarto de primaria! ¡Así que ya son dos!

Volvió a reírse.

—Entonces eres toda una experta. Debería ser yo el que te pidiera consejo.

Le seguí la corriente, fingiendo ser una humilde portento de la música.

—Bueno, los platillos son muy sencillos. Solo hace falta un par de ellos que se ajusten a tus dedos, y luego los golpeas entre sí para producir el sonido metálico. —Golpeé mis dedos con entusiasmo para hacerle una demostración—. Lo único que necesitas es confianza en ti mismo.

Siguió riéndose. Sam siempre hizo que me sintiera como si fuera la persona más graciosa del lugar.

—Si dominas eso puedes lograr todo lo que te propongas —dije—. Conocí a una chica que empezó a tocar los platillos de dedo y ahora es toda una profesional de los platillos grandes.

Me dio un poco de vergüenza, como si me hubiera tomado su risa como un cheque en blanco para soltarle un monólogo de humorista. Pero él se rio de nuevo. Una risa sincera. Y mi ansiedad se desvaneció al instante.

—Lo cierto es que todo es mentira. Bueno, lo de que toqué los platillos de dedos es verdad, pero... he venido porque me estoy planteando aprender a tocar el piano. Y esa es la razón por la que estoy aquí parada, en medio de esta tienda, sin saber qué hacer.

—¡Ah! —Asintió con la cabeza—. Bueno, si quieres mi opinión...

—Sí —me apresuré a decir—. Eso es precisamente lo que quiero.

Sonrió.

—Entonces creo que deberías comprarte uno de los teclados Yamaha PSR que hay en la zona de atrás, al lado de las cajas de ritmos. Solo tienen sesenta y una teclas y no pesan mucho, pero creo que si estás empezando, o no tienes claro que vaya a convertirse en un pasatiempo duradero, no merece la pena gastarse cuatrocientos dólares en un teclado. Claro que esa es solo mi opinión.

—No. Es un gran consejo. ¿Puedes enseñarme uno de esos teclados de los que hablas?

—¡Oh! —dijo como si le sorprendiera que le hubiera prestado atención de verdad—. Claro. Creo que hay uno detrás.

Se dio la vuelta y se dirigió a la parte posterior de la tienda.

Lo seguí.

—¿Sigues tocando el piano? —le pregunté.

Se volvió ligeramente para mirarme y asintió.

—Sí, por diversión. —Se detuvo ante un pequeño teclado negro encima de un soporte—. Este debería bastar para lo que quieres.

Toqué unas pocas teclas, pero el único sonido que hicieron fue el del golpe de mis dedos sobre ellas.

—Creo que está apagado —dijo él.

—Cierto. Tiene sentido. —Me quise morir por dentro por haber intentado tocar un teclado que no estaba enchufado. Puede que fuera el momento más embarazoso que había vivido desde hacía meses, cuando un cliente me advirtió de que llevaba la cremallera abierta—. ¿Cuánto cuesta?

—Eh, pues... —Se agachó para mirar la etiqueta con el precio. Era la mitad de lo que había pensado que me costaría.

Decidí aprovechar el viaje y quedármelo.

—De acuerdo. Me lo llevo.

Se rio.

—¿En serio?

—Sí —dije—. Por algo hay que empezar, ¿no?

—Supongo que eso es verdad —convino él.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¡Vaya! —dije al cabo de un rato—. No me puedo creer que me haya encontrado contigo.

—¡Lo sé! ¿Qué probabilidades había?

—Bueno, si tenemos en cuenta que vivimos en la misma ciudad, supongo que unas cuantas.

Soltó una carcajada.

—Pensaba que seguías en California.

Negué con la cabeza, sin saber muy bien cuánto sabía Sam.

—Sí, bueno, ya sabes.

Sam asintió con gesto serio.

—Sí —dijo con voz seca—. Me enteré de lo que pasó.

Entonces sabía todo. En ese momento sentí el impulso de alejarme de él lo más rápido posible.

—Bueno, mis padres se van a alegrar mucho cuando sepan que estás bien. Gracias por tu ayuda, Sam. Me ha encantado volver a verte.

Le ofrecí la mano y miré la expresión de sorpresa de Sam por la forma abrupta en la que estaba terminando la conversación.

—¡Oh! Sí, claro —dijo.

Y entonces me despedí y fui hacia la caja registradora.

—¿Alguien la ha ayudado con su compra? —preguntó la mujer de la caja mientras me devolvía la tarjeta de crédito.

—¿Perdón? —Metí la tarjeta en la cartera.

—Le he preguntado si alguien la ha ayudado a decidir qué comprar —repitió.

—¡Ah! —dije—. Sí, Sam me ayudó. Ha sido muy atento.

—¿Sam?

—Sí.

—Aquí no trabaja nadie con ese nombre.

Durante un instante, pensé que tal vez acababa de vivir una de esas experiencias paranormales con fantasma incluido.

—Sam Kemper —dije—. Me ha aconsejado que compre este teclado.

La mujer negó con la cabeza, sin saber de quién estaba hablando.

Me volví, miré de izquierda a derecha y me puse de puntillas para ver mejor. Pero no pude verlo por ninguna parte. Empecé a pensar que me estaba volviendo loca.

—Un poco más de metro ochenta, lleva una camiseta negra, barba de tres días... —La mujer me miró como si empezara a saber de quién estaba hablando, así que seguí—: Con unos ojos muy bonitos...

—¡Ah, sí! Ya sé a quién se refiere.

—Estupendo.

—Pero ese hombre no trabaja aquí.

—¿Cómo que no trabaja aquí?

—Es un cliente. Aunque suele venir mucho.

Cerré los ojos y solté un suspiro. Me había pasado todo el rato hablando con Sam como si fuera un dependiente.

—Lo siento —dije—. Soy tonta.

La mujer se rio.

—No se preocupe. —Me pasó el recibo—. ¿Necesita que la ayudemos a llevarlo al coche?

—Mmm... —Miré el instrumento y decidí que podía hacerlo yo sola—. Creo que puedo hacerlo por mi cuenta. Gracias.

Recogí el teclado y fui hacia la puerta, buscando a Sam con la mirada. No lo vi hasta que llegué a la entrada de la tienda. Estaba bajando las escaleras.

—¡Sam! —le llamé.

—¡Emma! —dijo con el mismo tono que el mío.

—Sigues aquí. Creí que ya te habías ido.

—Estaba en la planta de arriba. Estoy buscando un *mignon*.

Confieso que tardé un momento en darme cuenta de que estaba hablando de un tipo de piano de cola y no de un filete.

—¡Ah, vaya! Quieres comprar un piano de cola —dije. Dejé el teclado un momento en el suelo—. Otra prueba más de que no trabajas aquí.

Sonrió.

—Siento mucho haber supuesto que eras un vendedor. Creo que mi mente me jugó una mala pasada porque trabajabas en nuestra librería y... En fin, he quedado como una imbécil cuando he ido a la caja registradora y he intentado darte la comisión por mi compra.

Sam se rio.

—¿Sabes? Hubo un momento en que tuve la sensación de que pensabas que trabajaba aquí, pero no sabía cómo sacarte del error sin...

—¿Sin que pareciera idiota?

Volvió a reírse.

—Más o menos.

—Bueno, pues ya soy oficialmente una idiota.

—No —me aseguró él—. Ha sido un placer ayudarte. En serio. Y me ha encantado volver a verte. —La sinceridad con la que me miró me desarmó por completo. No tenía claro si me gustaba aquello o no. Aunque empezaba a pensar que sí.

—Te debo un «gracias» —le dije—. Me has sido de gran ayuda.

—¿Necesitas alguna clase? —dijo Sam—. Si quieres yo puedo... enseñarte. Lo haría con mucho gusto. Mostrarte algunas cosas básicas, solo para empezar.

Lo miré, sin saber qué responder.

—O si no eso, tal vez podríamos quedar algún día a tomar algo —se ofreció.

La comprensión de lo que estaba sucediendo me golpeó con la fuerza de una ola. Pero no como una de esas pequeñas que se estrellan contra tus pies mientras vas caminando sobre la arena y te mojan el bajo de los vaqueros, sino como aquellas que te pillan desprevenida mientras sales del agua, de espaldas al mar, y consiguen tirarte al suelo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, sorprendida—. ¿Me estás pidiendo una cita?

Vi cómo Sam dejaba caer los hombros y la decepción que atravesaba su rostro antes de que pudiera ocultarla.

—Estaba intentando parecer relajado y sutil. Tal vez una de esas citas en la que ninguno de los involucrados sabe que lo es. —Negó con la cabeza—. Han pasado más de diez años y sigo haciéndolo tan mal como la primera vez, ¿verdad?

Empecé a ponerme roja, lo que hizo que Sam también se ruborizara.

—Lo siento —se disculpó—. Acabo de salir de una relación muy larga y no tengo práctica. Aunque no te lo creas, se me daba muy bien hablar con las chicas en la universidad. Como suele decir mi padre: sé directo, pero... —Me miró como si acabara de revelar un terrible secreto. Luego se llevó la mano a la cara y se pellizcó el puente de la nariz—. ¿En serio acabo de reconocer que le pido a mi padre consejo para invitar a salir a una mujer? —preguntó, sin cambiar de expresión.

Me reí. Una risa callada. Una de esas risas de «Sí, eso es lo que has hecho, pero no pasa nada».

Y ahí fue cuando me acordé de lo mucho que siempre me había gustado.

Sí, me gustaba.

Sam era *adorable*. Y *dulce*. Y creía que yo era *graciosa*.

—Está bien —dije—. Mira, yo he creído que eras el dependiente de la tienda. Y tú le pides a tu padre consejo para entrarle a las mujeres. Somos tal para cual en lo que a la interacción social se refiere.

Se rio. Parecía tan aliviado...

Quería volver a verlo. Esa era la verdad pura y dura. Quería pasar más tiempo con él. Quería estar cerca de él.

—¿Qué te parece esto? —dije—. Tú me enseñas a tocar *Chopsticks*^[2], y yo te invito a una cerveza.

—Bueno, si solo se trata de *Chopsticks*, tengo una idea estupenda.

Lo miré, esperando a oír lo que tenía que decir.

Sam agarró mi teclado y yo lo seguí mientras me llevaba por la escalera. Una escalera estrecha y desvencijada que conducía a una sala llena de instrumentos enormes. Vi unos cuantos pianos, un arpa y un chelo. Sam me guio hasta un elegante piano de cola negro. Después, dejó mi teclado en el suelo, se sentó delante del instrumento y dio un golpecito en el hueco que había quedado en el banco. Me senté a su lado.

Me miró y colocó las manos con suavidad sobre las teclas. Luego se inclinó y empezó a tocar *Chopsticks*.

Contemplé cómo sus manos volaban sobre las teclas, como si supieran instintivamente qué hacer. Tenía unas manos bonitas. Fuertes, pero suaves. Con unas uñas cortas y limpias y unos dedos largos y delgados. Sé que hay mujeres que dicen que les gustan los hombres con manos callosas y grandes, que prefieren que un hombre muestre su dureza en sus manos, pero al ver las manos de Sam me di cuenta de lo equivocadas que estaban. Me gustó que fueran ágiles, casi elegantes. Y antes de darme cuenta, me estaba fijando en sus muñecas, brazos y hombros.

Observar a Sam tocar el piano me hizo recordar el talento, la habilidad y la destreza que tenía, y enseguida empecé a preguntarme qué más podía hacer con esas manos.

Crees que sabes quién eres, que tienes una identidad propia metida en una caja con una etiqueta que pone «YO», pero luego te das cuenta de que te atraen los músicos (que esa destreza a la hora de tocar te resulta de lo más sexy) y tienes que replantearte todo lo que sabes sobre ti misma.

Dejó de tocar.

—Muy bien, tu turno.

—¿Yo? —pregunté—. ¿Hacer eso? ¡Pero si ni siquiera sé por dónde empezar!

—Mi padre dice que es mejor ser persistente —comentó, en tono de broma. Se le veía confiado. Esperanzado.

Me lo planteé durante un instante.

Pensé en lo agradable que sería tomar una copa y hablar con un hombre atractivo, que además era un viejo amigo.

Pero cuando Sam me miró, esperando mi respuesta, sentí una punzada de miedo. Pero miedo de verdad.

Aquello no sería una cena con un viejo amigo.

Sería una cita.

No podía hacerlo.

Miré la sonrisa de Sam. Una sonrisa que se fue desvaneciendo a medida que esperaba mi respuesta.

—Mejor en otra ocasión —dije—. ¿Te parece?

—Sí —respondió él, sacudiendo la cabeza—. Claro. Por supuesto.

—En serio que quiero tomar algo contigo —le aseguré.

—Tranquila, lo entiendo.

—Es que tengo que hacer una cosa.

—No te preocupes.

—Te doy mi número. —Quería que supiera que me apetecía volver a verlo, que estaba interesada—. Tal vez podamos quedar el próximo fin de semana.

Sam sonrió y me tendió su móvil.

Me llamé a mí misma para que su número también apareciera en mi teléfono. Le devolví el móvil.

—Tengo que irme —dije—. Pero hablamos, ¿vale?

—Sí. Me parece bien.

—Me ha encantado volver a verte —dije.

—A mí también, Emma. En serio.

Estiró la mano y yo se la tomé. Ambos nos las estrechamos, pero luego las dejamos así durante un rato. Nos quedamos en un punto intermedio entre apretarlas y sostenerlas.

Esa tarde, mientras conducía de vuelta a mi apartamento, con un teclado en el maletero y el número de Sam en el teléfono, empecé a preguntarme si podría estar con alguien como Sam, si él podría ser alguien importante en mi vida.

Siempre le tuve mucho cariño, me preocupaba por él. Y quizá ya iba siendo hora de tener alguna cita con alguien agradable. Un buen hombre que

siempre me había tratado bien, con el que podría haber terminado saliendo en el instituto si las cosas hubieran sido de otro modo.

Las cosas buenas no esperan hasta que estás preparado. A veces llegan antes, cuando casi estás listo.

Y concluí que, cuando eso sucede, tenemos dos opciones: o la dejas pasar, como si fuera el tren equivocado, o te preparas y te subes a él.

Así que eso fue lo que hice: prepararme para subir.

Pensé en ello toda la noche. Di una y mil vueltas en la cama. Y luego, a la mañana siguiente, de camino a la librería, mandé un mensaje a Sam.

¿Tomamos una copa el viernes sobre las 19:30? ¿Te parece bien en Cambridge?
Elige el sitio.

Todavía no eran las nueve de la mañana. No esperaba que me respondiera enseguida.

Pero mi teléfono sonó de inmediato.

¿En McKeon's, en la calle Avery?

Y eso fue todo.

Tenía una cita.

Con Sam Kemper.

Nunca había estado tan pletórica y con dolor de estómago al mismo tiempo.

¿Qué iba a hacer si empezaba a sentir algo por alguien?

Puede que no por Sam. Quizá dentro de unos cuantos años. Pero si te das cuenta de que quieres que el amor entre en tu vida, es porque estás dispuesta a dejar que suceda.

Y eso significa que tienes que dejar que Jesse se vaya.

No podía pensar en otra forma de hacerlo, de procesarlo, que plasmarlo en palabras. De modo que, esa noche, después del trabajo, me senté en mi sofá, me hice con papel y un bolígrafo y escribí una carta.

Querido Jesse:

Hace más de dos años que te fuiste, pero no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti.

A veces, recuerdo tu olor salado cuando venías de nadar del mar. O me pregunto si te habría gustado una película que acabo de ver. Otras veces solo pienso en tu sonrisa. O en las arrugas que te habrían salido en los ojos y me enamoro un poco más de ti.

Pienso en cómo me tocarías. En cómo te tocaría. Pienso mucho en eso.

Tu recuerdo me dolía mucho al principio. Cuanto más pensaba en tu sonrisa, en tu olor, más me dolía. Pero me gustaba torturarme a mí misma. Me gustó ese dolor porque ese dolor eras tú.

No sé si hay una forma correcta o incorrecta de atravesar el luto. Lo único que sé es que perderte me destrozó de una forma que jamás creí posible. Sentí un dolor que ni siquiera creía que fuera humano.

Hubo momentos en los que llegué a perder la cabeza. (Digamos que uno de esos momentos ocurrió en nuestra azotea).

Otros, estuve a punto de romperme por completo.

Pero ahora me siento feliz al decir que he llegado a un punto en el que tu recuerdo me produce tanta alegría que me hace sonreír.

También me enorgullece poder decir que soy más fuerte de lo que me imaginaba.

He encontrado un sentido a la vida que jamás habría esperado.

Y últimamente también me he vuelto a sorprender al darme cuenta de que estoy lista para seguir adelante.

Llegué a pensar que el luto sería crónico, que lo único que podría hacer sería agradecer tener días buenos para poder sobrellevar los malos. Pero luego empecé a pensar que quizá los días buenos no tenían por qué ser solo días; que tal vez podían ser buenas semanas, buenos meses, e incluso buenos años.

Ahora me pregunto si el luto no es como un caparazón.

Un caparazón que usas durante mucho tiempo, hasta que un día te das cuenta de que lo has superado y te lo quitas.

Eso no significa que quiera olvidarme de tus recuerdos o del amor que siento por ti. Solo que quiero dejar de lado la tristeza.

Nunca te olvidaré, Jesse. No quiero y no creo que sea capaz de hacerlo.

Pero sí creo que puedo deshacerme del dolor. Que puedo quitármelo de encima, dejarlo en el suelo y seguir avanzando. Que tal vez pueda visitarlo de vez en cuando, pero sin llevarlo conmigo todo el tiempo.

Y no solo creo que pueda hacerlo, sino que necesito hacerlo.

Te llevaré en mi corazón siempre, pero no cargaré con tu pérdida más tiempo. Si lo hago, nunca volveré a estar alegre en la vida. Y me derrumbaré bajo el peso de tu memoria.

Necesito mirar hacia delante, hacia un futuro en el que tú ya no estarás, en vez de regresar una y otra vez a un pasado lleno de lo que tuvimos.

Tengo que dejarte marchar y pedirte que me dejes seguir avanzando.

Estoy convencida de que, si me esfuerzo, podré llevar la vida que siempre quisiste que tuviera. Una vida feliz. Una vida plena. En la que amo y soy amada.

Necesito tu permiso para poder amar a otra persona. Siento muchísimo que nunca podamos tener el futuro del que tanto hablamos. Habríamos tenido una vida maravillosa.

Pero ahora voy a salir al mundo con el corazón abierto. Y voy a ir adonde quiera que la vida me lleve.

Espero que sepas lo hermoso y liberador que fue amarte cuando estabas aquí.

Fuiste el amor de mi vida.

Tal vez sea egoísta por mi parte querer más; quizá sea una avariciosa por pretender tener otro amor como el nuestro.

Pero no puedo evitarlo.

Es lo que quiero.

Así que he decidido tener una cita con Sam Kemper. Quiero pensar que es un hombre que te gustaría para mí, al que darías el visto bueno. Pero también quiero que sepas, en caso de no te haya quedado claro, que nadie conseguirá reemplazarte nunca. Lo único que deseo es un poco de amor en mi vida, Jesse.

Por eso, te pido tu permiso para salir a buscarlo.

*Con amor,
Emma*

La leí una y otra vez. Luego la doblé, la metí en un sobre, escribí el nombre de Jesse en él y lo guardé.

Después me fui a la cama y me dormí.

Tuve un sueño profundo, y solo me desperté cuando la luz matinal empezó a entrar por la ventana. Me sentía descansada y renovada, como si el mundo y yo estuviéramos en una comunión perfecta sobre cuándo debería salir el sol.

Cuando llegué al bar, Sam iba vestido con una camisa vaquera y unos chinos grises. Me dio la sensación de que llevaba un poco de gomina en el pelo, y cuando se acercó para saludarme, me di cuenta de que se había puesto colonia.

Sabía que era una cita. Quería que fuera una cita.

Pero la colonia, el olor a cítrico y madera, lo dejó más que claro.

Le gustaba a Sam.

Y él me gustaba a mí.

Puede que la cosa fuera así de sencilla.

Aunque sabía que no lo era. Pero quizá pudiera serlo.

—Estás muy guapa —dijo Sam.

Cuando me preparé para esa noche, me puse una falda negra ajustada y una camiseta de manga larga de rayas negras y blancas que resaltaban lo mejor de mí. Hacía años que no me aplicaba la máscara de pestañas con tanto cuidado. Incluso usé un imperdible para separar las pestañas que se habían pegado, como había visto hacer a mi madre cuando era pequeña.

Después me puse unas bailarinas rosa pálido y fui hacia la puerta.

Me miré en el espejo justo cuando estaba a punto de salir de casa.

Algo no iba bien. No iba a funcionar. Me di la vuelta y me cambié las bailarinas por unos tacones negros. De pronto, mis piernas parecían mucho más largas.

Sintiendo más confianza en mí misma, fui al baño, me perfilé los labios con una línea carmesí perfecta y rellené el interior con un pintalabios llamado Rojo Rusia. Solo lo había usado una vez, hacía unos meses, cuando fui a cenar con Marie a un restaurante elegante en Back Bay. Pero me gustó como me quedó. Igual que me gustaba en ese momento.

Estaba guapa.

Y lo sabía.

Había conseguido tener mi mejor aspecto.

—Gracias —dije a Sam en el bar. Apreté los labios y me senté en el taburete que había junto a él—. Tú tampoco estás mal.

La camarera, una mujer alta e imponente de pelo oscuro, se acercó y me preguntó que qué quería beber. Eché un rápido vistazo a la lista de cócteles de la casa, pero no hubo nada que me llamara la atención. Todo parecía la misma mezcla de zumo de fruta y vodka.

—Un *gimlet* —dije.

Ella asintió, se volvió y se puso a preparar la bebida.

—¿Qué estás bebiendo tú? —pregunté a Sam. Estaba sentado frente a una cerveza rubia de barril—. Espero que no la hayas pagado. Se suponía que corría por mi cuenta.

Sam me miró y esbozó una sonrisa de pena.

—He tenido que pagarla cuando me la sirvieron —explicó—. Así que eso significa que tendrás que pagarme la segunda.

—Me parece bien.

La camarera dejó la copa delante de mí y yo le entregué mi tarjeta de crédito. Luego se marchó.

—De acuerdo, pero que sepas que pienso pedirme la cerveza más cara de la carta.

Estábamos sentados frente a la barra, mirándonos por el rabillo del ojo.

—Vale —dije—. Es lo menos que puedo hacer después de que me enseñaras esto.

Empecé a tocar *Chopsticks* en la barra con la mano derecha, como si tuviera unas teclas debajo. Sam cambió de posición para mirarme mejor.

—¡Muy bien! —exclamó cuando terminé.

—¿Para una matrícula de honor? —pregunté.

Lo pensó mientras daba un sorbo a la cerveza.

—Para un sobresaliente —dijo, dejando la cerveza en la barra—. Has tenido un pequeño fallo.

—¿Qué? —quise saber—. ¿Qué he hecho mal?

—Te saltaste una nota.

—¡Eso es mentira!

—Sí, te la saltaste. Hiciste esto. —Empezó a golpear la barra con el mismo orden de dedos que yo había usado hacía unos minutos—. Y es esto. —Volvió a golpear la barra, en lo que a mí me pareció el mismo patrón.

—Has hecho lo mismo.

Sam se rio y negó con la cabeza.

—No. No lo he hecho.

—Repítelo.

—¿Qué?

—Primero lo que yo he hecho y luego como es en realidad.

Empezó a repetir mi patrón.

—Espera, espera —le pedí—. Más despacio. Para que pueda ver la diferencia.

Empezó de nuevo más lento.
Primero el mío.
Y luego como debía ser.
Y ahí estaba. Casi al final. Me había saltado una nota.
Sonreí, reconociendo el error.
—¡Ah, hombre! —dije—. Tenías razón.
—No pasa nada. Lo has hecho muy bien para ser una principiante.
Lo miré con escepticismo.
—Lo que quiero decir —se volvió completamente hacia mí— es que has tocado una barra de bar maravillosamente bien.
Puse los ojos en blanco.
—Te lo digo en serio. Si le dedicas tiempo, llegarás lejos.
—Seguro que le dices eso a todas las chicas —dije, agitando la mano para restarle importancia al cumplido. Después, tomé con elegancia mi copa y me la llevé hasta los labios. Estaba rico. Tenía un sabor dulce y un poquito embriagador.
—Solo a mis alumnos —dijo él.
Lo miré, confundida.
—Me parece que este es un buen momento para decirte que soy profesor de música —explicó.
Le sonreí.
—¡Ah, qué bien! Es el trabajo perfecto para ti.
—Gracias. ¿Y qué me dices de ti? ¿Ahora eres una prestigiosa escritora de viajes? Mi madre me comentó que vio tu nombre en *Travel + Leisure*.
Me reí.
—¡Oh, sí! —dije—. Lo era. Durante un tiempo. Pero... no. Ahora estoy a cargo de la librería.
—¡No me digas! —repuso Sam, sin poder creérselo.
—Es sorprendente, lo sé. Pero es cierto.
—¡Vaya! —comentó—. El mayor deseo de Colin Blair: una Blair llevando Blair Books.
Volví a reír.
—Supongo que los sueños se hacen realidad —dije—. Al menos para mi padre.
—¿Pero no para ti? —quiso saber él.
—No era mi sueño original, como ya sabes. Pero estoy empezando a pensar que no siempre sabemos cuáles son realmente nuestros sueños. A veces solo necesitamos toparnos con ellos antes de darnos cuenta.

—¡Ah! —dijo Sam—. Brindo por ello. —Inclinó su vaso hacia el mío y yo choqué el mío contra el suyo—. ¿Puedo cambiar de tema un momento?

—Claro —dije.

—El tiempo te sienta bien. Cada vez estás más guapa.

—¡Oh, para! —espeté, dándole un empujón en el hombro con la mano.

Estaba coqueteando. Yo. Coqueteando.

Y me sentía muy bien haciéndolo. Nadie habla nunca de eso. Pero en ese momento, pensé que el coqueteo era lo que hacía girar el mundo.

La ansiedad de preguntarse qué va a decir la otra persona a continuación. La emoción de saber que alguien está pendiente de ti, que le gusta lo que ve. El subidón de mirar a alguien y que te guste lo que ves en él. Sí, cuando coqueteas, te enamoras tanto de ti misma como de la otra persona.

Es como verte a través de los ojos de otro y descubrir que hay muchas cosas que te gustan de ti misma, muchas razones por las que alguien podría encandilarse de cada una de tus palabras.

—¿Así que eres profesor de música? —pregunté—. ¿Y dónde das clase?

—En realidad, no muy lejos de Blair Books. Estoy en Concord.

—¿En serio? ¿Has estado tan cerca todo el tiempo y nunca te has pasado a saludar?

Sam me miró y dijo con total sinceridad:

—Si hubiera sabido que estabas allí, te aseguro que habría ido corriendo.

No pude reprimir la sonrisa que se extendió por mi rostro. Agarré mi bebida y le di un sorbo. A Sam casi se le había acabado la cerveza.

—¿Quieres que te pida otra? —pregunté.

Al ver que asentía, hice un gesto a la camarera.

—La cerveza más cara que tengan —dije cortésmente.

Sam se rio.

—Es una cerveza negra bastante fuerte. ¿Seguro que la quiere? —inquirió la camarera.

Miré a Sam, que se limitó a levantar las manos como si dijera «Tú mandas».

—Sí —respondí.

La mujer se alejó y yo me volví hacia él. Ambos nos quedamos callados un momento, sin saber qué decir.

—¿Cuál es la canción que más te gusta tocar? —quise saber. Era una pregunta estúpida. Me di cuenta en cuanto la hice.

—¿Al piano?

—Claro.

—¿Qué quieres oír? —dijo él.

Me reí.

—No me refiero a ahora. Aquí no hay ningún piano.

—¿Pero qué dices? Si acabamos de tocar *Chopsticks* en este mismo bar.

Volví a reír. Estaba decidida a seguirle el juego, pero de pronto me costó recordar canciones que se tocaran al piano.

—¿Qué tal *El hombre del piano*?

Sam hizo una mueca.

—Un poco obvia, ¿no crees?

—¡Es la única que se me ha ocurrido!

—Está bien, está bien —dijo—. En realidad es una buena elección, porque al principio hay una parte en la que puedes exhibirte a gusto.

Se enderezó y se remangó como si estuviera a punto de tocar un instrumento de verdad. Después, apartó una servilleta y agarró mi copa.

—Si pudiera quitarme esto de en medio, señorita.

—Por supuesto, caballero.

Entrelazó los dedos y los estiró, extendiendo los brazos fuera del pecho.

—¿Lista? —me preguntó.

—Nací lista.

Asintió con un movimiento teatral de la cabeza y empezó a mover las manos por encima de la barra como si estuviera delante de un piano. Vi cómo deslizaba los dedos por las teclas inexistentes. Lo hacía con una seguridad en sí mismo tan evidente, que casi creí que estaba tocando el piano de verdad.

—Disculpe, pero creo que ahora entra la armónica.

—¿Qué? No sé tocar la armónica.

—Por supuesto que sabes.

—¡Pero si no sé qué hacer primero!

—Seguro que sabes cómo sostienen los músicos las armónicas. Habrás visto al menos una banda de *blues* en tu vida.

—Sí, claro.

Mantuvo la cabeza baja, mirando la barra, tocando. La gente empezó a fijarse en nosotros. A Sam no le importó. A mí, tampoco.

—¡A ver cómo suena esa armónica!

Para mi sorpresa, me metí de lleno en el papel. Me llevé las manos a la boca, como si tuviera una armónica, y moví los labios como si la estuviera tocando de verdad.

—Más despacio —me recomendó Sam—. No eres Neil Young.

Solté una carcajada y me detuve un instante.

—¡Ni siquiera sé lo que hago!

—¡Lo estás haciendo muy bien! ¡No pares!

Así que continué.

—Muy bien, ahora espera un minuto. No hay armónica en esta parte.

Bajé mi armónica imaginaria mientras él seguía tocando. Me di cuenta de que debía de estar repasando toda la canción, nota por nota. Noté lo fácil que le resultaba, cómo movía los dedos con la expectativa de estar produciendo un bello acorde, a pesar de no emitir sonido alguno.

—¡Ahora! —dijo—. ¡Vamos con esa armónica! Es tu momento.

—¿Ah, sí? ¡No lo sabía! —Subí frenéticamente las manos a mi cara y lo di todo.

Unos segundos después, Sam disminuyó la velocidad y vi que la canción estaba terminando. Bajé las manos y lo vi llegar a las últimas notas. Luego concluyó y se volvió hacia mí.

—¿Siguiente petición?

—¿Cenas conmigo?

Salió de mis labios de forma natural. Quería seguir hablando, pasar más tiempo con él, que me contara más cosas de su vida. Quería más.

—Podemos comer aquí o en cualquier otro lugar cerca si te apetece algo en concreto —continué.

—Emma —dijo él con tono serio.

—¿Sí?

—¿Podemos comer burritos?



El restaurante Dos Tacos tenía una iluminación muy potente, con tonos naranjas y amarillos, en lugar de los azules más apagados del bar. Pero era un sitio bonito. Y yo seguía sintiéndome guapa.

Incluso cuando mordí mi enorme burrito de carne asada de primera calidad.

—No me importaría alimentarme con comida mexicana el resto de mi vida —comentó Sam—. No tendría ningún problema en absoluto.

Me entraron ganas de decirle que en México la comida no era nada parecida a aquella. De hablarle de las tres semanas que Jesse y yo pasamos en Ciudad de México, donde encontramos un restaurante diminuto donde servían unos chiles rellenos increíbles.

Pero no quería hablar del pasado.

—A mí tampoco me importaría —convine—. Ni un poquito. —Estiré la mano y saqué una patata de la cesta que teníamos en frente al mismo tiempo que Sam.

Nuestras manos se rozaron durante un instante y me gustó la sensación de su piel sobre la mía. *Así es como se supone que tiene que ser una cita*, pensé. *Esto es lo normal*.

—Aunque en lo que a postres se refiere —señaló Sam—, no sé si me quedaría con los mexicanos para el resto de mi vida. Tal vez los franceses, con esos pastelitos y sus cremas. O los italianos, con sus tiramisús y helados.

—No sé. Los postres indios son espectaculares. Todos son muy cremosos, con frutos secos. Como el arroz con leche o el helado de pistacho. Puede que eligiera esos.

—¡Vaya! Tiene muy buena pinta.

Asentí con la cabeza.

—Pero no hay nada como la tarta de tres leches. Que supongo que es mexicana. Aunque casi todos los países latinoamericanos a los que vayas te dirán que es de ellos. Es como el *baklava*. Te lo juro. Habré hablado con veinte personas por lo menos que me han dicho que en su país se inventó el *baklava*.

—Es curioso, porque mi familia inventó la tarta de tres leches aquí mismo, en Estados Unidos.

Me reí.

—Y yo personalmente inventé el *baklava*.

Sam también se rio.

Miré a nuestro alrededor y me di cuenta de que todo el mundo se había ido y el personal detrás de la barra estaba empezando a limpiar el local.

—¡Oh, no! —dije—. Creo que van a cerrar. —Saqué el teléfono del bolso para mirar la hora. Eran las diez y dos minutos de la noche.

—¿Me estás diciendo que la noche ha llegado a su fin? —preguntó Sam mientras se terminaba las patatas que quedaban. Por la forma en que lo dijo, por cómo sonrió y me miró fijamente, estaba claro que no quería que la noche acabara, y que sabía que yo tampoco.

—Te estoy diciendo que deberíamos ir a un bar a tomar una copa —señalé—. Pero eso ya lo hemos hecho.

Sam asintió.

—Lo hemos hecho al revés, ¿verdad? Quizás ahora podríamos ir a comer.

—O a tomar un café. —Recogí mi bandeja—. El caso es que deberíamos marcharnos de aquí. No quiero ser como ese tipo que siempre entraba a la

librería a leer libros diez minutos antes de que cerráramos. ¿Te acuerdas de él?

—¿Que si me acuerdo? —Sam se puso de pie—. Todavía lo odio.

Me reí.

—Exacto.

Sam y yo tiramos el contenido de las bandejas a la basura, dimos las gracias al hombre de detrás de la barra y salimos a la calle. Era una de esas noches de Boston que casi hacía que los inviernos merecieran la pena. El aire era cálido, pero vigorizante. La luna estaba llena. Los edificios altos y antiguos, que a veces se veían demasiado sucios, resplandecían bajo la luz de la luna.

—Se me ha ocurrido una locura —dijo Sam.

—Cuenta.

—¿Y si damos un paseo?

Lo primero que pensé fue que me parecía una idea estupenda, pero enseguida me di cuenta de que no aguantaría más de diez minutos con los tacones.

—¿Demasiado típico? —preguntó—. ¿Como si estuviéramos en los cincuenta y te invitara a un batido para dos?

—¡No! —repuse, riéndome—. Me encanta tu idea. El problema es que sé que los pies terminarían matándome.

Un poco más adelante, vi la omnipresente señal roja que invadía la ciudad: la de la cadena de parafarmacias CVS, un lugar en el que se pueden comprar un montón de productos.

Siete minutos después, llevaba los tacones metidos en el bolso y calzaba unas chanclas de cinco dólares. Sam había comprado unas barritas de chocolate tamaño extragrande.

—¿Adónde vamos? —pregunté, lista para recorrerme la ciudad.

—En realidad no tenía nada pensado —dijo Sam—. Pero... —Miró a un lado y a otro de la calle—. ¿Te parece por allí? —Señaló en dirección a un conjunto de edificios que había a lo lejos.

—Perfecto —dije—. ¡Vamos allá!

Y eso fue lo que hicimos. Al principio muy despacio, caminando con tranquilidad y hablando al mismo tiempo.

La ciudad bullía. Grupos de chicas saliendo juntas, estudiantes universitarios paseando por las calles, gente achispada fumando en las aceras, hombres y mujeres de la mano, de camino a sus casas.

Sam me habló de su trabajo como profesor de la orquesta y banda de *jazz* de octavo curso, y de cómo había empezado a ganarse un dinero extra hacía poco como músico de sesión, tocando unas pocas veces al mes en vivo o en estudios de grabación.

Yo le conté cómo me iba en la librería y cómo estaban mis padres. Le puse al tanto de la vida de Marie, le hablé de Sophie y Ava, e incluso le enseñé algunas de las palabras que había aprendido en lengua de signos. También le dije que, hacía unos pocos días, había entendido a Ava cuando me pidió un poco de leche por señas.

Sam me escuchó como si fuera la mujer más fascinante del universo, lo que hizo que me diera cuenta del tiempo que había transcurrido desde que alguien me había prestado tanta atención.

También nos burlamos del hecho de que ambos viviésemos en la ciudad y trabajáramos en la misma zona residencial de las afueras en la que habíamos crecido, justo lo contrario de lo que suele hacer la gente.

Esquivamos chicles pegados al suelo, dejamos pasar a otros peatones y nos agachamos a acariciar a algunos perros que paseaban con sus dueños. Caminamos por delante de las residencias de alumnos de Harvard y atravesamos la zona de Harvard Yard. En las dos ocasiones que pasamos por una parada de metro, me pregunté si íbamos a entrar y usarlo como excusa para despedirnos. Pero mis pies no me llevaron en esa dirección, ni tampoco los de Sam. Así que seguimos andando, disfrutando tranquilamente de la noche.

Al final, terminamos paseando por el río Charles. Ahí fue cuando empezaron a dolerme los pies y le pregunté a Sam si podíamos sentarnos en uno de los bancos que había a lo largo de la orilla.

—¡Oh! Pensé que jamás me lo pedirías. Creo que se me ha empezado a hacer una ampolla cuando estábamos en Porter Square.

Nos sentamos en el banco y saqué el teléfono para ver la hora. La una de la mañana. No estaba cansada. Y tampoco me apetecía volver a casa.

Todavía teníamos mucho que contarnos. Habíamos hablado del trabajo, de música, de la familia, de libros... De cualquier cosa y de todo, excepto de Jesse.

Pero en cuanto nos sentamos en ese banco, por alguna razón, fue imposible ignorarlo.

—Entonces supongo que sabes que soy viuda —dije.

Sam me miró y asintió.

—Sí, me enteré de lo que pasó, pero no sabía si debía mencionarlo o no.
—Alargó la mano y agarró la mía en un gesto tierno y amable—. Emma, lo siento mucho.

—Gracias.

—Espero que estés cómoda con esto —dijo—. Con nosotros aquí. Juntos. Asentí.

—Quizá me parezca un poco surrealista. Pero sí, estoy cómoda.

—No puedo imaginar lo duro que ha debido de ser para ti. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—Un poco más de dos años.

—¿Eso es mucho o poco?

Ahí fue cuando me di cuenta de que Sam estaba escuchándome de verdad, de que estaba interesado en saber exactamente cómo estaba en ese momento. Me di cuenta de que Sam me entendía de una manera que muy pocas personas lo hacían, y que tal vez siempre lo había hecho. Y eso significaba que él sabía que dos años podían ser una eternidad o un instante.

—Depende del día —respondí—. Pero ahora mismo, parece que hace mucho tiempo. ¿Y qué me dices de ti? ¿Quién te rompió el corazón?

Sam soltó un suspiro, como si se estuviera preparando para revivirlo todo.

—Estuve con alguien unos cuantos años —empezó. No me miraba a mí. Estaba contemplando el río.

—¿Qué pasó?

—Supongo que lo que siempre pasa.

—¿Se la llevó un hombre lobo? —bromeé.

Se rio y me miró.

—Sí, fue horrible. Me la arrancó de los brazos.

Sonreí y seguí escuchando.

—Dejamos de encajar —señaló al cabo de un rato—. Sé que parece algo trivial. Pero sufrí como nunca en mi vida.

No sabía lo que era no encajar con tu pareja. Solo sabía lo destrozada que te quedabas cuando te separaban de ella de la noche a la mañana. Pero supuse que era como la raíz de un árbol que va creciendo poco a poco y se hace tan grande, que termina rompiendo la acera.

—Lo siento —dije—. Parece algo horrible.

—Yo no era la misma persona a los treinta que a los veinte —explicó él—. Y ella tampoco.

—No creo que nadie lo sea.

—Si te soy sincero, ahora mismo me siento un poco harto de eso. Es decir, ¿seré el mismo a los cuarenta? O...

—¿También dejaremos de encajar? —Terminé por él la frase.

Entonces Sam dijo algo que nunca he olvidado.

—Sin embargo, creo que es una buena señal que siga estando tan loco por ti como lo estaba a los dieciséis.

Le sonreí.

—Sí, es bastante prometedor —acordé.

Sam acortó la distancia que nos separaba y me rodeó con un brazo. Acomodé el hombro justo en su axila y él estiró el brazo por toda mi espalda, apretándome un poco.

No creía que me fuera a resultar fácil enamorarme de otra persona.

Pero tampoco parecía imposible.

Así que me quedé allí sentada con él, mirando el río, y permitiéndome volver a tener esperanza, volver a estar alegre, sentir lo agradable que era estar en los brazos de un hombre a la orilla del río.

No sé cuánto tiempo estuvimos así.

Lo único que sé es que, cuando por fin decidimos irnos a casa, eran las cuatro de la mañana.

Cuando estuvimos en mi puerta, ya entrado el amanecer, y quince años después de conocernos, Sam Kemper por fin me besó.

Fue un beso dulce, gentil y puro. Olía al rocío de la mañana, a la promesa de un nuevo comienzo.

—¿Cuándo puedo volver a verte? —preguntó, mirándome.

Le devolví la mirada, ya no íbamos a fingir más.

—Estoy aquí —le dije—. Llámame.

Cuatro meses y medio después de que empezáramos a salir, le dije a Sam que le quería. Él me lo había dicho unas semanas antes y me advirtió de que no hacía falta que yo también se lo dijera, al menos no de momento. Me confesó que había estado colado por mí en el instituto, que se enamoró perdidamente de mí el primer día que me vio en la librería. Me reveló que parte de la razón por la que se había ido de Acton sin despedirse, el verano en el que empezó la universidad, fue porque sabía que estaba con Jesse, y que ya no tenía ninguna posibilidad conmigo.

—Lo que te quiero decir con esto es que estoy acostumbrado a amarte, incluso sin saber si tú me quieres a mí —me había explicado—. Que lo veo como montar en bici. Y que puedo seguir haciéndolo un poco más, si eso es lo que necesitas.

Yo se lo había agradecido enormemente, porque eso era precisamente lo que necesitaba.

No era que no lo amara. Estaba enamorada de él. Sabía que quería a Sam antes incluso de decírselo. Pero no podía pronunciar las palabras. No estaba preparada para reconocer el cambio que ya se había producido. No estaba lista para dejar la palabra «esposa» y aferrarme a la palabra «novia».

Pero esa noche, cuatro meses y medio después, mientras estábamos en mi cama, desnudos, acariciándonos enredados en las sábanas y mantas, me di cuenta de que, aunque no estuviera preparada para la verdad, eso no la hacía menos cierta.

—Te quiero —le dije en la oscuridad, sabiendo que esas palabras solo podían llegar a sus oídos.

Me agarró la mano y me la apretó.

—Lo sospechaba —repuso él.

Por su tono de voz, supe que estaba sonriendo.

—Siento no haber podido decírtelo hasta ahora.

—No pasa nada —me tranquilizó—. Lo entiendo.

Sam siempre sabía lo que de verdad importaba. Nunca parecía estancarse en trivialidades. Daba prioridad al meollo de la cuestión, en vez de a los detalles. Prestaba más atención a las acciones que a las palabras.

Ya no me gustaba dormir en mi propia cama sin él. Siempre le daba la mano en el cine. Me pasaba todo el día esperando para verlo solo para besar

ese punto suave que tenía cerca del ojo, donde las arrugas empezaban a formarse.

Sam sabía que estaba locamente enamorada de él. Así que no le importaba que necesitara tomarme mi tiempo para decírselo. Y eso hacía que lo amara más todavía.

—Es solo que, a veces, me cuesta no asociar el seguir adelante con olvidar el pasado —expliqué.

—Si te sirve de ayuda —dijo él mientras se acercaba un poco más a mí. Mis ojos se estaban adaptando a la oscuridad y pude ver el brillo de su piel—, no espero que dejes de quererlo solo porque me amas.

Tendría que haberle sonreído o besado. Haberle dicho lo mucho que agradecía su generosidad y altruismo. En vez de eso, me puse a llorar con tal intensidad que la cama empezó a temblar.

Sam me abrazó, me besó en la coronilla y dijo:

—¿Te parece bien si te digo algunas otras cosas en las que he estado pensando?

Asentí con la cabeza.

—Creo que tú y yo tenemos algo que puede durar mucho tiempo, Emma. Puede que ya lo supiera cuando estábamos en el instituto, y quizá fue por eso por lo que me colé tanto por ti. Pero contigo me siento más yo mismo que con nadie. Y no lo siento solo ahora, siempre lo he sentido. Ahora, por primera vez en mi vida, estoy empezando a experimentar lo que es madurar *con* alguien, y no solo al lado de alguien, como me pasó con Aisha. No me preocupa nuestro futuro, como creí que estaría cuando volviera a enamorarme. Me siento bien simplemente estando contigo y ver adónde nos lleva todo esto. Solo quiero que sepas que, si al final esto dura, y un día nos planteamos casarnos o tener hijos, nunca intentaré reemplazar a Jesse. Nunca te pediré que dejes de quererlo. Puedes amar tu pasado con él. Eso no supone ninguna amenaza al amor que siento hoy por ti. Quiero que sepas que nunca te pediré que elijas. Jamás te pediré que me digas que soy el amor de tu vida. Porque sé que eso no sería justo para ti. Y nunca te lo pediré.

Me quedé callada un momento, asimilando todo lo que me había dicho. Sam pasó el brazo por debajo de mi cuerpo y me abrazó con fuerza. Me olió el pelo. Me besó en la oreja.

—He estado pensando en esto durante un tiempo y quería decírtelo. Eso es todo.

Dejé de llorar y tomé una profunda bocanada de aire.

La habitación olía a sudor y a sueño. La cama que teníamos bajo nosotros era suave y segura. Había encontrado a un hombre que me entendía y me aceptaba por completo, que era lo suficientemente fuerte para no preocuparse por el lugar en mi corazón que ocupaba mi antiguo amor.

—Te quiero —volví a decirle. Y en esta segunda ocasión, las palabras salieron de mi boca con menos esfuerzo.

—Yo también te quiero —dijo él—. Quiero todo lo que eres. Y siempre lo he hecho.

Me puse de costado para mirarlo, con las manos debajo de la cabeza. Él también se volvió hacia mí. Nos miramos el uno al otro y sonreímos.

—Estoy tan feliz de tenerte en mi vida... —dije—. No sé qué he hecho para merecerte.

Sam sonrió.

—Piensa en todas las personas que hay en el mundo —comentó, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pues yo he tenido la suerte de encontrarte dos veces.

—Piensa en todas las mujeres que intentan comprarse un piano —dije yo—. Pues yo fui la que consiguió dar contigo.

Sam se rio.

—Date la vuelta, ¿quieres? —Sam solía decir eso cuando quería acurrucarse junto a mí, cuando quería sentir mi cuerpo contra el suyo. Así que hice lo que me pedía con mucho gusto.

—Buenas noches, cariño —dijo. Sentí su aliento dulce y mentolado.

—Buenas noches —respondí. Y luego añadí—: No sé cómo he podido tener tanta suerte.

Y lo dejé ahí. No dije el resto de la frase que me había venido a la cabeza.

No sé cómo he podido tener tanta suerte de teneros a ambos. A los dos amores de mi vida.

Sam había comprado entradas para un concierto. Llevábamos juntos más de un año. Acabábamos de mudarnos a un apartamento en Cambridge y habíamos adoptado a un par de gatos. Mis padres, encantados de tener de vuelta a Sam en sus vidas, habían empezado a llamarle «hijo» a modo de broma.

Esa noche, mientras salíamos del auditorio de la sinfónica, yo con un vestido verde esmeralda y Sam con un bonito traje negro, habría debido de estar pensando en el concierto que acabábamos de oír o preguntando a Sam qué le habían parecido algunos de los músicos.

Pero en lo único que podía pensar en ese momento era en el hambre que tenía.

—Se te ve sumida en tus pensamientos —comentó Sam mientras caminábamos por las calles de Boston, hacia una de las líneas de metro.

—Tengo mucha hambre —le dije—. Sé que ya hemos cenado, pero solo me he tomado una ensalada diminuta y ahora mismo me comería un buey.

Sam se echó a reír.

—¿Quieres que paremos en algún lado? —preguntó.

—Por favor —dije—. En algún sitio que sirvan patatas fritas.

Al cabo de un rato, me estaba comiendo una hamburguesa, mientras seguíamos caminando por la calle vestidos de etiqueta. Sam llevaba la bolsa de papel con lo que quedaba de comida en una mano (ya me había comido el cartón de patatas fritas) y estaba bebiendo un batido de chocolate con leche con la otra.

—¿Cómo te sientes ahora mismo? —me preguntó Sam.

—Bien —respondí—. ¿Por qué?

—¿Y si andamos un poco más antes de tomar el metro? —inquirió—. Estás preciosa con ese vestido, hace muy buen tiempo y... no sé. Quería prolongar un poco más este momento.

Sonreí. Todavía podía andar unos minutos antes de que los tacones empezaran a hacerme daño en los pies.

—Me apunto —dije, antes de dar otro mordisco a mi hamburguesa. Cuando tragué, me di cuenta de que su razonamiento tenía un punto débil—. ¿Cómo puedes decir que este es un momento digno de prolongarse cuando me estoy comiendo una *Whopper*?

Sam se puso a reír.

—Fíjate si te quiero —dijo—, que incluso estar a tu lado mientras te devoras una hamburguesa del *Burger King* me parece un momento especial.

Dio un sorbo a su batido y yo me quedé mirando cómo hundía las mejillas para sorber el líquido por la pajita mientras estaba en la acera con su traje de vestir oscuro. Supe exactamente lo que quería decir porque sentía lo mismo.

—Estás muy mono intentando sorber ese batido —le dije.

—¿Lo ves? Por eso sé que me quieres. También te has vuelto loca.

Seguimos caminando por la acera y di otro mordisco a la hamburguesa.

—En serio —dijo Sam—. Estoy perdidamente enamorado de ti. Espero que sepas hasta qué punto.

Le sonreí.

—Creo que tengo una ligera sospecha de cuánto —bromeé.

—No sé si este es el momento adecuado. Sin embargo, quiero asegurarme de que tengas claro que me gustaría pasar el resto de mi vida contigo. No sé si te lo estoy transmitiendo de forma correcta, pero estoy comprometido al cien por cien con esto, con nosotros. Estoy metido de lleno, ¿vale? De por vida. Te quiero para siempre. Lo único que me preocupa es que no quiero presionarte.

—No me siento presionada —comenté. Todavía estaba asimilando lo que me estaba diciendo, empezando a entender la trascendencia que estaba tomando ese momento.

—¿Estás segura? —preguntó—. Porque tengo que ser sincero. Estoy dispuesto a ir a por todas. Me comprometería contigo para el resto de nuestras vidas sin dudarlo ni un segundo. Nunca me he sentido más feliz que durante este año que he pasado contigo. Estoy convencido de que eres mi persona. Todo lo que necesito.

Lo miré, sin dejar de escucharlo. No le respondí porque estaba maravillada por tener tanta suerte, por lo bien que me sentía al ser amada de esa forma.

Sam apartó la mirada y dio otro sorbo al batido. Luego volvió a clavar la vista en mí y dijo:

—Supongo que lo que te estoy diciendo es que estoy listo. Así que ahora solo me queda esperar a que tú lo estés. Si es que alguna vez quieres.

—Si alguna vez quiero... —Quería cerciorarme de que de verdad estaba entendiendo lo que él me estaba diciendo.

—Casarte conmigo —respondió, tomando otro sorbo de batido.

—Espera, ¿me estás pidiendo...? —Quería preguntarle si me estaba proponiendo matrimonio, pero la idea me parecía demasiado formal, demasiado atrevida.

—No te estoy proponiendo matrimonio —aclaró Sam—, pero lo que te estoy diciendo es que no te lo estoy proponiendo porque no quiera hacerlo. Por supuesto que quiero. Solo quiero esperar a que estés lista para que te lo proponga.

—Creo que no he entendido la mitad de la frase. —Le sonreí.

—No es la mejor que haya dicho en mi vida. —Se rio.

—¿Puedes decirme lo que quieres decir de forma más clara y sucinta? —Le pedí.

Sam sonrió y asintió.

—Emma Blair, si alguna vez decides casarte conmigo, por favor, dímelo. Porque me encantaría casarme contigo.

Se me cayó al suelo la hamburguesa. No lo hice a propósito, simplemente se me resbaló de la mano, como si mi cerebro le hubiera dicho a mis dedos: «Dejad de hacer lo que estéis haciendo y prestad atención a lo que está sucediendo aquí». Después, alcé las dos manos, acuné la cara de Sam y le besé con todo mi corazón.

Cuando me aparté, no lo dejé hablar.

—Hagámoslo.

—¿Qué? —preguntó Sam.

—Quiero casarme contigo.

—Espera —señaló él—. ¿Estás segura?

Me di cuenta de que no se creía lo que estaba oyendo y aquello me hizo quererlo aún más.

—Estoy completamente segura —dije—. Por supuesto que quiero casarme contigo. Te quiero. Te quiero muchísimo.

—¡Oh, vaya! —dijo Sam, con una sonrisa tan deslumbrante que se le arrugaron los extremos de los ojos—. ¿Estamos... estamos comprometidos?

Me reí, completamente feliz.

—Creo que sí.

Sam se detuvo un momento para analizar la situación.

—No, no, no. —Negó con la cabeza—. Así no. Tiene que ser mejor que esto. No podemos comprometernos mientras me estoy bebiendo un batido.

Tiró el vaso de plástico a una papelera. Yo recogí la hamburguesa del suelo y también la arrojé a la basura.

—De acuerdo —dijo Sam—. Vamos a hacerlo bien.

Hincó una rodilla en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé abrumada y perpleja—. ¿Qué estás haciendo?

—Todavía no tengo anillo —explicó—, pero sí todo lo demás. Ven aquí. —Me tendió la mano y me la sostuvo cuando le di la mía—. Emma —dijo con ojos húmedos—, quiero pasar el resto de mi vida contigo. Siempre lo he querido. Tú y yo... encajamos como los engranajes de una máquina, como piezas que se unen sin esfuerzo, moviéndose en una sincronía perfecta.

»Tengo una fe total en nosotros. Creo que soy bueno para ti y que soy mejor hombre gracias a ti. Y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. De modo que, Emma Blair, aquí va la pregunta: ¿Quieres casarte conmigo?

Lo primero que pensé fue: «Es demasiado pronto», pero inmediatamente después me dije: «Creo que me merezco ser feliz».

—Sí —respondí en un murmullo. Me sorprendió lo mucho que me costó proyectar la voz en ese momento, lo muda que me había dejado el asombro. Pero él me oyó. Supo la respuesta. Se puso de pie y me besó como si fuera la primera vez.

Sentí que los ojos se me llenaban de unas lágrimas imposibles de contener. Empecé a llorar.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Asentí con énfasis.

—Estoy de maravilla —dije—. Estoy...

No estaba segura de qué palabra estaba buscando, qué adjetivo podía usar para describir el caótico entusiasmo que se había apoderado de mi corazón.

—Te quiero. —Me di cuenta de que eso era lo que más se le aproximaba.

—Yo también te quiero.

Estuve tentada de decir: «No te imaginas lo agradecida que estoy de tenerte en mi vida» o «No me puedo creer que seas real», pero en vez de eso lo atraje hacia mí y lo abracé con todas mis fuerzas.

Sam me secó las lágrimas y llamó a un taxi. Me sostuvo la mano durante todo el trayecto hasta que llegamos a casa. Me apartó el pelo de la cara cuando entramos.

Me ayudó a desabrocharme el vestido. Hicimos el amor en nuestra cama, tumbados de forma paralela al cabecero, como si no hubiéramos tenido tiempo de acostarnos bien. Nos perdimos el uno en el otro, derribando el último vestigio de cualquier barrera que pudiera interponerse entre nosotros.

Después, Sam abrió una botella de champán. Agarró su teléfono, lo puso en manos libres y lo sostuvo mientras llamábamos a todos para comunicarles la buena noticia.

Cuando terminamos, nos fuimos al salón y tocamos *Heart and Soul* juntos, medio desnudos, embriagados y embelesados.

Mientras estaba sentada a su lado en el banco, dije:

—¿Y si nunca hubiera entrado en esa tienda de música?

Sam sonrió con ternura y me miró sin dejar de tocar las teclas.

—Pero lo hiciste —dijo al cabo de unos segundos.

Decidí que, a partir de ese momento, esa sería mi respuesta para las grandes preguntas relacionadas con el destino. Cada vez que cavilara sobre si algo no hubiera sucedido, siempre me respondería: «Pero sucedió».

¿Y si Jesse no se hubiera subido a ese helicóptero?

Pero se subió.

Tenía que dejar de preguntarme qué habría pasado si las cosas hubieran sido distintas y enfocarme en lo que tenía. Sí, tenía que centrarme en la realidad en vez de preguntarme sobre posibilidades.

Besé a Sam en la sien y exclamé:

—¡Llévame a la cama!

Sam se rio y se apartó del piano.

—Está bien, pero cuando las mujeres dicen eso, la mayoría de las veces tiene una connotación sexual.

Yo también me reí.

—Para mí tiene una connotación somnolienta.

Cuando Sam se puso de pie y me alzó en brazos, solté un chillido.

—Pues dormiremos entonces —dijo. Me tumbó en mi lado de la cama y me arropó. Me quedé dormida en su hombro mientras le oía decir—: Te prometo que voy a encontrar el anillo de diamante perfecto.

Esa noche estaba pletórica.

Sentí que estaba avanzando.

Pensé que si Jesse hubiera podido verme desde donde quiera que estuviera, habría sonreído.

Lo que no se me pasó por la cabeza fue: *Jesse está vivo. Estará en casa dentro de dos meses. Mira lo que has hecho.*

DESPUÉS



Ambos

O cómo poner todo lo que amas en riesgo.

Estoy tumbada en la cama junto a Sam, mirando al techo. Nuestro gato gris, *Mozart*, está acostado a mis pies. *Homero*, su hermano, es blanco y negro y nunca sale de su rincón del salón, debajo del piano, salvo para comer.

Son casi las nueve de la mañana de un miércoles, uno de mis días libres, y el día que Sam no tiene que ir a la escuela hasta las once. En mañanas como estas me hago la ilusión de que desayunaremos juntos, pero Sam siempre se despierta en el último segundo. Este curso hemos desayunado juntos exactamente cero miércoles. Ahora mismo, Sam está dormido profundamente a mi lado.

Hace siete semanas que supe que Jesse estaba vivo. Nuestra primera conversación fue breve y, debido a precauciones relacionadas con su bienestar, el contacto ha sido limitado. Su madre, Francine, se ha encargado de mantenerme al tanto de todo lo relacionado con él por correo electrónico.

Lo único que sé es que ha corrido el riesgo de sufrir trastornos metabólicos por el síndrome de realimentación y complicaciones por hipoglucemia.

Los médicos no le han dado el alta hasta ayer.

Lo que significa que Jesse vuelve a casa mañana.

Cuando se lo comuniqué a Sam anoche me dijo:

—De acuerdo. ¿Cómo te sientes?

Fui completamente sincera con él.

—No tengo ni idea.

Ahora mismo estoy muy confundida. De hecho, estoy tan confundida que ni siquiera sé lo confundida que estoy.

Lo que Sam y yo tenemos es... amor. Un amor puro, simple y verdadero.

Pero yo ya no me siento pura, nada me parece simple y ya no estoy segura de lo que es verdad o no.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta Sam.

Lo miro.

Ni siquiera me he dado cuenta de que ya se ha despertado.

—¡Oh! —Vuelvo a mirar el techo—. En realidad en nada. En nada y en todo.

—¿En Jesse? —quiere saber.

—Sí, supongo que sí.

Sam traga saliva y, en silencio, se da la vuelta, se levanta y se va al baño. Oigo cómo abre el grifo y luego el agua empieza a correr mientras se lava los dientes. También oigo el familiar sonido de la ducha.

Mi teléfono suena y echo un vistazo a la mesita para ver quién es. No reconozco el número. Debería dejar que salte el buzón de voz, pero no lo hago. Últimamente no soporto perderme una sola llamada.

—¿Hola?

—¿Es usted Emma Lerner? —Es la voz de una mujer joven.

—Soy Emma Blair —la corrijo—. Pero sí, soy yo.

—Señora... —La mujer vacila—. Señorita Blair, me llamo Elizabeth Ivan. Trabajo en *Beacon*.

Cierro los ojos y me maldigo por haber respondido.

—¿Sí?

—Estamos haciendo un reportaje sobre el rescate de Jesse Lerner de Acton.

—Ajá.

—Y queríamos brindarle la oportunidad de poder participar en él.

Me pongo a negar con la cabeza, como si ella pudiera captar mis gestos no verbales.

—Lo siento, pero creo que prefiero no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Está segura? Los Lerner van a colaborar con nosotros.

—Sí —respondo—. Estoy segura. No me siento cómoda con esto, pero le agradezco mucho la oportunidad.

—¿Está...?

—Gracias, señorita Ivan. Que tenga un buen día.

Cuelgo antes de que pueda responder. Apago el móvil, me aseguro de que no esté operativo y me desplomo sobre las almohadas, tapándome la cara con las manos. Me pregunto si alguna vez volveré a sentir una única emoción en la vida.

Porque últimamente siento una mezcla de felicidad y miedo, alegría y tristeza, culpa y admisión.

No es solo felicidad. Solo miedo. Solo alegría o solo culpa.

El sonido ensordecedor en el que se ha sumido la habitación implica que solo puedo concentrarme en el agua que sale de la ducha del baño.

Pienso en el vapor que se está acumulando.

En lo calentito que se tiene que estar ahí dentro.

Pienso en lo reconfortante y relajante que puede ser una ducha. Pienso en Sam. En el aspecto que tiene cuando se moja. Pienso en el agua caliente corriendo por sus hombros. Unos hombros que subieron mi pesado y enorme escritorio durante cuatro tramos de escaleras cuando nos vinimos a vivir juntos. Unos hombros que trajeron dos cajas de libros mientras bromeaba conmigo, pidiéndome que dejara de acumular libros, sabiendo que eso nunca sucedería.

Sam es mi vida. Mi nueva, hermosa, maravillosa y mágica vida. Salgo de la cama y abro la puerta del baño. Está tan lleno de vaho como me imaginaba. El espejo está demasiado empañado como para que pueda ver mi reflejo cuando me quito la camiseta y me deshago de mi ropa interior. Pero sé que si pudiera verme, contemplaría a una mujer baja, rubia, en la treintena y con cuerpo en forma de pera con un corte tipo *pixie* y un grupo de pecas debajo del ojo derecho.

Aparto un poco la cortina de la ducha y entro. Sam abre los ojos. Me doy cuenta de que se siente aliviado al verme. Me abraza con fuerza. El calor de su piel me envuelve, tal y como sabría que pasaría.

Apoya la barbilla en mi hombro.

—Sé que ahora mismo todo es muy complicado —me dice—. Haré todo lo que quieras. Solo... necesito saber en qué estás pensando.

—Te quiero —digo en sus hombros mientras el agua caliente me golpea en la cara y me pega el pelo a la frente—. Te quiero tanto...

—Lo sé. —Después se separa de mí y se vuelve hacia el agua.

Se enjuaga el champú del pelo.

Miro su espalda. Tomo el jabón y esparzo la espuma en mis manos. Luego le enjabono los hombros, la espalda. Paso las manos por delante de él y hago lo mismo con su pecho. Mientras el agua lo limpia todo, apoyo la mejilla en su espalda y le abrazo por detrás. Si pudiera, me pegaría a él. Llevo tres noches soñando con lo mismo: con los dos atados a una cuerda con tanta fuerza que no podemos escapar. Sueño con nudos imposibles de desenredar. Con una cuerda tan gruesa que no se puede cortar.

Sam estira los brazos y apoya las manos en la pared. Y entonces me dice:

—Solo... Solo te pido un favor.

—Lo que sea.

—No te quedes conmigo si prefieres estar con él. No me hagas eso.

Sé exactamente lo que significan mis sueños, la cuerda y los nudos.

Uno no se ata a nada, a menos que tenga miedo a salir flotando.

Principios de diciembre es una de mis peores épocas del año en Massachusetts. Siempre me parece la calma que precede a la tormenta.

El aire es ligero y helado, como un cristal que pudiera romperse. Pero hoy, por lo menos, es lo suficientemente cálido como para que caiga una llovizna en vez de copos. Lo que también es un recordatorio nada agradable de que se avecinan las primeras tormentas de nieve.

Llevo unos vaqueros negros, un suéter ancho de color crema, botas altas marrones y un abrigo negro. Jamás me pregunté cómo iría vestida cuando volviera a ver a Jesse porque nunca pensé que sucedería tal cosa.

Pero aquí tengo la respuesta a esa pregunta que jamás pensé que me haría: vaqueros y un suéter.

No existe un código de vestimenta para este tipo de situaciones, para reencontrarte con el amor de tu vida, al que dieron por muerto después de tu primer aniversario.

Con uno de los amores de tu vida.

Uno de los dos.

Sam se ha ido temprano esta mañana y no me ha despertado para despedirse. Solo he abierto los ojos cuando lo oí salir y cerrar la puerta de entrada. Luego lo he visto andar hasta el coche y meterse dentro. Tenía una expresión estoica, pero su postura lo delataba: hombros caídos, cabeza gacha; parecía un hombre desesperado.

Se ha marchado antes de que pudiera decirle nada y no ha respondido cuando le he llamado al móvil.

El vuelo de Jesse aterriza a las tres. Lo que significa que tengo toda la mañana y parte de la tarde para comportarme como si no fuera el día más inconcebible de mi vida.

Llego al aparcamiento que hay detrás de Blair Books justo antes de las nueve. Entro en la librería, enciendo todas las luces y pongo en marcha la tienda, como hago casi todas las mañanas.

Mis padres se jubilan de forma oficial el año que viene, pero a estas alturas ya están retirados a todos los efectos. Yo soy la que dirige la librería, la que está a cargo de todo. Los empleados dependen de mi encargada, Tina, que responde directamente ante mí.

Mi padre todavía supervisa la contabilidad y mi madre suele pasarse los sábados por la tarde para trabajar de cara al público. Quiere saber lo que la

gente lee y le gusta mantener el contacto con los clientes que ha ido conociendo durante los últimos veinte años.

Todo lo demás depende mí.

En este momento, Blair Books es lo único de lo que realmente me siento orgullosa.

Puede que a veces me vea un poco desbordada y con la sensación de que no voy a poder con tanto trabajo, pero se me da bien dirigir la tienda.

Las ventas se están manteniendo, a pesar de los cambios en el mercado editorial. Y no muchos pueden decir lo mismo. Mantener las puertas abiertas en un momento en que incluso las grandes cadenas están teniendo problemas es todo un logro. Pero lo cierto es que eso es solo una fracción de lo que me enorgullece. Lo que más emociona es cómo estamos consiguiendo atraer lectores.

Celebramos eventos con autores al menos un par de veces al mes. Tenemos ejemplares firmados de los libros más vendidos. Contamos con once clubs de lectura distintos y un taller de escritores que se reúnen una vez al mes. La venta *online* va de maravilla. Tenemos un servicio de atención al cliente excepcional. Incluso ofrecemos dónuts gratis una vez por semana.

Me siento especialmente orgullosa de los dónuts.

Cuando termino de organizar la librería por la mañana, voy a la oficina y me siento frente a mi escritorio para revisar mi correo electrónico. Veo un mensaje de mi madre en la parte superior de la bandeja de entrada.

El asunto es: «¿Has visto esto?». El cuerpo del mensaje es un enlace a un artículo del *Beacon* sobre Jesse. Han debido de publicarlo esta mañana. Debajo del enlace mi madre ha escrito: «Si necesitas hablar, llámame en cualquier momento. Llevo todo el día pensando en ti».

No tengo muy claro si quiero leer el artículo, pero no puedo evitar pinchar en el enlace.

Hombre desaparecido hallado en una isla del Pacífico.

Por ELIZABETH IVAN

Jesse Lerner (31 años), de Acton, ha sido encontrado tras pasar tres años y medio desaparecido.

Lerner se vio envuelto en un terrible accidente de helicóptero que costó la vida a los otros tres pasajeros que iban con él. El equipo se dirigía a filmar a las islas Aleutianas cuando el helicóptero sufrió un fallo crítico del motor. Lerner, que en ese momento tenía 28 años, fue dado por muerto. Sin embargo, hace siete semanas, un barco con destino al atolón de Midway lo encontró en el mar.

En Midway hay una antigua instalación aeronaval que actualmente administra el FWS, el Servicio de Pesca y Vida Silvestre de Estados Unidos. A pesar de tratarse de una ubicación remota en el Pacífico, a un tercio del camino entre Honolulu y Japón,

siempre hay un equipo de entre treinta y sesenta miembros del FWS instalados en la zona durante todo el año.

Se cree que Lerner pasó la mayor parte del tiempo en un islote situado a unos mil kilómetros de Midway. Todavía no se ha dado ninguna explicación oficial de cómo consiguió salvarse.

Lerner, que fue hospitalizado poco después de su rescate, acaba de recibir la autorización de los médicos para viajar y llegará a Massachusetts durante esta semana, seguramente al aeródromo de Hanscom Field. Sus padres, Joseph y Francine Lerner, de Acton, esperan su llegada. «Somos incapaces de describir el sufrimiento que supone perder a un hijo. Y tampoco tenemos palabras para expresar el alivio de saber que por fin regresa a casa», comentaron los Lerner en una declaración conjunta.

Hace una década, Lerner también salió en las noticias cuando batió el récord estatal de secundaria de quinientos metros libres. Un año antes de su desaparición, se casó con otra residente de la zona, Emma Blair. Desde aquí, hemos contactado con ella, pero Blair ha preferido no hacer ningún tipo de declaración.

Termino de leer el artículo y vuelvo a leerlo por segunda vez. Y luego una tercera. Y una cuarta. Solo consigo romper el bucle cuando oigo a Tina decir mi nombre.

—Buenos días, Emma —me saluda cuando entra por la parte trasera de la librería a las diez en punto. Con su marcado acento de Boston, mi nombre suena más parecido a «Emmer» que a «Emma».

Ella no suele pronunciar la «r» y modifica el sonido «o» transformándolo en «ah», de modo que en su boca «Boston» suena más como «Bahston».

Me encanta el acento de Boston. Me parece muy cálido y reconfortante. Cuando oigo a la gente burlarse de él en la televisión, siempre me pregunto si han estado aquí. Hay mucha gente en Massachusetts que no tiene acento, y los que sí, nunca se les ocurriría «aparcagd» el coche en «Hahvahd Yahd».

Más que nada porque no hay ningún aparcamiento en Harvard Yard^[3].

—Buenos días, Tina —le respondo.

Tina es la empleada que a cualquiera le gustaría tener. Es una antigua ama de casa, con hijos mayores que ya han abandonado el nido, y que adora los libros más que cualquier otra persona que haya conocido. Es cariñosa con todo el mundo, pero también sabe ser firme con la gente maleducada. Echa de menos a sus hijos, que están en la universidad, y trabaja en la librería para mantenerse ocupada. No creo que ni ella ni su marido necesiten el salario que gana aquí. Nunca se lo he preguntado, pero me lo imagino porque se gasta al menos un cuarta parte del sueldo en los libros que compra con el descuento para empleados.

Cuando empiezo a agobiarme por todo lo que hay que hacer para dirigir la librería, recurro a Tina para que me ayude.

Otra cosa que me gusta de ella es que no tiene ningún interés en ser mi amiga. Trabajamos juntas. Soy su jefa. Nos llevamos bien y de vez en cuando

nos echamos unas risas en el almacén. Eso es todo. Cuando empecé a dirigir la tienda, me costó mucho imponer límites y fijar expectativas. Quería gustar a todo el mundo. Que todos se sintieran como parte de la familia, porque eso era lo que la librería siempre había significado para mí. Una familia. Pero los negocios no funcionan así. Y no tengo por qué caer bien a todos mis empleados. Lo que necesito es que me respeten y que hagan bien su trabajo.

Aprendí esa lección llevándome algún que otro disgusto, pero ahora puedo decir que lo he conseguido. Tengo unos empleados que pueden llegar a quejarse de mí de vez en cuando, pero que están orgullosos de su trabajo y llevan una gran librería.

Hoy es uno de esos días en los que doy las gracias por que mis empleados no sean mis amigos. Sé que Tina lee el *Beacon*. Seguro que ya ha visto el artículo. Pero también sé que no me va a preguntar nada al respecto.

Cuando las mujeres del Club de Lectura de Damas de Acton llegan a las once para empezar con el libro que están leyendo ese mes, comienzo a ponerme nerviosa.

El avión de Jesse aterriza dentro de cuatro horas.

Jesse, mi Jesse, llega hoy a casa.

Lo dejé en el aeropuerto de Los Ángeles hace tres años y siete meses y estaré esperándole en el aeródromo cuando aterrice hoy.

Entre el mediodía y las dos de la tarde no hago muy bien mi trabajo. Estoy despistada, no consigo concentrarme, impaciente.

Cobro a una mujer dieciséis dólares con ochenta y siete, y cuando me da un billete de veinte, le devuelvo dieciséis dólares con ochenta y siete.

Un hombre llama para preguntar si tenemos algún ejemplar de *Tan fuerte, tan cerca* y le respondo: «Sí, tenemos todos los libros de Jonathan Lethem en stock», cuando el libro es de Jonathan Safran Foer.

Cuando veo que Mark, el único de mis empleados al que calificaría como un esnob literario, viene a relevarme, siento un alivio enorme.

Hora de marcharse.

Ya puedo irme.

Puedo salir de aquí.

Mientras recojo mis cosas y me miro por última vez en el espejo del baño, lamento durante un instante no ser más amiga de Tina. Me gustaría poder preguntar a alguien: «Y bueno, ¿qué tal estoy?» y que me respondiera: «Estás genial. Todo va a salir bien».

Cuando entro en el coche, me planteo llamar a Marie. Puede que mi hermana sea la persona ideal para darme cualquier tipo ánimo que necesite

antes de encontrarme con el marido que creía muerto desde hace tanto tiempo. Pero cuando saco el teléfono, veo un mensaje de Sam.

Te quiero.

Es el tipo de cosas que nos escribimos todos los días, pero en este momento es reconfortante y angustioso al mismo tiempo.

Miro fijamente al parabrisas, aturdida por lo que está pasando en mi pacífica y estable vida.

Tengo un marido y un prometido.

Giro la llave, arranco el motor y salgo del aparcamiento.

Tras años de ausencia, el hombre que perdí regresa a casa.

Me dirijo al aparcamiento del aeródromo y me doy cuenta de que está vacío. Llego dieciocho minutos antes.

Me revuelvo inquieta dentro del coche, sin saber cómo controlar toda esa energía nerviosa que siento en mi interior. Entonces mi teléfono se pone a vibrar y a sonar. Miro la pantalla y veo la cara de Olive en ella.

Respondo.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta antes de que me dé tiempo a saludarla.

—No lo sé —respondo.

—¿Ha llegado ya?

—En breve. Debería aterrizar en un cuarto de hora.

—¡Jesús! —exclama ella.

—Dímelo a mí.

—¿Qué puedo hacer?

Esa es la forma que tiene Olive de entrar en acción. «¿Qué puedo hacer?». Es una cualidad maravillosa en una amiga. Significa que siempre lavará los platos cuando se quede en tu casa. Que siempre te mandará el regalo perfecto y te llamará en el momento oportuno. Pero en una situación como esta se siente impotente.

Porque no hay nada que pueda hacer para ayudar.

Nada.

Las cosas simplemente son... como son.

—¿Puedo al menos mandarte algunas flores? —pregunta.

Sonrío.

—No creo que las flores vayan a ayudarme a lidiar con el hecho de que tengo un marido y un prometido al mismo tiempo —respondo.

—Lo que dices es una tontería —comenta—. Las flores vienen bien para todo.

Me río.

—Gracias por hacerme reír en un momento como este.

—Gracias a ti por creer que hacer una broma sobre una cosa tan seria es apropiado —dice ella—. Tracey no piensa lo mismo.

Tracey es la novia de Olive. Reconozco que es una pareja a la que no le encuentro ningún sentido. Tracey es seria y culta, y suele corregir la gramática de la gente cuando habla. Es delgada, elegante y majestuosa. Mientras que la mejor parte de Olive, al menos para mí, siempre ha sido que

dice lo primero que se le ocurre, come lo que le pongan delante e intenta hacer cualquier cosa que le propongas.

Sam lo explica de la forma más sencilla: que los polos opuestos se atraen. Pero a mí hay algo que no termina de cuadrarme. Al final, Sam siempre me dice, por lo menos, una vez al mes: «¿En serio tenemos que estar hablando tanto sobre Olive y Tracey?».

—¿Crees que Jesse está bien? —me pregunta Olive—. A ver, ya sé que está vivo y lo suficientemente sano, ¿pero y si se ha vuelto loco? ¿A ti no te pasaría después de tres años sola? Seguro que se ha pasado todo el tiempo alimentándose de cocos y hablando con pelotas de voleibol.

—Esto no me está ayudando —le digo—. Más bien todo lo contrario.

—Lo siento. Ya me callo.

—No. No te calles. Solo deja de hablarme de las probabilidades de que mi marido no esté bien de la cabeza. Cuéntame cualquier otra cosa. Todavía me queda algo de tiempo hasta que llegue todo el mundo y me temo que, si tengo que pasarlo sola, seré yo la que termine mal de la azotea.

Olive se ríe.

—Como te he dicho, sabes mantener el sentido del humor en situaciones de crisis.

—No estaba bromeando —le aseguro.

Y entonces ambas nos echamos a reír porque lo más divertido de todo esto es precisamente eso, ¿verdad? Lo serio que es el asunto, la poca gracia que tiene.

Justo cuando me estoy riendo con más ganas, veo un todoterreno blanco entrar al aparcamiento y sé, antes incluso de ver quién lo conduce, que son los padres de Jesse.

—Bueno —le digo—, tengo que irme. Francine y Joe ya están aquí.

—¡Oh, Dios mío! —comenta Olive—. ¡Qué situación más embarazosa!

—Sí, un poco —digo mientras apago el motor.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ellos?

—Pues creo que prácticamente desde después de su desaparición. —Los tres fingimos ser familia durante unos meses y nos llamábamos en los días festivos y cumpleaños. Pero dejamos de hacerlo enseguida. Si soy sincera, creo que era demasiado doloroso para todos. Estos últimos años hemos vivido en la misma ciudad y no nos hemos visto, salvo algún que otro encuentro ocasional en el supermercado—. Bueno, deséame suerte. Tengo que colgar.

Olive tiene una mala costumbre (de la que solo me percaté cuando nos fuimos a vivir a ciudades diferentes y nuestra relación se basó única y

exclusivamente en el teléfono): cuando le dices que tienes que irte, te responde que vale y sigue hablando otra media hora más.

—Vale —dice—. Buena suerte. Sabes que estoy para lo que haga falta. ¿Sam está bien? ¿Cómo lo está llevando?

—Sam está... —No sé cómo terminar la frase y tampoco tengo tiempo—. No lo sé. En serio, tengo que irme —insisto—. Gracias por llamar. No sé cómo habría podido pasar por todo esto sin ti.

—Te repito que estoy aquí para lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad? —dice Olive—. Si hay algo que pueda hacer, por favor, házmelo saber.

—Lo haré. Te lo prometo. Bueno, te llamo luego.

—Sí, hablamos luego. ¿Vais a seguir Sam y tú adelante con la boda? Supongo que ahora todo está en el aire, ¿no?

—¡Olive! —me quejo, perdiendo la paciencia.

—Lo siento —dice al darse cuenta de lo que está haciendo—. Estoy siendo demasiado Olive.

Me rio.

—Un poco sí.

—De acuerdo, te dejo ya. Te quiero. Estoy a tu lado. No voy a preguntarte por Sophie y Aba porque sé que tienes que irte.

—Eso mismo. Gracias. Yo también te quiero. Adiós.

—Adiós.

Cuando cuelga, me doy cuenta de lo sola que estoy. Durante un momento, he pensado que mi mayor problema era conseguir que Olive colgara. Ahora recuerdo a lo que tengo que enfrentarme.

Salgo del coche. Francine me saluda con la mano en cuanto me ve. Le devuelvo el gesto y voy hacia ellos.

La madre de Jesse lleva un vestido burdeos entallado y un chaquetón azul marino. El pelo ondulado castaño oscuro le llega a los hombros.

Me abraza con fuerza, con entusiasmo, como si me hubiera echado de menos todos estos años. Cuando me separo de ella, le toca a Joe darme un abrazo. Parece vestido para ir a misa. Pantalón de vestir gris, camisa azul claro y chaqueta azul marino. Me doy cuenta de que está empezando a quedarse calvo y de que su rostro es más anguloso de lo que solía ser.

—Hola, cariño —me saluda.

—Emma —dice Francine. Se coloca una bufanda alrededor del cuello—, verte es como un soplo de aire fresco.

—Gracias. Yo también me alegro de verte. —No sé cómo llamarla. De adolescente me dirigía a ella como «señora Lerner». Cuando me casé con su

hijo, pasó a ser Franny.

—¡Pero mira tu pelo! —Estira la mano hasta mi cabello corto, pero sin llegar a tocarlo—. Es tan distinto.

Soy más fuerte que cuando los conocí. Más honesta. Tengo más paciencia. Albergo menos rencores. Estoy más agradecida por lo que tengo y menos resentida por lo que no tengo. Leo muchísimos más libros. Toco el piano. Estoy comprometida.

Pero, por supuesto, ella no puede saber todo eso.

El único cambio que ve es que ahora llevo el pelo corto y rubio.

—Es muy juvenil.

—Gracias —respondo como si me lo tomara como un cumplido, aunque por la forma en que Francine lo ha dicho sé que no lo es.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Mmm... Bien. ¿Y vosotros?

—Nosotros también —dice—. Nosotros también. Dios trabaja de formas misteriosas pero estoy aturdida, en realidad enormemente agradecida por el regalo que nos ha otorgado hoy.

Jesse no se crio en ninguna religión en concreto, y cuando estábamos en el instituto, una vez oí decir a Francine a un mormón que llamó a su puerta para conseguir adeptos que no le importaba lo que su Dios tuviera que decirle. Ahora me pregunto si eso ha cambiado. Si perder a Jesse no ha hecho renacer su cristianismo y ve en la vuelta de Jesse una prueba de que está haciendo lo correcto.

Joe me mira un instante y luego aparta la mirada. No tengo ni idea de lo que está pensando. Aunque se nota que vive un conflicto interno con todo eso. Francine parece pensar que la vida volverá a ser perfecta en cuanto Jesse baje del avión. Pero creo que Joe entiende que será un poco más complicado.

—Muy bien —dice Francine—. ¿Vamos para allá? No me puedo creer que vaya a estar aquí tan pronto. Míranos, los tres de camino a ver a nuestro niño.

Saca el teléfono y le echa un vistazo.

—Parece que Chris, Tricia y los niños llegarán con Danny y Marlene en un minuto.

Sabía que Chris y Tricia habían tenido hijos no porque nadie me lo dijera, sino porque había visto a Tricia el año pasado en un gran almacén en avanzado estado de gestación y con un niño pequeño al lado.

Y no tengo ni idea de quién es Marlene. Supongo que será la mujer, novia o prometida de Danny.

Lo cierto es que ahora mismo ya no sé casi nada de los Lerner, ni ellos sobre mí. Puede que ni siquiera se hayan enterado de lo de Sam.

Joe y yo seguimos a Francine mientras se dirige con determinación a la terminal.

—Es difícil saber cómo se sentirá —señala Francine a medida que caminamos—. Por lo que he oído y los consejos que me han dado los profesionales, ahora mismo nuestro principal objetivo es hacer que se sienta a salvo.

—Por supuesto —digo.

Justo antes de llegar a la puerta, la madre de Jesse se da la vuelta y me mira.

—Por eso decidimos no decirle que has seguido adelante.

Así que lo saben. Pues claro que lo saben.

—De acuerdo —digo, sin saber muy bien qué responder, salvo una confirmación de que la he oído.

El viento se levanta y me arrepiento de no haber traído algo más abrigado. Hace más frío de lo que pensaba. Me cierro el abrigo con más fuerza y veo que Joe hace lo mismo.

—Si quieres puedes decírselo —dice Francine—. Pero no sé cómo va a reaccionar si se entera de que ya te has comprometido con otro hombre.

Es ese «ya» lo que me molesta. Un «ya» incrustado en la oración, como si su lugar natural fuera preceder al «te has comprometido».

Decido callarme, que lo mejor que puedo hacer es permanecer estoica. Pero antes de darme cuenta de lo que hago, dejo que los sentimientos que albergo en mi interior se transformen en palabras.

—No hace falta que hagas que me sienta culpable —le digo—. Ya me siento bastante culpable yo sola.

Aunque sé que me ha oído, finge no haberlo hecho. Da igual. Aunque hubiera prestado atención, no creo que entienda lo que quiero decir.

Me siento fatal por haberme rendido con Jesse. Por pensar que estaba muerto. Por seguir con mi vida. Por enamorarme de otro. De hecho, estoy furiosa conmigo misma por eso.

Pero también siento una rabia enorme por no ser leal a Sam, por no ser firme y demostrarle mi auténtica devoción, como le prometí que haría. Estoy enfadada por ser tan insegura, por no ser la clase de mujer capaz de decirle que es el único hombre para mí, por no darle el tipo de amor que se merece.

Estoy cabreada conmigo misma por un montón de cosas.

Por tantas, que apenas tengo tiempo para preocuparme por lo que los demás piensen de mí.

—Está bien —interviene Joe abruptamente—. Vamos allá. Jesse estará aquí en cualquier momento.

Miro a través de la ventana de cristal que tengo enfrente mientras el avión va descendiendo y aterriza en la pista.

El corazón empieza a latirme con tanta fuerza que tengo miedo de estar sufriendo un infarto.

Un hombre en la pista coloca la escalera. Se abre una puerta. De ella sale un piloto.

Y después, ahí está Jesse.

Se le ve muy desmejorado y, aun así, para mí está más guapo que nunca.

Las fotos nunca hicieron justicia a su sonrisa. Ahora lo recuerdo.

Está delgado y débil, como si su cuerpo solo estuviera hecho de músculos y huesos. Su rostro, que antaño fue suave, es anguloso donde antes solían estar unas mejillas redondeadas. Lleva el pelo más largo, enmarañado. Tiene la piel con manchas marrones y rosadas. Como corresponde a alguien que se ha pasado tres años bajo el sol.

Pero sus gestos son los mismos. Su sonrisa también. Y sus ojos.

Lo observo mientras baja del avión. Contemplo cómo abraza a Francine y a Joe. Lo miro fijamente mientras se acerca a mí, mientras clava sus ojos en mí; unos ojos cargados de sentimientos. Me doy cuenta de que el meñique de su mano derecha termina en el nudillo. Perdió un dedo en algún momento de su periplo.

—Hola —me dice.

Esa única palabra me hace retroceder en el tiempo, a una parte de mi vida en la que las cosas tenían sentido, cuando el mundo era justo.

—Hola.

—No te imaginas lo mucho que me alegro de verte.

Sonrío. Oculto la cara en mis manos. Él me agarra, me sostiene. Siento mi pulso latiendo de forma errática, sin saber si se acelerará o calmará.

Me pregunto si todo esto es real.

Pero cuando vuelvo a abrir los ojos, Jesse sigue estando ahí. Justo enfrente de mí, abrazándome.

Lo lloré como si hubiera muerto. Pero está aquí.

Da miedo lo mucho que esto desafía a la lógica y a la razón. ¿Qué más cosas habrá en el mundo que no son verdad?

—Estás en casa —digo.

—Sí, estoy aquí.

¿Sabes cuando de vez en cuando te paras a mirar atrás y te preguntas cuánto tiempo ha pasado? ¿Cómo un momento dio paso al siguiente, creando días, meses y años, que de pronto parecen segundos?

Pues así es como me siento.

Ahora mismo.

Justo en este instante.

Siento como si nuestro pasado juntos hubiera durado siglos y el tiempo que he pasado sin él solo haya sido un pequeño e insignificante destello.

He amado a Jesse desde el día en que lo vi en esa competición de natación.

Y ahora me cuesta recordar cómo he podido vivir sin él, cómo he sido capaz de soportar enfrentarme a un mundo en el que él no estaba, y por qué he pensado que podría querer a alguien de la forma en que lo quiero a él.

Porque siempre ha sido él.

Toda mi vida.

Siempre, desde el primer momento ha sido él.

¿Cómo he podido pasar tanto tiempo olvidando quién soy y a quién amo?

Me he pasado las dos últimas horas aturdida. Me he quedado quieta, sin decir apenas nada, mientras toda la familia de Jesse celebra su regreso. He visto cómo Francine ha llorado hasta que se le han secado los ojos y ha dado gracias a Dios cada vez que lo miraba. Cómo Chris y Tricia le presentaban a su hijo, Trevor, y a su pequeña bebé, Ginnie. Y cómo Danny hacía otro tanto con su flamante esposa, Marlene.

El teléfono me ha sonado varias veces, pero no me he atrevido a mirarlo siquiera. Ahora mismo no puedo lidiar con la vida real. ¡Si apenas puedo reaccionar a lo que está sucediendo delante de mí!

Y, desde luego, no tengo ni idea de cómo conciliar lo que está pasando con mi vida real.

Jesse tiene mucho que asimilar. Soy perfectamente consciente de que su familia tiene muchas cosas que contarle, muchas noticias que quieren que sepan. Yo también quiero explicarle cada pensamiento que ha pasado por mi cabeza desde que se fue, describirle cada momento que he pasado sin él, cada sentimiento que albergo en este momento. Me encantaría conectar mi corazón al suyo y descargar en su alma los tres últimos años y medio.

Supongo que todos los demás quieren hacer lo mismo.

Debe de ser abrumador estar en su lugar, ser el centro de toda la atención, la persona con la que todo el mundo quiere hablar, abrazar.

Y entonces, mientras miro a Jesse interactuar con su familia, me doy cuenta de que este no es mi lugar.

Jesse está sosteniendo en brazos a su sobrina Ginnie por primera vez, intentando mantener la calma. Pero lo conozco. Sé lo que significa cuando los extremos de sus ojos se curvan hacia abajo. Sé por qué echa las orejas hacia atrás, por qué tiene el cuello tenso.

No se siente cómodo. Está confundido. Todo esto le supera. Es demasiado para él.

Nuestras miradas se encuentran. Me sonrío.

Y ahí es cuando tengo claro que este sí que es mi lugar, que son los demás los que sobran. Puede que seamos veinte personas en la estancia, pero para Jesse y para mí solo hay dos personas: él y yo.

Cuando a su familia se le ha pasado el entusiasmo inicial, empiezan a hablar de cómo se van a dividir para ir a casa de Francine y Joe. Veo cómo Jesse se separa de ellos y siento su brazo sobre mí, apartándome a un lado.

—¿Has venido en tu propio coche? —me pregunta.

—Sí. Está ahí fuera.

No me puedo creer que esté hablando con él. Lo tengo justo enfrente de mí. Dirigiéndose a mí. Jesse Lerner. Mi Jesse Lerner. Está vivo y hablándome. Nunca nada fue tan *imposible* y, sin embargo, está *pasando*.

—Genial. Entonces, vámonos de aquí ya.

—De acuerdo —digo con rostro impasible.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Parece que estás viendo a un fantasma. —En el momento en que pronuncia esas palabras, cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, dice—: Lo siento. En realidad sí estás viendo un fantasma, ¿verdad?

Lo miro y de pronto me siento exhausta.

¿Os hacéis una idea de lo agotador que es ver a un hombre que crees muerto delante de ti? ¿De recordar a tu cerebro cada dos por tres que tus ojos no te están mintiendo?

Me siento abrumada por lo absolutamente increíble que es esta verdad. Que en este mismo instante pueda alargar la mano y tocarlo. Hacerle todas esas preguntas que me he pasado años deseando hacerle. Poder decirle que le quiero.

Año tras año me ha carcomido por dentro la necesidad de decírselo y saber que jamás me oiría.

Y ahora puedo hacerlo. Puedo abrir la boca y decírselo. Y él lo oirá y lo sabrá.

—Te quiero. —Se lo digo porque es lo que siento ahora mismo, pero también por todas y cada una de las veces que no he podido decírselo.

Me mira y esboza esa enorme y pacífica sonrisa.

—Yo también te quiero.

Siento tal dolor y felicidad que estoy convencida de que me sangra el corazón.

El alivio es tan inmenso y el dolor tan profundo que me derrumbo, como si me acabara de dar cuenta del esfuerzo que estoy haciendo para parecer normal, para poder estar de pie.

Mis piernas ya no soportan mi peso. Mis pulmones no se hinchan con el aire suficiente. Mis ojos siguen ahí, pero no veo nada.

Jesse me sostiene antes de que me caiga. Todo el mundo nos está mirando, pero me da igual.

Jesse me lleva al baño que hay en un rincón. Cuando se cierra la puerta, me abraza con fuerza, apretándome contra él de tal modo que no hay aire

entre nosotros. Durante años hemos estado separados por una cantidad inmensurable de kilómetros; ahora ni siquiera hay espacio para el oxígeno.

—Lo sé —me dice—. Lo sé.

Es la única persona que puede comprender mi dolor, mi estupor, mi alegría.

—Voy a decir a mi familia que necesitamos estar un rato a solas, ¿de acuerdo?

Asiento con vehemencia contra su pecho. Él me besa la coronilla.

—Vuelvo enseguida. No te muevas.

Me apoyo en la pared del baño y observo cómo sale por la puerta.

Me miro en el espejo. Tengo los ojos vidriosos, inyectados en sangre. La piel circundante está enrojecida. El anillo de diamante que llevo en el dedo atrapa la tenue luz amarilla.

Podría habérmelo quitado antes de venir. Sacármelo del dedo y dejarlo en el coche. Pero no lo he hecho. Porque no quería mentir.

Sin embargo, ahora mismo no sé qué se me pasó por la cabeza para no guardarlo en el joyero y volver a ponerme el anillo de rubí.

Ambas joyas solo muestran la mitad de la verdad.

Cierro los ojos y recuerdo al hombre junto al que me he despertado esta mañana.

Jesse vuelve.

—Muy bien —dice—. Vámonos.

Me agarra de la mano y me lleva a través de una puerta trasera. Nos dirigimos al aparcamiento. Su familia sigue dentro. Mientras vamos hacia la fila de coches estacionados, el viento nos alborota el pelo.

—¿Cuál es el tuyo? —pregunta.

Le señalo el sedán de la esquina. Nos metemos dentro del vehículo. Enciendo el motor, meto la marcha atrás, pero luego lo dejo en punto muerto.

—Necesito un minuto —le pido.

A veces tengo la sensación de que estoy soñando y que me despertaré en cualquier momento, y no sé si eso sería bueno o malo.

—Lo entiendo —dice Jesse—. Tómame todo el tiempo que necesites.

Lo miro e intento asimilar todo lo que está pasando. Me doy cuenta de que he clavado la vista en el espacio donde solía estar la mitad de su meñique.

Tardaremos días, puede que semanas, meses o años, para entender de verdad por lo que cada uno de nosotros ha pasado, para comprender lo que somos el uno para el otro ahora.

Por alguna razón eso me tranquiliza. No hay prisa por encontrarle el sentido a todo esto. Tardará lo que tenga que tardar.

—Muy bien —indico—. Estoy lista.

Salgo del aparcamiento y me dirijo a la carretera. Cuando llego a la autovía, doblo a la derecha.

—¿Dónde vamos? —pregunta.

—No lo sé.

—Quiero hablar contigo. Me quedaría hablando contigo para siempre.

Aparto un instante los ojos de la carretera y lo miro.

No sé adónde voy; solo conduzco. Y entonces enciendo la calefacción y el aire caliente llega hasta mis manos y pies. Siento un calor sofocante en las mejillas.

Nos topamos con un semáforo en rojo y me detengo.

Me fijo en él. Está mirando pensativo a través de la ventanilla. Sin duda todo esto es más desconcertante para él que para mí. Debe de tener sus propias preguntas, sus propios sentimientos contradictorios. Tal vez él amaba a alguien en algún lugar del mundo mientras no estaba. Quizás hizo cosas indescriptibles para sobrevivir, para volver aquí. Puede que dejara de amarme en algún momento del camino, que se rindiera conmigo.

Siempre he visto a Jesse como mi otra mitad, como alguien a quien conozco tan bien como a mí misma, pero lo cierto es que ahora mismo se ha convertido en un extraño para mí.

¿Dónde ha estado y qué es lo que ha visto?

El semáforo se pone en verde y el cielo se oscurece cada minuto que pasa. El pronóstico del tiempo dice que podría llover esta noche.

Esta noche.

Se supone que debo ir a casa con Sam esta noche.

Cuando el viento empieza a azotar con más fuerza por las carreteras secundarias y sinuosas que estoy tomando, me doy cuenta de que no voy a ningún lado en particular. Me detengo en una zona descampada al lado de la carretera. Pongo el coche en punto muerto, levanto el freno de mano, pero dejo la calefacción. Luego me desabrocho el cinturón de seguridad y me vuelvo hacia él.

—Cuéntamelo todo —le pido. Me resulta difícil mirarlo, aun así, es lo único que quiero ver.

Dondequiera que haya estado, sea lo que sea que haya hecho, le ha pasado factura. Tiene la piel más seca, del aspecto del cuero; algo que no tenía cuando se fue. Sus líneas de expresión más comunes son más marcadas. Me

pregunto si las arrugas alrededor de los ojos se deben a entrecerrarlos a menudo, buscando a lo lejos a alguien que lo salvara. También me pregunto si la pérdida de la mitad del meñique es su única cicatriz, o si tiene más debajo de la ropa. Sé que debe de haber mucho más bajo la superficie.

—¿Qué quieres saber? —me pregunta.

—¿Dónde has estado? ¿Qué sucedió?

Jesse exhala una profunda bocanada de aire; una clara señal de que esas son precisamente las preguntas que no quiere responder.

—¿Qué tal si me das solo la versión corta? —le ofrezco.

—¿Qué tal si hablamos de otra cosa? ¿De cualquier otra cosa?

—Por favor —le ruego—. Necesito saberlo.

Jesse mira a través de la ventana y luego vuelve a prestarme atención.

—Si te lo cuento ahora, ¿me prometes que no volverás a preguntármelo? ¿Nunca más?

Sonrío y le ofrezco la mano para un apretón.

—Trato hecho.

Jesse me agarra la mano y me la sostiene. Su contacto es cálido. Tengo que controlarme para no tocarlo más. Entonces abre la boca y dice:

—Aquí tienes la historia.

Cuando el helicóptero se estrelló, supo que era el único superviviente. No me dice cómo lo supo; no quiere hablar del accidente. Lo único que me cuenta es que, entre las provisiones de emergencia, había un bote salvavidas inflable, agua potable y raciones de comida que le ayudaron a sobrevivir durante las semanas que tardó en encontrar tierra firme.

«Tierra firme» es un término demasiado generoso para describir el lugar en el que terminó: una formación rocosa en mitad del mar. Quinientos pasos (unos ciento cincuenta metros) de un extremo a otro. Ni siquiera era un islote, mucho menos una isla, pero sí tenía una pendiente gradual en un lado lo suficientemente amplia para formar una pequeña playa. Supo que se había alejado lo suficiente de Alaska porque el agua estaba caliente y el sol era implacable. En un primer momento, planeó quedarse lo justo para descansar, para sentir la tierra bajo sus pies. Pero enseguida se dio cuenta de que las rocas habían pinchado el bote y se había ido desinflando. Estaba atrapado allí.

Casi no le quedaba agua y las raciones de comida se le terminaban. Usaba recipientes para recoger agua de lluvia y buscó entre las rocas cualquier tipo de plantas o animales, pero solo encontró arena y piedras. Así que tuvo que ingeniárselas para pescar.

Cometió algunos errores en su periplo. Comió algunos peces que le provocaron vómitos. Bebió agua más rápido de la que podía recoger. Pero también encontró ostras y moluscos en la orilla y durante una tormenta particularmente intensa se las apañó para conseguir agua suficiente para una semana, dándole la ventaja que necesitaba. En las horas en las que el sol pegaba más fuerte, colgaba el bote sobre dos rocas y dormía a la sombra. Pronto, estableció una rutina bastante eficiente.

Comía pescado crudo, crustáceos y las barritas de comida que le quedaban, bebía agua de lluvia y se protegía del sol. Sentía que gozaba de cierta estabilidad. Que podía continuar así hasta que dieran con él.

Pero tras unas pocas semanas, se dio cuenta de que no lo encontrarían nunca.

En ese momento se derrumbó, aunque luego tuvo una especie de revelación.

Ahí fue cuando empezó a entrenar.

Sabía que no podía pasarse el resto de su vida en esa pequeña formación rocosa en medio del Pacífico. Que su única salida era hacer eso para lo que lo habían criado.

Se preparó para una dura prueba de natación.

Empezó a contar sus brazadas y cada día iba un poco más lejos que el anterior.

Comenzó sintiéndose lento, más débil y cansado de lo que nunca había estado.

Pero después de unos cuantos meses, consiguió llegar muy lejos en el océano y empezó a tener la certeza de que algún día estaría listo para nadar en mar abierto el tiempo que fuera necesario.

Tardó casi dos años en conseguir la resistencia y las agallas para hacerlo. Sufrió contratiempos menores (la picadura de una medusa) y otros más importantes (durante unas semanas un tiburón estuvo merodeando por la zona). Cuando por fin se decidió a dar el paso, no fue porque creyera que podría lograrlo.

Fue porque sabía que moriría si no lo intentaba.

Hacía mucho tiempo que se había quedado sin barritas de comida y las ostras habían desaparecido. La mitad del bote se había desgarrado y salido volando con el viento. Tenía miedo de no hacerse más fuerte, sino de ir debilitándose poco a poco.

Otra tormenta le proporcionó agua suficiente para varios días. Bebió toda la que pudo y consiguió atarse unas cuantas botellas a la espalda usando tiras

del bote.

Y entonces se puso a nadar.

Listo para encontrar ayuda o morir en el intento.

No sabe cuánto tiempo estuvo en mar abierto y perdió la cuenta de las brazadas. Me dice que menos de dos días después de salir vio un barco.

—Y ahí fue cuando supe que todo había terminado —concluye—. Que todo iría bien. Que volvería a casa contigo.

No menciona nada sobre el dedo. Durante toda la historia, mientras me ha contado todo eso, no ha dicho ni una sola palabra sobre la pérdida de la mitad de su meñique. Y en este momento no sé qué hacer porque he prometido no formularle ninguna pregunta. Empiezo a abrir la boca para hacer lo que se supone que no tengo que hacer, pero me interrumpe y capto la indirecta. Hemos terminado de hablar del asunto.

—Pensaba en ti todos los días —confiesa—. Te he echado de menos todos estos años.

Empiezo a decirle lo mismo, pero entonces me doy cuenta de que no sé si es verdad. Siempre pensaba en él..., hasta que un día pensé un poco menos. Y luego pensaba en él a menudo, pero no es lo mismo.

—Siempre te tuve en mi corazón —digo al cabo de un rato. Porque eso sí es cierto. Absolutamente cierto.

Da igual la historia que Jesse y yo hayamos compartido, lo mucho que nos comprendamos el uno al otro, no estoy segura de que pueda entender el sufrimiento de vivir solo en medio del océano. No sé si alguna vez seré capaz de reconocer el coraje que se necesita para nadar en aguas abiertas.

Y sin ánimo de comparar nuestras respectivas circunstancias, no creo que Jesse pueda entender lo que se siente al pensar que el amor de tu vida está muerto. Y después estar sentada junto a él, en un coche a un lado de la carretera.

—Ahora te toca a ti —dice.

—¿Me toca?

—Sí, cuéntamelo todo. —En el momento en que dice eso, sé que sabe que estoy comprometida. Lo sabe todo. Por el tono comprensivo de su voz y el brillo de «aquí llega» que veo en sus ojos y en sus labios apretados, me doy cuenta de que ha llegado a esa conclusión él solo.

O porque ha visto el anillo de diamante.

—Estoy comprometida —anuncio.

Y de pronto, sin más, Jesse se echa a reír. Parece aliviado.

—¿Qué? ¿Por qué te ríes? ¿Por qué te hace tanta gracia?

—Porque —responde con una sonrisa— pensaba que ya estabas casada.

Siento cómo una sonrisa empieza a formarse en mis labios, aunque no tengo claro de dónde viene.

Y entonces yo también me río y bromeo con él.

—¡Pero si es prácticamente lo mismo! —le digo.

—¡Oh, no! No lo es. Desde luego que no.

—Tengo pensado casarme con otro.

—Pero aún no lo has hecho.

—¿Y? —inquiero.

Me resulta tan fácil hablar con él... Siempre ha sido así. O tal vez siempre se me ha dado bien.

—Te estoy diciendo que me he pasado los últimos tres años y medio deseando volver a verte con todas mis fuerzas. Y si crees que el hecho de que estés comprometida con otro va a impedir que haga todo lo posible por que volvamos a estar juntos, es que has perdido la cabeza.

Cuando lo miro, sigo esbozando la misma sonrisa, pero enseguida la realidad se impone y esta desaparece. Oculto la cara entre mis manos.

Voy a terminar haciendo daño a todo el mundo.

En el interior del coche se instala tal silencio que solo puedo oír el ruido de los otros vehículos que pasan por la carretera.

—Es más complicado de lo que te imaginas —digo finalmente.

—Mira, Emma, lo entiendo. Tenías que seguir adelante. Sé que todo el mundo lo hizo. Sé que creías que estaba...

—Muerto. Creía que estabas muerto.

—¡Lo sé! —exclama. Se acerca hacia mí y me agarra las manos—. No puedo no imaginarme lo duro que ha tenido que ser para ti. No quiero ni imaginármelo. Durante todos estos años, sabía que estabas viva, que te tendría cuando volviera. Pero tú no tenías esa certeza. Lo siento mucho, Emma.

Lo miro y veo que los ojos se le están llenando de lágrimas. Igual que los míos.

—¡Lo siento tanto! No te puedes hacer una idea de cuánto lo siento. Nunca debí haberlo hecho. No debí haberte dejado. No hay nada en este mundo, ninguna experiencia, que pueda compensar el hecho de perderte o de provocarte ese sufrimiento. Solía tumbarme por las noches y preocuparme por ti. Pasé horas y horas, días en realidad, torturándome por lo mal que lo debías de estar pasando. Lo mucho que os tenía que estar doliendo a ti y a toda mi familia. Eso casi me mata. Saber que la gente a la que quiero, que tú, Emma,

estabais sufriendo de ese modo. Siento muchísimo haberte puesto en esa tesitura.

»Pero ahora estoy en casa. Y lo que me condujo a mi hogar, lo que me mantuvo con vida, fuiste tú. Fue querer volver a ti. A la vida que habíamos planeado. Quiero esa vida de vuelta. Y no voy a permitir que las decisiones que tomaste cuando creías que estaba muerto afecten a lo que siento por ti. Te quiero, Emma. Siempre te he querido. Nunca he dejado de hacerlo. Soy incapaz. No puedo amar a otra persona que no seas tú. Así que no voy a culparte por nada de lo que haya pasado mientras no estaba aquí. Pero ahora es nuestro momento. Nuestro momento para recuperar juntos todo lo que teníamos.

Hace tanto calor dentro del coche que creo que tengo fiebre.

Bajo la temperatura de la calefacción e intento quitarme el abrigo. Me cuesta moverme en el escaso espacio que hay en el asiento del conductor. Me retuerzo de izquierda a derecha para sacar los brazos. Sin decir nada, Jesse agarra una de las mangas, tira de ella y me ayuda a liberarme.

Lo miro, y si me olvido del impacto, la confusión y esa sensación agridulce, lo único que queda es un bienestar absoluto. Abrir los ojos y ver su cara mirándome es lo más parecido a un hogar que cualquier otra cosa que pueda recordar. Justo aquí, en este coche, está la mejor parte de mi adolescencia, lo mejor de mis veinte años. La mejor parte de mí. El inicio de mi vida es este hombre.

Los años que han transcurrido no han borrado ni un ápice del cariño y la seguridad que tuvimos durante el tiempo que compartimos nuestras vidas.

—Eras el amor de mi vida —le digo.

—Soy el amor de tu vida —me corrige él—. No ha cambiado nada.

—¡Ha cambiado todo!

—No, entre nosotros no —me asegura—. Sigues siendo la chica con las pecas debajo del ojo. Y yo sigo siendo el chico que te besó en la comisaría.

—¿Y qué pasa con Sam?

Es la primera vez que veo un atisbo de rabia y tristeza en la expresión de Jesse.

—No pronuncies su nombre. —Se aparta de mí. La brusquedad de su tono me desarma—. Hablemos de otra cosa. Por ahora.

—¿De qué otra cosa podemos hablar?

Jesse mira a través de la ventana un instante. Veo cómo aprieta la mandíbula y clava la vista en un punto. Después se relaja, se vuelve hacia mí y sonríe:

—¿Has visto alguna película que merezca la pena?

Aunque intento no hacerlo, termino riéndome. Y enseguida él también hace otro tanto. Las cosas siempre han sido así entre nosotros. Sonrío porque él sonríe. Y él se ríe porque eso es lo que estoy haciendo yo.

—Está siendo muy duro —reconozco cuando consigo recuperar el aliento—. Toda esta situación es tan...

—No tiene por qué serlo —señala—. Te quiero. Tú me quieres. Eres mi mujer.

—Ni siquiera sé si eso sigue siendo cierto. Cuando te declararon muerto... Lo que quiero decir... es que ni siquiera sé si seguimos casados.

—Me da igual lo que diga un trozo de papel. Eres la mujer a la que he amado toda mi vida. Sé que tenías que seguir adelante. No te culpo. Pero ahora estoy en casa. Estoy *aquí*. Todo puede volver a ser como se suponía que tenía que ser. Como debería ser.

Niego con la cabeza y me seco los ojos con el dorso de la mano.

—No lo sé —le digo a Jesse—. No tengo ni idea.

—Yo sí lo sé. —Se acerca a mí y enjuga las lágrimas que me han caído por el cuello—. Tú eres Emma —dice como si eso fuera la clave para solventar todo eso, como si el problema fuera que no sé quién soy—. Y yo soy Jesse.

Lo miro con una media sonrisa. Intento sentirme mejor, como él quiere. Intento creer que las cosas son tan sencillas como él me dice que son. Y casi le creo. Casi.

—Jesse...

—Todo va a ir bien, ¿de acuerdo? —dice—. Todo va a estar bien.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Le quiero. Amo a este hombre. Nadie me conoce como Jesse y nadie me quiere como él.

Ahí fuera hay otro amor para mí. Pero es diferente. No es este. No es el mismo amor. Es mejor, y a la vez peor. Aunque supongo que de eso trata precisamente el amor entre dos personas: que no puedes recrearlo. Cada vez que amas a alguien, cada persona a la que quieres, la quieres de forma distinta. Eres otra persona en cada amor.

Ahora mismo, lo único que quiero es deleitarme en *este* amor.

En mi amor por Jesse.

Me lanzo a sus brazos y él me aprieta con fuerza. Nuestros labios están muy cerca, a unos pocos centímetros de tocarse. Jesse se acerca un poco más.

Pero no me besa.

Y algo me dice que ha sido todo un gesto de caballerosidad por su parte.

—Esto es lo que vamos a hacer —dice—. ¿Qué tal si me llevas a casa de mis padres? Se está haciendo tarde y seguro que mi familia se está preguntando dónde me he metido. No puedo... No puedo dejarlos así...

—Está bien.

—Y después te irás a casa. Donde sea que vivas ahora —continúa—. Por cierto, ¿dónde vives?

—En Cambridge —respondo.

—Muy bien, entonces te irás a Cambridge.

—Vale.

—¿Dónde trabajas? ¿Estás en alguna revista o eres autónoma? —me pregunta con expectación.

Estoy a punto de no decirle nada para no decepcionarlo.

—En la librería.

—¿A qué te refieres?

—En Blair Books —aclaro.

—¿Trabajas en Blair Books?

—Me vine a vivir aquí después de que... —Me detengo y decido ir por otra dirección—. Empecé a trabajar allí y resulta que me gusta mucho. Ahora es mía.

—¿Tuya?

—Sí. La llevo yo. Mis padres van algunas horas. Están casi jubilados.

Jesse me mira como si nada de eso tuviera sentido para él. Y entonces su cara cambia por completo.

—¡Vaya! —comenta—. Eso sí que no me lo esperaba.

—Lo sé. Pero está bien. Es algo bueno.

—Muy bien —dice—. Entonces supongo que mañana estarás en la librería, ¿verdad?

—Suelo llegar sobre las nueve. Abrimos a las diez.

—¿Podemos desayunar juntos?

—¿Desayunar?

—No crearás que me vas a tener esperando hasta la comida para verte... —comenta—. El desayuno ya me parece demasiado.

Me lo pienso. Y también pienso en Sam. Con la culpa cerniéndose sobre mí, me dispongo a hablar.

Pero antes de poder decir nada, Jesse añade:

—Vamos, Emma. Puedes desayunar conmigo.

Asiento.

—Sí, claro que sí. ¿Sobre las siete y media?

—Estupendo —dice él—. Tenemos una cita.

Son poco más de las ocho cuando entro en el aparcamiento de mi edificio. Me cierro el abrigo cuando salgo. El viento es más fuerte y la temperatura cae cuando el sol se pone. Aun así, puedo sentir la brisa y el aire frío en los hombros y el cuello. Me apresuro hacia el edificio.

Accedo al ascensor. Aprieto el botón de la quinta planta. Observo cómo las puertas se cierran y también cierro los ojos.

Cuando me pregunte qué ha pasado hoy, ¿qué le digo?

¿Cómo puedo decirle la verdad si ni siquiera sé cuál es?

Estoy tan sumida en mis propios pensamientos que me sobresalto cuando el ascensor suena y se abren las puertas.

Y ahí, en medio del pasillo, justo enfrente de nuestra puerta, está Sam.

Tan guapo, tan amable, tan hundido y roto.

—¡Has vuelto! —me dice—. Me ha parecido ver tu coche aparcado cuando estaba sacando la basura, pero no estaba seguro. Yo... te llamé antes, unas cuantas veces, pero no he tenido noticias tuyas, así que no sabía si ibas a venir a casa.

Sam no sabía si iba a venir a casa.

Tiene los ojos rojos. Ha estado llorando. Y debe de creer que si finge estar lo suficientemente alegre, no me dará cuenta.

—Lo siento. —Lo abrazo y siento que se apoya en mí. Se nota que está aliviado—. Perdí la noción del tiempo.

Vamos a nuestro apartamento. En cuanto abro la puerta me llega el olor a sopa de tomate. Sam hace la sopa de tomate más rica del mundo. Es ligera, dulce y perfectamente condimentada.

Voy a la cocina y veo que tiene todos los ingredientes necesarios para hacer sándwiches de queso a la parrilla, incluido *cheddar* vegano porque estoy convencida de que me he vuelto intolerante a la lactosa.

—¡Oh, Dios mío! —Me emociono—. ¿Estás haciendo sopa de tomate y sándwiches de queso para cenar?

—Sí —responde él, intentando actuar con calma y haciendo un esfuerzo considerable para parecer despreocupado—. Como hoy hace frío, he pensado que estaría bien.

Va hacia la tabla de cortar y empieza a montar los sándwiches. Mientras tanto, dejo el bolso en la mesa y me siento en la encimera. Miro cómo derrite el queso con cuidado, cómo unta la mantequilla en el pan. Abro la cremallera

de mis botas y las dejo cerca de la puerta. Me fijo en que le tiemblan un poco las manos. Tiene el gesto contraído, como si le estuviera costando mucho comportarse como si no pasara nada.

Me duele verlo así, saber que se está esforzando tanto por mantener la compostura, que está intentando ser comprensivo, paciente y seguro de sí mismo, cuando lo que siente es precisamente lo contrario. Está ahí de pie, poniendo la sartén en el fuego, tratando de fingir que no le está destrozando por dentro el hecho de que hoy haya visto a mi (¿ex?) marido.

No puedo seguir haciéndole eso.

—Podemos hablar —le digo.

Me mira.

Mozart entra en la cocina y se da la vuelta enseguida, como si supiera que no es un buen momento para quedarse. Veo cómo se mete debajo del piano, junto a *Homero*.

Tomo la mano de Sam.

—Podemos hablar de cualquier cosa que te esté pasando por la cabeza; puedes preguntarme todo lo que quieras. Esto también te concierne.

Sam aparta la mirada y luego hace un gesto de asentimiento.

Apaga el fogón.

—Adelante. Cualquier cosa que quieras saber. Solo pregúntamela. No pasa nada. Vamos a ser sinceros y todo va a ir bien. —En realidad no sé a qué me refiero con que todo va a ir bien.

Se vuelve hacia mí.

—¿Cómo está Jesse? —pregunta.

—¡Oh! —Me sorprende que su primera pregunta sea sobre el bienestar de Jesse.

—Está bien. Se le ve sano. Parece estar... adaptándose. —No le comento nada de la imperturbable determinación de Jesse, de que está totalmente centrado en reanudar nuestro matrimonio.

—¿Y tú qué tal estás?

—Yo también estoy bien —digo—. Un poco aturdida por todo esto. Me resulta muy raro volver a verle. No sé cómo comportarme. —Elijo palabras vagas porque tengo miedo a ahondar demasiado en el asunto. Me aterra mostrar un sentimiento más que otro. Sinceramente, no sé qué palabras elegiría si tuviera que ser más específica.

Sam me escucha y asiente. Después respira hondo y hace la pregunta que realmente quiere saber. Está claro que las dos primeras preguntas eran para romper el hielo y que ahora va directo al grano.

—¿Lo has besado?

¡Qué curioso!, ¿verdad? Los hombres a menudo ven la traición en lo que haces en vez de en lo que sientes.

—No —respondo, negando con la cabeza.

Sam parece aliviado al instante, pero yo me siento peor. Me he librado por un tecnicismo. Jesse ni siquiera trató de besarme, así que no sé qué habría hecho si lo hubiera intentado. Aun así, me atribuyo el mérito como si me hubiera resistido. Y eso no contribuye a que me sienta bien.

—Habría entendido que lo besaras —reconoce Sam—. Sé que... Supongo que lo que quiero decir es que...

Espero a que termine la frase, pero no lo hace. Simplemente se detiene, como si le estuviera costando un esfuerzo enorme expresar en palabras lo que piensa.

Sé cómo se siente.

Vuelve a encender el fogón y continúa preparando los sándwiches.

—Estás en una posición muy complicada —le digo. Quiero que sepa que entiendo por lo que está pasando. Pero es algo que nunca podré comprender, ¿verdad? No tengo ni idea de lo que es ser él ahora mismo.

—Tú también.

Ambos estamos siguiendo la misma estrategia. Queremos entender al otro, hacer que se sienta comprendido, pero lo cierto es que ahora mismo estamos en lados opuestos, mirándonos e imaginándonos lo que sería estar en la piel del otro.

Lo miro. Entrecierra los ojos y tensa los hombros mientras unta mantequilla en una rebanada de pan.

Puede que lo entienda mejor de lo que creo.

Sam está preparando a su prometida un sándwich de queso y, al mismo tiempo, está muy preocupado por que vaya a dejarle.

Tiene miedo de perder a la persona que ama. No hay una preocupación más común en el mundo que esa.

—Vamos a hacerlos juntos. —Me acerco a la sartén y le quito la espátula de la mano.

Se me da de fábula dar la vuelta a la comida con la espátula.

No soy muy buena a la hora de añadir ingredientes para mejorar una sopa y no tengo ni idea de qué queso va mejor con cada alimento. Pero si me ponen enfrente una tortilla a medio hacer, puedo darle la vuelta con la destreza de todo un chef.

—Tú sigue untando mantequilla y yo me encargo de darles la vuelta en la sartén —le indico.

Cuando me responde con una sonrisa es como si el sol volviera a brillar entre las nubes.

—Está bien. —Pone más ímpetu a la hora de untar la mantequilla en el pan. Una mantequilla que es muy amarilla.

Antes de conocer a Sam, compraba barras de mantequilla barata que metía en el frigorífico. Cuando necesitaba usarla para las tostadas, la cortaba en rebanadas finas e intentaba esparcirla sin mucho éxito sobre el pan caliente, como una de esas actrices que hace los anuncios de la teletienda del antes y el después. Cuando empezamos a vivir juntos, Sam trajo con él un recipiente de porcelana que dejó en la encimera. Al abrirlo, vi que la tapa era como una especie de taza del revés llena de mantequilla y que el recipiente contenía agua.

—¿Qué narices es esto? —le pregunté mientras encendía la tostadora.

Sam estaba guardando vasos en los armarios y al oírme se echó a reír.

—Es una mantequillera francesa. —Se bajó del taburete que había usado y dobló la caja en la que habían estado guardados los vasos—. Dejas la mantequilla encima y pones agua fría en el fondo para que no se derrita del todo pero quede lo suficientemente blanda para untarla. —Lo dijo como si todo el mundo supiera lo que era eso y yo fuera la única que no tenía ni idea de para qué servía.

—He viajado por toda Francia y jamás he visto una cosa de estas. ¿Y por qué está tan amarilla la mantequilla? ¿Es algún producto orgánico para *gourmets*?

—Es solo mantequilla. —Cogió otra caja y empezó a sacar cubiertos y colocarlos en su respectivo cajón.

—¡De eso nada! ¡Esta no es una mantequilla normal! —Me hice con la taza del revés para enseñárselo, como si creyera que había perdido el juicio—. La mantequilla mantequilla es de un amarillo pálido. Esta mantequilla es amarilla amarilla.

—Lo único que he oído es «mantequilla mantequilla amarilla, mantequilla amarilla amarilla».

Me reí.

—Creo que ambos estamos hablando de lo mismo —dijo él—. La mantequilla es amarilla.

—Reconoce que esta mantequilla tiene algo especial —insistí, como si estuviéramos en medio de un interrogatorio—. Admítelo ahora mismo.

—No es de la marca Land O’Lakes, si eso es lo que quieres saber.

Volví a reírme.

—¡Land O’Lakes! ¿Es que ahora somos Bill y Melinda Gates? Yo compro mantequilla normal. Mantequillas de la marca blanca del supermercado al que vaya.

Cuando Sam se dio cuenta de que le había pillado, soltó un suspiro y confesó:

—Es una mantequilla cien por cien natural, orgánica, libre de hormonas y procedente de vacas que se alimentan de pastos.

—¡Vaya! —dije, fingiendo estar en *shock*—. Crees que conoces a alguien y...

Me quitó la mantequilla y la dejó con orgullo sobre la encimera, como si a partir de ese momento fuera un miembro más de nuestra casa.

—Puede que cueste casi el doble que la mantequilla normal, pero en cuanto la pruebes no querrás volver a comer mantequilla normal. Y esta se convertirá en tu mantequilla normal.

Después de colocar toda la cocina, Sam abrió el pan y sacó dos rebanadas. Las puso en la tostadora recién instalada y cuando las tostadas estuvieron hechas me di cuenta de lo fácil que era untarlas. Después, cuando las probé, puse los ojos en blanco de puro gusto.

—¡Guau! —dije.

—¿Ves cómo tengo razón en algunas cosas? Lo siguiente es convencerte de que deberíamos tener una mascota.

Fue uno de los muchos momentos en mi vida desde que Jesse desapareció en los que no pensé en él. Estaba muy enamorada de Sam. Me encantaba tocar el piano y esa mantequilla. Unos meses después, adoptamos a nuestros gatos. Sam estaba cambiando mi vida para mejor y sentía mucha curiosidad por ver qué más cosas podía enseñarme. Disfrutaba del futuro prometedor que presentía tendríamos juntos.

Ahora, viendo cómo coloca el pan untado de mantequilla en la sartén, quiero amarlo con desesperación, inequívocamente y sin reservas, como hacía antes de que Jesse regresara de entre los muertos.

Estábamos tan bien juntos, cuando no había nada que enturbiara nuestra felicidad, cuando reprimí de forma voluntaria la parte de mí que amaba a Jesse, encerrándola en un rincón de mi corazón.

Sam mueve las rebanadas de pan en la sartén caliente y decido proponerle lo imposible.

—¿Qué te parece si, al menos por esta noche, nos olvidamos de todo y hacemos como que yo he tenido un día normal en la librería, tú otro día normal enseñando música y todo es como antes?

Espero que Sam me diga que la vida no funciona así, que lo que le propongo es una ingenuidad, algo egoísta o un sinsentido. Pero no lo hace.

Solo sonrío y asiente. Es una inclinación leve de cabeza, nada enfático o un gesto de alivio. No es un asentimiento que diga «Creía que nunca me lo pedirías» o «Por supuesto, me parece bien», sino más bien un «Entiendo por qué quieres intentarlo y voy a seguirte la corriente». Entonces se recompone y, en cuestión de segundos, parece listo para fingir conmigo.

—Muy bien, Emma Blair, prepárate para darle la vuelta —dice mientras pone las rebanadas superiores en los sándwiches.

—Lista y bien dispuesta —le digo. Tengo la espátula en posición.

—¡Ya!

Y, con dos giros de muñeca, volteo nuestra cena.

Sam aumenta la temperatura del fogón donde está la sopa para que termine de calentarse. Después agarra dos cuencos y dos platos. Saca una cerveza del frigorífico para él y me pregunta si quiero una. Le digo que sí. El sonido de la botella al abrirse es música celestial para mis oídos. Por alguna razón, mi mente cree que beberme una cerveza me ayudará a parecer que esta es una noche como otra cualquiera.

Poco después, nos sentamos a cenar. Nuestra mesa del comedor tiene bancos en lugar de sillas, lo que permite que Sam se siente lo más cerca posible de mí, con nuestros muslos y brazos rozándose.

—Gracias por preparar la cena. —Le doy un beso en la mejilla, justo al lado de la oreja. Tiene un lunar en ese punto y en una ocasión le dije que me lo iba a tomar como una diana. Y ahí es donde suelo «apuntar» siempre. Normalmente, cuando hago eso, él me responde besándome debajo del ojo. Lunar a cambio de pecas. Pero hoy no lo hace.

—Gracias por dar la vuelta a los sándwiches —dice—. Nadie da la vuelta a la comida como tú.

El sándwich es cremoso en el centro y crujiente por fuera. La sopa está dulce, con un ligero toque a picante.

—Sinceramente, no sé qué me gusta más, si esto o tu pollo frito —indico.

—¡No seas ridícula! Ninguna sopa de tomate le llega al pollo frito a la suela del zapato.

—¡No sé! —Mojo el sándwich en la sopa—. Esto está riquísimo. Es tan casero y reconstituyente... Y has tostado el queso de una forma que...

Sam deja caer la cuchara en la sopa y parte de esta salpica sobre la mesa. Luego baja las manos y me mira.

—¿Cómo se supone que tengo que fingir que no pasa nada? —pregunta—. Me encantaría actuar como si todo fuera igual que siempre. Me encantaría que las cosas *fuera*n distintas. Pero no lo son.

Le agarro de la mano.

—No puedo hablar de sopa, de queso y de... —Cierra los ojos—. Eres el amor de mi vida, Emma. Nunca he querido a nadie tanto como a ti.

—Lo sé —le aseguro.

—Y me parece bien si..., bueno, ya sabes..., si yo no significo lo mismo para ti. A ver, no, no me parece bien. Pero sé que no me queda otra que aceptarlo si termina siendo así. ¿Tiene sentido algo de lo que te estoy diciendo?

Asiento y me dispongo a hablar, pero él continúa.

—Es solo que... Me siento... —Vuelve a cerrar los ojos y se cubre el rostro con las manos, como hace la gente cuando está agotada.

—Solo dilo —le pido—. Lo que sea. Suéltalo. Dímelo.

—Me siento desnudo. Expuesto. Como si... —La forma en la que está intentando buscar las palabras para describir cómo se siente hace que quede claro que ahora mismo no quiere estar en su piel. Está nervioso, se mueve de manera caótica. Y entonces para—. Siento como si todo mi cuerpo estuviera en carne viva mientras estoy al lado de alguien que puede o no echar sal encima de mí.

Lo miro a los ojos y sé que cualquier dolor que admita es solo una ínfima parte de lo que está sintiendo.

No sé si el amor emocional se puede separar del físico. O quizás es que soy una persona de contacto. En cualquier caso, no me basta con decir «Te quiero». Las palabras no pueden expresar todo lo que hay dentro de mí. Y necesito mostrárselo. Tengo que asegurarme de que lo va a sentir tanto como lo va a oír.

Me acerco a él. Le beso. Lo atraigo hacia mí. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y dejo que me acaricie la espalda. Empujo el banco un poco hacia atrás, para tener espacio suficiente para poder sentarme a horcajadas en su regazo. Me froto contra él suavemente, mientras lo abrazo y le susurro al oído:

—Te necesito.

Sam me besa ardientemente, como si estuviera desesperado por tenerme.

Ni siquiera llegamos a la cama o al sofá. Terminamos en el suelo de la cocina. Nos golpeamos la cabeza con el suelo de madera y los codos con los

armarios bajos. Mis pantalones desaparecen. Al igual que su camisa. Mi sujetador acaba al lado del frigorífico, junto a los calcetines de Sam.

Mientras ambos gemimos y jadeamos, mantenemos los ojos cerrados, excepto en los breves momentos en los que los abrimos y nos miramos directamente. Y es ahí cuando sé que él entiende lo que estoy tratando de decirle.

Lo que es el objetivo principal, la única razón para hacer lo que estamos haciendo.

El placer ahora no es lo importante. Nos morimos por que el otro nos sienta, por sentir al otro. Estamos amándonos para decir a la otra persona lo que hay en nuestra alma, para expresar lo que las palabras no pueden. Nos estamos tocando en un intento por escucharnos.

Cerca del final, pego mi pecho al suyo, como si el problema fuera que somos dos personas separadas, como si pudiera fusionar nuestros corazones en uno solo y, cuando lo consiguiera, el dolor fuera a desaparecer.

Cuando terminamos, Sam se derrumba sobre mí.

Lo agarro con fuerza, con los brazos y las piernas alrededor de él. Se mueve, pero lo sujeto como si me fuera la vida en ello, como si mis extremidades le suplicaran que se quedara.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así.

Estoy a punto de dormirme cuando Sam me devuelve a la realidad, rodando en el suelo y colocándose entre el lavavajillas y yo.

Me vuelvo sobre su hombro y apoyo la cabeza, esperando que esta huida de la realidad no se haya terminado aún.

Pero me doy cuenta de que ha llegado a su fin.

Sam se vuelve a poner la ropa.

—Es tu marido —dice con tono tranquilo y estoico, como si por fin fuera realmente consciente de todo lo que está sucediendo. Me doy cuenta de que eso suele pasar mucho con los sucesos impactantes, que parece que te golpean de pronto con toda su fuerza, incluso aunque creyeras que ya lo había hecho hace una hora—. Es tu *marido*, Emma —repite.

—*Era* —recalco. Aunque no estoy segura de si eso es exactamente verdad.

—En realidad es una cuestión de semántica, ¿no?

Agarro mi camiseta y me la pongo, pero no respondo. No tengo nada reconfortante que decir. Sí, es una cuestión de semántica. Creo que me dirijo hacia una época en mi vida donde las palabras y las etiquetas van a perder su significado y que solo importará la intención que haya detrás de ellas.

—Me siento tan desgraciado... Estoy destrozado —confiesa—, pero no se trata de mí, ¿verdad? Él es el que pasó tres años perdido en el mar o dondequiera que estuviera. Tú eres la que tuvo que vivir como una viuda, y yo solo soy el imbécil de toda esta historia.

—No eres ningún imbécil.

—Sí, lo soy —sentencia él—. Soy el imbécil que os impide volver a estar juntos.

De nuevo me quedo sin palabras. Porque si reemplazas la palabra «imbécil» por la de «hombre» y dice «Soy el hombre que os impide volver a estar juntos»... Entonces, sí. Tiene razón.

Si no me hubiera encontrado con Sam ese día en la tienda de música, si no me hubiera enamorado de él, hoy habría sido el mejor día de mi vida.

Y no el más confuso.

Durante un instante, intento imaginar cómo habría sido mi vida si nada de esto hubiera sucedido, si no hubiera decidido seguir adelante.

Podría haberlo hecho. Podría haberme cerrado a la vida, al amor. Podría haber grabado a fuego el nombre de Jesse en mi corazón y vivir cada día honrando su memoria, recordándolo. En cierto modo, eso habría sido mucho más fácil.

En vez de escribir esa carta, diciéndole que necesitaba dejarle ir y continuar con mi vida, debería haber pasado mis días esperando que regresara del lugar del que creía que nunca volvería. Podría haber soñado con lo imposible.

Y ese sueño ahora se habría hecho realidad.

Sin embargo, renuncié a ese sueño y salí en busca de uno nuevo.

Y, al hacerlo, estoy arruinando la vida de todos.

No puedes ser fiel a dos personas.

No puedes vivir dos sueños.

Así que, en muchos sentidos, Sam tiene razón.

Él es el factor inesperado en este maravilloso/terrible sueño/pesadilla que se ha hecho realidad.

—Es como si volviera a tener dieciocho años —dice—. Te quiero y eres mía, pero ahora me aterra perderte con Jesse por segunda vez.

—Sam. Tú no...

—Sé que no tienes la culpa —me interrumpe. Curva la boca hacia abajo y le tiembla la barbilla. Odio verlo intentando no llorar—. Estabas enamorada de él y lo perdiste, pero entonces te enamoraste de mí y ahora él ha vuelto, y sé que no has hecho nada malo, pero estoy tan enfadado contigo...

Lo miro. Ahora soy yo la que trata de no llorar.

—Estoy tan cabreado... Con todo. Contigo, con él y conmigo mismo. Por decirte... —Niega con la cabeza y aparta la mirada en un intento por recuperar la calma—. Te dije que nunca te pediría que dejaras de quererlo. Que podías querernos a ambos. Que jamás intentaría reemplazarlo. Y en ese momento estaba convencido de verdad de lo que te estaba diciendo. Pero ahora, desde el instante en que me enteré de que había vuelto, todo ha cambiado. Estoy tan furioso conmigo mismo por haberte dicho todo eso porque... —Se detiene, apoya la espalda en el lavavajillas y se abraza las rodillas—. Porque creo que me estaba engañando a mí mismo. —Se mira las manos mientras juega con las uñas.

—Creo que solo lo dije porque sabía que no era una posibilidad real. Quería darte el consuelo de saber que no estaba intentando reemplazarlo, porque sabía que en el fondo sí lo estaba reemplazando. En ese momento Jesse no era una amenaza porque se había ido y nunca iba a volver. Jamás podría alejarte de mí. Él no podía darte lo que yo sí podía. Así que dije todo eso de que no esperaba que dejaras de quererlo y de que había un lugar en tu vida para ambos. Pero solo lo decía en teoría. Porque desde el momento en que supe que había vuelto, no me he alegrado por ti. Ni siquiera por él. Solo estoy desconsolado. Por mí.

Después de decir esto último, por fin me mira. Y por la expresión de su cara y por la forma en que se le quiebra la voz cuando las palabras salen de su boca, sé que se odia a sí mismo por sentirse de ese modo.

—Shhh... —Intento calmarlo. Abrazarlo. Consolarlo—. Te quiero.

Ojalá no se lo hubiera dicho tan a menudo. Ojalá mi amor por Sam no fuera tan fácil, tan omnipresente. Así habría podido guardar esta frase para momentos como este. Pero eso no es nada realista, ¿verdad? Cuando quieres a alguien, se nota en todo lo que hacemos, en todo lo que decimos, se vuelve tan presente, tan palpable, que al final sueles oírlo todos los días, por muy extraordinario que sea el sentimiento que hay detrás de esas palabras.

—Lo sé. Pero no soy el único al que quieres. Y solo puedes quedarte con uno. Y puede que al final no sea yo.

—No digas eso —le digo—. No quiero dejarte. No podría hacer eso. No sería justo para ti. No está bien. Con todo lo que hemos pasado y todo lo que has hecho por mí, cómo me has apoyado y has estado a mi lado. No puedo... —Dejo de hablar cuando veo que Sam está negando con la cabeza, como si lo que estuviera diciendo no tuviera sentido—. ¿Qué? —le pregunto.

—No quiero tu compasión. Ni tu lealtad. Quiero que estés conmigo porque eso sea lo que de verdad desees.

—Quiero estar contigo.

—Sabes a lo que me refiero.

Dejo de mirarle a los ojos y clavo la vista en sus manos. Sigue jugando con sus uñas (su particular versión de retorcerse las manos).

—Creo que deberíamos cancelar la boda —anuncia.

—Sam...

—Estos últimos días lo he estado pensando mucho y estaba convencido de que serías tú la que tomaría esa decisión. Pero al ver que no es así, tendré que hacerlo yo.

—Sam, venga.

Me mira con un leve atisbo de ira en los ojos.

—¿Estás lista para comprometerte conmigo? —pregunta—. ¿Puedes decirme, con total sinceridad, que pase lo que pase a partir de ahora, estamos preparados para pasar el resto de nuestra vida juntos?

No puedo soportar ver la expresión de sus ojos cuando niego con la cabeza, así que aparto la mirada mientras lo hago. Como todos los cobardes de la historia de este mundo.

—Tengo que dejarte ir —reconoce Sam—. Es la única opción si queremos tener una oportunidad de sobrevivir a todo esto y tener un matrimonio sano y feliz.

Cuando me doy cuenta de lo que está pasando vuelvo a mirarlo.

Sam me está dejando. Al menos por ahora. Me está dejando.

—Tengo que dejarte ir y mantener la esperanza de que terminarás regresando a mí.

—¿Pero cómo puedes...?

—Te quiero —dice—. Te quiero muchísimo. Me encanta levantarme contigo los domingos por la mañana cuando no tenemos nada que hacer. Y me encanta volver a casa por la noche y encontrarte leyendo un libro, con un suéter y unos calcetines enormes aunque tengas la calefacción a treinta grados. Quiero tener eso el resto de mi vida. Quiero que seas mi mujer. Eso es lo que quiero.

Y yo ansío decirle que eso es lo que yo también deseo. Desde que volvimos a encontrarnos, eso es lo que he querido. Pero ahora todo es diferente, todo ha cambiado. Y ahora ya no estoy segura de lo que quiero.

—Pero no quiero que compartas todo eso conmigo porque tienes que hacerlo, porque te sientas obligada a cumplir la promesa que me hiciste hace

meses. Quiero que hagamos todo eso juntos porque es lo que te hace feliz, porque cada día te levantas contenta de estar conmigo, porque eres libre para elegir la vida que quieres y escoges una vida conmigo. Eso es lo que quiero. Si no te doy la oportunidad de irte ahora mismo, entonces no lo sabré. —Se encoge de hombros—. Y creo que jamás volveré a sentirme cómodo.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —inquiero—. ¿Qué es lo que sugieres exactamente?

—Te estoy diciendo que voy a cancelar la boda. Al menos por ahora. Y creo que, mientras tanto, uno de nosotros debería vivir en otro lado.

—Sam...

—Así serás libre. Podrás ver si todavía lo quieres como me quieres a mí; podrás averiguar lo que hay entre vosotros. Necesitas esa libertad. Y no podrás tenerla si estoy contigo o estoy suplicándote cada dos por tres que no me dejes. Lo que no confío que no termine haciendo. Si estoy contigo, intentaré que me elijas. Sé que lo haré. Y no quiero hacerlo. Así que... adelante. Averigua qué es lo que deseas. Te estoy diciendo que no pasa nada porque lo hagas.

Mi primer instinto es abrazarlo con fuerza, no soltarlo nunca y taponarle la boca con la mano para que deje de decir eso.

Pero sé que, aunque logre detener que las palabras salgan de sus labios, eso no las hará menos ciertas.

Así que lo agarro por el cuello y acerco su cabeza a la mía. Siento una gratitud enorme por que me quiera, porque me ame del modo en que lo hace. Y no es la primera vez.

—No te merezco —admito. Nuestras frentes están tan juntas que ninguno de los dos podemos vernos. Estoy mirando sus rodillas—. ¿Cómo puedes ser tan generoso? ¿Tan *bueno*?

Sam niega con la cabeza despacio, sin despegarse de mí.

—No es generosidad. Simplemente no quiero estar con una mujer que desea estar con otra persona.

Sam cruje los nudillos y, al oír el sonido, noto que también tengo las manos tensas y agarrotadas. Las abro y las cierro, intentando estirar los dedos.

—Quiero estar con alguien que viva para mí. Que me considere el amor de su vida. Creo que me lo merezco.

Lo entiendo. Ahora lo entiendo. Sam se está sacando el corazón del pecho y me lo está entregando, diciéndome: «Si me lo vas a romper, hazlo ahora».

Quiero decirle que nunca le romperé el corazón, que no tiene que preocuparse por nada.

Pero no es cierto, ¿verdad?

Me aparto de él.

—Creo que soy yo la que debería irse. —Lo digo como si no me creyera lo que estoy soltando—. No es justo pedirte que te vayas. Puedo quedarme en casa de mis padres durante un tiempo.

Aquí es donde todo empieza a cambiar. Donde la estancia parece volverse más lúgubre y el mundo más aterrador, aunque nada, excepto nuestros corazones, ha cambiado.

Sam lo piensa un momento y luego está de acuerdo conmigo y asiente con la cabeza.

Y así pasamos de ser dos personas que tienen que pensarse las cosas a dos personas que han tomado una decisión.

—Creo que voy a recoger algunas de mis cosas —digo.

—Bien —repite él.

Me quedo quieta un momento, todavía aturdida por lo que está sucediendo. Pero luego me doy cuenta de que con esa postura no voy a detener el tiempo, que la vida sigue su curso. Hay que seguir moviéndose.

Me pongo de pie y voy hacia mi armario a buscar mi ropa. Consigo llegar a nuestro dormitorio antes de ponerme a llorar.

Debería estar pensando en qué prendas me voy a llevar, qué ropa ponerme para el trabajo. Debería llamar a mis padres para comentarles que voy a dormir en su casa. Pero, en vez de eso, empiezo a meter cosas en una bolsa de viaje, sin prestar atención a si combinan bien o a lo que pueda necesitar.

Lo único que guardo conscientemente es el sobre que tengo con los recuerdos de Jesse. No quiero que Sam los vea. No quiero que sufra leyendo las cartas de amor que escribí al chico que escogí hace tantos años.

Regreso a la cocina y me despido de *Mozart* y *Homero* por el camino.

Sam está en la misma posición que cuando lo dejé.

Se levanta para decirme adiós.

No puedo evitarlo y lo beso. Siento un alivio enorme cuando hace lo mismo.

Y mientras estamos así, todavía muy cerca el uno del otro, Sam por fin se permite perder la compostura. Cuando empieza a llorar, se le inundan los ojos y las lágrimas caen por sus mejillas tan despacio que puedo secárselas todas antes de que le lleguen a la barbilla.

Me destroza por dentro que me quiera de esta forma, ser amada con tanta pureza que pueda romperle el corazón.

No es algo que me tome a la ligera. De hecho, creo que podría ser la cosa más importante de este mundo.

—¿Qué hago? —le pregunto.

Lo que quiero decir es «¿Qué voy a hacer ahora mismo?» y «¿Qué voy a hacer sin ti?». Y «¿Qué voy a hacer con mi vida?». «¿Cómo voy a tomar una decisión tan trascendental?».

—Puedes hacer lo que quieras —responde, enjugándose los ojos con el nudillo antes de separarse de mí—. Eso es lo que significa ser libre.

Cuando aparco en el camino de entrada de la casa de mis padres, son casi las dos de la madrugada. La luz del porche está encendida, como si estuvieran esperándome, pero sé que está así todas las noches. Mi padre cree que ahuyenta a los ladrones.

No quiero despertarlos, así que mi plan es entrar de puntillas en la casa y saludarlos por la mañana.

Apago el motor y recojo mis cosas. Nada más salir del coche, me doy cuenta de que no me he traído ningún zapato, excepto las botas que llevo puestas. Creo que tendré que usarlas durante un tiempo. Y me recuerdo a mí misma que «un tiempo» no significa para siempre.

Cierro la puerta del coche muy despacio, para hacer el menor ruido posible. Ando suavemente hasta la parte de atrás de la casa. Mis padres nunca cierran la puerta trasera y sé que no chirría tanto como la de la entrada.

Cuando giro el pomo solo suena un ligero *clic* y abro la puerta lo suficiente para poder acceder al interior. Y entonces estoy dentro.

En casa.

Despejado.

Voy hacia la mesa del desayuno y me hago con un trozo de papel y un bolígrafo. Escribo una nota a mis padres para decirles que estoy aquí. Cuando termino, me quito las botas para no hacer ruido al andar en el suelo de la cocina y las dejo junto a la puerta trasera.

Cruzo la cocina de puntillas y el salón hacia el pasillo. Cuando entro en mi dormitorio, abro la puerta sigilosamente.

No me atrevo a encender la luz. Ahora que he llegado tan lejos, no lo voy a echar a perder.

Me siento en el borde de la cama, me quito los pantalones y la camisa. Busco a tientas en la bolsa de viaje algo que ponerme como pijama. Pillo una camiseta y un par de pantalones cortos y me los pongo.

Voy a oscuras hasta el baño que mi habitación siempre ha compartido con la de Marie. Palpo el lavabo hasta que encuentro el grifo y abro el agua. Mientras me lavo los dientes, empiezo a preguntarme si no habría sido mejor despertar a mis padres, llamándoles por teléfono o tocando el timbre de la entrada. Pero en el momento en que me lavo la cara, me doy cuenta de que no quiero despertarlos porque no me apetece hablar de nada de esto. Así que entrar a hurtadillas ha sido mi única opción. Si tu hija se presenta en tu casa a

las dos de la mañana, justo la noche del mismo día en que regresa su marido, está claro que vas a querer hablar de eso con ella.

Vuelvo a mi habitación, lista para meterme en la cama. Pero tan pronto como me dispongo a taparme con las mantas, me doy un golpe en la cabeza con la lámpara de lectura.

—¡Ay! —me quejo sin poder evitarlo. Al instante pongo los ojos en blanco. Sabía que la maldita lámpara estaba ahí. Durante unos segundos, me preocupa haber delatado mi presencia, pero la casa permanece en silencio.

Me froto la cabeza y me meto bajo las mantas, en esta ocasión esquivando la lámpara, como recuerdo que tengo que hacer.

Miro por la ventana y veo la casa de Marie un poco más debajo en la misma calle. Todas las luces están apagadas, así que me imagino que ella, Mike y las niñas deben de estar durmiendo.

Me sobresalto cuando una luz cegadora se enciende y veo a mi padre en ropa interior con un bate de béisbol.

—¡Oh, Dios mío! —grito, acurrucándome en la cama, lo más lejos de él posible.

—¡Oh! —exclama mi padre, bajando el bate muy despacio—. ¡Pero si eres tú!

—¡Por supuesto que soy yo! —le digo—. ¿Qué se supone que ibas a hacer con eso?

—¡Dar una paliza al ladrón que había entrado en mi casa! ¡Eso es lo que iba a hacer!

Mi madre entra corriendo con unos pantalones de pijama a cuadros y una camiseta con un lema que pone: «Lee un libro que esté de p#ta madre». Sin duda se trata de un regalo de mi padre que mi madre se niega a ponerse fuera de casa.

—Emma, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunta—. Nos has dado un susto de muerte.

—¡Os he dejado una nota en la mesa de la cocina!

—Anda —espeta mi padre, fingiendo estar calmado y mirando a mi madre—. No importa, Ash; por lo visto es culpa nuestra.

Le lanzo una mirada sarcástica como no hacía desde que tenía diecisiete años.

—Emma, perdónanos. La próxima vez que tengamos miedo de que hayan entrado a nuestra casa a robarnos, lo primero que haremos será ir a la mesa de la cocina para ver si hay alguna nota.

En cuanto me doy cuenta de lo absurdo que es haber entrado en casa de mis padres sin avisarlos y culparlos por haberse asustado, me dispongo a pedirles perdón, pero mi madre se me adelanta.

—Cariño, ¿estás bien? ¿Por qué no estás con Sam? —No sé si es que estoy demasiado sensible, pero juraría que ha hecho una pequeña pausa entre «con» y «Sam», como si no estuviera muy segura de con quién se supone que debo estar.

Respiro hondo, permitiendo que se disipe toda la tensión que tengo en los músculos de los hombros y la espalda.

—Puede que la boda no se lleve a cabo. Y creo que mañana tengo una cita con Jesse. No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

Mi padre deja caer el bate. Mi madre pasa a su lado y se sienta conmigo en la cama. Me acerco a ella y apoyo la cabeza en su hombro. Me frota la espalda. ¿Qué es lo que tendrán los padres que uno siempre se siente mejor cuando te consuelan? Tengo treinta y un años.

—Creo que es mejor que me ponga unos pantalones, ¿no? —pregunta mi padre.

Mi madre y yo lo miramos y asentimos al mismo tiempo.

Mi padre se marcha en un abrir y cerrar de ojos.

—Dime qué ha pasado hoy —quiere saber—. Cuéntame todo lo que necesites para desahogarte.

Mientras lo hago, mi padre regresa a la habitación, con pantalones de chándal, se sienta a mi otro lado y me sujeta de la mano.

Me escuchan.

Al final, después de sacar todo lo que quedaba dentro de mí, después de abrirme por completo, mi madre me dice:

—Si quieres saber mi opinión, tienes la extraordinaria habilidad de amar con todo el corazón, incluso después de que se te rompiera. Eso es algo bueno. No tienes que sentirte culpable por ello.

—Eres una luchadora —me dice mi padre—. Te levantas y sigues adelante, aun después de quedar fuera de combate. Eso es lo que más me gusta de ti.

Me río y suelto en un tono jovial:

—¿No era que me hubiera quedado a cargo de la librería?

Es una broma, pero no estoy bromeando en absoluto.

—Ni por asomo. Tienes tantas cosas buenas, que ni siquiera está entre las diez primeras.

Ahora apoyo la cabeza en su hombro y me quedo así unos segundos. Noto que a mi madre se le empiezan a cerrar los ojos y que mi padre tiene una respiración más acompasada.

—Bueno, creo que es hora de volver a la cama —les digo—. Estoy bien. Muchas gracias. Siento haberos asustado.

Cada uno me da un abrazo y se marchan.

Me tumbo en mi viejo colchón e intento dormirme, pero he sido una ingenua al pensar que conseguiría conciliar el sueño.

Justo antes de las seis de la mañana, veo una luz encenderse en casa de Marie. Me quito el anillo de compromiso y lo meto en el bolso. Después, me pongo unos pantalones, me calzo las botas y salgo por la puerta de entrada.

Marie está con Ava en el baño, con la puerta abierta. Mi sobrina está sentada en el inodoro y Marie la está convenciendo para que se relaje. Ya les han quitado los pañales a las gemelas, pero desde hace unas semanas, Ava ha vuelto atrás y solo va al baño si Marie está con ella. Decido no entrar y quedarme junto a la puerta, usando mi prerrogativa como tía.

—Será mejor que te pongas cómoda —comenta Marie mientras se sienta en el suelo de baldosas grises del baño—. Vamos para rato.

Gracias a los implantes cocleares que les han puesto, las niñas han aprendido a hablar solo unos meses después de la edad que se considera normal para otros niños. Y tanto Marie como Mike también usan la lengua de signos para comunicarse con ellas. Puede que mis sobrinas, por las que tanto nos hemos preocupado, terminen siendo bilingües. Y eso se lo deben en gran parte a mi hermana, porque es una madre fantástica, atenta y que no se rinde ante nada.

En este momento, sabe más sobre la lengua de signos americana, la comunidad de personas sordas, audífonos, implantes y el funcionamiento interno del oído que cualquier otro tema, incluidas las cosas que solía adorar, como la literatura, la poesía y averiguar qué autor está detrás de cada pseudónimo.

Pero también está agotada. Son las seis y media de la mañana y está hablando y haciendo señas a su hija para que, por favor, «Haga pis en el orinal por mami».

Las bolsas que tiene debajo de los ojos son más grandes que las de un canguro.

Cuando Ava por fin termina, mi hermana la lleva con Mike, que está en la cama con Sophie. Mientras estoy de pie en el pasillo, veo a mi cuñado bajo las sábanas, medio dormido, sosteniendo la mano de Sophie. Durante un instante, vislumbro al hombre que quiero que sea el padre de mis hijos y me avergüenza decir que la figura es vaga y borrosa.

Marie sale del dormitorio y nos dirigimos hacia la cocina.

—¿Té? —pregunta cuando me siento en la isla.

No soy muy forofa del té, pero a estas horas hace frío y algo caliente me vendría muy bien. Preferiría un café, pero sé que mi hermana no tiene en casa.

—Sí, me encantaría.

Marie sonríe y asiente con la cabeza. Enciende la tetera. La isla de su cocina es más grande que mi mesa del salón. Nuestra mesa del salón. La mía y la de Sam.

Al instante, me acomete una certeza.

No quiero dejar a Sam. No quiero perder la vida que he construido. No de nuevo. Quiero a Sam. Estoy enamorada de él. Quiero que nos sentemos juntos al piano y toquemos *Chopsticks*.

Eso es lo que quiero.

Entonces recuerdo a Jesse bajando de ese avión y toda esa certeza se desvanece.

—¡Uf! —Me inclino hacia delante, apoyando la cabeza entre los brazos —. Marie, ¿qué voy a hacer?

Mi hermana no deja de sacar distintos tipos de té del armario. Los alinea todos delante de mí.

—No lo sé —responde—. No me puedo imaginar estar en tu piel en este momento. Creo que ambas opciones son correctas y equivocadas por igual. Seguro que esta no es la respuesta que buscas, pero es que no tengo la menor idea.

—Yo tampoco.

—¿Te ayudaría preguntarte qué es lo que te pide tu instinto? —comenta —. Es decir, si cierras los ojos, ¿cómo te ves? ¿Compartiendo tu vida con Sam o compartiéndola con Jesse?

Me dejo llevar por la idea, esperando que algo tan sencillo como cerrar los ojos me diga lo que quiero hacer. Pero no funciona. Por supuesto que no. Abro los ojos y me encuentro a Marie mirándome.

—No ha servido de nada.

La tetera empieza a silbar y Marie se vuelve hacia el fogón para agarrarla.

—¿Sabes? Lo único que tienes que hacer es ir poco a poco —dice—. Este es precisamente el tipo de momentos a los que se refiere la gente cuando te aconseja que vayas paso a paso. —Vierte el agua caliente en la taza blanca que me ha preparado. La miro.

—¿Earl Grey? —me pregunta.

—¿Desayuno Inglés? —respondo con otra pregunta. Entonces empiezo a reírme y le digo—: Te estoy tomando el pelo. No sé nada sobre nombres de té.

Ella también se ríe y escoge el paquete llamado «Desayuno Inglés», arranca la tapa y saca una bolsita de té.

—Toma, así sabrás a partir de ahora a qué sabe Desayuno Inglés. —Lo sumerge en mi taza y me la entrega—. ¿Con sacarina?

Niego con la cabeza. Dejé de tomar edulcorantes artificiales hace seis meses y, aunque no noté ninguna diferencia, sigo pensando que es por una buena causa.

—Lo he dejado.

Marie pone los ojos en blanco y coloca dos bolsitas en su té.

Me río y miro mi taza, observando cómo el agua empieza a cambiar de color y cómo la mezcla se va arremolinando, lentamente. Ya casi puedo oler su aroma terroso. Pongo mis manos sobre la taza caliente para entrar en calor y jugueteo de forma inconsciente con el cordón.

—¿Crees que se puede amar a dos personas al mismo tiempo? —le pregunto—. No dejo de pensar en eso. Creo que estoy enamorada de ambos. De forma distinta, pero a la vez igual. ¿Es eso posible? ¿O me estoy engañando a mí misma?

Sumerge las bolsitas de té dentro y fuera del agua.

—Si te soy sincera, no lo sé. Pero no creo que el problema sea a quién quieras o si los quieres a ambos. Creo que lo que te pasa es que no estás segura de quién eres. Ahora eres distinta a quien eras antes de perder a Jesse. Eso te cambió por completo. —Marie se queda unos instantes pensativa, mirando la encimera. Después, empieza a hablar de nuevo—: No creo que estés intentando averiguar si quieres más a Sam o a Jesse, sino si quieres ser la persona que eras con Jesse o continuar siendo la persona que eres con Sam.

De pronto me siento como si me hubiesen partido por la mitad y hubieran hallado un cáncer putrefacto en la parte más recóndita de mi cuerpo. No sé qué responder. No levanto la mirada. Veo una lágrima cayendo desde mi cara y aterrizando justo dentro de mi taza. Y, a pesar de ser la persona que está llorando, no sé lo que eso significa.

La miro.

—Creo que tienes razón —le digo.

Marie asiente y me mira directamente a los ojos.

—Lo siento. Es muy importante para mí que sepas esto. Que sepas que me arrepiento mucho de lo que hice.

—¿Arrepentirte de qué? ¿De qué estás hablando?

—De ese día en la azotea. Del día en que te encontré mirando... —Parece que fue ayer, aunque también tengo la sensación de que ha pasado una eternidad. Los prismáticos, la azotea, la tremenda ansiedad de creer que podía salvarlo simplemente estando pendiente de la orilla—. Siento haberte

convencido de que Jesse estaba muerto —continúa Marie—. Tú sabías que no lo estaba.

Marie no es de llorar mucho. No es una persona que demuestre fácilmente lo que siente a partir de la expresión de su rostro. Es su voz la que me dice el remordimiento tan grande que tiene, la forma de barbotear algunas sílabas.

—No era la persona más adecuada para estar contigo ese día. Hasta ese momento nunca te había apoyado. Y, de pronto, ¿soy yo la que te digo que había sucedido lo peor? Solo... Yo solo estaba convencida de que había muerto. Y creí que estaba haciendo lo mejor para ti al enfrentarte a la realidad. —Niega con la cabeza como si estuviera decepcionada con la antigua Marie—. Pero, en vez de eso, te quité la esperanza. Una esperanza a la que tenías todo el derecho del mundo a aferrarte. Y yo... lo siento mucho. Muchísimo. No te haces una idea de lo mucho que siento haberte quitado eso.

—No —alego yo—. Eso no fue lo que pasó. De ningún modo. Ese día en la azotea perdí la cabeza. Me volví completamente loca, Marie. No era nada lógico pensar que seguía con vida, y mucho menos que podía salvarlo, que podía verlo desde allí, mirando esa diminuta franja de orilla. Fue una locura.

»Cualquiera con dos dedos de frente habría llegado a la conclusión de que estaba muerto. Necesitaba entender que lo más razonable era que había fallecido. Y tú me ayudaste a comprenderlo. Me mantuviste cuerda ese día.

Por primera vez, me pregunto si enfrentarse a la verdad y mantener la cordura son exactamente lo mismo o si solo son dos cosas que suelen ir de la mano. Empiezo a creer que tienen una correlación entre sí, más que ser sinónimas.

Y entonces me doy cuenta de que no le echo la culpa a Marie por pensar que Jesse estaba muerto. Y si no veo su convencimiento de que había fallecido como un acto de abandono hacia él, entonces tampoco debería culparme a mí misma por hacer lo mismo.

—Por favor, deja de pensar eso —le digo—. Lo que hiciste en la azotea ese día... me salvó la vida.

Marie baja la vista hacia su té y luego asiente.

—Gracias por decir eso.

—Gracias por hacer lo que hiciste. Y me alegro de que fueras tú. No sé si tú y yo habríamos estado tan unidas... Me refiero a que, tal vez, habríamos seguido...

—Entiendo lo que quieres decir —señala Marie—. Ya lo sé.

A pesar de todas las experiencias compartidas de niñas y del esfuerzo de nuestros padres por que nos lleváramos bien, al final han sido nuestras

dificultades las que consiguieron que nos acercáramos la una a la otra. Lo que nos unió fue la pérdida de mi marido y el desafío al que se enfrenta Marie al criar a sus gemelas.

—Me alegro de que las cosas entre nosotras estén como están —dice Marie—. Me alegro mucho, mucho.

—Yo también.

Le agarro la mano a Marie por instinto y se la estrecho durante un instante, aunque luego rompemos el contacto.

Es difícil ser sincera, estar tan expuesta, tan vulnerable. Pero me doy cuenta de que al final termina siendo liberador. Siento un pequeño cambio entre mi hermana y yo, algo casi imperceptible, pero no por ello menos real. Estamos más unidas ahora que hace tres minutos.

—He estado pensando en volver a escribir —me informa Marie, cambiando de tema.

—¿Ah, sí? ¿Escribir sobre qué?

Se encoge de hombros.

—Esa es la parte que no tengo clara. Solo necesito algo con lo que entretenerme. Cualquier cosa que no tenga que ver con las niñas. Necesito volver a ser un poco yo misma. Aunque puede que sea una idea absurda, porque digo que quiero retomar la escritura, pero no encuentro nada sobre lo que me apetezca escribir. No estoy inspirada. Solo..., bueno, aburrida.

—Seguro que al final encuentras algo. Y cuando lo hagas, será algo estupendo. Pero no escribas ninguna historia sobre asesinatos donde la culpable sea un personaje que se supone que soy yo, como hiciste —bromeo.

Se echa a reír y me mira, negando con la cabeza.

—Nadie me creyó cuando les dije que no eras tú —arguye.

—La llamaste Emily.

—Es un nombre muy común —dice ella, fingiendo defenderse—. Pero sí, está bien. Ahora soy lo suficientemente madura para reconocer que no fue pura coincidencia.

—Gracias —digo con tono magnánimo.

—Estaba enfadada porque no hacías más que copiarme.

—¿Qué? Nunca te copié. ¡Pero si era prácticamente lo contrario a ti!

Marie vuelve a hacer un gesto de negación.

—Lo siento, pero no. ¿Te acuerdas cuando me hice fan del grupo TLC y de pronto empezaste a decir a todo el mundo que te encantaba *Waterfalls*? ¿O cuando me enamoré de Keanu Reeves y pusiste un póster suyo encima de tu cama?

—¡Oh, Dios mío! —exclamo, dándome cuenta de que tiene razón.

—Y luego, por supuesto, empezaste a salir con el capitán del equipo de natación. Como yo.

—¡Vaya! —digo—. Nunca me había parado a pensarlo, pero es verdad. Tú y Graham. Y luego Jesse y yo.

Marie sonríe, medio riéndose de mí.

—¿Lo ves?

—Se ve que, en el fondo, quería ser como tú —explico—, porque Graham me parecía tan patético... Y luego voy yo y también termino saliendo con *el capitán del equipo de natación*.

Marie se lleva el té a los labios, sonriendo.

—Entonces, creo que podemos estar de acuerdo en que, en cierto sentido, siempre quisiste ser como yo.

Me río.

—¿Sabes qué? Si ser como tú implica tener un solo hombre en tu vida, estoy de acuerdo.

—¡Buuu! —dice—. Tienes a dos hombres enamorados de ti.

—¡Oh, cierra el pico! —Encuentro un trapo de cocina y se lo tiro.

Nuestras risas se ven interrumpidas por Mike, que baja las escaleras con Ava en brazos y Sophie pisándole los talones.

—¡Desayuno! —anuncia a las niñas.

Veo que Marie cobra vida y va hacia el frigorífico, lista para un nuevo día.

Sé que es hora de irme.

—Sabes que estoy aquí si hoy me necesitas —me advierte Marie mientras recojo mis cosas—. En serio. Solo llama. O pásate por aquí. Cuenta conmigo.

—Está bien —respondo—. Gracias.

Mi hermana me da un abrazo antes de alzar a Sophie en brazos. Voy hacia la puerta principal.

De regreso a casa de mis padres, me suena el teléfono. No estoy segura de quién creía que podía ser, pero no me esperaba ni por asomo un mensaje de Francine.

Tengo tantas ganas de volver a verte que no he dormido en toda la noche. Por cierto, soy Jesse. No mi madre. Sería bastante raro que ella se muriera por volver a verte.

Cuando termino de leerlo, noto que ahora ando más rápido a casa de mis padres.

Me doy una ducha caliente. Me lavo el pelo y me enjabono el cuerpo a toda prisa.

Me visto rauda y veloz y salgo por la puerta.

Hago todo eso corriendo. Apresuro el paso con una sonrisa en la cara.

Estoy feliz. En este preciso instante, soy feliz.

Cuando aparco el coche en Julie's, poco antes de las siete y media, Jesse está esperándome en la puerta. Ha llegado antes incluso que yo.

Tiene el mismo aspecto que solía tener, aunque al mismo tiempo parece distinto.

Abro la puerta del coche, salgo al aire frío y me doy cuenta de por qué esta mañana parece un poco mejor que las de los últimos días.

Por fin está bienamarlo.

No pasa nada por querer a Jesse.

Ahora soy libre de hacerlo.

Y ha sido Sam el que me ha dado eso.

—¿Qué más has echado de menos? —pregunto a Jesse mientras la camarera nos trae el desayuno. Me ha estado enumerando una lista de todas las cosas que ha echado en falta.

Yo era la número uno.

El pollo agridulce del restaurante chino hortera del centro de la ciudad lo segundo.

—Eché de menos a mucha gente y muchos lugares, pero si te soy sincero, ahora mismo en lo único que puedo pensar es en la comida.

Me río.

—Bueno, pues háblame de toda esa comida.

—Está bien —dice, mirando su plato. Apenas lo ha tocado, pero lo entiendo. En este momento yo tampoco puedo comer mucho. Tengo un nudo en el estómago, inundado con miles de mariposas, retorciéndose y revoloteando para seguir el ritmo del corazón.

—¡Oh, Dios! Hay tantas cosas que podría nombrarte. Soy incapaz de elegir. Está esa *pizza* de Sorrentos, los helados de Snickers de Friendly's, los sándwiches de Savory Lane...

—Savory Lane ha cerrado —le informo—. Y Friendly's también.

Me mira directamente a los ojos, intentando discernir si le estoy tomando el pelo. Cuando se da cuenta de que hablo en serio, un destello de tristeza atraviesa su rostro. Aunque lo remplace rápidamente por una sonrisa, no puedo evitar preguntarme si esa es la prueba definitiva que necesita para ver que el mundo ha seguido adelante sin él, que ya ni siquiera podremos volver juntos al Savory Lane por simple cortesía.

—Friendly's es ahora un Johnny Rockets —comento—. Lo que en realidad no está tan mal. Además, sabes que en cuanto Kimball's abra en primavera, te vas a olvidar del helado de Snickers y estarás deseando tomar un cucurucho de dos bolas de helado de frambuesa negra.

Jesse me sonrío y aparta la mirada. Se vuelve hacia la barra, alejándose de nuestra mesa y cambiando de posición las piernas.

—¿Y qué hay de Erickson's? ¿Sigue abierto? ¿O también me han abandonado?

La forma en que lo dice, usando la palabra «abandonado», y el hecho de que no me esté mirando, me hace pensar que Jesse está más enfadado de lo

que ha dejado entrever. Que está resentido conmigo por haber seguido adelante. Dice que lo entiende, pero quizá no lo hace en absoluto.

—Sigue abierto, sí —digo, asintiendo, en un intento por complacerle—. La mayoría de las cosas siguen abiertas. Casi todo sigue igual.

—La mayoría. —Entonces cambia de tono—. ¿Y Blair Books? ¿Sigue igual la librería? Está claro que está bajo una nueva dirección.

—Sí —respondo con una sonrisa, orgullosa de mí misma—. Aunque tampoco he hecho grandes cambios. Y mis padres siguen un poco pendientes. No me he vuelto una rebelde. Sigo haciendo las cosas más o menos como ellos.

—¿Sigues regalando esos marcapáginas de «Viaja por el mundo a través de un libro»?

—¡Sí! ¡Por supuesto!

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Sí, claro, completamente.

He estado removiendo la comida en el plato. Jesse también ha hecho lo mismo. Ninguno de los dos ha probado apenas bocado. Cuando la camarera se acerca, frunce el ceño.

—No parece que tengáis mucha hambre —comenta mientras echa un poco de agua en mi vaso.

—Está delicioso —digo—. Es solo que...

—Tenemos un montón de cosas que contarnos —repite Jesse—. ¿Puedes ponérmolo para llevar?

—Por supuesto que sí, cariño —dice la mujer, llevándose los dos platos con ella.

Cuando se marcha, ya no tenemos ninguna comida con la que jugar y ninguna otra distracción, salvo mirarnos el uno al otro.

—Odiabas esos marcapáginas —dice.

—Lo sé. —Me da un poco de vergüenza lo mucho que he cambiado. Siento la tentación de mentir, de volver atrás y recordar exactamente cómo era antes de que Jesse desapareciera e intentar ser esa versión de mí misma otra vez.

La Emma que él conocía quería una vida diferente. Tenía sed de aventuras. Estaba loca por viajar. Solía pensar que no se podía encontrar la felicidad en las cosas sencillas, que todo tenía que hacerse a lo grande, con audacia y a lo loco. Que no había nada sorprendente en despertarte en una cama cómoda, que a uno solo podía impresionarle acariciar elefantes y visitar el Louvre.

Pero no sé si yo era exactamente esa persona cuando él se marchó.

Y ahora, desde luego, no lo soy.

Es muy difícil predecir el futuro. Si tuviera en mi poder una máquina del tiempo, ¿marcaría alguna diferencia intentar volver al pasado y explicarle a mi yo más joven lo que estaba por venir?

—Supongo que eso fue lo que dije —continúo—. Pero ahora me gustan.

—Nunca dejas de sorprenderme —dice Jesse, sonriendo. Tal vez no le importe que no sea la misma persona que era cuando desapareció.

La camarera regresa con nuestra comida guardada en unos recipientes y la cuenta. Jesse paga antes de que me dé tiempo a sacar la cartera.

—Gracias —le digo—. Has sido muy amable.

—El placer es mío.

Miro el teléfono y veo que son las nueve menos diez. El tiempo ha pasado volando.

—Tengo que ir al trabajo. Ya llego tarde.

—No... —se queja—. Vamos, quédate conmigo.

—No puedo —respondo con una sonrisa—. Tengo que abrir una librería.

Jesse me acompaña hasta el coche y se saca un juego de llaves del bolsillo con un mando a distancia y abre un sedán gris a unos cuantos metros de nosotros.

—Espera un momento —le digo cuando caigo en la cuenta—. No tienes carné. No puedes conducir.

Jesse se ríe.

—Tenía carné antes de irme —explica—. Estoy capacitado para ir al volante de un vehículo.

—Sí —respondo, abriendo mi puerta—. ¿Pero no te ha caducado?

Jesse sonríe con un brillo travieso en los ojos que me desarma por completo.

—Caducado... ¿Quién se va a fijar en ese pequeño detalle?

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿verdad? —comento en tono provocador—. ¿A qué crees que se debe?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Pero tienes que reconocer que es un rasgo mío que te encanta.

Me río.

—¿Quién te ha dicho que me encanta?

—¿Vas a subir al coche conmigo? —pregunta.

—¿En tu coche?

—O en el tuyo —dice él.

—Tengo que trabajar.

—Ya lo sé. No te estoy pidiendo que te vengas a ningún lado conmigo. Solo quiero estar contigo dentro del coche. Aquí fuera hace frío.

Debería despedirme ya. Llego más tarde de lo que me gustaría.

—Está bien —claudico. Abro las puertas y veo cómo Jesse se sienta en el asiento del copiloto. Yo me acomodo en el del conductor, a su lado. Cuando cierro las puertas el mundo exterior deja de existir, como si nos hubiéramos apeado un rato de la realidad.

Noto que me mira el dedo desprovisto ya del anillo de compromiso. Sonríe. Ambos sabemos lo que significa ese espacio vacío en mi mano izquierda. Pero tengo la impresión de que entre nosotros hay un extraño código de silencio, lo que indica que hay dos cosas de las que no hablamos. No le voy a contar lo que le pasó a mi dedo, como él tampoco me contará lo que le sucedió al suyo.

—Te he echado de menos, Emma. A nosotros juntos. He añorado esos ridículos ojos que tienes y tus labios horribles. Y esa cosa tan molesta que haces cuando me miras como si fuera la única persona que te importa en el mundo. He echado de menos esas pecas tuyas tan poco adorables.

Me río. Siento que me sonrojo.

—Yo también te he echado mucho de menos.

—¿En serio? —inquire, como si eso fuera una novedad, como si no estuviera seguro.

—Espera, ¿estás de coña?

—No lo sé —dice con tono burlón. Es difícil saber qué pasó mientras no estuve aquí.

—Me quedé completamente destrozada, más de lo que nunca he estado o creo que nunca estaré.

Me mira, luego al parabrisas y por último a la ventana que tiene al otro lado.

—Tenemos tanto de lo que hablar. Y ni siquiera sé por dónde empezar —admite.

—Lo sé, pero aunque supiéramos por dónde empezar, ahora mismo no puedo. Tengo que ir a trabajar. Debería haber llegado hace un cuarto de hora. —Tina va por la tarde. Si no estoy allí, no habrá nadie para abrir la tienda.

—Emma —me dice, mirándome como si fuera tonta—, está claro que ya no vas a llegar al trabajo a tiempo. Así que, ¿qué más da si te retrasas unos minutos más? ¿O incluso una hora?

Lo miro y me pongo a pensar en ello. Y entonces, de pronto, sus labios se apoderan de los míos. Es un gesto tan audaz y sorprendente como lo fue hace quince años, cuando me besó por primera vez.

Cierro los ojos y voy hacia él. Lo beso de nuevo. Una y otra vez. Me siento aliviada y llena de energía. Jamás me había sentido tan emocionada y, a la vez, tan en casa.

Me pierdo en él, en la sensación de su contacto, en su olor, en la forma como se mueve.

¿Es posible hacer que las cosas vuelvan a ser como antes? ¿Olvidarse de los años intermedios como si fueran un error y retomar todo como si nunca nos hubiéramos separado?

Siento la mano de Jesse deslizándose por mi brazo y luego, sin querer, golpeo el claxon con el codo.

Vuelvo a la realidad. Me separo de Jesse y miro fuera, a través del parabrisas. Dos miembros del personal de Julie's, incluida la camarera que nos ha atendido, nos están mirando desde la ventana. Cuando se percatan de que me he dado cuenta, vuelven a lo suyo.

Miro mi teléfono. Son casi las diez menos cuarto. Se supone que la librería tiene que estar abierta en menos de veinte minutos.

—¡Tengo que irme! —exclamo, sorprendida de que se me haya hecho tan tarde.

—Está bien, está bien —dice Jesse, pero no se mueve ni un ápice.

—Sal de mi coche —le ordeno, riendo.

—De acuerdo. —Pone la mano en la palanca de apertura—. Solo hay una cosa de la que me gustaría hablar contigo.

—¡Jesse! ¡Tengo que irme!

—Ven conmigo a Maine —suelta mientras sale del coche.

—¿Qué?

—Ven conmigo a la cabaña que mi familia tiene en Maine unos días. Podemos irnos esta misma noche. Solo tú y yo.

—Tengo que dirigir una librería.

—Tus padres pueden hacerlo. Solo serán unos días. Es su librería.

—Es mi librería —le corrijo.

—Emma, necesitamos pasar tiempo juntos. Tiempo de verdad. Y no solo unos minutos robados antes de que tengas que ir a trabajar. Por favor.

Lo miro pensativa.

Él sabe que lo estoy considerando. Por eso ya empieza a sonreír.

—¿Eso es un sí? —dice.

Sé que mis padres pueden manejar la librería sin ningún problema. Y ya llego tarde y no tengo tiempo para esto.

—Está bien, pero solo un par de días.

—Tres. Tres días.

—Vale. Tres.

—¿Nos vamos esta noche?

—Sí. ¡Ahora tengo que irme!

Jesse me sonríe y por fin cierra la puerta para que pueda irme. Desde la ventana, veo cómo se despide de mí con la mano. Sonrío mientras me alejo de él, dejándolo en el aparcamiento.

Salgo hacia la calle y espero a que haya un hueco para incorporarme. Miro a Jesse hacerme un gesto desde el aparcamiento para que baje la ventanilla. Aunque pongo los ojos en blanco, le hago caso.

Se lleva las manos a la boca a modo de bocina y grita:

—¡Siento que llegues tarde por mi culpa! ¡Te quiero!

No tengo más remedio que responderle a pleno pulmón.

—¡Yo también te quiero!

Giro a la izquierda para entrar en la calle principal y atravieso la ciudad a toda pastilla. Llego al aparcamiento de Blair Books a las diez y once minutos y veo que ya hay una cliente esperando en la puerta.

Salgo del coche, abro la puerta trasera y corro por la tienda encendiendo todas las luces.

Recobro la compostura y voy hacia la entrada con tranquilidad para abrir la puerta.

—Aquí dice que abren desde la diez hasta las siete. Y son las diez y cuarto.

—Lo siento —me disculpo.

Pero cuando la mujer se dirige a la zona de los más vendidos y ya no está en mi campo de visión, no puedo evitar esbozar una sonrisa de oreja a oreja.

Jesse.

Mi padre llega a la tienda sobre las once. Ha venido para recoger algunos libros que ha pedido para mi madre, pero aprovecho la ocasión para comentarle lo del viaje a Maine.

—¿A qué te refieres con que te vas a Maine con Jesse?

—Pues... —vacilo. No sé qué parte es la que no ha entendido mi padre—. ¿Que me voy a Maine con Jesse?

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—¿Por qué no iba a serlo?

Está claro que acabo de decir una tontería. Hay como veinte mil razones por las que no debería ir.

—Emma, yo solo... —Se detiene y no termina la frase. Me doy cuenta de que se está replanteando todo su discurso—. Entendido. Por supuesto que mamá y yo podemos sustituirte en tu ausencia. De hecho, nos encantaría hacerlo. Ahora que he terminado de ver las cinco temporadas de *Friday Night Lights*, me aburro como una ostra en casa.

—¡Estupendo! Gracias.

—Sin problema —me asegura—. Es un placer. Entonces, ¿nos vemos esta noche? ¿Tendrás que venir a recoger tus cosas?

—Sí. Me pasaré a recoger algo de ropa y un par de cosas más.

—Genial —dice.

Y luego se va.

—Tu madre está haciendo unos sándwiches de beicon para el almuerzo y ya sabes que no puedo perdérmelo.

—Lo sé —respondo.

Mi madre le hace sándwiches de beicon varias veces por semana, y a él le gustan tanto que a estas alturas ya debería haber aprendido a prepararlos él mismo. Lo ha intentado, unas cuantas veces. Yo también. E incluso Marie. Pero mi padre jura y perjura que saben diferente cuando los hace su mujer. Algo sobre el beicon más crujiente y la lechuga más dulce. Sinceramente, no tengo ni idea. Lo único que sé es que mis padres siempre han hecho que el amor parezca fácil, y a veces me habría gustado que me hubieran preparado para lo complicado que en realidad puede llegar a ser.

Unas horas después, mientras estoy almorzando a media tarde, recibo un mensaje de Sam.

Te has olvidado tus medicamentos para la alergia y el cargador del teléfono. Te los dejo en tu despacho.

Lo primero que pienso cuando leo el mensaje no es lo dulce que es, o lo mucho que me alegro de poder cargar el móvil. Lo primero que pienso es que puede que todavía esté en la librería. Así que voy corriendo al coche, con mi sándwich en la mano, esperando llegar a tiempo al aparcamiento antes de que se vaya.

Consigo no encontrarme con ningún semáforo en rojo y giro a la derecha, para entrar al aparcamiento justo cuando Sam se dispone a girar a la izquierda para salir. Le hago señas para que se pare.

No sé qué estoy haciendo, qué bien creo que puede salir de todo esto. Solo sé que no hay nada como pensar que puedes perder a tu prometido para darte cuenta de lo mucho que quieres ver a tu prometido. Y eso es cierto aunque creas que eres tú la que está arruinándolo todo.

Sam retrocede y baja la ventanilla. Yo aparco el coche, salgo y voy hacia él.

—Hola —le saludo.

—Hola.

Lleva su abrigo de lana negro, una camisa blanca y una corbata azul marino de *chambray*. Yo le compré esa corbata. Le gustaron las diminutas anclas que la adornaban y le dije que quería regalarle algo que le entusiasmara usar en el trabajo.

—Gracias por las medicinas. Y por el cargador. Ha sido todo un detalle por tu parte.

Sam asiente.

—Sí, bueno...

Espero a que termine, pero entonces me doy cuenta de que no lo va a hacer.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—He estado mejor —responde. Se le ve triste, pero distante. Es como si hubiera una gran distancia entre nosotros y ninguno de los dos pudiéramos alcanzarnos. Me acerco a él, intentando buscar esa conexión—. Estaré bien. Simplemente me ha resultado raro dormir solo en nuestra cama —explica—. Te he echado de menos.

—Yo también —le digo. Y entonces, no sé qué sucede, pero antes de darme cuenta me inclino y le beso. Él también me besa, pero se aparta enseguida. Me pregunto si es porque presiente que he besado a otra persona.

—Lo siento —digo—. Debe de ser la fuerza de la costumbre.

—No pasa nada.

—¿Cómo están los gatos? —Me encanta hablar con Sam sobre nuestros gatos. Me gusta ponerles apodos tontos e inventar historias sobre lo que hacen cuando no estamos.

—*Homero* ha dormido en la bañera —comenta Sam.

Antes de tener un gato, antes de adorar a esas dos bolitas de pelo, que alguien me dijera «*Homero* ha dormido en la bañera» me habría aburrido hasta la saciedad. Pero ahora me resulta tan fascinante como un aterrizaje en Marte.

—¿No se quedó debajo del piano?

Sam hace un gesto de negación.

—No, no ha dejado la bañera. Esta mañana he intentado darme una ducha y he tenido que sacarlo de allí y echar el pestillo.

Debería volver a casa. Debería estar con Sam, con *Mozart* y con *Homero*. No sé por qué *Homero* está durmiendo en la bañera, ni lo que significa. Pero sé que eso no sucedería si estuviera allí.

¡Por Dios!

Aquí hay una sensación de culpa enorme, esperando a que la recoja y me la lleve conmigo. Hay tanto por lo que podría torturarme...

Quizá me lo merezco.

Pero decido que, ahora mismo, voy a dejarlo pasar. No voy a lidiar con ello. Aunque debiera hacerlo. Porque, al menos para mí, llevar toda esa carga a la espalda no me va a hacer ningún bien.

—Te quiero —le digo. Se me ha escapado. No estoy segura de qué es lo que quiero decir con eso. Solo que es verdad.

—Lo sé. Nunca lo he dudado.

Nos quedamos callados un momento. Tengo miedo de que se vaya.

—¿Puedes tocar *El hombre del piano*?

—¿Qué?

—¿Puedes tocar *El hombre del piano*? ¿En el volante? ¿Y yo te hago el acompañamiento de armónica?

Siempre le pido que lo haga cuando necesito enamorarme un poco más de él. Me gusta recordar la primera vez que lo hizo. Me encanta ver el talento que tiene. Ahora, es algo a lo que me he acostumbrado tanto, que hasta puedo oír las notas cuando la toca, aunque siempre la toque en silencio.

Pero en vez de remangarse y colocar los dedos como suele hacer, hace un gesto de negación con la cabeza.

—No, no voy a hacerlo.

—Siempre lo haces.

—No voy a tocar para ti —insiste—. Espero que cambies de opinión y te des cuenta de que me quieres y que tenemos que estar juntos el resto de nuestras vidas, pero... no voy a hacer ninguna audición para conseguir el papel.

Una cosa es romperle el corazón a alguien y otra muy distinta quebrar su orgullo.

Y creo que he hecho ambas cosas con Sam.

—Tienes razón —reconozco—. Lo siento.

—Escucha, estás viviendo una situación que ni siquiera puedo imaginar. Sé que te ha afectado profundamente. Y te quiero lo suficiente como para esperar un poco hasta que averigües qué es lo que deseas hacer.

Le agarro la mano y se la aprieto, como si con ese gesto, si sosteniéndola de la manera adecuada, la gratitud que siento en mi corazón pudiera atravesar mi brazo y mi mano y llegar directamente a su alma. Pero las cosas no funcionan de ese modo. Y lo sé.

—Gracias —digo—. No sé cómo darte las gracias. Pero gracias.

Sam aparta la mano.

—Pero no puedes tenernos a los dos —explica—. Y yo tampoco puedo fingir que las cosas van bien hasta que no estén bien de verdad. ¿De acuerdo?

—Está bien —respondo, asintiendo con la cabeza.

Sam sonríe.

—Creo que nos hemos pasado con los «bien», ¿verdad?

Me río.

—Ahora me voy —continúa Sam. Pone el coche en marcha—. De lo contrario, llegaré tarde a un ensayo. Y después, ya sabes, supongo que iré a casa, cenaré algo y veré un rato el canal ESPN Classic. Un plan de lo más emocionante.

—Suená bien.

—Estoy seguro de que tú también tienes grandes planes —dice. Entonces su expresión cambia. Está claro que no estaba pensando cuando ha dicho eso. No quiere saber lo que voy a hacer esta noche, pero ahora que ha hablado, no puedo salir de este atolladero sin dar a entender que sí tengo planeado algo—. Me refiero a que... Mira, ¿sabes qué? No me cuentes nada.

—Sí, está bien. No te diré nada.

Pero no decir nada es decir mucho, ¿verdad? Porque si en realidad Sam no tuviera nada por lo que preocuparse, le habría dicho: «No, Sam, en serio, no te preocupes».

Y eso no es lo que he dicho. Y ambos lo sabemos.

Sam me mira. Sé que ha llegado al límite. Ya no puede más con esto.

—Adiós, Emma. —Empieza a girar el volante. Pero entonces se detiene y vuelve a hablar—. ¿Sabes qué? Voy a dejar la pelota sobre mi tejado.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Ya te llamaré yo cuando esté listo. Pero no me llames. Sé que probablemente tenga más sentido que me digas lo que has decidido, después de que lo hayas decidido, pero prefiero que me lo cuentes cuando esté listo para oírlo.

—¿No puedo llamarte para nada?

Sam niega con la cabeza muy serio.

—Te estoy pidiendo que no lo hagas.

Es la menor cantidad de control que puede reclamar para su propio destino. Sé que tengo que concedérselo.

—Haré lo que quieras —digo—. Cualquier cosa.

—Bueno, pues eso es lo que quiero. —Asiente y luego pisa el acelerador y se aleja.

Se va.

En este momento me doy cuenta de que estoy helada, del frío que hace aquí fuera y voy corriendo a la tienda. Entonces recuerdo que me he dejado el sándwich en el asiento delantero del coche, pero no me molesto en recogerlo. No tengo hambre.

Tampoco me tomé el desayuno. Parece que el apetito es lo primero que me ha abandonado.

Cuando entro en la librería, Tina está vendiendo un par de libros para dos señoras mayores.

—Hola, Emma —me saluda—. ¿Recuerdas cuándo vamos a recibir más copias del nuevo libro de Ann Patchett?

—Deberían llegar el próximo martes —respondo como si hoy fuera un día cualquiera, como si estuviera pensando con normalidad—. Señoras, si quieren pueden dejarle sus datos de contacto a Tina. Ella o yo misma las avisaremos cuando recibamos los ejemplares.

Sonrío y me dirijo deprisa a la parte trasera de la tienda. Me siento frente al escritorio. Apoyo la cabeza entre las manos y respiro hondo.

No hago más que pensar en Sam y en Jesse.

Me sigo diciendo que tengo la sensación de que no sé lo que estoy haciendo. Pero lo cierto es que sé perfectamente lo que tengo que hacer.

Una cosa es hacerme la tonta con ellos, y otra muy distinta hacerlo conmigo misma.

Tengo que elegir a uno de ellos.

Lo que no sé es a quién.

Amor y Maine

O cómo retroceder en el tiempo.

Hará unos tres cuartos de hora que he cerrado la tienda. Hemos cuadrado la caja. Limpiado la zona de ventas. Tina se ha ido a casa y yo he terminado. Puedo meterme en el coche y marcharme. Pero estoy aquí parada, en plena oscuridad, pensando en Sam.

Me suena el teléfono. Cuando lo saco, veo que es Jesse. Y, de ese modo, Sam sale volando de mi cabeza, reemplazado por el hombre al que él mismo reemplazó.

—Hola —dice Jesse cuando respondo—. He pensado que podría recogerte en la tienda.

—¡Oh! —digo, sorprendida. Supuse que me reuniría con él en casa de mis padres, después de recoger mis cosas.

—¿Te parece bien?

—Claro. —Me encojo de hombros—. Sí. Está bien. Todavía sigo aquí.

—¡Ah, perfecto! Porque estoy justo en la entrada.

Empiezo a reírme mientras voy hacia la puerta principal.

—¿Lo dices en serio? —Pero no hace falta que me responda, porque en cuanto voy a la zona de ventas, le veo a través de los cristales de la puerta.

Distingo su silueta por las luces del aparcamiento. Su cuerpo, con una cazadora gruesa y unos pantalones holgados, llena mi campo de visión.

Quito los cerrojos y lo dejo entrar.

Me agarra, no solo con sus brazos, sino con todo su cuerpo, como si me necesitara por completo, como si no pudiera soportar estar otro minuto más separado de mí.

Y entonces me besa.

Si estar enamorada de ambos me hace una mala persona, entonces creo que lo soy.

—¿Así que... Maine? —inquiero con una sonrisa.

—Maine —confirma Jesse, asintiendo.

—Está bien. Deja que vaya a por mi bolso. De hecho, podemos salir ambos por allí. Tengo el coche en la parte de atrás.

—De acuerdo, pero vamos en el mío.

Le lanzo una mirada cargada de escepticismo. Jesse me hace un gesto con la mano.

—Venga. Recoge tus cosas. Te veo en el coche.

Voy a por el bolso al despacho, cierro la tienda y me meto en su coche... a pesar de que sé que no debería conducir.

A veces me preocupa que Jesse pueda llevarme al infierno y yo le siga alegremente, preguntándole tonterías como: «Hace un poco de calor, ¿no crees?» y creyéndole cuando me diga que no pasa nada.

—Tenemos que parar donde mis padres —le informo en cuanto estamos en la carretera—. Tengo que pillar algo de ropa.

—Por supuesto. Próxima parada: residencia de los Blair.

Cuando aparcamos en el camino de entrada, veo que las luces están apagadas, lo que significa que están en casa de Marie y Mike.

Jesse y yo nos dirigimos a casa de mis padres para recoger mis cosas y le advierto de que tendremos que ir a despedirnos de todo el mundo a casa de mi hermana.

—Muy bien —dice él mientras abro la puerta—. ¿Está muy lejos de aquí?

—No, la casa de Marie es esa —digo, señalando la vivienda.

Jesse se ríe.

—¡Vaya! —comenta. Veo cómo mira la distancia que hay entre la casa de mi hermana y la de mis padres—. La hija de los libreros ataca de nuevo.

Hace mucho tiempo que nadie la llama así. Ya no tiene sentido, por muchas razones.

Jesse se vuelve y me mira.

—Aunque supongo que tú eres más hija de los libreros de lo que imaginábamos, ¿no?

Sonrío, sin estar segura de si lo ha dicho como un cumplido o no.

—Puede que un poco —respondo.

En cuanto entramos a casa de mis padres, voy directa a las escaleras para subir a mi antigua habitación, pero cuando me doy la vuelta me doy cuenta de que Jesse sigue en la entrada, mirándolo todo fijamente.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

Sale de su trance y sacude la cabeza.

—Sí, sí. Lo siento. Te espero mientras vas a por tus cosas.

Metó mi ropa en la bolsa y recojo todo lo que dejé en el baño.

Cuando regreso abajo, Jesse vuelve a estar sumido en sus pensamientos.

—Es raro ver que algunas cosas siguen exactamente igual que antes.

—Supongo —digo, poniéndome a su lado.

—Es como si algunas cosas hubieran continuado sin mí y otras se hubieran detenido en el tiempo —explica mientras vamos hacia la puerta—. A ver, sé que no es así. Pero lo único que ha cambiado en esta casa es que hay

una televisión nueva. El resto está exactamente igual. Incluso ese cuadro tan raro del gato. Está en el mismo sitio.

Sam y yo elegimos a *Mozart* porque se parece al gato gris del cuadro que hay encima de los asientos favoritos de mis padres. De no ser por Sam, jamás me habría planteado tener un gato. Pero ahora adoro a los gatos. Hace unas semanas, Sam me mandó una imagen de un gato sentado encima de un sándwich de crema de cacahuete y me estuve riendo como un cuarto de hora seguido.

Meto mis cosas en el coche de Jesse y luego los dos vamos andando a casa de Marie.

—¿Seguro que estás listo para volver a ver a mi familia? —pregunto.

—Por supuesto —contesta con una sonrisa en los labios—. También son mi familia.

Llamo a la puerta de mi hermana y oigo el revuelo en el interior.

Y entonces Mike nos abre.

—Emma. —Me da un abrazo y luego se aparta para que podamos entrar—. Dos veces en el mismo día. ¡Qué honor! Jesse, ¡qué alegría verte de nuevo! —Le ofrece la mano.

Jesse se la estrecha.

—El placer es mío.

Jesse y Mike coincidieron en nuestras reuniones familiares, pero nunca tuvieron una razón para mantener más que la típica conversación. No estaban unidos, porque Marie y yo tampoco lo estábamos. Cuando lo pienso ahora, era como si fueran dos entrenadores de boxeo, con mi hermana y yo de luchadoras. Nos echaban agua en la boca y nos animaban a volver al cuadrilátero.

Entramos al salón y veo a Marie y a mis padres. Sophie y Ava ya se han ido a la cama. En el momento en que ven a Jesse, todos se levantan para saludarlo.

Mi padre le aprieta la mano con cariño y luego lo abraza.

—Hijo, no sabes cuánto me alegro de verte.

Jesse asiente. Se nota que está un poco abrumado.

Mi madre también lo abraza y luego se aparta un poco de él. Le aprieta los hombros y niega con la cabeza.

—Jamás he estado más feliz de ver a alguien.

Marie le da un abrazo amable y sincero, pillando a Jesse completamente desprevenido.

Observo a Jesse sonreír e intentar librarse de la situación cortésmente. Está incómodo, pero hace todo lo posible para ocultarlo.

—Solo queríamos pasar para despedirnos. Será mejor que salgamos ya.

—¿Adónde vais? —pregunta Marie. Pensaba que mi padre se lo habría contado, pero por lo visto no ha sido así. Me sorprende lo despacio que circulan los chismes por mi familia.

—Jesse y yo nos vamos a Maine unos días —comento como si fuera algo completamente natural. Como si no tuviera un prometido. Bueno, en realidad, puede que ya no lo tenga. Ya no sé ni lo que tengo.

—¡Ah, vale! —dice Marie, con el mismo tono que el mío—. Bueno, espero que os lo paséis bien. —Me mira un momento más de lo normal y con demasiada intensidad. El mensaje está claro. Quiere detalles cuanto antes. Sin duda porque se preocupa por mí, pero también, voy a suponer, porque la cosa se está poniendo de lo más interesante.

—Gracias. —La miro de reajo, asegurándome de que entienda que será la primera en saber lo que haya que saber.

Justo en ese momento, Sophie y Ava bajan las escaleras de la mano. Sophie lleva un pijama térmico verde y se nota que está desesperada por saber a qué viene tanto alboroto. Ava va con una parte superior y una inferior amarilla y naranja que no pegan, y parece que su hermana la ha arrastrado hasta allí en contra de su voluntad.

Cuando están a unos tres escalones de llegar al final se detienen. Ava se sienta y Sophie se pone la mano encima de los ojos a modo de visera y los entrecierra ligeramente.

—Hola —les dice Marie con dulzura—. Se supone que no teníais que estar despiertas.

Miro cómo Jesse observa a Marie hacer señas con las manos con cada palabra que dice.

Mi padre se pone de pie.

—Voy a meterlas en la cama —anuncia—. Me gustaría pasar un rato con mis nietas.

Jesse también se fija en mi padre haciendo la señal con las manos para «cama» y «nietas». Mi padre levanta a Ava en brazos, agarra a Sophie de la mano y desaparece por las escaleras.

—Muy bien —digo—. Nos vemos en unos días.

Jesse se despide de todos con una mano y yo le cojo la otra y lo llevo fuera. Pero en cuanto ponemos un pie en la calle, Jesse vuelve a quedarse ensimismado.

—¿Todo bien? —le pregunto.

Jesse vuelve a la realidad.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Por supuesto.

—¿En qué piensas?

Creo que me va a comentar algo sobre la lengua de signos o los implantes cocleares, pero no lo hace. Ni siquiera menciona el hecho de que tengan una discapacidad auditiva. Solo dice:

—No lo sé... Es solo... ¡Guau!

—¿Qué?

—Son mis sobrinas.

Me vuelve el apetito justo antes de llegar al límite de Massachusetts. Jesse y yo hemos ido a un restaurante de comida rápida y ahora estamos parados a un lado de la carretera.

Me estoy comiendo una hamburguesa con patatas fritas.

Jesse se ha pedido una hamburguesa con beicon y una Coca-Cola, pero no ha comido mucho.

—Creo que ya paramos aquí antes —señala.

—¿En este mismo lugar?

Asiente.

—Sí. Después del baile de fin de curso.

Me río. Me parece que ha pasado una eternidad desde el baile de fin de curso. Dijimos a nuestros padres que nos quedaríamos en casa de unos amigos, pero nos marchamos pronto y fuimos a la misma cabaña a la que nos dirigimos ahora. Olive y yo estuvimos en una tienda de Victoria's Secret la semana anterior. Estaba intentando encontrar un sujetador que se disimulara bien debajo de su vestido, pero yo me aventuré en la sección de ropa interior más adulta y me compré un tanga negro, que guardé para el baile. Era la primera vez que quería estar *sexy* para Jesse. Él ni siquiera se dio cuenta esa noche. Lo único que le importaba era que estuviéramos solos, sin que nadie nos oyera o nos detuviera.

—A veces, cuando pienso en el baile de fin de curso, me pregunto por qué ni Olive ni tú hicisteis nada para detenerme. ¿Recuerdas que me puse esos tatuajes temporales de mariposa por todo el cuerpo?

Se ríe.

—Sinceramente, me pusiste muy cachondo. Recuerda que tenía dieciocho años.

—No creo que te acuerdes de lo vulgar que me veía.

—Lo recuerdo como si fuera ayer —dice—. Eras la chica más *sexy* del baile.

Niego con la cabeza y me termino la hamburguesa. Después, hago una bola con el envoltorio y lo tiro a la bolsa.

—Un momento —le digo—. Creo que tengo una foto por aquí. Necesito que veas con tus propios ojos de lo que te estoy hablando. Que reconozcas que iba increíblemente horterera.

Jesse se ríe mientras yo me vuelvo y agarro la bolsa que he dejado en el asiento trasero. La pongo sobre mi regazo, me hago con el sobre que me traje de mi apartamento y busco la foto de la que le estoy hablando. Al principio no puedo encontrarla, pero sé que está ahí.

Dejo de nuevo la bolsa de viaje en el asiento trasero, extraigo todo el contenido del sobre y lo coloco sobre mi regazo.

—¡Vaya! —exclama Jesse—. ¿Qué es todo esto?

—Solo cosas tuyas, nuestras —respondo—. Cosas que guardé.

Jesse parece conmovido.

—¡Guau! —Es lo único que dice.

—Nunca me olvidé de ti. Jamás podría olvidarte.

Me mira durante un instante antes de volver a fijarse en mi regazo, en las fotos y papeles que guardé.

Creo que no es plenamente consciente de lo que le he dicho. En cambio, agarra una foto del montón.

—¿Es de la Nochevieja que pasamos en Ámsterdam? —inquire.

Hago un gesto de asentimiento.

Esa noche, besamos a otras personas a medianoche porque nos habíamos peleado. A las doce y siete de la madrugada, nos reconciliamos en el baño de un sórdido bar en el Barrio Rojo y lo hicimos sentada en el lavabo. La foto es un selfi que nos hicimos en mitad de la noche cuando estábamos sentados en un banco junto al río.

Jesse se hace con otra foto de nosotros en la cima de una montaña en Costa Rica y una foto de él en una playa en Sídney. Se nota que la foto la hice yo. Y al ver la sonrisa que luce en su cara, cualquiera puede darse cuenta de lo enamorado que estaba de mí.

—¡Dios! Míranos —dice.

—Lo sé.

—¿Te acuerdas de cuándo me hiciste esa foto? —pregunta, enseñándome la foto de él en la playa.

—Por supuesto.

—Fue el día que decidimos que nunca tendríamos un plan B y que siempre perseguiríamos nuestros sueños —señala él—. ¿Lo recuerdas? Íbamos a trabajar en empleos que nos permitieran ver mundo.

—Lo recuerdo.

Reviso unas cuantas fotos hasta que encuentro otro sobre. Está escrito de mi puño y letra y va dirigido a él. Es la carta que le escribí justo antes de mi primera cita con Sam. La aparto con disimulo y sigo revolviendo en el sobre.

Y entonces encuentro la dichosa foto. Nuestro baile de graduación. Yo y mis mariposas.

—Muy bien —digo—. Mira esta foto y dime la verdad.

Estamos frente a un ventanal de cristal enorme con vistas a Boston. Se pueden ver las luces de la ciudad al fondo. Jesse lleva un esmoquin barato con un adorno floral que le puse en la solapa en la parte delantera de mi casa bajo los atentos ojos de nuestros padres. Yo estoy a su lado, girada levemente hacia un lado, pero mirando a la cámara. Voy con un vestido rojo brillante, con demasiadas horquillas en el pelo y varios tatuajes descoloridos de mariposas esparcidos por la espalda.

Una víctima de la moda de principios de los 2000.

Jesse se ríe al instante.

—¡Oh, Dios mío! —comenta—. Parece que tienes una especie de dermatitis.

Yo también me pongo a reír.

—No, eran mariposas falsas.

—Recuerdo pensar que esas mariposas eran lo más excitante que jamás había visto.

—¡Oh! Y yo recuerdo ser la chica más guay del baile —digo—. Lo que demuestra que las cosas no siempre son como las recordamos.

Jesse me mira, intentando discernir qué he querido decir con eso. Decido ignorar el significado que ahora tiene.

—Pero tú... —continúo—. Tú diste en el clavo. Estabas guapísimo. Igual que ahora.

Jesse sonrío, se vuelve hacia el volante y se prepara para regresar a la carretera.

Recojo el resto de las cosas que había en el sobre e intento guardarlas de nuevo. Pero, como era de esperar, algunas se caen al suelo y otras se quedan atascadas en el borde, negándose a entrar.

Me agacho a por lo que se ha caído, incluido el anillo de rubí y lo vuelvo a poner en el sobre. Luego lo dejo de nuevo en el asiento trasero. Solo entonces me doy cuenta de que me he dejado un papel en el salpicadero.

Es un artículo del *Beacon*.

Sin noticias de Jesse Lerner, un hombre de la localidad desaparecido.

Al lado del titular, hay una vieja foto de él en el jardín de sus padres, saludando con una mano derecha intacta.

Todavía vivía en Los Ángeles cuando publicaron el artículo, pero recibí una copia poco después de volver a Massachusetts. Estuve a punto de tirarla. Aunque al final no pude. Era incapaz de deshacerme de nada que tuviera su foto, de cualquier cosa en la que apareciera su nombre. Me quedaba tan poco de él...

Tomo la hoja y la doblo por la mitad, tal y como se ha guardado en el sobre todos estos años.

Jesse me mira las manos mientras lo hago.

Sé que lo ha visto.

La dejo en el asiento trasero, junto con el sobre. Cuando vuelvo a mirar al frente, abro la boca para hablar con Jesse sobre ello, pero él aparta la mirada y enciende el motor.

No quiere hablar del asunto.

¿Es posible superar una pérdida? ¿O simplemente encuentras una caja en tu interior, lo suficientemente grande para contenerla? ¿Metes todo allí, cierras la tapa y te esfuerzas todos los días para que esa caja siga cerrada?

Pensé que si contenía mi dolor con todas mis fuerzas, conseguiría que la caja permaneciera cerrada el tiempo suficiente hasta que este se evaporara por sí solo, que si algún día abría la caja, me la encontraría vacía de todo el sufrimiento que padecí cuando se marchó.

Pero ahora mismo estoy sentada en este coche y empiezo a pensar que la caja ha estado llena durante los tres últimos años y medio. Y estoy segura de que la tapa está a punto de abrirse y tengo miedo de lo que pueda encontrarme dentro.

Al fin y al cabo, Jesse también tiene una caja en su interior.

Y la suya está muchísimo más llena que la mía.

La cabaña de la familia de Jesse.

Nunca pensé que volvería a este lugar.

Pero aquí estoy.

Son las dos de la mañana. Las carreteras para llegar aquí estaban tan vacías, que parece que estamos entrando en un pueblo fantasma.

La cabaña, una casa con una forma extraña que se parece más a un chalé grande, es pintoresca y acogedora, revestida de madera, con grandes ventanas y una terraza que se extiende alrededor de toda la fachada. Da la sensación de que empezó siendo una casita pequeña a la que luego se le han ido añadiendo un sinfín de ampliaciones.

No hay ni una luz encendida en la propiedad, así que Jesse no apaga los faros del coche mientras sacamos nuestro equipaje.

Agarro mi bolsa del viaje y Jesse coge algunas cosas del maletero. Después, nos dirigimos a la puerta de entrada.

—¿Tienes frío? —pregunta mientras busca la llave—. Encenderé la chimenea en cuanto entremos.

—Buena idea.

La llave gira y la cerradura hace un *clic*, pero la puerta se atasca un poco y Jesse tiene que empujarla con el hombro para abrirla.

Cuando por fin lo consigue, lo primero que percibo es el familiar olor a madera.

Jesse entra, enciende todas las luces y la calefacción antes de que me dé tiempo a dejar mis cosas.

—Ponte cómoda, voy a apagar las luces del coche.

Asiento y me froto las manos, intentando entrar en calor. Echo un vistazo a mi alrededor, a la chimenea de piedra, a los muebles, a las mantas de lana que cubren casi todos los sillones. La barra está llena de botellas de licor medio vacías. Las escaleras de madera son tan viejas que crujen con solo mirarlas.

No hay ni una sola cosa en este lugar que me sorprenda, nada que no recuerde, salvo que soy una persona completamente diferente a la última vez que estuve aquí.

Ahora entiendo un poco cómo ha debido de sentirse Jesse al regresar a casa. Y también la reacción que tuvo en casa de mis padres; lo raro que es que algunas cosas no cambien nada, y otras tanto.

Jesse vuelve y cierra la puerta.

—Hará más calor aquí dentro de unos minutos —comenta—. Aunque no hace falta decir que hace años que no me paso por aquí.

—La última vez que estuvimos fue en...

—Nuestra boda —termina él por mí.

Sonrío al recordarlo. Él también. Después de la fiesta, pasamos la noche en el hostel, así que la última vez que pisamos este lugar fue cuando hicimos el amor (él con esmoquin y yo con mi vestido de novia) en la encimera de la cocina que tengo justo a mi izquierda. En ese momento me pareció de lo más romántico. Ahora, me da un poco de vergüenza que tuviéramos sexo en la cocina. ¡Ahí es donde la gente prepara la comida! ¿En qué estábamos pensando?

—¿Cómo va ese fuego? —pregunto.

—¡Me pongo a ello! —Jesse se acerca a la chimenea. Está vacía, llena de polvo y con una pila de viejos troncos al lado.

Veo cómo se mueve. Cómo elige los troncos. Cómo los coloca dentro del hogar. Cómo enciende una cerilla.

—¿Estás cansada? —me pregunta—. ¿Quieres irte a la cama?

—No —respondo, negando con la cabeza—. Por extraño que parezca, no tengo sueño. ¿Y tú?

Hace un gesto con la mano.

—No voy precisamente con la zona estándar del este.

—Cierto —digo.

Jesse va hacia la barra.

—¿Te apetece una copa de vino?

—¿Tienes ginebra?

—¡Oh, vaya! —dice—. Ginebra entonces.

Me sirve un vaso de Hendrick's y otro para él. Me siento y pillo la manta que cuelga del respaldo del sofá.

Jesse se agacha detrás de la barra y saca una bandeja de hielo del congelador. Después golpea con fuerza la cubitera sobre la encimera para que caigan los cubitos.

—Puede que hayan pasado meses, incluso años, desde que alguien se sirvió una copa en esta casa —explica Jesse—. Este hielo no es muy reciente que digamos.

Me río.

—No pasa nada. En serio.

Me trae el vaso y deja el suyo al lado. Se acerca a la chimenea y mueve la madera con el atizador. El fuego empieza a crepitar en un suave sonido. Me enderezo y agarro el vaso. Hago un gesto a Jesse para que tome el suyo.

—Por ti —le digo.

—Por nosotros.

Sonrío y brindamos. Me bebo un cuarto del vaso. Jesse intenta hacer lo mismo y hace una mueca.

—Lo siento. —Sacude la cabeza—. Hace mucho tiempo que no bebo alcohol.

—No te preocupes. —Me bebo el resto del contenido del vaso—. Haré que te pongas al día.

En poco tiempo, el fuego calienta toda la estancia. Nuestra conversación, a veces un poco forzada, se vuelve más divertida y locuaz a medida que el alcohol fluye por nuestras venas. Enseguida estamos recordando lo mala que estaba nuestra tarta de boda y me he tomado tres vasos de ginebra.

Jesse está recostado al final del sofá, con los pies sobre la mesa baja. Yo estoy en el otro extremo, sentada encima de mis pies. Voy descalza y mi suéter está en el suelo.

—Y dime, ¿qué sellos has añadido a tu pasaporte? —quiere saber.

Siento decepcionarlo.

—Pues en realidad ninguno. No desde que te fuiste.

Se queda completamente sorprendido.

—¿No has viajado ni siquiera al sur de Italia? Ibas a escribir ese artículo sobre Apulia.

—Lo sé —repongo—. Es solo que, ya sabes, mi vida tomó otra dirección.

Nos quedamos callados un minuto y luego Jesse acerca el torso hacia mí.

—Siento haber aceptado ese trabajo —confiesa—. Siento haberte dejado. No sé en qué estaba pensando. Irme el día antes de nuestro aniversario.

—No pasa nada. —Me gustaría añadir: «Y yo siento haberme comprometido con otro», pero no soy capaz de decirlo. Esa disculpa solo centraría la atención en mi parte más vulnerable e insegura, como una adolescente yendo en bikini a una fiesta.

—¿Tienes idea de lo que es pasarte todos los días deseando estar con alguien y por fin estar sentado al lado de ese alguien? —pregunta.

—Últimamente, parece que es en lo único en lo que puedo pensar. Todavía me cuesta creer que todo esto sea real. Que estés aquí.

—Lo sé. Me pasa lo mismo —dice él. Me agarra la mano—. Te has cortado el pelo.

Me llevo la mano a la nuca, donde termina mi pelo. Lo hago como si me diera vergüenza llevar un corte tan atrevido. Y hay algo en ese gesto que hago que me molesta. Es como si no fuera yo misma del todo, como si estuviera interpretando un papel.

—Sí. —Me doy cuenta de que mi voz ha sonado un poco acerada. Suavizo el tono—. Hace unos años.

—Y ahora eres más rubia. Nunca lo llevaste así.

—Lo sé. Pero me gusta.

—Casi no te reconocí —comenta—. En el aeródromo.

—Yo te reconocí en cuanto te vi salir del avión.

—Estás tan distinta... —dice, acercándose más—. Pero también eres la única persona con la que he soñado todos estos años. Y ahora te tengo justo delante de mí. —Me toca la cara con la mano y me mira a los ojos. Y después se inclina hacia mí y presiona los labios contra los míos. Mi cabeza cede el control a mi corazón y me rindo a él.

Jesse se aparta un poco.

—Creo que deberíamos dormir juntos. —Me mira directamente a los ojos, sin ningún atisbo de timidez.

Esto cambiará las cosas entre Sam y yo para siempre.

Pero también sé que estamos hablando de algo inevitable. Me acostaré con él, ya sea esta noche, o mañana, o en dos semanas. Va a suceder.

Quiero saber qué siento al estar con Jesse ahora; un deseo que solo se intensifica por los recuerdos de lo que teníamos cuando estábamos juntos.

Conozco las consecuencias. Lo que esto podría costarme.

Pero voy a hacerlo de todos modos.

—Sí, yo también lo creo.

Jesse sonríe y después termina riéndose abiertamente.

—¿Entonces qué coño estamos haciendo aquí abajo? —Se pone de pie y me ofrece la mano, como todo un caballero.

Me río y se la agarro. Pero en cuanto pongo los pies en el suelo, Jesse me alza en brazos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo hiciste en una cama individual? —pregunta.

Sé que está de broma. Y también tengo claro que es mejor no responder. Pero empiezo a preguntarme si no es una mala señal tener que andarme con cuidado a la hora de decir la verdad.

Jesse nos saca del salón y se dirige a las escaleras.

—¡Oh, Dios mío! —grito, asombrada de la facilidad con la que puede moverse por la casa cargando conmigo en brazos—. ¡Me vas a tirar!

No me escucha. En vez de eso, sube las escaleras de dos en dos. Después, abre la puerta de la habitación que solía ser suya, me arroja en la cama y se tumba encima de mí.

Nada hace que me sienta más en casa que esto, que estar debajo de él, que notar sus labios sobre los míos, sus manos acariciando mi cuerpo.

Me desabrocha la camisa y me la abre de par en par.

Mi cuerpo ha cambiado desde su desaparición, un proceso natural del paso del tiempo. Pero no me siento tímida o avergonzada. Todo lo contrario, estoy llena de energía. Como si quisiera desnudarme todo lo que pueda, lo más rápido posible; como si quisiera mostrarme por completo.

Veo que se quita la camisa, cómo alza los brazos y se la saca por la cabeza. Me sorprende ver que está más delgado de lo que me imaginaba y que tiene una maraña de cicatrices que le recorre la mitad izquierda del torso. Parecen como rayos entrelazados. Lleva grabado en el cuerpo todo el sufrimiento y las dificultades que tuvo que atravesar en su periplo.

—Te he echado de menos todos estos años —dice mientras me acaricia la clavícula con la nariz—. He echado de menos tu cara, tu voz, tu risa.

Estoy caliente, me arde la cara. El contacto de sus manos sobre mi piel es mucho mejor de lo que recordaba. Su cuerpo encaja en el mío a la perfección, como si hubiéramos sido creados para ser la mitad del otro.

Me abre el botón de los pantalones con un giro de muñeca.

—Pero lo que más he echado de menos ha sido sentirte. —Me quita los vaqueros, al principio con un poco de esfuerzo, y luego los lanza por la habitación. Se deshace de los suyos sin mediar palabra. Se vuelve a tumbar sobre mí.

—La forma en que tus manos me acarician la espalda —murmura—. Y cómo me rodeas con las piernas.

Me muevo un poco, invitándolo a continuar.

Y entonces me pierdo en él.

Ya solo soy la Emma que se enamoró de Jesse Lerner, la Emma que fui durante gran parte de mi vida.

Y cuando nos movemos juntos, respiramos juntos y jadeamos juntos, le oigo suspirar:

—Emma.

Y yo le respondo, también en un susurro:

—Jesse.



Estamos tumbados en la cama.

Desnudos.

Enredados entre las sábanas, cubiertos de sudor.

Estamos acostados en los brazos del otro y me acuerdo de todas las otras veces que hemos estado así, recuperando el aliento con las extremidades entrelazadas. Aprendimos a hacer esto juntos, a explorarnos mutuamente. Nos amamos y deseamos cuando éramos unos inexpertos en el sexo y fuimos mejorando, en un tándem perfecto.

Ahora se nos da de fábula. Lo mejor que hemos sido. Aunque hayamos terminado, me coloco encima de Jesse y volvemos a empezar.

Él me responde de inmediato, frotándose contra mí y gimiendo.

Tiene el aliento más fuerte. Su pelo huele a sudor. Es mi versión favorita de él.

—Otra vez —dice. No es ni una pregunta ni una orden. Solo un hecho, una observación. Lo haremos de nuevo. Tenemos que volver a sentirnos de cerca. Allá vamos.

Y esta vez, la pasión ya no es como una casa ardiendo hasta los cimientos, sino como un llama ardiente, constante, caliente y cálida.

Ninguno de los dos tiene prisa. No podríamos tenerla aunque quisiéramos.

Más que nada, disfruto de la sensación de su piel contra la mía, del breve roce de nuestros pechos antes de que se alejen.

Ahora mismo, en este preciso instante, me sorprende haber podido mantener relaciones sexuales con alguien más. Que el mundo no hiciera... no hizo nada para detenerme. Antes de perderlo, el sexo siempre me pareció algo que inventamos juntos. Ahora que ha vuelto, que está aquí conmigo, me pregunto cómo pude volverme tan loca como para pensar que esto podía ser tan bueno con cualquier otra persona.

Lo que siento, lo que estamos haciendo, está enviando señales por todo mi cuerpo, como un chute de cafeína, un subidón de azúcar, el ardor de un trago de alcohol. Siento cómo mi cerebro se *resetea*.

Esto es lo que quiero.

Esto es lo que siempre he querido.

Esto es lo que siempre querré.

Nos dormimos sobre las seis de la mañana, justo cuando el sol empieza a despertar al resto del mundo.

Me despierto con el crujido de la puerta principal y el sonido de unos pasos en la planta inferior. Abro mis ojos resacosos y me doy cuenta de que no hay nadie en la cama a mi lado.

Salgo despacio de entre las sábanas, busco mi ropa interior y me la pongo, junto con la camisa que Jesse llevaba ayer. Cuando bajo las escaleras me llega el olor a café.

—¡Y aquí estás! —dice Jesse desde la cocina. Se acerca, me abraza y me levanta. Lo rodeo con las piernas y lo beso. Sabe a menta, lo que me recuerda el mal aliento que suelo tener por la mañana. Miro el reloj del microondas. Son casi las dos de la tarde. Entonces lo más adecuado es hablar de mi aliento vespertino.

No he dormido tanto desde que estábamos en la universidad. Anoche no estaba borracha, pero desde que tengo más o menos veintinueve años, no consigo deshacerme de los efectos del alcohol con la misma facilidad que antes.

Me aparto un poco de Jesse y él me deja en el suelo.

—Será mejor que me lave los dientes —digo.

—Tú también lo has notado, ¿verdad? —bromea él.

—¡Oye!

Le golpeo ligeramente en el torso, y de pronto me pregunto si le habré dado en alguna de las cicatrices que recorren su cuerpo. ¿Le duelen? ¿Le habré hecho daño? Me gustaría saber cómo se las hizo. Cómo se le han quedado los dientes después de esos años sin recibir ningún tipo de cuidado, si ha sufrido alguna carencia de vitaminas. Y, por supuesto, también está el asunto del dedo.

Aunque sé que no puedo preguntarle al respecto. Le hice una promesa.

Pero en algún momento tendrá que hablar. Si no es conmigo, con alguien más. Soy consciente de que está fingiendo estar bien, pero nadie puede salir indemne de una experiencia como esa. Y no puede fingir para siempre.

—Te estoy tomando el pelo —dice con dulzura—. Llevo años esperando oler tu aliento matutino. Ansiando todo sobre ti; tu aliento, los pelos sueltos por toda la casa... Me encanta todo eso.

Cuando desapareció, guardé el cepillo con el que se peinaba durante meses. No quería tirar nada que tuviera algo que ver con él.

—Te quiero, Emma. Quiero estar contigo el resto de mi vida.

—Yo también te quiero —respondo.

Jesse sonrío. Las tostadas saltan en la tostadora con un chasquido y un pitido.

—Muy bien —anuncia Jesse—. Café, zumo de naranja, tostadas y mermelada y también he conseguido beicon para hacer en el microondas. Si te soy sincero, estoy un poco anonadado. ¿Beicon para microondas? ¿Me he vuelto loco o eso no existía hace unos años?

Me río mientras voy a la cocina.

—Sí, creo que salió hace poco.

—Eso pensaba. Bueno, siéntate cerca de la encimera y te preparo un plato.

—¡Vaya! —comento impresionada.

Me siento y lo veo moverse alrededor de la pequeña cocina, como si su vida dependiera de ello. Sirve dos vasos de zumo de naranja. Extrae las tostadas de la tostadora. Saca la mermelada de fresa y busca un cuchillo. Y luego abre el beicon y lo pone en un plato en el microondas.

—¿Estás preparada para esto? Por lo visto, se va a transformar en un beicon supercrujiente en cuestión de segundos.

—Estoy lista. Sorpréndeme.

Se ríe y toma dos tazas. Vierte café en ellas y me ofrece una. Le doy un sorbo justo cuando el microondas suena.

Jesse sigue moviéndose por la cocina y, antes de darme cuenta, lo tengo junto a mí, dejando dos platos llenos de comida en la encimera, con el beicon crujiente incluido.

Se sienta a mi lado y pone la mano sobre mi pierna desnuda. Hubo una época en que no tenía claro dónde terminaba yo y dónde empezaba Jesse. Estábamos tan interconectados, tan unidos en dos cuerpos, que mis terminaciones nerviosas apenas se percataban cuando me tocaba.

Ahora es distinto.

En vez de eso, mi piel se calienta bajo su contacto. Mueve la mano un poco más arriba de mi muslo y yo me excito aún más. Y luego deja de tocarme para comerse la tostada.

—Desayuno para comer —señalo—. Adorable.

—¿Qué puedo decir? Soy un tipo adorable. Además, cuando he salido, también te he comprado un paquete de doce latas de Coca-Cola *light* porque conozco a Emma Lerner, y Emma Lerner necesita un suministro constante de Coca-Cola *light* en casa.

Ya no soy Emma Lerner, y he dejado de beber Coca-Cola *light*. Y como no sé si debería decir algo al respecto, prefiero no hacerlo.

—¿Qué más has comprado? —pregunto.

—No mucho más. Pensé que podíamos salir a cenar por la zona.

—¡Oh, estupendo! Me parece una idea fantástica.

—Estaba pensando en ti, en mí, en una botella de vino, puede que una langosta. —Lo miro sorprendida—. Estamos en Maine —añade.

—No sabía que comías marisco —digo. Pero en el instante en que las palabras salen de mi boca, me doy cuenta de la estupidez que acabo de soltar.

—No te preocupes. La langosta está bien.

—Entonces, perfecto. Que sean langostas de Maine y vino. ¿Y qué tenemos planeado para esta tarde?

—Lo que quieras —responde Jesse, terminándose lo que le queda de la tostada. Me da el resto de su beicon, que acepto encantada. Comería más de lo que hay en mi plato.

—¿Lo que quiera? —inquiero.

—Sí.

Hace mucho tiempo que no tengo un día libre completo para hacer lo que quiero.

—¿Qué te parece si vamos al faro?

Jesse asiente.

—Buena idea. A ver, hace mucho frío ahí fuera, pero si podemos aguantarlo...

Me río.

—Iremos abrigados —le aseguro—. Será genial.

—Me apunto. ¡Vamos!

Le agarro de la mano y lo conduzco a la planta de arriba. Me pongo unos pantalones gruesos y un suéter. Cojo mi abrigo y una bufanda. Jesse ya lleva unos vaqueros y una camisa, pero insisto en que se ponga algo que le proteja más. Reviso en los armarios en busca de alguna sudadera vieja. Encuentro un jersey en el fondo del armario del dormitorio principal. Es de color crema y verde oscuro con un reno. Es obvio que es de su padre.

—Toma —le digo, pasándoselo.

Lo agarra, me mira y se lo lleva a la nariz.

—Esto huele a naftalina y a bicho muerto. Y no estoy de coña.

Vuelvo a reírme.

—¡Póntelo! De lo contrario, tendrás que ir con chaqueta y una camiseta.

Se lo mete a regañadientes por la cabeza y se lo baja por el pecho. Cuando termina, da una palmada con las manos.

—¡Al faro!

Salimos por el porche delantero, envueltos en nuestros abrigos, bufandas y botas. Hace más frío de lo que esperaba. El aire me azota las orejas. Lo siento perfectamente en las zonas que no llevo tapadas entre la bufanda y mi cuello. Es una de las pocas cosas que hacen que eche de menos el pelo largo. En verano te sientes fresca y ligera, pero en momentos como estos, estás completamente expuesta.

—¿En marcha? —pregunta él.

—Adelante.

Jesse y yo hablamos sobre su familia. Sobre la universidad y el instituto, sobre los meses que estuvimos en Europa, nuestra luna de miel en la India. Me siento como mi antigua yo cuando estoy con él. La versión más despreocupada de mí que murió cuando creí que lo había perdido. Pero os mentiría si os digo que estoy tan fascinada por nuestra conversación que me he olvidado del frío. Es imposible olvidarse del frío.

Vemos el vaho de nuestras respiraciones en el aire. Podemos sentirlo en nuestros huesos. Se nos resecan los labios, las mejillas se nos ponen rojas y encorvamos los hombros contra el cuello.

Vamos muy juntos, para calentarnos mutuamente. Metemos las manos en el bolsillo del abrigo de Jesse. Encontramos un lugar donde da el sol y nos detenemos un rato allí, dejando que el tenue calor nos invada.

—Ven aquí —me pide Jesse, aunque ya estoy junto a él. Me acerca todavía más a su pecho. Me frota la espalda, los hombros y los brazos, intentando que entre en calor.

Me doy cuenta de que el recuerdo que tenía de él era un pobre sustituto de la realidad.

Dicen que cuando recuerdas algo, de lo que realmente te acuerdas es del recuerdo más reciente. Y que cada vez que recuerdas un momento, lo cambias, aunque solo sea de forma sutil, añadiendo nueva información, sensaciones nuevas. Estos últimos años sin él, mis recuerdos de Jesse solo han sido copias, de copias, de copias. Sin quererlo, he resaltado las partes de él que más me llamaban la atención y he dejado que el resto se desvaneciera.

En la copia de una copia, lo que destaqué fue lo mucho que lo quería, pero se desvaneció cuánto me amaba él.

Pero ahora lo recuerdo, lo que se siente al ser la receptora de todo ese amor, de esa dedicación.

Me pregunto qué fue lo que él destacaba cuando se acordaba de mí y qué fue lo que se quedó atrás.

—Muy bien —dice Jesse—. No podemos quedarnos aquí, bajo el sol, para siempre. Creo que deberíamos ir corriendo al faro, para no morir helados.

—De acuerdo. Tienes razón.

—A la de tres.

—Uno... Dos...

—¡Tres!

Sale disparado como un guepardo. Muevo las piernas tan rápido como puedo para mantener el ritmo.

Mientras corro, el viento me golpea en la cara con más fuerza, pero enseguida empiezo a notar el calor en el pecho, en los brazos y en las piernas.

Jesse mira hacia atrás para ver si le sigo mientras corremos. Y luego nos acercamos a la curva.

Todavía queda un buen tramo, pero ya podemos ver a lo lejos el faro y el océano. El blanco de la torre contra el gris azulado del agua ofrece un contraste maravilloso, como el día que nos casamos aquí. Cuando todavía creía que el amor era sencillo, que el matrimonio era para siempre y que el mundo era un lugar seguro.

¿Podemos empezar de nuevo, desde este mismo punto?

—Una carrera hasta la valla —le digo, aunque sé que no tengo ninguna posibilidad de ganar.

Jesse llega a la valla primero y se da la vuelta para reclamar su victoria. Yo reduzco la velocidad, asumiendo la derrota, y camino hacia él.

El aire frío penetra en mis pulmones como un cuchillo. Inhalo más despacio, trato de que mi cuerpo se calme. Tengo una fina capa de sudor en la piel, pero se enfría y desaparece en un instante.

—Ganaste —digo cuando me paro a su lado. Apoyo la cabeza en su hombro. Él me rodea con un brazo.

Nos quedamos junto al faro, recuperando el aliento, mirando al océano rocoso. Eso es lo que tiene Maine. Las olas rompen en las rocas más que en la arena, en la zona de los acantilados más que en las playas.

No me puedo imaginar vivir durante años entre rocas y arena, usando un bote salvavidas para protegerme del sol. Es imposible que Jesse haya salido tan indemne de eso como aparenta.

Quiero creerle. En serio, deseo con todas mis fuerzas que se encuentra así de bien. Pero tengo que dejar que supere esto a su propio ritmo, ¿verdad?

Es tan agradable pensar que las cosas pueden ser tan bonitas como antes...

—Ese fue el día más feliz de mi vida —confiesa Jesse—. En este mismo lugar, casándome contigo delante de todo el mundo.

—El mío también.

Jesse me mira y sonrío.

—Se ve que tienes tanto frío que vas a ponerte a tiritar de un momento a otro.

—Sí, me estoy helando —reconozco—. ¿Podemos volver a la cabaña?

Jesse asiente.

—Dentro de sesenta segundos.

—De acuerdo —digo—. Sesenta. Cincuenta y nueve. Cincuenta y ocho...

Pero luego dejo de contar y me limito a disfrutar de la vista y la compañía; una vista que nunca pensé que volvería a ver con el hombre que creí haber perdido.

Velas en la mesa. Pinot gris en los vasos. Pan caliente que he ido desmenuzando sobre el mantel *beige*.

Y una langosta muy pequeña, y muy cara, en la mesa. Porque diciembre no es precisamente la temporada alta del producto.

—¿Qué estamos haciendo? —me pregunta Jesse. Lo tengo sentado enfrente. Lleva una camisa larga y unos chinos grises. Yo, un suéter rojo y unos vaqueros negros. Ninguno de los dos va vestido como corresponde a un lugar como este. Hasta el *maître* ha vacilado a la hora de ofrecernos una mesa.

—No lo sé. Parecía una buena idea, pero empiezo a pensar que...

Jesse se levanta de la silla y deja la servilleta sobre la mesa.

—Vamos —me dice.

—¿Ahora? —También me pongo de pie.

Veo cómo se saca unos cuantos billetes del bolsillo y deja una cantidad razonable debajo de su copa de vino. No tiene tarjeta de crédito, ni cuenta bancaria, ni ningún documento de identidad. Seguro que Francine le dio ese dinero y le aseguró que ella se haría cargo de todo lo que necesitara.

—Sí —afirma Jesse—. La vida es demasiado corta como para pasársela en algún restaurante, bebiendo un vino que nos da igual y comiendo una langosta que no nos gusta.

Tiene roda la razón.

Vamos corriendo hacia el coche. Me apresuro a ocupar el asiento del copiloto y cierro la puerta a toda prisa. Me froto las manos. Muevo los pies. Pero nada de eso consigue que entre en calor.

—¡Aquí el viento es horrible! —dice Jesse mientras enciende el motor. Me he ofrecido a conducir todas las veces que he ido en el coche con él, pero me ha ignorado en cada ocasión.

—Todavía tengo hambre —le informo.

—Y la noche es joven.

—¿Qué te parece si nos pasamos por ese italiano y pillamos alguna ensalada o bocadillos para llevar?

Jesse asiente y sale del aparcamiento.

—Me parece perfecto.

Las carreteras son oscuras y sinuosas y, por la forma en que se balancean los árboles, se nota que el viento sigue arreciando. Jesse se detiene despacio

en el aparcamiento improvisado del restaurante y apaga el motor, aunque deja la calefacción puesta.

—Quédate —dice—. Vuelvo enseguida. —Sale del coche antes de que me dé tiempo a responder.

En la silenciosa oscuridad del vehículo, tengo un momento a solas y lo aprovecho para revisar el teléfono.

Correos electrónicos del trabajo. Cupones. Mensajes de Marie y Olive preguntando cómo estoy. Abro algunos de los correos y me sorprendo al leer uno que me ha mandado Tina:

Queridos Colin, Ashley y Emma:

Os escribo con todo el dolor de mi corazón para deciros que tengo que renunciar a mi puesto de trabajo. Mi marido y yo hemos decidido vender nuestra casa y comprarnos un apartamento en las afueras de Central Square.

Por desgracia, eso significa que tengo que dejar Blair Books. Por supuesto, puedo cumplir con el preaviso de dos semanas.

Muchas gracias por darme la oportunidad de trabajar en vuestra maravillosa librería. Ha significado mucho para mí.

Con cariño,
Tina

Hemos tenido encargados antes que ella, y siempre he sabido que vendrían otros después. Pero me cuesta imaginar que la transición vaya a ser fácil cuando se vaya. Mis padres tienen pensado jubilarse del todo en los próximos meses y eso significa que, en un futuro, todo el peso de la librería caerá sobre mis espaldas (y solo sobre mis espaldas). Cualquiera otro día, sabría cómo poner esto en perspectiva, pero ahora mismo, lo único que puedo hacer es ignorarlo. Archivo el correo y paso al siguiente mensaje que tengo en la bandeja de entrada. Enseguida me doy cuenta de que es del lugar donde vamos a celebrar la boda.

Querida señorita Blair:

Nuestros registros indican que ha preguntado sobre la cuota de cancelación de su evento programado para el 19 de octubre del año que viene. Como ya hablamos en nuestras conversaciones previas, nos reservamos el derecho de quedarnos con todo el depósito que entregaron por adelantado.

No obstante, como también discutimos en su momento, ese fin de semana está muy solicitado. Y teniendo en cuenta que varias parejas han mostrado su interés por reservar en la misma fecha, el propietario ha acordado devolverle la mitad del depósito si confirma su cancelación antes de final de mes.

Espero que esto responda a su pregunta.

Un saludo,
Dawn

No he contactado con Dawn, lo que significa que solo hay una explicación.

Sam está dispuesto a dejarme ir. Estoy a punto de perderlo de verdad.

No es así como se suponía que tenía que ir mi vida. Mi bandeja de entrada no debería tener este tipo de mensajes.

Debería estar llena de mensajes románticos, imágenes de gatitos y correos de proveedores de *catering* e invitaciones de boda.

No correos de Carriage House diciéndome que mi prometido está a unos pocos *clics* de cancelar nuestra boda, que puedo perderlo, perder a un hombre maravilloso porque estoy confundida, porque mi corazón tiene un conflicto interno.

¿Qué estoy haciendo aquí en Maine?

¿Acaso he perdido tanto la cabeza?

De pronto me siento abrumada por el deseo de sentarme frente al volante y conducir directamente a casa, con Sam, en este mismo instante. Pero si lo hiciera, si volviera con Sam ahora mismo, ¿podría decir con total sinceridad que no pensaría nunca más en Jesse?

Si vuelvo a casa con Sam tiene que ser porque estoy convencida de que jamás lo dejaré. Le debo eso. En realidad le debo todo. Pero tomármelo en serio y no jugar con él es lo menos que puedo hacer. Y soy consciente de que, incluso eso, podría no ser suficiente.

Porque al quererlos a los dos, ya no estoy segura de nada. Y esa inseguridad podría llevarme a perderlos a ambos.

El amor romántico es bonito en las circunstancias adecuadas. Pero esta situación es muy concreta y rara, ¿verdad?

Es raro que quieras a la persona que te quiere, que *solo* quieras a la persona que *solo* te quiere a ti. De lo contrario, alguno termina con el corazón roto.

Supongo que por eso el amor verdadero es una idea que atrae tanto. Cuesta encontrarlo y mantenerlo, como todas las cosas hermosas. Como el oro, el azafrán o la aurora boreal.

—Los chicos de ahí dentro me han dicho que esta noche va a nevar —informa Jesse cuando regresa al coche. Viene con una *pizza* en la mano—. He pedido una *pizza* de *pepperoni* y piña, tu favorita. —Deja la caja en mi regazo.

Finjo una sonrisa de sorpresa. No puedo comer queso.

—¡Genial! —exclamo.

Y luego volvemos a la cabaña por las mismas carreteras que empiezan a estar nevadas. Jesse conduce con confianza, como un hombre que conoce el

camino.

Pero los caminos son sinuosos y aparecen curvas donde menos te lo esperas. Me agarro al tirador que tengo encima de la cabeza no una, sino dos veces.

—¿Puedes ir un poco más despacio? —le pido la segunda vez.

Me fijo en el velocímetro. Va a ochenta kilómetros por hora en una zona en la que debería ir a sesenta.

—No te preocupes —dice—. Lo tengo controlado. —Y entonces me mira un instante y sonrío—. Disfruta un poco de la vida.

Me relajo aunque sigamos yendo igual de rápido. De hecho, me siento tan a gusto dentro del coche que me sobresalto cuando oigo el sonido de una sirena de policía, ordenándonos que paremos.

Jesse detiene el coche poco a poco, pero sin dudarlo. Se me empieza a acelerar el corazón.

Está conduciendo sin carné.

Sin ningún tipo de documentación.

Nada de nada.

—Jesse... —digo en una especie de susurro de pánico y jadeo entrecortado.

—No va a pasar nada —me asegura. Siempre ha sido una persona muy segura de sí misma. De los que piensan que todo va a salir bien.

Pero se equivoca, ¿verdad? No siempre todo sale bien. Hay veces que pasan cosas terribles. Sucesos horribles. Y uno tiene que hacer todo lo que puede para evitarlas.

Un hombre de mediana edad vestido de uniforme se acerca a la ventana de Jesse y se inclina.

—Buenas noches, señor —dice.

Lleva un corte de pelo tradicional y adopta una postura estoica. Es bajo, con la cara bien afeitada y rasgos duros. Su pelo, incluidas las cejas, está empezando a ponerse gris.

—Buenas noches, agente —le saluda Jesse—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tiene que ser más precavido a la hora de tomar esas curvas, hijo —le explica el oficial.

—Sí, señor.

—Entrégume su documentación y los papeles del coche.

Esta es mi pesadilla hecha realidad.

Jesse apenas muestra un atisbo de vacilación. Se acerca a la guantera, saca unos cuantos papeles y se los entrega al policía.

—Se aproxima una tormenta. No puede conducir como si estuviéramos en pleno junio —señala el policía mientras acepta los documentos y les echa un vistazo.

—Entendido.

—¿Y su documentación? —El agente mira a Jesse directamente. Yo aparto la mirada. No puedo soportarlo.

—No tengo —responde Jesse.

—¿Disculpe?

—No tengo documentación, señor —aclara Jesse. Esta vez noto en su voz que está luchando por mantener la compostura.

—¿A qué se refiere con que no tiene?

Consigo salir de mi estupor. Mis brazos se mueven por voluntad propia y agarran el sobre que dejé en el coche cuando vinimos aquí.

—Oficial, ha estado desaparecido en el mar y acaba de regresar.

El oficial me mira anonadado. No porque me crea, sino porque le parece inverosímil que alguien se haya inventado una historia tan descabellada.

—Ella dice... —Jesse intenta explicarse, ¿pero qué le va a decir?—. Le estoy diciendo la verdad.

—Se lo puedo demostrar. —Hurgo en el sobre y saco el artículo de hace años en el que se habla de la desaparición de Jesse. Su foto está justo ahí, en medio del recorte. Se lo entrego al policía.

Ni siquiera sé por qué se toma la molestia de comprobarlo, pero lo hace. Mira la foto y luego a Jesse. Me doy cuenta de que, aunque no está convencido del todo, tampoco está seguro de que le esté mintiendo.

—Señor... —empieza Jesse, pero el policía le interrumpe.

—Déjeme leer esto.

Así que esperamos.

El policía revisa el artículo. Veo cómo mueve los ojos de izquierda a derecha. Mira la foto una vez más, y después a Jesse.

—Digamos que les creo —indica el agente.

—Ha vuelto hace un par de días —le explico—. Está esperando a que le entreguen un nuevo carné de conducir, tarjetas de crédito y un documento nacional de identidad.

—Entonces no debería estar conduciendo.

—No —digo yo. No puedo negarlo—. No debería. Pero después de estar desaparecido casi cuatro años, lo único que quería era conducir unos minutos.

El policía cierra los ojos un momento y, cuando vuelve a abrirlos, veo que ha tomado una decisión.

—Hijo, bájese del asiento del conductor y deje que la joven conduzca.

—Sí, señor —dice Jesse. Pero ninguno de los dos nos movemos.

—Ya —ordena el hombre.

Jesse abre la puerta de inmediato y sale del coche, mientras yo hago otro tanto y nos intercambiamos los puestos. Cuando paso por delante del agente me doy cuenta de que no está disfrutando precisamente de todo esto. Me pongo al volante y me cierra la puerta.

—Hace un frío de mil demonios aquí fuera y no tengo ganas de quedarme aquí parado, a un lado de la carretera, intentando averiguar si me están tomando el pelo o no. Así que voy a hacerme el ingenuo y he decidido... creerles. —Se inclina un poco más para mirar directamente a Jesse—. Si le vuelvo a pillar conduciendo sin carné en esta localidad, le arrestaré sin pensármelo dos veces. ¿Entendido?

—Absolutamente —responde Jesse.

—Muy bien —continúa el policía. Se dirige a mí—. Y ahora, quiero ver su carné, señorita.

—¡Oh, sí! Por supuesto. —Me inclino hacia mi bolso, que está a los pies de Jesse. Jesse se agacha, saca mi cartera y busca mi carné.

—No tengo toda la noche —se impacienta el agente.

Le quito el carné a Jesse y se lo paso al policía. El hombre mira el carné, luego a mí y termina devolviéndomelo.

—Respete los límites de velocidad, señorita Blair —me ordena.

—Claro, señor —digo.

Y luego se dirige a su vehículo.

Subo la ventanilla del coche. El interior vuelve a sumirse en la oscuridad y a calentarse. Le paso mi carné a Jesse.

Veo al policía incorporarse a la carretera y marcharse. Pongo el intermitente.

Miro a Jesse.

Está con la vista clavada en mi carné.

—¿Te cambiaste el apellido?

—¿Qué?

Me enseña mi propio carné. Señala mi nombre. Veo mi cara, unos años más joven, sonriéndome.

—Te cambiaste el apellido —repite. Esta vez es más una afirmación que una pregunta.

—Sí —digo—. Lo hice.

Se queda callado un momento.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Mete el carné de nuevo en mi cartera y recobra la compostura.

—Sí —señala al cabo de unos segundos—. Completamente. Creías que había muerto, ¿verdad? Que me había ido para siempre.

—Cierto.

No le menciono el hecho de que nunca me sentí cómoda del todo siendo Emma Lerner, que soy y siempre he sido Emma Blair.

—Está bien —dice—. Lo entiendo. Me resulta raro, pero lo entiendo.

—De acuerdo. Genial.

Entro en la carretera y conduzco de vuelta a la cabaña. El silencio en el interior del vehículo es absoluto.

Y ambos sabemos por qué el otro no habla.

Yo estoy enfadada porque ha ido tan rápido que nos ha tenido que parar la policía.

Y él está cabreado porque me he cambiado el apellido.

No volvemos a dirigirnos la palabra hasta que detengo el coche frente a la cabaña y oímos el crujido de las ruedas al aplastar la grava.

—¿Qué te parece si lo dejamos en empate? —propone Jesse con una sonrisa.

Me río y me acerco a él.

—Me encantaría —respondo—. Estamos en paz. —Lo beso en los labios.

Jesse agarra la caja de *pizza* y salimos corriendo del coche, directos a la cabaña.

Cerramos la puerta, dejando atrás el frío, el viento, a los policías y a los restaurantes elegantes donde no nos gusta el vino.

Aquí estamos resguardados. A salvo.

—Sabes que me has salvado el pellejo ahí fuera, ¿verdad? —pregunta él.

—¡Sí! De no ser por mí, ahora mismo estarías en la cárcel.

Me besa contra la puerta. Me pierdo en él.

—Emma Blair, mi heroína —dice, con un ligero toque sarcástico en la voz.

Todavía estoy un poco enfadada con él, y ahora sé que él también lo está conmigo.

Pero me devora entera y yo me agarro a él.

Me recorre el estómago con las manos, por debajo de la camisa. Le doy un pequeño mordisco en la oreja.

—¿Sabes dónde creo que deberíamos hacer esto? —dice sin dejar de besarme.

—No, ¿dónde?

Sonríe y señala la encimera de la cocina.

Yo también sonrío y muevo la cabeza.

—¿Lo recuerdas? —pregunta.

—Pues claro que lo recuerdo.

Me lleva hasta allí y me sube a ella, tal y como estábamos ese día.

—No pude quitarte el vestido, así que tuve que levantarte la falda y...

—Detente —le pido, aunque sin mucho énfasis. Se lo digo como quien dice «No seas tonto» o «Dame un minuto».

—¿Detener qué?

—No voy a tener sexo contigo en la cocina.

—¿Por qué no?

—Porque es un poco asqueroso —respondo.

—No es asqueroso.

—Sí lo es. Esta tarde hemos comido ahí.

—Pues no volveremos a comer ahí.

Y eso es lo único que necesita para convencerme. Una idea muy sencilla, incluso pensada a la ligera, y estoy haciendo algo con lo que no estaba de acuerdo hace treinta segundos.

Lo hacemos de forma ruidosa, rápida, como si tuviéramos un límite de tiempo o una meta a la que llegar cuanto antes. Cuando terminamos, Jesse se aleja de mí y yo me bajo de un salto. Veo una mancha de sudor en la encimera.

¿Pero qué me está pasando?

¿Qué estoy haciendo?

Que te pare un policía no es tan emocionante a los treinta y uno como a los diecisiete. Es ese tipo de cosas que tienen su gracia *una* vez. Como tener sexo en la cocina y el exceso de velocidad. ¿Acaso ahora soy de las que tratan de convencer a los policías de que no les pongan una multa y de las que comen beicon para el microondas? No, esta no soy yo. Yo no soy ese tipo de persona.

—Nos hemos olvidado de la *pizza* —comenta Jesse antes de ir a recogerla hacia la mesa que hay junto la puerta. Luego la deja en la mesa del salón. Yo me visto (estoy deseando volver a taparme) y Jesse abre la caja.

Echo un vistazo a la *pizza* de *pepperoni* con piña. Si me la como, sé que me dolerá el estómago. Pero si le quito el queso, solo me estaré comiendo un trozo de masa blanda con tomate.

—¿Sabes qué? Empieza tú. Ahora mismo no me apetece mucho la *pizza*.

—¿No?

—Ya no como queso. No me sienta bien.

—¡Vaya! —dice él.

En este momento me doy cuenta de que hay algunas cosas que necesita saber; cosas sobre las que tengo que ser más clara con él.

—Me cambié de apellido a Emma Blair porque Blair Books es mi tienda. Y me encanta. He construido una vida en torno a ella. Soy una Blair.

—De acuerdo —contesta él. Dos palabras con las que no te comprometes mucho, dichas de forma evasiva.

—Y sé que solía ser el tipo de persona que quería viajar de un lugar a otro, pero... ahora me gusta haberme mudado a Massachusetts, haber sentado cabeza. Quiero encargarme de la librería hasta que me jubile. Incluso pasar el testigo a mis propios hijos algún día.

Jesse me mira pero no dice nada. En realidad los dos nos miramos. Estamos en un callejón sin salida.

—Vamos a la cama —comenta él—. No te preocupes por la *pizza*, ni por los apellidos o la librería. Solo quiero tumbarme a tu lado y abrazarte.

—Claro —digo—. Vamos.

Jesse deja la *pizza* y me conduce a la planta de arriba, a la cama. Se acuesta y retira las mantas para que yo también me meta. Me tumbo de espaldas a él, acurrucando mis muslos en la curva de sus piernas. Apoya la barbilla en mi cuello, con los labios muy cerca de mi oreja. El viento está ululando. A través de la parte superior de la ventana, veo que está empezando a nevar.

—Todo va a ir bien —me asegura antes de quedarme dormida.

Pero ya no sé si creerle o no.

Me despierto bastante después de que haya salido el sol. La nieve ha dejado de caer. El viento ya no es tan fuerte. Después de abrir los ojos, durante un momento, todo parece estar en paz y en silencio.

—No sé si llegas a verlo desde ahí por la ventana, pero creo que nos hemos quedado atrapados por la nieve —comenta Jesse. Está en la puerta del dormitorio, con una camiseta, unos pantalones de chándal y luciendo una sonrisa—. Estás adorable —añade—. Supongo que esas son las dos noticias más importantes de la mañana. Estamos atrapados por la nieve y estás tan guapa como siempre.

Sonrío.

—¿Cómo de atrapados estamos?

—Igual que tú de adorable.

—¡Oh, Dios mío! —Me siento en la cama, preparándome para el día—. Entonces vamos a pasar años atrapados aquí dentro.

Jesse se acerca a la cama y se sienta a mi lado.

—Hay destinos peores.

Me apoyo en él y me doy cuenta enseguida de que ambos necesitamos una ducha.

—Creo que será mejor que me dé una ducha —digo.

—Me parece una idea estupenda. Mis padres me han dicho que han instalado una sauna en el dormitorio principal. El último que llegue le toca hacer el desayuno.

Y allá vamos.

El agua está caliente, pero el aire es húmedo y sofocante. El vapor empaña las puertas de cristal. Hay más cabezales de ducha de los que puedo contar. Dos salen del techo, y luego veo varios chorros en las paredes. Hace calor aquí dentro. Tengo el pelo empapado y pegado a la cabeza. Noto a Jesse detrás de mí, echándose jabón en la mano.

—Quería preguntarte algo... —empieza él—. ¿Por qué te fuiste de Los Ángeles?

—¿A qué te refieres?

—Solo que pensaba que te quedarías allí. ¿Por qué volviste?

—Me gusta vivir aquí —respondo.

—Pero también te gustaba vivir allí —aduce—. A ambos nos gustaba. Era nuestra casa.

Y tiene razón. Me encantaba mi vida en California. Un lugar donde nunca nieva y siempre brilla el sol.

Ahora, mi día preferido del año es cuando empieza el horario de verano. Es cuando el aire empieza a calentarse y lo único que puede caer del cielo es una lluvia ligera. Estás más cansado por la mañana, porque has perdido una hora de sueño, pero a las siete de la tarde todavía es de día. Y a esa misma hora hace un poco más de calor que el día anterior. Es como si el mundo empezara a abrirse, como si lo peor ya hubiera pasado y las flores estuvieran de camino.

Los Ángeles no tiene nada de eso. Porque allí las flores nunca se van.

—Solo supe que necesitaba volver a casa con mi familia.

—¿Cuándo te mudaste?

—¿Mmm?

—¿Que cuánto tiempo después...? ¿Cuánto tiempo pasó antes de que volvieras a Acton?

—Supongo que pronto —respondo, apartándome de él y metiéndome bajo el agua—. Puede que unos dos meses.

—¿Dos meses? —pregunta Jesse, aturdido.

—Sí.

—¡Vaya! —exclama—. Es solo que... todos estos años siempre te imaginé allí. Nunca... nunca pensé que estarías aquí.

—¡Ah! —No sé muy bien qué responder o qué decir a continuación—. ¿Ves champú en alguna parte? —logro decir al fin. Pero no estoy prestando atención a la respuesta. Mi mente ya está divagando sobre la vida que Jesse nunca se imaginó.

Yo y Blair Books, y mis gatos y Sam.

Cierro los ojos y respiro hondo.

Es una buena vida; una que él nunca imaginó para mí.

Es una vida fabulosa.

La echo de menos.

Sam sabe que no puedo comer queso. Y también que nunca volveré a cambiar mi apellido Blair. Es consciente de lo importante que es la librería para mí. Le gusta leer. Le gusta hablar de libros y tiene ideas interesantes al respecto. Nunca conduciría sin carné. Nunca llamaría la atención de la policía. Conduce con cuidado cuando hace mal tiempo. Sam me conoce, sabe quién soy en realidad. Y me quiere exactamente como soy, siempre, pero sobre todo a la persona en la que me he convertido.

—¿Mmm? —dice Jesse—. ¿No querías champú?

—¡Oh! —Salgo de mi ensimismamiento—. Sí, gracias.

Jesse me pasa la botella y yo vierto un poco en la palma de la mano y me lo esparzo por el pelo.

Y de pronto tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no convertirme en un mar de lágrimas que corra por el desagüe como el agua jabonosa.

Echo de menos a Sam.

Y me aterra haberlo alejado para siempre.

Jesse se da cuenta. Intento disimular. Incluso esbozo una sonrisa que no va más allá de mis labios. Se coloca detrás de mí y me abraza. Siento su pecho detrás de mi espalda. Apoya la barbilla entre mis hombros y dice:

—¿Cómo estás?

No hay nada como un «¿Cómo estás?» en el momento adecuado para ponerte a llorar.

No digo nada. Solo cierro los ojos y me permito soltar las lágrimas que he estado conteniendo. Dejo que Jesse me sostenga. Me apoyo en él, me derrumbo contra él. Ninguno de los dos dice nada. El aire es tan espeso y sofocante que al final respirar se vuelve más difícil de lo que debería. Jesse apaga el vapor, baja la temperatura de los grifos y deja que el agua tibia corra entre nosotros.

—Se trata de Sam, ¿verdad? ¿Así es como se llama?

Había dividido mi mundo en dos partes, pero al pronunciar su nombre, Jesse acaba de volver a unirlos.

—Sí —contesto, asintiendo—. Sam Kemper. —Quiero apartarme de Jesse ahora mismo. Quiero que se vaya al otro extremo de la ducha. Quiero usar el agua y el jabón para lavarme e irme a casa.

Pero no hago nada de eso. Me quedo petrificada donde estoy, esperando que, si me quedo quieta, el mundo deje de girar por un momento y así posponer lo que sé que va a pasar de un momento a otro.

Lo veo en el rostro de Jesse cuando encaja la pieza.

—¿Sam Kemper? —pregunta—. ¿Del instituto?

Asiento con la cabeza.

—¿El tipo que trabajaba en la librería de tus padres?

Jesse no tiene ningún motivo para que no le guste Sam, salvo el hecho de que esté enamorada de Sam. Pero veo cómo su cara adopta un gesto de desprecio. No debería haber dicho el nombre completo de Sam. Era mejor cuando Sam era una persona abstracta. He cometido una estupidez y le he

proporcionado un rostro concreto. Clavarle un cuchillo en las costillas habría tenido el mismo efecto. Se pone tenso y luego intenta recobrar la compostura.

—¿Lo quieres?

Asiento, pero lo que de verdad quiero contarle es lo que me dijo Marie. Que no se trata de a quién quiero, sino de quién soy yo. Me gustaría decirle que no hago más que hacerme esa pregunta una y otra vez y que empiece a ser evidente que soy una persona diferente a la que Jesse ama.

No soy esa Emma. Ya no lo soy. Da igual lo fácil que me resulte fingir que lo sigo siendo.

Pero en vez de decirle eso, me limito a comentar:

—Sam es un buen hombre.

Y Jesse lo deja ahí.

Cierra el agua y vuelvo a tener frío al instante. Me pasa una toalla y, en el momento en que me envuelvo con ella, me doy cuenta de lo desnuda que me siento.

Nos secamos sin hablar.

De pronto, tengo tanta hambre que me encuentro mal. Me pongo algo de ropa y bajo las escaleras. Empiezo a preparar café y meto rebanadas de pan en la tostadora. Jesse baja poco después, con ropa limpia.

Nuestro estado de ánimo ha cambiado. Se nota en el ambiente. Todo lo que hemos estado pretendiendo que no es cierto está a punto de cernirse sobre nosotros, entre gritos y lágrimas.

—Me he puesto a hacer café —explico. Intento que mi voz suene despreocupada, pero no funciona. Y lo sé. Sé que la agitación que siento en mi interior no es tan interna, y que tratar de disimularla es como aplicar una fina capa de pintura blanca sobre una pared roja. Al final se nota perfectamente. Igual que lo que intento ocultar.

—Estoy empezando a pensar que no quieres estar aquí —indica Jesse.

Lo miro.

—Es complicado.

Jesse asiente, pero no como si estuviera de acuerdo conmigo, sino como si hubiera oído este mismo argumento antes.

—¿Sabes qué? Te lo voy a decir. No creo que sea tan complicado.

—Por supuesto que lo es. —Me siento en el sofá.

—En realidad no lo es. —Se sienta frente a mí. Por el tono de su voz, noto que va perdiendo la paciencia por momentos—. Tú y yo estamos casados. Hemos estado juntos, nos hemos querido, desde siempre. Nos pertenecemos el uno al otro.

—Jesse...

—¡No! —me interrumpe—. ¿Por qué siento como si tuviera que convencerte para que estés conmigo? Esto no es... Nunca debiste hacer lo que hiciste. ¿Cómo pudiste acceder a casarte con ese tipo?

—Tú no...

—Eres *mi* mujer, Emma. Prometimos amarnos para el resto de nuestras vidas en ese puto faro, frente a cien personas. Te perdí una vez, e hice todo lo posible por regresar a ti. Ahora estoy aquí, he vuelto, ¿y corro el peligro de perderte de nuevo? Se supone que este tenía que ser un momento feliz. Nuestro reencuentro. Se suponía que esta era la parte más fácil.

—No es tan sencillo.

—¡Pues debería serlo! Eso es lo que te estoy diciendo. ¡Debería ser sencillísimo!

Estoy aturdida por toda esa ira dirigida hacia mi persona y sorprendida de que haya tardado tanto en salir a la superficie.

—Sí, bueno, pues no lo es, ¿de acuerdo? La vida no siempre es como queremos que sea. Lo aprendí cuando te metiste en un avión hace tres años y desapareciste.

—¡Porque sobreviví a un accidente en el océano Pacífico! Vi morir a todos los que venían conmigo en ese helicóptero. Viví en un puto trozo de roca solo, tratando de encontrar la forma de volver a ti. Y, mientras tanto, ¿qué hiciste tú? ¿Olvidarte de mí en agosto? ¿Cambiar de apellido en Navidad?

—Jesse, sabes que eso no es verdad.

—¿Quieres que te hable de la verdad? La verdad es que te diste por vencida conmigo.

—¡Desapareciste! —Aumento el tono de voz en un abrir y cerrar de ojos. Siento que mis emociones se desbocan como un caballo que lleva demasiado tiempo encerrado en una cuadra—. Todos pensamos que habías muerto.

—Sinceramente —continúa Jesse—, creía que tú y yo nos amábamos de una forma en la que sería imposible que nos olvidáramos el uno del otro.

—¡Yo no te olvidé! Jamás. Siempre te he amado. Todavía sigo queriéndote.

—¡Pero te comprometiste con otro!

—¡Cuando pensé que estabas muerto! Si hubiera sabido que estabas vivo, te habría esperado todos los días.

—Bueno, pues ahora sabes que sigo vivo. Y en vez de volver a mí, no sabes qué hacer. Estás aquí *conmigo*, llorando por *él* en la ducha.

—Te quiero, Jesse, e incluso cuando pensé que ya no estabas con nosotros te seguía queriendo. Pero no podía pasarme la vida amando a un hombre que ya no estaba aquí. Y pensé que tampoco querías eso para mí.

—No sabes lo que quería —dice.

—¡No! Claro que no. Ahora apenas te conozco. Y tú tampoco me conoces. Pero tengo la sensación de que sigues fingiendo que sí lo hacemos.

—¡Te conozco! —grita—. No me digas que no te conozco. Eres la única persona que he conocido de verdad en toda mi vida. Que sé que me quería. Que he comprendido y aceptado por ser exactamente quién es. Sé todo lo que hay que saber sobre ti.

Niego con la cabeza.

—No, Jesse, sabes todo sobre la persona que era hasta el día en que te fuiste. Pero no me conoces ahora. Ni tampoco has mostrado ningún interés en ver quién soy hoy en día, ni compartir conmigo quién eres tú.

—¿De qué estás hablando?

—Soy una persona distinta, Jesse. Cuando te marchaste, todavía estaba en los veinte. Ahora tengo treinta y uno. Me da igual Los Ángeles y escribir artículos de viaje. Me importa mi familia, mi librería. No soy la misma que cuando te fuiste. Tu pérdida me cambió. Yo he cambiado.

—Bien. Cambiaste porque me fui. Lo entiendo. Estabas aterrada y sufriendo por mi muerte, así que regresaste a Acton porque te sentías más segura y te hiciste cargo de la tienda de tus padres porque era lo fácil. Pero ya no tienes por qué seguir haciendo esto. Podemos volver a casa, a California. Por fin podemos ir a Apulia. Seguro que incluso puedes colocar varios artículos en algunas revistas el año que viene. No tienes que vivir esta vida nunca más.

Estoy negando con la cabeza e intentando decirle que no antes de que termine.

—No me estás entendiendo —digo—. Puede que al principio sí quisiera esconderme del mundo y sí, en un primer momento, acepté el trabajo en la librería porque estaba disponible. Pero me encanta mi vida actual, Jesse. Elegí vivir en Massachusetts. Elegí encargarme de la tienda. Quiero esta vida.

Miro a Jesse y él hace lo mismo conmigo. Intento una táctica distinta, una manera diferente de explicárselo.

—Cuando estoy triste, ¿sabes lo que hago para animarme?

«Comes patatas fritas y bebes Coca-Cola *light*», contesta Jesse, al mismo tiempo que digo: «Toco el piano».

La diferencia en nuestras respuestas le pilla completamente desprevenido. Veo cómo sus hombros se hunden levemente y se aleja de mí. Por la expresión que rápidamente cruza su rostro, me doy cuenta de que le cuesta conciliar mi contestación con la persona que cree que soy.

Durante un instante, supongo que sus siguientes palabras serán: «¿Tocas el piano?».

Y yo le responderé que sí, y le explicaré cómo empecé, que solo sé tocar unas pocas piezas y que no soy muy buena, pero que me relaja cuando estoy estresada. Le contaré cómo *Homero* suele estar dormido debajo del piano cuando quiero tocar, así que tengo que levantarlo y colocarlo en el banco, a mi lado, y que me encanta sentarme allí, junto a mi gato, y tocar *Para Elisa*. Sobre todo cuando finjo que es un forofo de esa pieza y la estoy tocando para él.

Significaría mucho para mí si Jesse quisiera enamorarse de la persona que soy ahora. Si se abriera y me permitiera amar a la persona en la que se ha convertido.

Pero no sucede nada de eso.

Jesse solo suelta:

—Vale, ahora tocas el piano. ¿Y eso qué demuestra?

Y, cuando dice eso, sé que la brecha que hay entre nosotros es aún más grande de lo que pensaba.

—Que ahora somos personas diferentes. Nos alejamos, Jesse. No sé nada sobre cómo ha sido tu vida los últimos tres años y medio y no quieres hablar de ello. Pero has cambiado. Es imposible haber pasado por lo que tú has pasado sin que eso te cambie.

—No necesito hablar de lo que me ha pasado para demostrarte que te sigo queriendo, que sigo siendo la persona que siempre has querido.

—Eso no es lo que estoy diciendo. Lo que te digo es que creo que estás intentando fingir que podemos retomar todo donde lo dejamos. Y yo también lo he intentado. Pero no es posible. La vida no funciona de ese modo. Lo que me ha pasado estos años ha influido en la persona que soy. Y eso también se aplica a ti. Sea lo que fuere lo que te pasó en ese lugar, no puedes esconderlo en tu interior.

—Ya te dije que no quiero hablar de eso.

—¿Por qué no? —le pregunto—. ¿Cómo se supone que vamos a ser sinceros el uno con el otro en el futuro si ni siquiera me cuentas lo más importante que te pasó? Dices que sabes que todo puede ser igual que antes, pero antes no había partes importantes de nosotros de las que *no quisiéramos*

hablar. No teníamos ninguna historia que no quisiéramos compartir. Y ahora las tenemos. Yo tengo a Sam y tú... Vamos, Jesse, tienes el cuerpo lleno de cicatrices. Tu dedo...

Jesse golpea con el puño los cojines que hay entre nosotros; un gesto violento si no hubiera aterrizado en una zona blanda. Me pregunto si lo ha hecho a propósito o sin querer.

—¿Qué quieres saber, Emma? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué quieres saber? ¿Que los médicos hallaron dos tipos de cáncer en mi piel? ¿Que cuando me encontraron se me marcaba el hueso de las muñecas y todas las costillas debajo de la piel? ¿Que me han hecho cuatro endodoncias y ahora tengo la sensación de que la mitad de mi boca no es mía? ¿Eso es lo que quieres saber? ¿O quieres saber que me picó una carabela portuguesa mientras nadaba para salir de allí? ¿Y que como no sabía cómo quitármela de encima, continuó picándome? Me dolió tanto que pensé que me estaba muriendo. ¿Quieres saber que los médicos me han dicho que tendré estas cicatrices durante años, quizá para siempre? ¿O prefieres que reconozca lo horrible que fue vivir en esa roca? ¿Quieres que te diga todos los días que me pasé mirando al mar, esperando? ¿Que lo único que hacía era decirme que solo tenía que sobrevivir un día más, porque vendrías a por mí? Tú, o mis padres, o mis hermanos... Pero no vino nadie. Ninguno me encontrasteis. Nadie lo hizo.

—No lo sabíamos. No sabíamos cómo encontrarte.

—Ya lo sé. Y no estoy enfadado con ninguno por eso. ¡Lo que me vuelve loco es que te olvidaras de mí! ¡Que siguieras adelante y me reemplazaras! Que haya vuelto y siga sin tenerte.

—No te reemplacé.

—Te deshiciste de mi apellido y accediste a casarte con otro hombre. ¿De qué otra forma se le puede llamar a eso? ¿Qué otra palabra usarías?

—No te reemplacé —repito, esta vez con menos vehemencia—. Yo te quiero.

—Si eso es cierto, entonces es bastante sencillo. Quédate conmigo. Ayúdame a conseguir que volvamos a estar juntos.

Puedo sentir los ojos de Jesse sobre mí, incluso cuando aparto la vista. Miro hacia la ventana, al manto de nieve que cubre el jardín trasero. Tan blanco y puro. Parece tan suave como una nube.

De pequeña, me encantaba la nieve. Pero cuando me mudé a California, solía decirle a la gente que nunca viviría en un sitio que no fuera soleado, que no quería volver a ver la nieve. Pero ahora no me puedo imaginar una

Navidad con buen tiempo, y sé que, si me fuera, echaría de menos esa sensación de la llegada del frío.

He cambiado con el tiempo. Eso es lo que la gente hace.

Las personas no somos seres anquilosados. Evolucionamos con las alegrías y sinsabores de la vida.

Jesse ahora es un hombre diferente. Y yo una mujer distinta.

Y lo que me tenía tan confundida desde que me enteré de que estaba vivo ahora lo tengo claro y cristalino: somos dos personas que estamos perdidamente enamoradas de nuestros antiguos yos. Pero eso no es lo mismo que amar a alguien.

No puedes capturar el amor en una botella. No puedes agarrarlo con ambas manos y obligarlo a que se quede contigo.

Lo que nos pasó a ambos no fue culpa nuestra (ninguno de los dos hizo nada malo), pero cuando Jesse desapareció, la vida nos llevó en distintas direcciones y nos convirtió en personas diferentes. Nos alejamos, porque *estábamos* separados.

Y puede que eso signifique que, aunque por fin podamos volver a estar juntos...

No deberíamos estarlo.

Ese pensamiento me abre en canal.

Estoy completamente quieta, pero me siento como si estuviera atrapada en medio de una corriente y apenas supiera cómo mantener la cabeza fuera del agua.

No creo que me asustara que amar a ambos me hiciera una mala persona.

Lo que de verdad me asustaba era que querer a Sam me hiciera una mala persona.

Tenía miedo de escoger a Sam. De que mi corazón amara a Sam. De que mi alma necesitara a Sam.

Se supone que una no abandona al hombre que hizo todo lo posible por volver a su lado.

Se supone que tienes que ser como Penélope. Que tienes que tejer un sudario día tras día y pasar las noches en vela, deshaciéndolo para mantener a raya a los nuevos pretendientes.

Se supone que no debes tener una vida propia, necesidades propias. Que no debes volver a enamorarte de nadie.

Pero yo lo he hecho.

Eso es precisamente lo que he hecho.

Jesse se acerca y pone sus manos con ternura sobre mis brazos.

—Si me quieres, Emma, entonces quédate conmigo.

Es una idea aterradora, ¿verdad? Que cada persona de este mundo pueda perder a su auténtico y verdadero amor y seguir viviendo para volver a enamorarse. Porque eso significa que también podría pasarle lo mismo a la persona a la que quieres, que podría volver a enamorarse si te pierde.

Pero también significa que sé que Jesse estará bien, que algún día será feliz, sin mí.

—No creo que pueda estar contigo —le digo—. No creo que estemos hechos el uno para el otro. Ya no.

Jesse deja caer los brazos. Se derrumba. Cierra los ojos.

Es uno de esos momentos de la vida en el que no te puedes creer que la verdad sea cierta, que nuestro mundo se haya roto de ese modo.

No terminaré mi vida con Jesse.

Después de todo por lo que hemos pasado, no nos haremos mayores juntos.

—Lo siento —le digo.

—Tengo que irme.

—¿Adónde vas a ir? Está nevando ahí fuera.

Agarra su chaqueta y se calza.

—Voy al coche. Me da igual. Ahora mismo lo único que quiero es estar solo.

Abre la puerta principal y la cierra de golpe. Voy hasta allí, y cuando la abro de nuevo, lo veo dirigirse hacia el vehículo, atravesando la nieve. Sabe que estoy detrás de él, pero me detiene antes de que pueda decir una palabra y levanta la mano con ese gesto universal de «no». Así que no lo hago.

Vuelvo a cerrar la puerta y me apoyo en ella. Después me deslizo hasta el suelo y lloro.

Jesse y yo ya nos quedamos hechos polvo una vez. Y ahora seguiremos nuestras vidas por caminos diferentes.

Dos mismos corazones, rotos dos veces.

Ha pasado más de una hora y Jesse todavía no ha vuelto. Me levanto y miro por la ventana para ver si sigue dentro del coche.

Está sentado en el asiento del conductor con la cabeza gacha. Echo un vistazo alrededor de la parte delantera de la casa. El calor del sol ha empezado a derretir parte de la nieve. A lo lejos, la carretera parece, aunque no despejada del todo, sí un poco transitable. Si quisiéramos, podríamos marcharnos de aquí ahora mismo. Solo tendríamos que quitar un poco de nieve con la pala. Pero supongo que Jesse no tiene ninguna prisa por encerrarse en un coche conmigo.

Vuelvo a fijarme en el coche y lo veo moverse en su asiento. Está mirando el interior de mi sobre. Viendo las fotos, leyendo las notas, incluso el artículo del *Beacon* que hablaba sobre su desaparición.

No debería mirarlo. Debería darle la privacidad que buscaba cuando salió de la cabaña, pero no puedo evitarlo.

Veo un sobre blanco en sus manos.

Sé exactamente lo que es.

La carta que escribí para despedirme de él.

Juguetea con el sobre, girándolo de un lado a otro, intentando decidir si lo abre o no. Se me acelera el corazón.

Pongo la mano en el pomo de la puerta, lista para salir corriendo y detenerlo, pero no lo hago. En su lugar, vuelvo a mirar por la ventana.

Contemplo cómo mete un dedo debajo de la solapa y lo abre.

Me aparto de la ventana, como si me hubiera visto. Sé que no lo ha hecho, pero tengo miedo.

Va a leer esa carta y todo se pondrá peor. Será la prueba que necesita de que me olvidé de él, de que renuncié a nosotros, de que me di por vencida con él.

Vuelvo a acercarme a la ventana y veo cómo la lee. Se queda mirando la página durante mucho tiempo. Luego la deja y mira por la ventanilla. Pero entonces vuelve a centrarse en la carta y la lee por segunda vez.

Después de un rato, abre la puerta del coche. Yo me alejo corriendo de la ventana y me siento en el sofá, fingiendo que he estado aquí todo el tiempo.

Nunca debí escribir esa maldita carta.

La puerta de entrada se abre y ahí está Jesse. Mirándome fijamente, con la carta en la mano, inmóvil y sorprendentemente tranquilo.

Escribí esa carta para dejarlo ir. Es imposible ocultar ese hecho. De modo que, si esa es la prueba que está buscando para demostrar que he sido una esposa horrible, una mala persona, un alma infiel... Bueno, entonces supongo que ha obtenido lo que quería.

Pero la reacción de Jesse me pilla completamente desprevenida.

—¿Qué es eso de perder la cabeza en la azotea? —pregunta con calma.

—¿Qué?

Me ofrece la carta como si nunca la hubiera leído. Me levanto y se la quito. La abro, aunque ya sé lo que dice.

La letra parece apresurada. Al final, se ve que hay manchas de tinta donde el papel se mojó. Por las lágrimas, obviamente. No puedo evitar volver a leerla, verla con nuevos ojos.

Querido Jesse:

Hace más de dos años que te fuiste, pero no ha pasado ni un solo día en el que no haya pensado en ti.

A veces, recuerdo tu olor salado cuando venías de nadar del mar. O me pregunto si te habría gustado una película que acabo de ver. Otras veces solo pienso en tu sonrisa. O en las arrugas que te habrían salido en los ojos y me enamoro un poco más de ti.

Pienso en cómo me tocarías. En cómo te tocaría. Pienso mucho en eso.

Tu recuerdo me dolía mucho al principio. Cuanto más pensaba en tu sonrisa, en tu olor, más me dolía. Pero me gustaba torturarme a mí misma. Me gustó ese dolor porque ese dolor eras tú.

No sé si hay una forma correcta o incorrecta de atravesar el luto. Lo único que sé es que perderte me destrozó de una forma que jamás creí posible. Sentí un dolor que ni siquiera creía que fuera humano.

Hubo momentos en los que llegué a perder la cabeza. (Digamos que uno de esos momentos ocurrió en nuestra azotea).

Otros, estuve a punto de romperme por completo.

Pero ahora me siento feliz al decir que he llegado a un punto en el que tu recuerdo me produce tanta alegría que me hace sonreír.

También me enorgullece poder decir que soy más fuerte de lo que me imaginaba.

He encontrado un sentido a la vida que jamás habría esperado.

Y últimamente también me he vuelto a sorprender al darme cuenta de que estoy lista para seguir adelante.

Llegué a pensar que el luto sería crónico, que lo único que podría hacer sería agradecer tener días buenos para poder sobrellevar los malos. Pero luego empecé a pensar que quizá los días buenos no tenían por qué ser solo días; que tal vez podían ser buenas semanas, buenos meses, e incluso buenos años.

Ahora me pregunto si el luto no es como un caparazón.

Un caparazón que usas durante mucho tiempo, hasta que un día te das cuenta de que lo has superado y te lo quitas.

Eso no significa que quiera olvidarme de tus recuerdos o del amor que siento por ti. Solo que quiero dejar de lado la tristeza.

Nunca te olvidaré, Jesse. No quiero y no creo que sea capaz de hacerlo.

Pero sí creo que puedo deshacerme del dolor. Que puedo quitármelo de encima, dejarlo en el suelo y seguir avanzando. Que tal vez pueda visitarlo de vez en cuando,

pero sin llevarlo conmigo todo el tiempo.

Y no solo creo que pueda hacerlo, sino que necesito hacerlo.

Te llevaré en mi corazón siempre, pero no cargaré con tu pérdida más tiempo. Si lo hago, nunca volveré a estar alegre en la vida. Y me derrumbaré bajo el peso de tu memoria.

Necesito mirar hacia delante, hacia un futuro en el que tú ya no estarás, en vez de regresar una y otra vez a un pasado lleno de lo que tuvimos.

Tengo que dejarte marchar y pedirte que me dejes seguir avanzando.

Estoy convencida de que, si me esfuerzo, podré llevar la vida que siempre quisiste que tuviera. Una vida feliz. Una vida plena. En la que amo y soy amada.

Necesito tu permiso para poder amar a otra persona. Siento muchísimo que nunca podamos tener el futuro del que tanto hablamos. Habríamos tenido una vida maravillosa.

Pero ahora voy a salir al mundo con el corazón abierto. Y voy a ir adonde quiera que la vida me lleve.

Espero que sepas lo hermoso y liberador que fue amarte cuando estabas aquí.

Fuiste el amor de mi vida.

Tal vez sea egoísta por mi parte querer más; quizá sea una avariciosa por pretender tener otro amor como el nuestro.

Pero no puedo evitarlo.

Es lo que quiero.

Así que he decidido tener una cita con Sam Kemper. Quiero pensar que es un hombre que te gustaría para mí, al que darías el visto bueno. Pero también quiero que sepas, en caso de no te haya quedado claro, que nadie conseguirá reemplazarte nunca. Lo único que deseo es un poco de amor en mi vida, Jesse.

Por eso, te pido tu permiso para salir a buscarlo.

*Con amor,
Emma*

Sé que estoy añadiendo nuevas manchas, nuevas lágrimas a la hoja. Pero no puedo detenerlas. Cuando por fin miro a Jesse, también tiene los ojos húmedos. Me acerca a él y me abraza con fuerza. El dolor que sentimos es tan afilado que podría cortarnos en pedazos, tan profundo como para hundirnos.

—¿Qué hiciste en la azotea? —vuelve a preguntar, esta vez con más dulzura.

Respiro hondo y se lo cuento.

—Todos me decían que habías muerto —empiezo—. Y yo estaba segura de que se equivocaban y de que estabas intentando volver a casa conmigo. Lo sabía. Así que un día, cuando ya no podía soportar más el dolor, subí a la azotea y vi esa pequeña rendija de mar... y comencé a convencerme de que ibas a nadar hasta esa orilla. Tome tus prismáticos y... me quedé allí, mirando ese pequeño trozo de playa, esperando a que aparecieras.

Jesse me está mirando con total atención, escuchando cada una de mis palabras.

—Marie me encontró así y me dijo que no ibas a volver nadando. Que no ibas a aparecer en la playa así como así. Que estabas muerto. Dijo que tenía

que enfrentarme a la realidad y empezar a asumirlo. Y eso fue lo que hice. Fue la cosa más difícil que he hecho en mi vida. Me levantaba cada día sin saber siquiera si llegaría a la noche. A veces me limitaba a vivir hora a hora. Nunca he estado tan confundida, ni me he sentido menos yo misma.

Jesse me aprieta más contra él.

—¿Te das cuenta de que ambos estábamos mirando el mismo océano, buscándonos el uno al otro? —dice.

Cierro los ojos y me lo imagino esperándome. Recuerdo lo que yo sentía mientras le esperaba.

—Dentro de ese coche se me ha ocurrido que iba a mirar todo lo que había dentro de ese sobre, los recuerdos y las fotos, y que podría demostrarte lo felices que éramos juntos. He pensado que sería capaz de hacerte ver lo equivocada que estabas. Que seguimos siendo las mismas personas que éramos cuando nos queríamos. Que estamos hechos el uno para el otro, para estar juntos siempre. ¿Pero sabes de lo que me he dado cuenta?

—¿De qué? —pregunto.

—De que odio tu pelo.

Me separo de él y se pone a reír.

—Sé que no es muy amable por mi parte soltártelo así, pero es cierto. Estaba mirando todas esas fotos tuyas con ese pelo largo tan espectacular, que siempre me encantó y que no era del todo rubio, pero tampoco castaño. Y sí, adoraba tu pelo. Y ahora he vuelto y te lo has cortado, es rubio y... Bueno, se supone que me tendría que gustar, pero estaba sentado en el coche y solo pensaba: «Ya volverá a crecerle». Y luego: «No, espera, a ella le gusta llevarlo así».

—¡Claro que me gusta! —indico, un tanto dolida.

—Eso es precisamente de lo que te estoy hablando. Esta eres tú ahora. Pelo corto y rubio. Mi Emma tenía el pelo largo y castaño claro. Y tú ya no eres esa persona. No puedo mirarte e ignorar tu pelo. Tengo que verte tal y como eres ahora. En este momento. Hoy.

—Y no te gusta mi pelo —señalo.

Jesse me mira.

—Es bonito —comenta—. Pero ahora mismo, lo único que puedo pensar es que no es como antes.

Vuelvo a acercarme a él y apoyo la cabeza sobre su pecho.

—La Emma que conocía quería vivir en California, lo más lejos posible de la librería de sus padres. Y no iba a dejar de viajar hasta que conociera todos los países posibles del mundo. Le encantaban las botellitas de champú

de los hoteles y el olor a aeropuerto. No sabía tocar ni una sola nota al piano. Y me quería a mí y solo a mí —aduce—. Pero supongo que esa ya no eres tú.

Niego con la cabeza sin mirarlo.

—Y tengo que dejar de fingir que todo sigue igual. Sobre todo porque... yo tampoco soy el mismo. Sé que parece que no quiero admitirlo, pero lo sé. Yo también he cambiado. Sé que...

Me sorprende ver que Jesse ha empezado a llorar. Ahora soy yo la que lo abrazo con todas mis fuerzas, la que lo escucho, deseando poder aliviar todo su dolor, evitar que tenga que atravesar más dificultades de las que ya ha pasado. Quiero protegerlo del mundo con todas mis ganas, asegurarme de que nada volverá a hacerle daño. Aunque es imposible, por supuesto. No es posible evitarle eso a nadie.

—Estoy hecho un lío, Emma —continúa—. Creo que no estoy bien. Actúo como si lo estuviera, pero no... Siento que ya no pertenezco a ningún lugar. Ni aquí, ni allí. Intento no derrumbarme cada minuto del día. En un momento me siento abrumado por la cantidad de comida que tengo delante, y al siguiente no puedo comer nada. El día que llegué, me desperté a las tres de la mañana, bajé a la cocina y comí tanto que casi me pongo malo. Los médicos me dijeron que tengo que seguir teniendo cuidado con lo que como y cuánto, pero, o quiero comer de todo o no me apetece nada. No tengo un término medio. Y no solo me pasa con la comida. Antes, cuando estábamos en la ducha, pensaba: «Deberíamos ir a por un cubo y guardar un poco de agua. Reservarla».

Por fin está listo para explicar cómo se siente, para sacar lo que lleva dentro, y todo se derrama como si volcara un cántaro de leche.

—Ni siquiera puedo mirarme la mano. No soporto ver que me falta la mitad del dedo. Sé que parece una tontería, pero creo que pensé que si lograba llegar a casa, las cosas volverían a ser como antes. Que te tendría de nuevo, que volvería a sentirme como una persona normal y que mi meñique..., no sé..., reaparecería como por arte de magia.

Me mira y respira hondo, y luego exhala. Todo con un esfuerzo enorme.

—¿Quieres sentarte? —pregunto, tirando de él hacia el sofá. Hago que se siente y me siento a su lado. Le acaricio la espalda—. Está bien —le digo—. Puedes hablar sobre ello. Contarme todo.

—Es solo que... odio incluso pensar en ello. Fue... horrible. Todo el tiempo. Perder parte del dedo fue una de las experiencias más dolorosas de mi vida. Tuve que esforzarme mucho para bloquear ese recuerdo.

Me quedo callada, esperando que siga hablando, que continúe sincerándose conmigo y consigo mismo, que comparta lo que le pasó, lo que le atormenta.

—Me lo corté casi hasta el hueso —dice al cabo un rato—. Al intentar abrir una ostra con una piedra. Pensé que se curaría por sí solo, pero no fue así. La herida se fue infectando más y más hasta que al final tuve que...

Me doy cuenta de que no va a poder terminar la frase.

Aunque no hace falta.

Sé lo que no puede decirme.

En algún momento de los años que estuvo desaparecido, se vio obligado a salvar su mano de la única manera que pudo.

—Lo siento mucho —le digo.

No puedo ni imaginar qué más vicisitudes tuvo que atravesar, cuántos días estuvo sin comida, lo cerca que estuvo de sufrir una deshidratación severa, el dolor de que le picara una y otra vez un bicho mientras intentaba nadar para salvar la vida. Pero empiezo a pensar que lidiará con ese dolor cuando esté listo, hablando y admitiendo más a medida que se sienta con más fuerzas. Será un proceso largo. Puede que tarde años hasta que lo suelte todo. E incluso entonces, puede que no consiga olvidarse del todo.

Igual que yo no puedo olvidarme del dolor que sufrí al creer que había muerto.

Esas son las experiencias que nos han convertido en las personas que somos ahora.

Me separo de Jesse un momento y voy hacia la cocina. Busco en los armarios y encuentro una vieja caja de té Earl Grey.

—¿Te apetece un té? —le ofrezco.

Me mira y asiente. Pero lo hace de un modo tan leve que apenas es perceptible.

Meto dos tazas en el microondas y tomo dos bolsitas de té.

—Continúa hablando —le digo—. Te escucho.

Su voz vuelve a elevarse y me doy cuenta de que, de forma consciente o no, Jesse estaba esperando ese permiso.

—Creo que estoy intentando *deshacer* estos últimos años, sean los que sean —prosigue—. He estado intentando que todo volviera a ser como antes de que me fuera, para que parezca que nunca ocurrió. Pero no está funcionando. A ver, estaba claro que no iba a funcionar. Lo sé.

Apago el microondas antes de que suene, saco las tazas y meto las bolsitas de té en ellas. El olor a té me recuerda a Marie. Me vuelvo a sentar junto a

Jesse y coloco enfrente de él la taza humeante. Él la coge, pero no bebe todavía.

—No soy la misma persona que antes —dice—. Tú lo sabes y yo lo sé, pero pensaba que, esforzándome un poco, podría cambiarlo. Pero no puedo. No puedo, ¿verdad?

Deja la taza en la mesa y empieza a gesticular con las manos.

—No quiero pasar el resto de mi vida en Acton —comenta—. Ya me he pasado más tiempo atrapado del que quería. Quiero volver a California. Respeto que Blair Books signifique tanto para ti, pero no lo entiendo. Hicimos todo lo posible por alejarnos de Nueva Inglaterra, por no seguir la vida que nuestros padres tenían planeada para nosotros. Hicimos muchos sacrificios para poder viajar, no para quedarnos en un solo lugar. No comprendo por qué volviste aquí, por qué elegiste pasar el resto de tus días aquí, haciendo lo mismo que tus padres siempre te dijeron que deberías hacer.

»En el fondo de mi corazón, estoy muy, muy cabreado. Y me gustaría no sentirme así. De hecho, me odio por hacerlo, pero me enfurece que te enamoraras de otro. Sé que dijiste que eso no significaba que me hubieras olvidado, pero entiéndeme, al menos ahora eso no es lo que me parece. No estoy diciendo que no podamos superarlo, si todo lo demás tiene sentido, pero no lo sé.

»Estoy enfadado contigo y con Friendly's por convertirse en un Johnny no sé qué. Estoy furioso con casi todo lo que ha cambiado mientras no estaba. Sé que tengo que superarlo. Que eso es solo una parte del problema al que me estoy enfrentando. Sé que te dije que se suponía que esta era la parte más fácil, pero no tengo la menor idea de por qué pensé eso. Volver a casa es duro. Era imposible que fuera fácil. Siento no haberme dado cuenta hasta ahora.

»Por supuesto que he cambiado. Y es evidente que tú también. No había forma de que fuéramos las mismas personas después de perdernos; significábamos demasiado el uno para el otro. Así que supongo que lo que quiero decirte es que estoy sufriendo y estoy cabreado, pero supongo que lo entiendo. Lo que dijiste en esa carta tiene todo el sentido del mundo. Tenías que dejarme ir si querías tener la oportunidad de llevar una vida normal. Sé que en ese momento me amabas. Sé que no tuvo que ser nada fácil. Y por supuesto que sé que esto también es duro para ti. Mentiría si te dijera que no me di cuenta, al igual que tú.

Me abraza, me acerca a él y luego me dice lo que hemos tardado días en comprender.

—Nos amamos y nos perdimos. Y ahora, aunque el amor todavía sigue ahí, las piezas ya no encajan como antes.

Podría hacer un esfuerzo por encajar con el nuevo Jesse.

Y él podría hacer lo mismo por mí.

Pero el amor verdadero no funciona así.

—Esto es el final —dice Jesse—. Hemos terminado.

Lo miro a los ojos.

—Sí. Creo que esto se ha acabado.

Después de todo por lo que hemos pasado, jamás pensé que lo nuestro terminaría así.

Jesse y yo nos quedamos quietos, abrazándonos. Ninguno de los dos está listo para dejar ir al otro. Todavía tiene las manos frías. Las meto entre las mías. Las sostengo y comparto con él el calor de mi cuerpo.

Él saca una mano para apartarme un mechón de pelo de la cara. Entonces pienso que quizá *esto* es lo que significa el amor verdadero.

Puede que el amor verdadero consista en calentar a la otra persona cuando tiene frío, o en apartarle un mechón de pelo porque te preocupas por ella con cada fibra de tu ser aunque sabes que lo que hay entre vosotros no va a durar.

—No sé qué voy a hacer a partir de ahora —digo.

Jesse apoya la barbilla sobre mi cabeza y respira hondo. Después se aleja un poco para mirarme.

—No tienes que volver hasta mañana por la noche, ¿verdad?

—Sí —respondo.

—Pues entonces quedémonos aquí otro día. Podemos tomarnos nuestro tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A que sé lo que nos espera, pero todavía no estoy listo. Simplemente no lo estoy. Y no entiendo por qué no podemos pasar un poco más de tiempo juntos, un poco más de tiempo siendo felices juntos. He esperado tanto para estar aquí contigo que me parece una tontería desperdiciar este momento solo porque no va a durar.

Sonrío, encantada. Pienso en lo que está diciendo y me doy cuenta de que me siento exactamente igual; es como si te ofrecieran un vaso de agua justo cuando te das cuenta de que tienes sed.

—Me parece una idea estupenda —le digo—. Vamos a pasar un buen rato juntos, sin preocuparnos por el futuro.

—Gracias.

—Muy bien. Entonces, hasta mañana, tú yo dejaremos el mundo real al otro lado de esa puerta, sabiendo que nos enfrentaremos a él muy pronto. Pero por ahora, podemos dejar que todo sea como antes.

—Y mañana nos iremos a casa —indica Jesse.

—Sí. Y empezaremos a aprender a vivir de nuevo sin el otro.

—Y tú te casarás con Sam —dice él.

Asiento.

—Y tú seguramente volverás a California.

—Pero por ahora..., durante un día más...

—Seremos Emma y Jesse.

—Tal como éramos.

Me río.

—Sí, tal como éramos.

Jesse enciende la chimenea y vuelve a sentarse conmigo en el sofá. Me rodea con un brazo y me acerca al hueco de su hombro. Yo apoyo la cabeza en él.

Me siento bien entre sus brazos, me gusta estar viviendo este momento, sin preguntarme qué me deparará el futuro. Disfruto de la sensación de tenerlo a mi lado, la alegría de tenerlo tan cerca. Sé que no siempre será así.

Empieza a nevar de nuevo, y se forman pequeños cúmulos de nieve en un suelo que ya está cubierto por un manto blanco. Me aparto de los brazos de Jesse y me acerco a las puertas correderas de cristal para ver caer la nieve.

Todo está tranquilo y en silencio. La nieve es blanca y pura. Todavía no hay ninguna huella de botas.

—Se me acaba de ocurrir algo —le digo, volviéndome hacia él.

—¡Oh, oh!

—¿Hacemos ángeles de nieve?

—¿Ángeles de nieve? —pregunta.

—Sí, ángeles de nieve.

En cuanto salimos, me doy cuenta del fallo que tiene mi idea. Vamos a manchar una nieve inmaculada, caminando sobre ella. Aplastaremos algo que está intacto, solo por el mero hecho de estar aquí.

—¿Seguro que esto es lo que quieres hacer? —me pregunta—. Piensa en lo bien que estaríamos dentro, viendo una película, al calor de la chimenea.

—No, venga, esto es mejor.

—No te creas que estoy muy convencido —comenta él. Por el tono de su voz, ahora entiendo por qué la gente a veces describe el aire frío como «implacable». El frío no es implacable. Son las personas las que se muestran implacables con el frío.

Salgo corriendo, esperando que me alcance. Intento recordar lo que era ser adolescente y estar con él. Me tropiezo y me dejo caer de cara en la nieve. Me doy la vuelta. Veo que viene corriendo para atraparme.

—Vamos, tortuga —me burlo mientras estiro los brazos y las piernas y empiezo a moverlos de arriba abajo hasta que siento que he llegado hasta la capa cristalizada de hielo que hay justo encima de la hierba.

Jesse llega y se tumba a mi lado. Hace lo mismo con sus extremidades y empuja la nieve. Me levanto y lo miro.

—Buen trabajo —comento—. Una forma perfecta.

Jesse se pone de pie y contempla su creación.

—Puedes decirlo —le insto—. El tuyo es mejor que el mío.

—No seas tan crítica contigo misma —dice—. Algunas personas tienen un talento innato para el arte en la nieve. Y yo soy una de ellas.

Pongo los ojos en blanco y entro despacio en el centro de su ángel, donde no se notarán las huellas. Después me agacho y dibujo un halo donde estuvo su cabeza.

—Ahí lo tienes —digo—. *Ahora* sí que puedes llamarlo «arte».

Pero he cometido un error de principiante en la nieve. Le he dado la espalda. Y cuando vuelvo a levantarme, me lanza una bola de nieve.

Sacudo la cabeza y luego, muy lentamente y a conciencia, hago mi propia bola de nieve.

—No lo hagas —me advierte con una punzada de miedo en la voz.

—¡Pero si has empezado tú!

—Da igual. Lo que estás planeando te costará caro —dice.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer? —pregunto mientras me acerco despacio hacia él, saboreando el fugaz poder que tengo ahora mismo.

—Voy a... —empieza a decir. Pero entonces se lanza sobre mí sin previo aviso y me golpea en la mano, haciendo que se me caiga la bola de nieve y se estrelle directamente contra mi pierna.

—¡Acabas de darme con mi propia bola de nieve! —me quejo.

Hago otra a toda prisa y se la lanzo. Le doy en el cuello. Le acabo de declarar la guerra.

Jesse me tira una bola en el brazo y otra en la parte superior de la cabeza. Yo le doy con otra en pleno pecho, pero en cuanto veo la bola gigante que está haciendo, salgo corriendo.

En medio de esa carrera, vuelvo a tropezarme y me caigo. Me preparo, esperando recibir el impacto de una bola de nieve en cualquier momento. Pero cuando abro los ojos, veo que Jesse está parado justo encima de mí.

—¿Tregua? —me ofrece.

Asiento y arroja la última bola a unos cuantos metros de nosotros.

—¿Qué te parece si nos sentamos frente a la chimenea con unas mantas? —me pregunta.

Esta vez no dudo.

—Me apunto.

Cuando entramos en calor, Jesse se dirige hacia la pila de libros y películas que se han ido acumulando en la cabaña durante años. Hay algunos libros de bolsillo de saldo tan usados que se pueden ver grietas blancas en los lomos. Hay DVD de principios del 2000, incluso algunas cintas VHS.

Elegimos una película antigua e intentamos encender la televisión. Pero no funciona nada.

—¿Me lo parece a mí o esa tele lleva años muerta? —pregunta Jesse.

Compruebo si está conectada. Lo está. Pero cuando pulso varios botones, no sucede nada.

—Está rota —dice—. Debe de estar rota desde hace años, pero nadie la había encendido hasta ahora.

—Pues entonces un libro —decido, acercándome hacia la pila de libros—. He descubierto que es una forma maravillosa de pasar el rato. —Examino los lomos de los libros de la estantería y encuentro una novela fina de detectives de la que nunca había oído hablar, entre unos cuantos títulos de John Grisham y James Patterson. La saco—. ¿Por qué no leemos este?

—¿Juntos?

—Yo te leo un rato y tú otro —le explico. A Jesse no parece convencerle mucho la idea.

El sol empieza a ponerse, y aunque dentro no corremos el riesgo de tener frío, Jesse echa más leña al fuego. Luego encuentra una vieja botella de vino tinto bajo la barra y yo saco dos tarros de cristal vacíos de los armarios.

Nos bebemos el vino sentados junto a la chimenea.

Hablamos de los momentos en que nos hicimos sumamente felices, nos reímos de las ocasiones en las que nos sacamos de quicio. Hablamos de nuestra historia de amor como dos personas que discuten sobre una película que acaban de ver, es decir, hablamos de ella sabiendo cómo termina. Ahora, todos nuestros recuerdos se vuelven un poco diferentes, impregnados de un toque agrisado.

—Siempre fuiste la voz de la razón —me dice—. La que nunca permitió que dejáramos de tener los pies en la Tierra.

—Sí, pero tu siempre me diste el coraje para hacer lo que quería —replico—. No sé si habría tenido las agallas para hacer la mitad de lo que hice, sin ti animándome y creyendo en mí en todo momento.

Hablamos de nuestra boda, de la ceremonia junto al faro, del breve escarceo que mantuvimos en esta cabaña, de la recepción que dimos en esta misma calle. Le digo a Jesse que los recuerdos que tengo de ese día no se ven ensombrecidos por lo que vino después. Que solo siento alegría al pensar en ellos. Que doy las gracias por haber vivido un día como ese, sin importar cómo hayamos terminado.

Jesse, sin embargo, no está seguro de estar de acuerdo conmigo. Dice que a él le produce tristeza, porque representa una dolorosa ingenuidad del futuro

que le aguardaba, que siente lástima por el Jesse de ese día; el Jesse que no sabe lo que le espera. Que para él es un recordatorio de lo que podría haber tenido si no se hubiera subido a ese helicóptero. Pero luego confiesa que espera que algún día pueda verlo de la misma manera que yo.

—Si alguna vez empiezo a pensar como tú —señala—, te prometo que te buscaré para contártelo.

—Me encantaría —le respondo—. Siempre querré saber qué es de tu vida.

—Entonces supongo que es algo bueno que seas tan fácil de localizar —bromea él.

—Sí. No voy a irme a ninguna parte.

El fuego se va apagando y Jesse se acerca a él, coloca mejor los troncos y lo aviva soplando. Luego se vuelve hacia mí y volvemos a oír el crepitar de las llamas.

—¿Crees que habrías ido a la universidad en Los Ángeles de no ser por mí? —me pregunta.

—Puede que sí, puede que no. Lo que sí sé es que nunca habría sido tan feliz sin ti allí conmigo. Y que jamás me habría apuntado a esa clase de escritura de no ser por ti. Y desde luego no habría pasado un año en Sídney, ni todos esos meses en Europa si no hubieras venido conmigo. No creo que hubiera hecho muchas de las cosas que hice: buenas, malas, hermosas, trágicas o como quieras llamarlas. No habría tenido el coraje suficiente para hacerlas de no ser por ti.

—A veces me pregunto si habría aceptado que mis padres me empujaran a la natación profesional si no te hubiera conocido. Fuiste la primera persona a la que no le importaba nada lo buen nadador que era. La primera persona a la que le gusté solo por ser yo. Eso... eso cambia la vida de la gente. En serio. —Se vuelve y me mira con intensidad—. Soy la persona que soy gracias en gran parte a ti.

—¡Oh, Jesse! —digo con tanta ternura y cariño que se me encoge el corazón—. Yo no sería yo sin ti.

Entonces me besa.

Supongo que un beso solo es un beso. Pero jamás me había besado nadie como ahora. Es un beso triste, lleno de amor y de miedo, melancólico y tranquilo.

Cuando por fin nos separamos, me doy cuenta de que estoy un poco achispada, y de que Jesse también podría estarlo. La botella está vacía, y cuando voy a dejar el vaso, la tiro al suelo sin querer. El inconfundible sonido de una botella de vino al caerse no viene acompañado del estrépito de

cristales rotos. Doy las gracias por ello en silencio, y recojo la botella intacta y nuestros vasos.

Creo que ha llegado la hora de dedicarnos a cosas más suaves.

Traigo unos vasos con agua y le recuerdo lo del libro.

—¿En serio quieres que leamos un libro juntos? —pregunta.

—Es eso o jugar a Tabú.

Jesse accede, recoge unas mantas y cojines del sofá y nos acostamos en el suelo, cerca de la chimenea. Abro el libro que saqué antes.

—*Las reticentes aventuras de Cole Crane* —empiezo.

A veces leo en voz alta a un grupo de niños que viene a la librería los domingos por la mañana. He empezado a tener más confianza en mí misma y pongo voces distintas para los personajes, intentando que la narración sea más amena. Pero ahora no hago nada de eso. Soy solo yo. Leyendo un libro. A alguien a quien amo.

Por desgracia, es un libro malísimo. Pero malo hasta decir basta. A las mujeres las llaman «damas». Los hombres beben *whisky* y hacen pésimos juegos de palabras. Apenas he llegado a la página cinco cuando se lo paso a Jesse.

—Te toca. No puedo seguir.

—No —se queja él—. ¡Venga! Llevo años esperando para oír tu voz.

Así que leo un poco más. Cuando empiezo a sentir los ojos reseco por el calor del fuego, apenas me interesa saber qué pasa con la historia de misterio y tengo unas ganas enormes de que Cole Crane bese de una vez a Daphne Monroe.

Jesse acepta leer la segunda mitad mientras yo me tumbo en su regazo con los ojos cerrados.

Su voz es suave y pausada. Escucho sus altibajos, cómo fluyen sus palabras.

Cuando lleva más de una hora leyendo, me siento, le quito el libro y lo dejo en el suelo.

Sé lo que estoy a punto de hacer. Sé que es la última vez que lo haré. Y quiero que signifique algo. Durante años, nunca tuve la oportunidad de decirle adiós. Ahora que la tengo, sé que esta es la manera en que quiero hacerlo.

Así que lo beso como hace la gente cuando quiere empezar algo. Y eso es lo que sucede.

Me quito la camiseta. Le desabrocho los vaqueros y me tumbo encima de él. Es la última vez que sentiré su calor, la última vez que miraré hacia abajo

para verlo debajo de mí, con sus manos en mi cintura. La última vez que le diré que le quiero meciendo mis caderas y acariciándole el pecho.

Él no deja de mirarme en ningún momento. Veo cómo sus ojos recorren todo mi cuerpo, observándome, embebiéndose por entero de mí, intentando grabarlo en su memoria.

Siento que me ve por completo. Me siento apreciada, soy su centro de atención.

Nunca dejes que nadie te diga que la parte más romántica de una relación es el comienzo. La parte más romántica es cuando te das cuenta de que esa historia llega a su fin.

No sé si alguna vez he sido tan consciente de un momento como lo soy de este, mientras hago el amor con un hombre que una vez creí era mi alma gemela, que ahora sé que está destinado a otra persona, y no solo eso, que además rehará su vida en otro lugar.

Sus ojos nunca me han parecido tan cautivadores. Ni nunca me he sentido tan segura entre sus brazos. Acaricio las cicatrices de su cuerpo, entrelazo la mano izquierda con la suya derecha. Quiero que sepa lo hermoso que es para mí.

Cuando terminamos, estoy demasiado cansada y aturdida para lamentar nada. Me acurruco en su codo y le entrego el libro de nuevo.

—¿Me lees otra vez? —le pido—. Solo un poco más.

Quiero disfrutar de este momento. Solo un poco más.

—Sí —responde Jesse—. Lo que tú quieras.

Me quedo dormida en sus brazos, escuchando cómo lee el final del libro, y contenta porque Cole termina agarrando a Daphne por los hombros y diciéndole: «¡Por el amor de Dios, mujer! ¿No sabes que eres tú? ¿Que para mí siempre has sido tú?».

Desenamorarse de alguien que aún te gusta es como estar en una cama, calentita, y oír el despertador.

No importa lo bien que te sientas en ese momento, sabes que ha llegado la hora de despertarse.

Din. Din. Din.

El sol me está dando de lleno en la cara. Y el reloj de Jesse está sonando.

La portada de *Las reticentes aventuras de Cole Crane* está doblada hacia atrás, debajo de su pierna.

El fuego se ha apagado.

—Hora de levantarnos —le digo.

Jesse, que todavía está en proceso de despertarse, asiente con la cabeza y se frota la cara.

Ambos nos dirigimos a la cocina y tomamos algo. Yo me bebo un vaso lleno de agua y Jesse un poco de café frío que quedaba en la cafetera. Mira por la ventana de la cocina y se vuelve hacia mí.

—Está nevando otra vez —anuncia.

—¿Mucho? —pregunto. Me fijo en la ventana delantera y veo que hay un nuevo manto de nieve en el camino de entrada.

—Deberíamos salir cuanto antes —dice—. Creo que ahora está bastante despejado, pero no deberíamos esperar mucho más.

—Sí, buena idea. Voy a darme una ducha.

Jesse asiente, pero no dice nada más. Tampoco hace el amago de seguirme escaleras arriba. Ni bromea sobre mi desnudez. En cambio, se va hacia la chimenea y empieza a limpiarla.

Es ahí, al empezar a subir las escaleras sola, cuando siento todo el peso de la nueva realidad.

Jesse está en casa. Jesse está vivo.

Pero Jesse ya no es mío.

Tres cuartos de hora después, Jesse y yo hemos recogido nuestras cosas y estamos listos para irnos. Hemos lavado los platos, guardado lo que queda de comida, limpiado la cocina. Incluso *Las reticentes aventuras de Cole Crane* ha vuelto a la estantería, como si nunca lo hubiéramos leído. Si no hubiera estado aquí, juraría que nadie se ha pasado por aquí en mucho tiempo.

Jesse agarra las llaves y me abre la puerta principal. La atravieso con una dolorosa opresión en el corazón.

No me ofrezco a conducir porque sé que no me va a dejar. Hará las cosas a su manera y yo le dejaré. Así que me subo al asiento del copiloto y Jesse da marcha atrás con el coche.

Echo un último vistazo mientras nos alejamos de la cabaña.

Hay dos pares de huellas que salen de la puerta de entrada.

Empiezan juntas, pero toman distintas direcciones cuando nuestros pies se dirigen a nuestros respectivos lados del vehículo.

Sé que esas huellas desaparecerán pronto. Que no durarán hasta la noche si sigue nevando a este ritmo. Pero me siento bien mirando algo y entendiéndolo.

Las huellas comienzan juntas y se separan.

Lo entiendo.

No pasa nada.

Es la realidad pura y dura.

Dos amores verdaderos

O cómo reconciliarse con la verdad del amor.

Jesse y yo casi hemos llegado a New Hampshire cuando volvemos a hablar. Hasta ahora, solo hemos escuchado la radio, cada uno sumido en sus pensamientos durante la última hora y media.

Yo he pensado sobre todo en Sam.

En lo rápido que le crece la barba, en que se nota que le saldrán canas pronto, en las ganas que tengo de volver a pasar las tardes sentada con él al piano.

Espero que cuando le diga que es a él a quien amo, me crea.

Ha sido duro, pero por fin he descubierto quién soy y qué es lo que quiero. De hecho, nunca he tenido tan clara y cristalina mi identidad.

Soy Emma Blair.

Librera. Hermana. Hija. Tía. Pianista aficionada. Una enamorada de los gatos. De Nueva Inglaterra. Y la mujer que quiere casarse con Sam Kemper.

Eso no significa que haya llegado hasta aquí sin dolor ni tristeza. Todavía tengo que afrontar una pérdida.

Sé, en lo más profundo de mi alma, que en el momento en que salga de este coche, cuando Jesse me deje y se despidan, sentiré como si me estuviera partiendo por la mitad.

Me sentiré igual que cuando tenía nueve años y mi madre me llevó a hacerme los agujeros en las orejas por mi cumpleaños.

La fiesta fue esa misma noche. Llevaba un vestido azul que había escogido yo misma. Mi madre y yo elegimos unos aros de zafiro a juego. Me sentía muy mayor.

La mujer me puso la pistola en la oreja derecha y me dijo que quizá me dolería. Yo le contesté que estaba lista.

Y cuando el perno me atravesó, me quedé conmocionada. No supe qué era peor: si la presión de la pistola, el dolor del pinchazo o el escozor de la reciente herida.

Me estremecí y me quedé con los ojos cerrados un rato. Mi madre y la mujer me preguntaron si me encontraba bien y yo solo respondí: «¿Puede hacerme el otro agujero ya, por favor?».

Y en ese momento, ese dolor, esa sensación de saber exactamente lo que venía después y que sería horrible, es lo mismo que me destroza ahora por dentro.

Sé lo mucho que me va a doler perder a Jesse. Y estoy aquí, en este coche, esperando a que vuelvan a abrirme la herida.

—Cuando mis padres se hagan a la idea —dice Jesse mientras nos acercamos a la frontera del estado—, y sepa que estarán bien cuando me vaya, regresaré a Santa Mónica.

—¿Así que Santa Mónica? ¿No te apetece más ir a San Diego o al condado de Orange?

Jesse niega con la cabeza.

—Creo que Santa Mónica es mi lugar. Pensaba que tú y yo pasaríamos el resto de nuestras vidas allí. No supe muy bien qué hacer cuando me enteré de que habías vuelto a Acton pero, ¿sabes qué?, creo que me irá bien volver yo solo. —Lo dice como si, al dejarme ir, también se hubiera liberado de otras cosas.

—Si al final te vas, ¿nos mantendrás al tanto de tu vida?

—No tengo ninguna intención de permitir que nadie vuelva a ignorar por completo dónde y cómo me encuentro.

Sonrío y le aprieto la mano durante un instante. Miro por la ventana y observo el paisaje de los árboles desnudos y las señales de tráfico.

—¿Y tú? —pregunta Jesse después de un rato—. ¿Vas a casarte con Sam y vivir aquí para siempre?

—Sí, si todavía quiere casarse conmigo —respondo.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué no iba a querer hacerlo?

Me pongo a jugar con las salidas de la calefacción de mi lado del coche, intentando que el aire caliente me apunte de lleno.

—Porque le he hecho pasar un infierno —explico—. Y porque últimamente no he sido la prometida más fácil del mundo.

—Pero no ha sido por tu culpa —alude Jesse—. Esto solo ha sido una parte de la historia.

—Lo sé. Pero también sé que le he hecho daño. Y que la última vez que hablé con él me dijo que no lo llamara. Que sería él quien se pondría en contacto conmigo cuando estuviera listo para hablar.

—¿Y te ha llamado?

Vuelvo a revisar mi teléfono por si acaso. Pero no tengo nada de él.

—No.

—Querrá casarse contigo —indica Jesse. Lo dice con una seguridad tal que hace que me dé cuenta de lo insegura que yo me siento.

He arriesgado mi relación con Sam para ver si todavía quedaba algo con Jesse. Y sabía perfectamente lo que estaba haciendo. No puedo fingir lo

contrario.

Pero ahora que sé lo que de verdad quiero, a Sam, me da pavor haberlo perdido por no haberme dado cuenta antes.

—Bueno, y en caso de que no quiera... —empieza Jesse, justo cuando se da cuenta de que tiene que cambiar de carril. No termina la frase porque está concentrado en la carretera. Durante unos segundos, me pregunto si lo que iba a decirme era que, si Sam no quiere casarme conmigo, que volviera con él.

Me sorprende lo antinatural e inapropiado que sería eso.

Porque no he estado escogiendo entre Sam o Jesse. Nunca se trató de elegir entre uno u otro. Aunque, en ocasiones, llegué a pensar que era exactamente eso.

De lo que se trataba, era de comprobar si entre Jesse y yo todavía había algo.

Sé, como sé que robar está mal y que mi madre miente cuando dice que le gustan los cócteles de menta de mi padre, que lo que ha pasado entre Jesse y yo solo es culpa nuestra. Y no porque nadie estuviera esperando entre bastidores.

Hemos terminado porque ya no somos la persona adecuada para el otro.

Si Sam no quiere que volvamos a estar juntos después de esto, Jesse me llamará para asegurarse de que estoy bien y me mandará postales desde lugares soleados. Y ambos sabremos que podría irme con él, pero también que no lo haré. Y no pasará nada.

Porque tuvimos esto.

Tuvimos nuestros tres días en Maine.

Volvimos a unir y a romper nuestros corazones.

Y nos marchamos convertidos en dos mitades.

—Lo siento —se disculpa Jesse, ahora que ha hecho el cruce y puede volver a centrarse en la conversación—. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Si Sam no quiere casarse contigo, me encargaré de darle una paliza personalmente.

Me río ante la idea de Jesse peleando con Sam. Es absurdo. Jesse dejaría fuera de combate a Sam en unos tres segundos. Sería como uno de esos combates de boxeo donde uno de los contrincantes da un puñetazo al otro nada más sonar la campana y el pobre no sabe ni de dónde le ha llegado el golpe.

Sam, mi Sam, mi adorable y dulce Sam es un hombre de paz, no alguien a quien le gusten las confrontaciones. Y eso es algo que me encanta de él.

—Hablo en serio —continúa Jesse—. Todo esto ha sido una situación inimaginable. Si ese hombre no se da cuenta de eso, me aseguraré de que sufra un dolor inhumano.

—¡Oh! —digo con tono de broma—. ¡No le hagas nada! Estoy enamorada de él.

No pretendía soltar algo tan profundo, a pesar de que mis sentimientos por Sam lo son. Pero no importa cómo lo diga, porque, dadas las circunstancias, la frase nos ha dejado en una situación un tanto incómoda.

Veo a Jesse tragar saliva con fuerza antes de volver a hablar:

—Me alegro por ti. De verdad.

—Gracias. —Me alivia su generosidad. No creo que esté siendo sincero, al menos no ahora mismo. Pero lo está intentando con todas sus fuerzas. Y eso es algo digno de respeto.

—Y aquí es cuando terminamos nuestra conversación sobre él —dice Jesse—. Porque, de lo contrario, se me va a revolver el estómago.

—Me parece bien. —Asiento con la cabeza—. Estoy encantada de cambiar de tema.

—Queda poco para llegar a casa —anuncia—. Ya estamos casi en Tewksbury.

—¿Jugamos al Veo Veo?

Jesse se ríe.

—Sí, venga —dice—. Veo, veo... una cosita que empiece por la letra A.

Puede que las relaciones tengan que terminar entre lágrimas y gritos. O con la pareja diciéndose todo lo que nunca se ha dicho o haciéndose daño de una forma irreparable.

No lo sé.

Solo he terminado una relación en mi vida.

Y es esta.

Y esta terminará con un divertido juego de Veo Veo.

Miramos cosas, las adivinamos y nos reímos juntos.

Y cuando Jesse detiene el coche en el aparcamiento delantero de Blair Books, sé que solo tengo un momento antes de que la pistola me perfora la otra oreja.

—Te quiero —le digo—. Siempre te he querido y siempre te querré.

—Lo sé —responde él—. Siento lo mismo por ti. Ahora ve y disfruta de la nueva vida que te has construido.

Le doy un beso de despedida del tipo que le damos a los amigos en Nochevieja. No puedo besarlos de otro modo.

Recojo mis cosas y pongo la mano en la manija de la puerta del coche, pero todavía no estoy lista para abrirla.

—Has sido una persona magnífica a la que amar —le confieso—. Ha sido maravilloso quererte y que me quisieras.

—Bueno, es lo más fácil que he hecho en mi vida —responde él.

Le sonrío. Respiro hondo y me preparo para el dolor que sé que va a llegar.

—Prométeme que vas a cuidarte mucho —le pido—. Que me llamarás si necesitas cualquier cosa, lo que sea. Que... —No sé cómo expresar en palabras lo que quiero decirle. Ha pasado por tanto y quiero que me prometa, a mí y a todos sus seres queridos, que lo superará.

Jesse asiente y me hace un gesto con la mano.

—Sé lo que quieres decirme. Y sí, te lo prometo.

—De acuerdo —digo. Le sonrío con ternura. Abro la puerta. Pongo los pies en el asfalto. Salgo del coche y cierro la puerta detrás de mí.

Jesse se despide de mí con la mano y da marcha atrás con el coche. Le veo maniobrar para salir del aparcamiento. Me duele tanto como me imaginaba. La opresión en el pecho, el sufrimiento, el ardor.

Le digo adiós también con la mano mientras entra en la calle principal.

Y luego ya no está.

Cierro los ojos unos segundos, intentando procesar lo que acaba de pasar. *Se ha terminado. Jesse está vivo y en casa. Y nuestro matrimonio se ha acabado.*

Mi librería.

Me doy la vuelta y entro por la puerta.

Regreso a los libros, a mi familia y a ese día de primavera que llegará en unos meses, donde parecerá que el sol brilla para siempre y todo florece. Regreso a los sándwiches de queso vegano, a las imágenes de gatos y a *El hombre del piano*.

Regreso a Sam.

A casa.

Y al igual que el día que me hice los agujeros en las orejas, cuando el dolor desaparezca, me sentiré más madura.

Mi madre y mi padre están en la tienda. Antes de que me dé tiempo a acercarme a saludarlos, oigo un llanto infantil que proviene del otro extremo de la librería.

—¿Están las niñas por aquí? —pregunto mientras abrazo a mis padres.

—Sí, están con Marie en la sección infantil —responde mi madre.

—¿Cómo estás? ¿Cómo ha ido todo? —quiere saber mi padre.

Abro la boca para contestarle, pero hay mucho que explicar y ahora mismo no estoy de humor para entrar en detalles. Así que me limito a decir:

—He echado de menos a Sam.

En realidad, con esa sola frase lo explico todo. De forma sucinta e indolora.

Mis padres se miran el uno al otro y sonríen, como si formaran parte de un club selecto de solo dos miembros que sabían lo que iba a hacer desde el principio.

Detesto la idea de ser tan predecible, sobre todo para mis padres. Pero más que nada me alivia saber que he tomado la decisión más acertada. Porque, al fin y al cabo, son mis padres. Y cuando nos hacemos lo suficientemente mayores, no nos queda otra que reconocer que muchas veces saben lo que es mejor para nosotros.

Oigo a Marie intentando calmar a Sophie y a Ava. Rodeo la caja registradora para verlas mejor. Ambas están llorando, con la cara roja y las manos en la cabeza. Miro a mis padres.

—Ava ha ido corriendo hacia Sophie y se han dado un coscorrón —me explica mi madre.

Mi padre se mete los dedos en los oídos, como si sus gritos fueran a reventarle los tímpanos.

—Está ayudando mucho al negocio.

Cuando el llanto de mis sobrinas disminuye, reduciéndose a unos sollozos más tranquilos, aunque igual de teatrales, Marie se acerca a mí.

Me vuelvo a mis padres.

—Por cierto, tenemos que hablar de Tina —les digo.

Ninguno de los dos me mira directamente a los ojos.

—Podemos dejarlo para otro momento —comenta mi padre—. Cuando las cosas sean menos dramáticas.

Mi madre elude mi mirada y se pone a colocar cosas debajo de la caja registradora. Mi padre finge estar concentrado en el calendario que hay en el mostrador. Llevo siendo su hija demasiados años para tragarme este tipo de pantomimas. Me están ocultando algo.

—¿Qué pasa? —inquiero—. ¿Qué no me estáis contando?

—¡Oh, cariño! No es nada —se apresura a responder mi madre, y casi me la creo. Pero entonces veo la expresión de mi padre, una mezcla de «¿En serio ha colado?» y «¡Oh, Dios mío! Deberíamos decírselo ahora mismo».

—Hemos tenido algunas..., ya sabes..., ideas de cómo llevar la librería —suelta por fin mi padre—. Pero podemos hablar de ello más tarde.

Cuando Marie llega con cara de haberme quitado mi suéter favorito, me doy cuenta de que ella también está metida en el ajo.

—Vamos, por favor, bastante tengo ya como para aguantar a que me digáis lo que sea que tengáis que contarme.

—No es nada —dice Marie. La miro con el ceño fruncido, dejándole claro que no me la creo en absoluto. Lo que funciona porque desembucha al instante—: Está bien. Quiero el puesto.

—¿Qué puesto? —pregunto.

—El de encargada adjunta.

—¿Aquí?

—Sí, lo quiero. Papá y mamá creen que es una idea estupenda, pero evidentemente depende de ti.

—¿Quieres trabajar aquí? —Sigo sin poder creérmelo—. ¿Conmigo?

—Sí.

—¿En esta tienda?

—¿Lo veis? Sabía que no era el momento adecuado para hablar de esto.

—No —digo, negando con la cabeza—. Solo me ha pillado por sorpresa.

—Lo sé —reconoce ella—. Pero esto podría ser lo que necesito. Algo que hacer fuera de casa, que no tenga nada que ver con orinales, con la audición o con la sordera. De hecho, creo que es bastante mejor idea que la de volver a escribir. Me hace mucha ilusión y hay adultos de por medio. Sería una razón para ponerme un par de pantalones de vestir. Emma, necesito una razón para ponerme unos pantalones de vestir.

—De acuerdo... —digo.

—No puedo aceptar un trabajo a jornada completa, pero un puesto de encargada adjunta me vendría muy bien. Sobre todo porque papá y mamá podrían ayudarme con las niñas, o suplirme aquí si no puedo venir. Supongo que lo que estoy intentando decirte es... ¡Por favor, contrátame!

—Pero tú eras la que solía llevar la tienda. Sería tu jefa.

Marie alza las manos, en un gesto de fingida rendición.

—Tú estás al mando. Sé que dejé el trabajo y lo estás haciendo de maravilla. No estoy intentando ocupar el lugar de nadie. Si más adelante decido que quiero tener un papel más activo en la librería, será mi problema y ya lidiaré con ello. Además, si llega el caso, siempre puedo ser la gerente de algunas de las tiendas de Mike. Pero ahora mismo lo único que quiero es pasar más tiempo aquí, contigo.

Marie ha soltado su discurso y ahora me toca a mí responder. Siento las miradas de mi madre, de mi padre y de mi hermana clavadas en mí. Sophie y Ava, ya más tranquilas, se agarran a la pierna de su madre.

—¿Entonces? —pregunta Marie.

Empiezo a reírme. Me parece tan absurdo... Los tres empiezan a preocuparse, sin saber qué es lo que me resulta tan gracioso. Así que recobro la compostura e intento no mantenerlos más en suspenso.

Me asusta la idea de tener a Marie trabajando bajo mis órdenes. Hace que me sienta un tanto incómoda y me preocupa que esto pueda socavar un poco la buena relación que tenemos ahora. Pero también creo que podría ser una experiencia fabulosa. Tendría a alguien con quien compartir la librería, alguien que comprenda lo importante que es, que sienta pasión no solo por los libros, sino por la historia que tiene esta tienda. Y trabajar juntas, pasar más tiempo juntas, podría unirnos todavía más.

Así que creo que es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

Estoy lista para apostar por Marie y por mí.

—Muy bien —digo—. Estás contratada.

La sonrisa que aparece en el rostro de mi padre es tan amplia y sincera que a la Emma adolescente le habrían entrado ganas de vomitar. Pero ya no soy una adolescente y no me voy a morir por hacer que el sueño de mi padre se haga realidad.

—Está bien, papá. Tus chicas van a encargarse de tu librería.

Por primera vez en mi vida, me pregunto si Marie y yo no funcionamos mejor juntas que separadas.

Emma y Marie.

Nuestro momento de celebración se ve interrumpido por un cliente que le dice a mi padre que está buscando un libro para su esposa. Oigo a mi padre preguntarle por el título y el hombre responde:

—No lo sé, y tampoco estoy seguro de quién lo escribió. No recuerdo de qué va, pero sí que la portada es azul.

Veo a mis padres intercambiar una mirada de saber lo que viene a continuación y luego ambos se disponen a ayudarlo.

Mientras se alejan, Marie me mira.

—¿Qué ha pasado en Maine? ¿Vas a volver con Sam?

—En realidad no lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sé que quiero volver con Sam, pero me dijo que no lo llamara, incluso aunque hubiera tomado una decisión. Que ya me avisaría él cuando estuviera listo para hablar, no al revés.

Marie hace un gesto, restándole importancia.

—Seguro que se refería al caso de que lo rechazaras. No a que, si tenías buenas noticias, no se las dijeras.

—No lo sé. Creo que está bastante molesto.

—Pues claro que lo está. Pero esa es otra razón más para ir a buscarlo y hablar con él.

—Quiero respetar su decisión —digo.

—Emma, hazme caso. Vete ahora mismo a buscarle y dile que quieres estar con él.

—¿Quieres decir que vaya a su despacho en la escuela?

—¡Sí! —exclama mi hermana—. Hazlo ya. A ver, no le propongamos matrimonio frente a un grupo de críos ni nada por el estilo. ¡Pero sí! ¡Sal corriendo!

—Sí. —Empiezo a sentirme confiada—. Sí, creo que tienes razón.

Mis padres se acercan a la caja y llaman al hombre. No debe de haber encontrado lo que buscaba, pero va a salir de aquí con un ejemplar de *Mujercitas*. Sin duda, mis padres han intentado averiguar de qué libro se trataba y al final se han dado por vencidos y han decidido venderle algo de Louisa May Alcott.

Siempre quieren vender *Mujercitas* a todo el mundo. Porque es un gran libro, sin duda, pero también porque están orgullosos de que se escribiera a pocos kilómetros de aquí. Seguro que también han tratado de venderle algunos de los ejemplares de Henry David Thoreau o Ralph Waldo Emerson que tenemos en la tienda.

No suelo presionar a los clientes para que compren a los trascendentalistas como ellos. Esos títulos tardan más en venderse que cuando mis padres llevaban la librería.

Nunca me han hecho pasar un mal trago por eso. Mi padre nunca ha preguntado por qué hay ejemplares de *Desobediencia civil* acumulando polvo.

Mis padres me dieron un regalo increíble: me dejaron esta tienda, proporcionándome un futuro, pero nunca me obligaron a llevarlo a su manera.

Ahora vendemos más periódicos y velas. Vendemos más novela juvenil de lo que hemos hecho en años. Pero vendemos menos clásicos y tapas duras. Puede que se deba a que el mercado está cambiando, pero también creo que es por mí. Porque hago las cosas de forma distinta, tanto para bien como para mal.

Quizá las cosas vuelvan a cambiar con el regreso de Marie. Podemos hacernos incluso más fuertes.

El hombre se marcha y yo me preparo para ir a mi coche e intentar recuperar al amor de mi vida.

—Está bien —digo—. Me marchó. Deséame suerte.

Cuando llego a la puerta me doy la vuelta. Tengo que expresar con palabras algo que nunca les he dicho.

—Gracias —les digo a mis padres—. Por confiar en mí con la librería y por tener la paciencia necesaria para que me enamorara de ella, por mí misma y a mi manera. Gracias por guiarme hacia una vida con la que soy feliz.

Durante un minuto, mi madre parece estar a punto de ponerse a llorar, pero no lo hace.

—Pues claro, cariño —dice, mientras mi padre me guiña un ojo. Así son los padres.

Les das las gracias por las cosas que han dado forma a todo tu mundo y su respuesta es: «Pues claro».

Al salir por la puerta, me giro hacia Marie y le digo:

—Bienvenida de nuevo.

Cuando entro en mi coche en el aparcamiento trasero, encuentro el sándwich que dejé hace varios días en el asiento delantero. Ahora el interior del vehículo despidе un olor agrio y putrefacto. Agarro el sándwich, lo tiro a la basura y abro las puertas del coche para que se airee un poco.

Y es ahí cuando veo llegar otro vehículo.

No necesito mirar a través del limpiaparabrisas para saber de quién se trata.

Pero, como era de esperar, lo hago.

Sam.

El corazón me empieza a ir a toda velocidad. Siento los latidos acompasados bajo el pecho.

Corro hacia el coche justo cuando él se baja.

Lleva pantalones de vestir, una camisa, la corbata suelta y el abrigo desabrochado.

Todavía es mediodía, debería estar en el colegio.

En vez de eso, está en el aparcamiento de mi tienda, con los ojos rojos.

Lo miro y me doy cuenta de que está hecho polvo.

—Tengo que hablar contigo —dice. Veo salir el vaho de su boca.

—Yo también tengo que hablar contigo.

—No. —Sam levanta la mano—. Yo primero.

Noto cómo se me empieza a romper el corazón. *¿Esto es el final?* Me destroza por dentro que mi inseguridad haya provocado que el hombre al que amo dude de mí. Siento la imperiosa necesidad de detener el tiempo, de prolongar este momento, de pasar todo el rato que pueda con él antes de que me deje..., si eso es lo que está a punto de hacer.

—¿Podemos meternos en el coche? —le pido—. ¿Con la calefacción?

Sam asiente y abre la puerta de su coche. Yo rodeo el vehículo y me siento en el asiento del copiloto. Me froto las manos para entrar en calor. Sam enciende la calefacción y esperamos a que la temperatura del interior aumente unos pocos grados. Al cabo de un rato, ya no tengo las manos heladas.

—Mira —empieza Sam—, me he pasado los últimos cuatro días pensando.

Tengo la sensación de que ha transcurrido toda una vida, pero solo han sido cuatro días.

—No puedo hacer esto —continúa, volviéndose hacia mí—. No puedo vivir así. No puedo... Esto no está funcionando.

—De acuerdo —digo. Me empieza a doler el pecho, como si mi cuerpo no pudiera soportar oír esto.

—Tienes que volver a casa —dice.

Lo miro.

—¿Qué?

—Hace quince años, vi cómo te ibas con Jesse y me dije a mí mismo que era tu decisión y que no había nada que pudiera hacer. Y ahora, después de todo este tiempo, aquí me tienes, haciendo lo mismo. Y no... No puedo volver a hacerlo. Voy a luchar por ti.

»Me he marchado de clase después de la quinta sesión porque me estaba planteando enseñar a tocar a la banda de *jazz Total Eclipse of the Heart*. No puedo vivir sin ti. He pasado estos últimos días desolado, como un pájaro con un ala rota, esperando a que regresaras. Pero no me basta con esperar. Ahora soy un hombre adulto, no un adolescente como la primera vez. Y la esperanza ya no es suficiente. Tengo que luchar por ti. Así que aquí me tienes. Esto es lo que voy a hacer. Voy a plantarle cara a toda esta situación.

Me agarra de la mano y me suplica.

—Soy el hombre perfecto para ti, Emma. Lo que tenemos es... amor verdadero. Te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Eres mi alma gemela. Puedo hacerte feliz —me asegura—. Puedo darte la vida que quieres. Cástate conmigo, Emma, *conmigo*.

—¡Oh, Dios mío! —Siento un alivio enorme—. ¡Vaya par de tontos que estamos hechos!

—¿De qué estás hablando? —inquire Sam—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿Vas a luchar por mí? —pregunto.

—Sí.

—Ahora mismo, iba de camino a tu trabajo para luchar por ti.

Sam se queda desconcertado, sin palabras. Entonces se rompe y pregunta:

—¿En serio?

—Te quiero, cariño —le digo—. Quiero estar contigo el resto de mi vida. Siento haber tenido que ocuparme del pasado, pero ya está zanjado. Se acabó. Sé que eres el hombre con el que quiero pasar todos los días que me queden. Adoro nuestra vida juntos. Quiero casarme contigo. Siento haber perdido el norte. Ahora lo tengo claro. Te quiero.

—¿Y Jesse?

—Quiero a Jesse. Siempre le querré. Pero él era el hombre adecuado para mí en el pasado. Ahora tú eres el hombre perfecto. Y siempre lo serás.

Sam respira hondo, dejando que mis palabras entren en sus oídos y las asimile su cerebro.

—¿Lo dices en serio? —quiere saber—. ¿O solo lo haces para que el momento sea más dramático y maravilloso?

—No, no es mi intención ser dramática ni maravillosa.

—Bueno, en realidad lo has conseguido.

—Pero lo digo en serio. Todo. Siempre que puedas perdonar mi inseguridad, mi necesidad de marcharme, de pasar más tiempo con él para averiguar lo que creo que ya sabía.

—Puedo perdonártelo —dice él—. Por supuesto que puedo.

Es importante para mí que sepa lo que he hecho.

—Fuimos juntos a Maine, solos —explico.

No digo nada más, porque sé que no hace falta.

Sam niega con la cabeza.

—No quiero oír ni una sola palabra más al respecto. No quiero saberlo. Se acabó. Forma parte del pasado. Lo único que importa es lo que pase a partir de hoy.

Asiento, desesperada por que me crea.

—A partir de hoy no quiero nada ni a nadie que no seas tú. Para siempre.

Cierra los ojos, embebiéndose de mis palabras.

—¿Entonces vas a ser mi esposa? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja. No sé si alguna vez me he sentido más querida que en este momento, cuando la idea de que me case con él hace que su cara refleje una dicha tan inmensa.

—Sí —respondo—. ¡Dios, sí!

Sam se acerca a mi lado del coche y me besa, exultante. Mis lágrimas por fin son de felicidad. El corazón ya no se me acelera, sino que rebosa alegría.

Se acabaron los sentimientos contradictorios, la incertidumbre.

—Te quiero —le digo—. Creo que nunca me he dado cuenta de lo mucho que te quiero hasta ahora. —Creo que es una buena señal que, ante un desafío como este, nuestro amor haya crecido, en vez de mermar. Creo que es un buen presagio para nuestro futuro, para todas las cosas que nos aguardan: matrimonio, hijos...

—¡Oh, Dios! Tenía tanto miedo de perderte... —confiesa Sam—. Me estaba derrumbando, preocupado por no poder salvar lo mejor que me ha pasado en la vida.

—No me has perdido. Estoy aquí. Justo aquí.

Lo beso.

Ambos estamos sentados, medio apoyados en el centro del salpicadero, con los cuellos torcidos y la palanca de cambios clavada en la rodilla. Quiero estar lo más cerca posible de él. Sam me besa la sien y puedo oler el aroma a detergente de su camisa.

—¿Me llevas a casa? —pregunto.

Sam sonrío. Es el tipo de sonrisa que puede transformarse en lágrimas en cualquier momento.

—Por supuesto.

Me aparto de él y me acomodo en el asiento mientras él da marcha atrás con el coche y retrocede.

Me he dejado el teléfono y la cartera en mi coche, igual que la bolsa de viaje con todas mis cosas. Pero no lo detengo. No le pido que espere un momento para recogerlos. Porque no los necesito. Ahora mismo no necesito nada que no tenga ya en este instante.

Sam me agarra la mano izquierda con la derecha y, excepto por los veinte segundos que tardo en abrir la guantera y sacar su cedé preferido de Charles Mingus, vamos así hasta casa. Sigo sin soportar el *jazz* y a él continúa encantándole. Sam y yo seguimos siendo los mismos que éramos en el pasado, tanto en lo importante, como en las cosas más insignificantes. Cuando empieza a sonar la música, me mira asombrado.

—Odias a Mingus —me dice.

—Pero te quiero, así que...

Parece aceptar la explicación y vuelve a agarrarme la mano. No hay tensión, ninguna presión. Estamos en paz simplemente con estar al lado el uno del otro. Siento una profunda tranquilidad mientras veo las calles nevadas de Acton transformarse en el paisaje de Concord, con los árboles de hoja perenne que hay a ambos lados de la carretera que nos llevan a través de Lexington y Belmont, hasta llegar a las aceras y edificios de ladrillo de Cambridge. El mundo me parece un espejo y lo que veo ante mí por fin está en perfecta sincronía con lo que soy.

Me siento yo misma en estas calles, con este hombre.

Aparcamos y nos dirigimos a nuestro apartamento. Voy acurrucada en el hueco de su brazo, protegiéndome con su cuerpo del frío.

Sam gira la llave y cuando cierra la puerta detrás de nosotros, siento como si hubiéramos dejado el mundo a un lado. Cuando me besa, sus labios aún están fríos y noto cómo se calientan con mi contacto.

—Hola —me dice sonriendo. Es el tipo de «Hola» que significa de todo, menos «Hola».

—Hola —le respondo.

El olor de nuestro apartamento, un olor que no estoy segura de haber percibido hasta ahora, es fresco y picante, como la pasta de dientes de canela. Veo a los dos gatos debajo del piano. Están bien. *Todo* está bien.

Sam se cierne sobre mí mientras me apoyo en la puerta de entrada. Me acuna la mejilla con la mano, me roza con los dedos el pelo y debajo del ojo con el pulgar.

—Tenía miedo de haber perdido estas pecas tuyas para siempre —dice, mirándome fijamente a los ojos. Su mirada me reconforta, me siento a salvo. Muevo la cabeza contra su mano, apretándome contra ella.

—No las has perdido. Estoy aquí. Y haré cualquier cosa para estar contigo. Lo que sea. Para el resto de nuestras vidas.

—No necesito nada de ti —confiesa Sam—. Solo a ti. Solo tu presencia.

Coloco los brazos alrededor de sus hombros y lo acerco a mí. El peso de su cuerpo contra el mío me excita y relaja al mismo tiempo. Puedo oler el fijador que usa para el pelo. Siento su incipiente barba en las mejillas.

—Lo eres todo para mí —le susurro—. Para siempre. Los dos juntos.

Me equivoqué cuando dije que no hay nada más romántico que cuando una relación se acaba.

Es esto.

No hay nada más romántico que esto. Tener entre tus brazos a la persona que crees que has perdido y saber que nunca volverás a correr ese riesgo.

No creo que solo pueda existir un amor verdadero.

Creo que el amor verdadero es amar poniendo todo de tu parte.

Amar de verdad. Por completo.

Puede que, si eres del tipo de persona que está dispuesta a dar todo de sí misma, a amar con todo tu corazón aunque sepas lo mucho que eso puede llegar a doler, tal vez consigas tener varios amores verdaderos. Quizás esa sea la recompensa que obtienes por ser valiente.

Soy una mujer que se atrevió a volver a amar.

Que por fin se ha dado cuenta de que eso es algo que le encanta de sí misma.

Es duro amar después de que te rompan el corazón. Es doloroso y te obliga a ser honesta contigo misma sobre quién eres. Tienes que esforzarte mucho para encontrar las palabras que describan tus sentimientos, porque no encajan en ningún estándar prefabricado.

Pero merece la pena.
Porque mira lo que consigues.
Grandes amores.
Amores que significan algo.
Amores de verdad.
Los amores de tu vida.

Para mi segunda boda llevo un vestido lavanda claro. Es elegante y vistoso. Como el vestido de novia de una mujer que ha vivido una vida plena antes de casarse. El vestido de una persona fuerte y experimentada que ha tomado una bonita decisión. Marie es mi dama de honor principal. Ava es la niña de las flores y Sophie es la encargada de llevar los anillos. Olive da un discurso que hace llorar a la mitad de los invitados. Sam y yo pasamos nuestra luna de miel en Montreal.

Y ocho meses y nueve días después de que Sam y yo pronunciemos nuestros votos delante de todos nuestros amigos y familia, estoy hablando con Olive por teléfono mientras cierro la librería en una agradable noche de verano.

Marie se ha ido temprano para recoger a las niñas de casa de nuestros padres. Vamos a cenar todos juntos en casa de mi hermana y mi cuñado. Mike está preparando unos filetes a la parilla y Sam ha prometido a Sophie y a Ava que les hará unos sándwiches de queso fundido.

Olive me está hablando de la fiesta del primer cumpleaños que está organizando para su bebé, Piper, cuando oigo el familiar sonido de otra llamada entrante.

—Me está llamando alguien —le digo—. Te dejo.

—De acuerdo. ¡Oh, espera! Quería preguntarte si crees que los animales marinos es un tema...

—¡Olive! —me quejo—. Tengo que colgar.

—Vale, pero... ¿te gustan los animales marinos como tema para el cumpleaños o no?

—Creo que depende de los animales, pero no puedo hablar de esto ahora.

—Ballenas, delfines, algún otro tipo de pez —explica Olive mientras yo gruño al otro lado de la línea—. ¡Está bien! Mañana podemos hacer una videollamada.

Cuelgo y miro el teléfono para ver quién me está llamando.

No reconozco el número, pero sí el prefijo.

310

Santa Mónica, California.

—¿Hola?

—¿Emma? —Sé a quién pertenece esa voz. A alguien a quien nunca podría olvidar.

—¿Jesse?

—Hola.

—¡Hola!

—¿Cómo estás? —me pregunta como si nada, como si hablásemos todos los días. He recibido varias postales tuyas de California, incluso una de Lisboa. Con mensajes breves y cariñosos donde me dice cómo le va y dónde está. Siempre sé que está bien. Pero no nos enviamos mensajes a menudo. Y nunca hablamos por teléfono.

—Bien —respondo—. Muy bien. ¿Y tú?

—Bien también —dice—. Aunque os echo de menos a todos los de Acton, por supuesto.

—Por supuesto.

—Pero estoy bien. Soy muy feliz aquí.

No sé qué más decirle. No entiendo el motivo de su llamada. Mi silencio hace que nos estaquemos un momento. Y luego, sin más, suelta:

—He conocido a alguien.

No debería sorprenderme, ni de que haya conocido a alguien, ni de que quiera contármelo. Pero ambas lo consiguen.

—¿Sí? ¡Qué maravilla!

—Sí, ella es... es increíble. En serio. Es única. Es una surfista profesional. ¿No te parece una locura? Jamás pensé que me enamoraría de una surfista.

Me río.

—No sé. —Cierro la tienda y voy hacia el coche. Aunque es de noche, todavía hay luz solar. Echaré de menos esto cuando llegue octubre. Haré todo lo posible por disfrutarlo ahora—. Creo que sí que tiene sentido que te enamores de una surfista. No puede haber algo más californiano que eso.

—Sí, puede que tengas razón. —Jesse también se ríe.

—¿Cómo se llama?

—Britt —responde.

—Jesse y Britt. Suena bien.

—Sí, a mí también me lo parece. Y estamos muy a gusto juntos.

—¡Oh, Jesse, qué bien! ¡No sabes cuánto me alegra oírte decir eso!

—Quería decirte —empieza, pero se queda callado unos segundos.

—¿Sí?

—Que ahora lo entiendo. Entiendo lo que me dijiste. Eso de que enamorarte de Sam no significaba que me hubieras olvidado. Que no cambia lo que sentiste por mí. Que no resta importancia a la gente que has amado antes.

»En aquel momento no lo comprendí. Pensaba... pensaba que si le elegías a él, era porque no me querías. Que si lo nuestro no salió bien, fue porque cometimos un error o habíamos fracasado. Pero ahora lo entiendo. Porque la quiero. La quiero tanto que veo todo con más claridad. Y eso no cambia lo que he sentido por ti, ni lo agradecido que estoy por haberte querido. Es solo que...

—Soy el pasado. Y ella es el presente.

—Sí —repite, aliviado porque haya expresado en palabras lo que quería decir y así no haya tenido que buscarlas él—. Exactamente eso.

Creo que, cuando te vuelves a enamorar, renuncias un poco a la persona que amaste antes; solo un poco. Pero no borra nada. No cambia lo que viviste. Ni siquiera lo dejas tan atrás que no puedas recordarlo al instante, como si se tratara de un libro que leíste hace mucho tiempo y tuvieras que leerlo de nuevo.

—Supongo que lo que quiero decirte es que ahora pienso como tú. Que estoy inmensamente agradecido por haberme casado contigo, por el día de nuestra boda. Solo porque algo no esté destinado a durar toda la vida no significa que no tuviera que pasar. Estábamos destinados a estar juntos.

Estoy sentada en el asiento del conductor, sin poder hacer otra cosa que escucharlo.

—Tú y yo no vamos a pasar la vida juntos —continúa Jesse—. Pero por fin entiendo que eso no disminuye ni un ápice la belleza de que una vez fuimos hechos el uno para el otro.

—El amor verdadero a veces no dura para siempre. No tiene por qué ser de por vida.

—Cierto. Y eso no significa que no fuera amor verdadero —dice él.

Fue real.

Y ahora se acabó.

Y no pasa nada.

—Soy quien soy porque una vez te quise —contempla él.

—Y yo también soy quien soy porque una vez te amé.

Y luego nos despedimos.

Agradecimientos

Mi abuela, Linda Morris, vivió toda su vida en Acton. Falleció unas semanas antes de que empezara a escribir este libro. Fue mi viaje allí, para su funeral en octubre, con esas preciosas hojas cayendo y el aire frío, lo que hizo que me diera cuenta de lo mucho que amo el lugar de donde vengo. Y de lo mucho que quería escribir sobre esto en honor a mi abuela. Las personas que forman parte de mi vida y a los que llevo queriendo desde hace más tiempo son de Acton y sus alrededores. Así que esta es mi forma de decir no solo *gracias* sino también *os adoro*.

Este libro, y todos los que he escrito, no habrían sido posibles sin tres mujeres en particular: mis editoras, Greer Hendricks y Sarah Cantin, y mi agente, Carly Watters.

Greer, gracias por encontrar todos los fallos que no pude ver y por confiar en que hallaría la forma de solucionarlos. Ambas son cualidades muy necesarias y no puedo estar más feliz de que formes parte de mi equipo. Sarah, gracias por ser toda una campeona. Sé que mi trabajo está en buenas manos en Atria y eso es debido a lo buena que eres en lo que haces. Carly, gracias por mostrarte siempre tan entusiasmada con mi trabajo como lo hago yo y por saber lo que voy a pedirte antes de decírtelo siquiera. Después de cuatro libros, todavía siento que tuve muchísima suerte con que me representaras en este periplo.

A los equipos de Crystal Patriarche y BookSparks, sois las superestrellas de la publicidad. Tory, gracias por lidiar con cada una de las preguntas raras que te hago con paciencia y elegancia. Brad Mendelsohn, gracias no solo por ser un representante increíble que siempre va diez pasos por delante, sino también por montar (por fin) el trampolín a tus hijas.

Gracias a todos los de Atria, sobre todo a Judith Curr, por hacer de Atria un sello excepcional del que formar parte. Me siento increíblemente afortunada por que mi libro haya pasado de mano en mano, a cual más talentosa, hasta su publicación.

A todos los blogueros que me apoyan día tras día. Este libro existe porque habéis conseguido movilizar a los lectores. Hacéis que mi trabajo sea más

divertido y vuestra pasión por las grandes historias y personajes es contagiosa. Gracias por recordarme siempre por qué me encanta lo que hago y por ayudarme a llegar a un público diverso e increíble. Os debo una (o un millón).

A todos los amigos y parientes a los que he dado antes las gracias, os las vuelvo a dar. A Andy Bauch y a mi familia política, los Reid y los Hanes, os he dedicado este libro porque a pesar de lo mucho que adoro Acton, también me encanta Los Ángeles, y eso es en gran parte gracias a todos vosotros. Gracias por apoyarme siempre y por hacer que considere que esta ciudad enorme es también mi hogar.

A mi madre y a mi hermano, Mindy y Jake, os quiero, chicos. Mamá, gracias por mudarnos a Acton y así poder tener una educación excepcional, una red de apoyo increíble y, con el tiempo, un lugar sobre el que escribir. Jake, gracias por mudarte a Los Ángeles, así tengo a alguien con quien hablar cuando echo de menos el restaurante Makaha y los Honey Stung Drummies de Roche Bros.

Y por último, pero no menos importante, a Alex Jenkins Reid. Gracias por leer todo lo que escribo como si fuera tuyo, por ser lo suficientemente considerado para decirme lo que está bien y lo suficientemente honesto para señalarme lo que hay que tirar directamente a la basura. Y cuando esto último sucede, gracias por traerme una taza de té helado y unas magdalenas. Gracias por esperar hasta que estoy lista para intentarlo de nuevo y luego remangarte, sentarte a mi lado y decir: «Vamos a solucionarlo». Tienes razón. Siempre lo conseguimos.

Entrevista a Taylor Jenkins Reid sobre la novela

Cuando te propusiste escribir *Los dos amores de mi vida*, ¿sabías ya si Emma iba a terminar con Jesse o con Sam? ¿Tuviste en algún momento especial predilección por uno o por otro?

¡Buena pregunta! Antes de sentarme a escribir la primera palabra de la novela, pasé un montón de tiempo intentando decidir cuál creía que sería la auténtica cuestión de la situación. Me pregunté a mí misma (y a muchos de mis amigos) qué creían que harían si tuvieran que enfrentarse a algo como esto. Y entonces vi que había una respuesta que simplemente me parecía más sincera que la otra. Y cuando lo tuve claro, empecé con la historia. Así que cuando comencé a escribir el primer borrador, ya sabía cómo terminaría.

En cuanto a las preferencias, os juro que me mantuve completamente neutral (y sigo haciéndolo) sobre quién quería que ganara al final. Solo sentí que uno de ellos tenía más probabilidades y conté la historia que sentí que era la más real. Pero estoy perdidamente enamorada de Jesse y Sam y me esforcé mucho para que los lectores también se quedaran prendados de ambos.

¿Cómo has evolucionado como autora a la hora de escribir tus cuatro novelas? ¿Crees que hay diferencias entre *Los dos amores de mi vida* y tu primer libro, *Por siempre unidos*?

Me da un poco de vergüenza, ¡pero no tengo una respuesta concreta para esto! Creo que los que mejor pueden opinar en este caso son mis lectores. Me entran ganas de dar la vuelta a la tortilla y convertir mi respuesta en una pregunta a todos aquellos que han ido leyendo mis libros: ¿Creéis que ha cambiado mi forma de escribir?

Una de las cosas más evidentes que sí que reconozco es que, cada vez que hablo de algo en una novela, me esfuerzo mucho en evitar volver a tocarlo en otra. Así que en *Los dos amores de mi vida* tuve que dedicar mucho tiempo a pensar desafíos a los que no se hubieran enfrentado los personajes de mis anteriores libros. Cuanto más escribes, más tienes que apartarte de tu trabajo anterior, y eso me ha llevado a algunos lugares muy divertidos a los que quizá no hubiera ido con tanta facilidad.

¿Qué significa para ti el «amor verdadero»? ¿Cuál es el concepto que querías explorar en *Los dos amores de mi vida*?

Mi principal objetivo era dejar caer la idea de que, solo porque una relación termine, no significa que haya fracasado. No creo que el amor verdadero tenga que significar sí o sí que ese amor vaya a durar para siempre. Si eliminas ese requisito de la ecuación y empiezas acordarte de toda la gente de la que te has enamorado en el pasado, comienzas a pensar: ¿Quise a esa persona con todo mi corazón? ¿Me cambió para mejor? ¿Me porté bien con ella? ¿Me alegro de que sucediera? Y, si ese es el caso, entonces creo que podemos decir que esa relación fue un éxito.

¿Qué te inspiró a ubicar esta novela en tu lugar natal?

Como digo en los agradecimientos, mi abuela falleció justo antes de que empezara a escribir esta historia, y me quedé absolutamente destrozada. A mi hermano y a mí nos crio nuestra madre con un montón de ayuda de nuestra abuela, Linda. Le dediqué mi primera novela a ella. Me apoyaba muchísimo y siempre creyó en mí con toda su alma. Soy una persona mejor y más fuerte gracias a la

influencia que tuvo en mí. Mi abuela pasó toda su vida en Acton, Massachusetts, y yo tuve la suerte de vivir allí lo que para mí es la época en la que una persona más se forma: de los doce a los dieciocho.

Cuando mi abuela murió en otoño de 2014, fui a casa para asistir a su funeral. Normalmente solo voy a casa en Navidad, y también algún que otro verano. Esa fue la primera vez que estuve allí en otoño en seguramente una década. Cuando llegué al pueblo y vi lo bonito que estaba con todas esas hojas caídas y todo el cariño con el que la gente de Acton trató a mi familia durante un momento tan duro, me di cuenta de que no había prestado la suficiente atención al maravilloso lugar del que provengo.

Algunos de mis mejores amigos (gente que considero como de mi familia) son personas que conocí en Acton. Tengo un montón de recuerdos de mi adolescencia aquí, así que decidí ubicar la historia aquí como una forma de honrar todo el apego que le tengo a este pueblo y lo mucho que lo quería mi abuela.

¿Blair Books está inspirada en la librería Willow Books, de Acton? ¿Tienes algún recuerdo de esa librería que quieras compartir con nosotros?

El recuerdo al que más cariño le tengo, y muy propio de Nueva Inglaterra, sobre Willow Books es de cuando tenía unos catorce años. Mi mejor amiga, Erin, y yo fuimos a ver *Los monólogos de la vagina* cuando la representaron en Boston. Salimos completamente fascinadas de la función. ¡Era tan revolucionaria por aquel entonces! Así que, después de verla, decidimos que queríamos leer el libro, pero no nos resultó fácil encontrarlo. Fuimos a Willow Books y encargamos allí unos ejemplares.

Una semana después, me dejaron un mensaje en el contestador automático de la casa de mi familia, donde una mujer mayor decía: «Llamo de Willow Books. El..., esto..., el libro que..., el de los monólogos...» y luego balbuceó un poco más y terminó diciendo: «El libro que pidió ya ha llegado». La pobre mujer no consiguió decir la palabra «vagina». Pero me consiguió el libro. Y me lo leí desde la primera hasta la última página. Tuve mi primer momento inequívocamente feminista con ese libro. Ninguna otra librería me lo consiguió. Solo Willow Books.

¿Qué es lo que más te gusta de escribir, lo que más desafíos te plantea? ¿Y qué es lo que sueles hacer para superar esos desafíos?

¡Oh, vaya! Cuando estoy escribiendo el primer borrador, te diré que lo que más me gusta es el proceso de edición. Cuando estoy con el proceso de edición, te diré que lo que más me gusta es cuando está terminado. Cuando lo he acabado y estoy en la fase de promoción, te diré que estoy deseando ponerme a escribir de nuevo. Siempre pienso que lo mejor es lo que no estoy haciendo en ese momento. Ahora en serio, creo que la única parte que siempre me resulta más divertida, es cuando llegan las ideas. El comienzo, cuando todo es posible, es de lo más estimulante.

Y de alguna forma, incluso cuando estoy renegando de cualquier fase en la que esté, creo que el proceso en su conjunto todavía me produce mucha alegría. Es algo parecido a eso que dicen de que «Los días son largos pero los años pasan volando». Escribir es frustrante, pero ser escritora es prácticamente una bendición.

¿Cómo te las arreglaste para imaginar la experiencia que vivió Jesse y lo que podía pasarle por la cabeza después del accidente de helicóptero? ¿Llevaste a cabo algún tipo de documentación sobre supervivientes de este tipo de accidentes o de experiencias cercanas a la muerte?

Me documenté sobre gente real que sobrevivió a pasar un tiempo perdida en el mar. Hay un montón de historias de las que sacar información y ninguna de ellas es igual, lo que al principio resultó un poco frustrante, porque no podía precisar nada en concreto. Pero luego me di cuenta de que eso me dejaba más libertad para poder contar mi propia historia.

Lo que más me costó fue decidir dónde podía aterrizar, en qué lugar viviría y a qué vicisitudes tendría que enfrentarse. Cuando decidí que sería en el Pacífico, tuve que acotar las zonas que serían más lógicas, investigar qué tipo de vegetación crecía allí y cómo eran las corrientes. Y luego también entraba el factor humano: ¿Qué le pasa al cuerpo de una persona cuando no tiene las proteínas necesarias, cuando no interactúa con otras personas, cuando se corta o le pica un determinado animal? ¿Qué le pasa a tus dientes cuando no puedes cepillarlos todos los días?

Quería que el lector se centrara en la tragedia de Emma, así que solo recabé la información necesaria sobre Jesse para que la historia pudiera avanzar. Hemos leído y visto historias sobre naufragos en islas desiertas, sobre personas intentando volver a casa, pero quería que esta novela versara sobre la mujer que quedó atrás.

¿Cuál crees que es el paso más importante a la hora de crear personajes tridimensionales?

La gente no tiene sentido. Las personas mienten sin darse cuenta de que lo están haciendo. Son egoístas y creen que son generosos, etc. Creo que en lo que más me centro es en asegurarme de que los lectores puedan identificarse y conocer a mis personajes, no que sean ideales o racionales. La gente real es complicada, y eso es lo que nos hace tan interesantes. Intento recrear eso en mis historias.

En la novela, Emma toma un camino tortuoso hasta terminar convirtiéndose en una ávida lectora y librera. ¿Qué te llevó a crear una protagonista con una relación tan potente (y a veces conflictiva) con una librería? ¿Siempre has querido escribir? ¿Qué fue lo que te condujo a convertirte en autora?

Sí, Emma definitivamente tiene una historia de amor no muy típica con los libros. Y la escribí así porque creo que muchas veces en la comunidad de lectores nos centramos en las personas a las que les ha encantado leer desde siempre. En mi caso, sin embargo, no me convertí en una ávida lectora hasta después de la universidad. E incluso entonces no creo que me diera cuenta de lo mucho que me gustaba leer libros hasta que me percaté de que me gustaba *escribirlos*. A veces me da un poco de vergüenza reconocerlo, porque yo era la niña que en vacaciones prefería ver la tele a leer. Quería mostrar una historia distinta sobre cómo alguien se enamora de la lectura.

Hasta los veinticinco años no me di cuenta de que quería ser escritora y hasta los veintiocho no empecé a admitirlo en voz alta. Estuve yendo de empleo en empleo, atraída por diferentes aspectos del trabajo que en cada momento hacía. Y no me percaté de que ser escritora era lo que realmente siempre había estado buscando hasta que no se me ocurrió escribir ficción. Cuando sumé todos los aspectos de los trabajos que había estado haciendo, me di cuenta de que escribir era la profesión de mis sueños.

Cuando por fin tomé esa dirección, sentí un alivio enorme. De verdad. Sabía que tenía pocas probabilidades, pero por fin tenía un objetivo que alcanzar.

Has escrito también para la televisión y el cine. ¿En qué se diferencia ese tipo de escritura con crear una novela? ¿Te ha influido tu faceta como autora en tu trabajo como guionista?

Escribir libros y guiones para la televisión y el cine son trabajos completamente diferentes, pero a la vez se reducen a lo mismo. En todos ellos, tu propósito es conectar con una audiencia, que les llegue una historia, que se emocionen con ella, que sientan con ella. Así que las aptitudes subyacentes son idénticas. ¿Cómo hago que este mundo parezca real? ¿Cómo consigo que la gente se enamore de este personaje?

Pero, por supuesto, cada uno tiene diferentes fórmulas y fortalezas. Lo más divertido de trabajar en todas ellas es tener una idea y decidir cómo va a funcionar mejor. ¿Este libro podría convertirse en una buena película o es una idea que solo sirve para el cine?

Nunca he pintado o esculpido un día de mi vida, pero me imagino que es similar a tener la imagen de una mujer en tu cabeza y decidir si estará mejor representada en lienzo, en mármol o en arcilla. Y volvemos otra vez a la fase de concepción de la historia, donde tienes que empezar a tomar decisiones sobre en qué se convertirá algún día. Y eso es (y siempre será) lo que me impulsa a seguir con esto.



TAYLOR JENKINS REID (Acton, Massachusetts) es una escritora, productora y guionista estadounidense que se ha destacado por sus obras *Los siete maridos de Evelyn Hugo* y *Todos quieren a Daisy Jones*.

Reid nació en Acton y fue criada en Los Ángeles.

Reid comenzó su carrera en la producción cinematográfica. Trabajó como asistente de *casting* durante tres años, luego de graduarse de la universidad antes de intentar otros trabajos. Comenzó a escribir a tiempo parcial mientras trabajaba en una escuela secundaria hasta que consiguió un contrato por un libro.

Por siempre, unidos fue su primera novela publicada en 2013.

En el mundo de las series de televisión, es una de los creadores la serie electrónica de *Hulu*, *Resident Advisors*, estrenada en 2015.

Su obra maestra, *Los siete maridos de Evelyn Hugo*, fue publicada en 2017. Fue nominada al Goodreads Choice Awards por mejor ficción histórica quedando en sexto lugar y fue finalista del premio del libro al año de Book of the Month en 2017.

Vive en Los Ángeles con su esposo y su hija; tiene un perro. Es renuente a compartir varios datos personales, por lo que son desconocidos.

Notas

[1] Ceremonia en la que los niños judíos pasan a ser considerados adultos. (*N. de la T.*) <<

[2] Canción de la escena del piano de Tom Hanks en *Big*. (*N. de la T.*) <<

[3] El ejemplo que siempre suele ponerse a la hora de imitar el acento de Boston es «park your car in Harvard Yard» (‘aparca el coche en Harvard Yard’), porque es muy ilustrativo a la hora de explicar la pronunciación de la «r» propia de la zona. En el acento de Boston se pronunciaría como «pahk yuh cah in Hahvahd Yahd». Por eso la autora juega con esta frase en esta escena. (*N. de la T.*) <<